

Ensayos
Históricos
de
Microsoft
Encarta
2009

Tabla de contenido

NACIMIENTO DEL PASTOREO EN EURASIA	7
DESARROLLO Y DIFUSIÓN DEL PASTOREO INICIAL.....	9
EL PASTOREO DURANTE EL II MILENIO A.C.....	10
EL I MILENIO A.C.: LA ERA ESCITA	10
ESTILOS DE VIDA DE LAS PRIMERAS COMUNIDADES DE PASTORES	11
PROCESO CAUSANTE DEL PRIMER URBANISMO	14
LAS PRIMERAS CIUDADES: MESOPOTAMIA.....	15
LAS PRIMERAS CIUDADES DEL MUNDO	17
LAS FUERZAS BÁSICAS DEL URBANISMO	18
DESARROLLO DE LAS CIVILIZACIONES E IMPERIOS EN MESOPOTAMIA, EGIPTO Y EL VALLE DEL INDO	21
MOVIMIENTO DE PERSONAS	22
INTERCAMBIO DE IDEAS Y BIENES	23
EL COMERCIO ENTRE LOS IMPERIOS	25
CONCLUSIÓN	26
MIGRACIONES POLINESIAS	27
¿ORIGEN SUDAMERICANO O ASIÁTICO?	28
LA TEORÍA DE THOR HEYERDAHL.....	29
DESCUBRIMIENTOS CONVINCENTES	30
LA GRAN MIGRACIÓN	31
RELIGIÓN Y COMERCIO EN ASIA DESDE EL 1000 A.C. HASTA 1400 D.C.....	34
DESDE EL 1000 A.C HASTA EL 200 D.C.....	35
ENTRE EL 200 Y 1400 D.C.....	37
<i>El cristianismo</i>	37
<i>El maniqueísmo</i>	38
<i>El islam</i>	39
EL LEGADO DE ALEJANDRO III EL MAGNO	40
ALEJANDRO MAGNO Y EL ORIGEN DEL PERÍODO HELENÍSTICO.....	41
EL NUEVO MUNDO DE LOS REINOS MACEDÓNICOS	41
LOGROS CULTURALES DEL MUNDO HELENÍSTICO	42
LA PERVIVENCIA DEL LEGADO DE ALEJANDRO MAGNO	44
LA IMPORTANCIA DE LA AGRICULTURA EN MESOAMÉRICA	46
UN MUNDO DE GRANJEROS.....	47
COMIDA A CAMBIO DE CULTURA	48
LAS MONTAÑAS DE LA CREACIÓN.....	50
OBRA PÚBLICAS	51
LOS ÚLTIMOS PERÍODOS MAYAS	51
COMIENZOS DE LA URBANIZACIÓN AFRICANA Y LA INTERACCIÓN GLOBAL	53
DESARROLLO INICIAL DE CIUDADES Y ESTADOS	54
ETIOPÍA	54
LA COSTA SWAHILI	55
ÁFRICA CENTRAL Y MERIDIONAL	55
LAS REDES COMERCIALES EN EXPANSIÓN ENTRE LOS AÑOS 600 Y 1000 D.C.....	56
INFLUENCIA DE LOS PUEBLOS BÁRBAROS EN LAS CIVILIZACIONES.....	58
INTRODUCCIÓN	59
VIDA Y COSTUMBRES EN LA ESTEPA	60

CONQUISTAS Y ABSORCIONES TÍPICAMENTE BÁRBARAS	61
REVITALIZACIÓN DE CIVILIZACIONES ESTANCADAS A MANOS DE LOS BÁRBAROS.....	62
DIFUSIÓN DE LAS CIVILIZACIONES	64
EL IMPACTO Y EL LEGADO DE LOS BÁRBAROS.....	65
INTERCAMBIO CULTURAL EN LA ALTA EDAD MEDIA EUROPEA.....	66
LA HERENCIA DEL FINAL DE LA EDAD ANTIGUA.....	67
LA CREACIÓN DE LOS REINOS BÁRBAROS.....	68
EL LEGADO CAROLINGIO.....	69
LAS SEGUNDAS INVASIONES Y SU ETNOGÉNESIS: VIKINGOS, MAGIARES Y MUSULMANES	70
HITOS INTELECTUALES Y ARTÍSTICOS.....	71
EUROPA EN VÍSPERAS DEL SEGUNDO MILENIO	72
EL PODER DE CHINA EN ASIA DURANTE LA DINASTÍA TANG	74
PODER IMPERIAL TANG EN ASIA	75
LA EDAD DE ORO TANG: LAS SEÑAS DE IDENTIDAD DEL RANGO DE SUPERPOTENCIA.....	76
EL MODELO TANG EN COREA Y JAPÓN	78
EL OCASO TANG Y SU HERENCIA	80
EXPANSIÓN DEL ISLAM	81
LA ACEPTACIÓN DE OTRAS CULTURAS POR PARTE DE LOS ÁRABES.....	82
CONSECUENCIAS DE LA CONVERSIÓN AL ISLAM	83
LA REVOLUCIÓN ABASÍ.....	84
LA CRECIENTE INFLUENCIA DE LOS CONVERSOS NO ÁRABES.....	85
EL AUGE DE LA INFLUENCIA PERSA	86
EL LEGADO CONTINUO DE LA EXPANSIÓN ISLÁMICA.....	87
PODER POLÍTICO EN EL ÁFRICA SUBSAHARIANA ENTRE EL 1000 Y 1500.....	88
LA COSTA SWAHILI	89
GRAN ZIMBABUE	90
ETIOPÍA	91
MALÍ	91
KANEM-BORNU Y LOS ESTADOS HAUSAS	93
BENÍN	93
CONCLUSIÓN	94
ASIA SIEMBRA LAS SEMILLAS DE LA GLOBALIZACIÓN.....	95
COMERCIO Y CONTACTO INTERREGIONAL.....	96
LA RUTA DE LA SEDA Y EL IMPERIO MONGOL	96
LA GLOBALIZACIÓN DEL ISLAM Y EL SISTEMA COMERCIAL MARÍTIMO DEL OCÉANO ÍNDICO.....	98
EL ISLAM Y EL AUGE DE MALACA.....	99
LA CHINA MING Y EL MUNDO	100
EL FIN DEL PRIMER SISTEMA GLOBALIZADO	101
EXPANSIÓN DE LA CULTURA EN LA EUROPA MEDIEVAL.....	102
EXPANSIÓN ECONÓMICA Y APARICIÓN DE LAS CIUDADES	103
DIVERSIDAD SOCIAL	104
CENTRALIZACIÓN POLÍTICA Y DESARROLLO DEL GOBIERNO CONSENSUADO	105
RELIGIÓN Y ERUDICIÓN.....	106
LA LITERATURA Y LAS ARTES.....	108
CONCLUSIÓN	109
ESPLendor DEL IMPERIO MONGOL	110
LA VIDA Y LOS PUEBLOS DE LAS ESTEPAS	111
GENGIS KAN Y EL AUGE DE LOS MONGOLES	111
CONQUISTAS POSTERIORES Y EL VERDADERO IMPERIO MUNDIAL	113
KUBLAI KAN Y CHINA.....	114
DECLIVE Y DIVISIÓN EN CUATRO KANATOS.....	114
EL IMPACTO Y EL LEGADO DEL IMPERIO MONGOL	115

SURGIMIENTO DE LOS PRINCIPALES ESTADOS EUROPEOS	117
CARACTERÍSTICAS DE LOS ESTADOS EUROPEOS EMERGENTES	118
LA FUNCIÓN DE LAS LIBERTADES EN LOS PRIMEROS GOBIERNOS REPRESENTATIVOS.....	120
LA LUCHA CONTRA LA PESTE	124
DESCRIPCIONES DE TESTIGOS PRESENCIALES DE LA PESTE.....	125
PRIMERAS TEORÍAS ACERCA DE LAS CAUSAS Y EL TRATAMIENTO DE LA PESTE.....	126
LA IGNORANCIA GENERA MIEDO	127
ADELANTOS EN EL CONOCIMIENTO DE LA PESTE	127
EL DEBATE CONTINÚA.....	128
LA EPIDEMIOLOGÍA ACTUAL	130
RENACIMIENTO Y CONSUMISMO	131
INNOVACIONES DECISIVAS: LA IMPRENTA, LA PÓLVORA Y LA BRÚJULA MAGNÉTICA	132
<i>La imprenta</i>	132
<i>La pólvora</i>	133
<i>La brújula</i>	134
NUEVOS MERCADOS DE ARTÍCULOS EXÓTICOS	134
ILUSTRES CONSUMIDORES	135
DESDE EL RENACIMIENTO A LA ILUSTRACIÓN	137
CONSECUENCIAS DEL CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO	139
UNA REVOLUCIÓN EN CIFRAS	140
CRECIMIENTO RÁPIDO DE LA POBLACIÓN, PRIMERA FASE: 1450-1650.....	141
CRECIMIENTO RÁPIDO DE LA POBLACIÓN, SEGUNDA FASE: 1700-2000	141
UNA REVOLUCIÓN DE ACTITUDES Y COSTUMBRES: LA PLANIFICACIÓN FAMILIAR	142
UNA REVOLUCIÓN EN LAS ESPERANZAS DE VIDA: LA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA.....	144
INTERCAMBIO POST-COLOMBINO	147
EL FLUJO DE ESTE A OESTE: ENFERMEDADES	148
EL FLUJO DE ESTE A OESTE: CULTIVOS Y ANIMALES	149
EL FLUJO DE OESTE A ESTE: ENFERMEDADES	150
EL FLUJO DE OESTE A ESTE: CULTIVOS Y MANERAS DE COCINAR LOS ALIMENTOS	150
EL INTERCAMBIO POST-COLOMBINO EN EL MUNDO ACTUAL	152
COLONIALISMO EN EL ÁREA DEL CARIBE	153
IMPLANTACIÓN	154
MADUREZ.....	156
TRANSICIÓN.....	158
PODER POLÍTICO EN EXTREMO ORIENTE DESDE 1500 HASTA 1850.....	160
ORDEN POLÍTICO CHINO.....	161
CHINA Y EL SURESTE ASIÁTICO.....	162
CHINA Y EL NORESTE ASIÁTICO	163
CHINA Y EL INTERIOR DE ASIA	164
ASIA EN LA ÉPOCA DE LA EXPANSIÓN COMERCIAL A NIVEL MUNDIAL.....	167
NUEVOS INTERCAMBIOS.....	168
LA PROSPERIDAD Y EL CRECIMIENTO DEL COMERCIO PRODUCEN INESTABILIDAD.....	169
LOS IMPERIOS MOGOL Y OTOMANO	171
CRECIMIENTO JAPONÉS.....	172
EL DOMINIO DE LAS COMPAÑÍAS EUROPEAS.....	172
LA ÉPOCA DE LAS MIGRACIONES MASIVAS ULTRAMARINAS.....	174
RAZONES PARA LA EMIGRACIÓN	175
TIPOS DE EMIGRACIÓN	176
MIGRACIONES AFRICANAS	177
EMIGRACIÓN EUROPEA.....	177

MIGRACIONES ASIÁTICAS.....	178
COMPARACIONES Y CONCLUSIONES	179
CONTRADICCIONES DE LA ILUSTRACIÓN: LA INDEPENDENCIA DE HAITÍ	181
REVOLUCIONES ILUSTRADAS	182
LA REVUELTA DE LOS ESCLAVOS HAITIANOS	184
CONCLUSIÓN	186
INFLUENCIA MUNDIAL DE LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL.....	188
CAUSAS INICIALES.....	189
IMPACTO.....	190
IMPACTOS SOCIALES	192
INDUSTRIALIZACIÓN MUNDIAL.....	193
EFFECTOS MEDIOAMBIENTALES DEL USO DE LOS COMBUSTIBLES FÓSILES	196
ORÍGENES DE LOS COMBUSTIBLES FÓSILES.....	197
CONTAMINACIÓN ACTUAL DE LA ATMÓSFERA	198
PRIMEROS CONTROLES DE LA CONTAMINACIÓN ATMOSFÉRICA.....	199
CONTAMINACIÓN DEL AGUA	200
ESFUERZOS PARA CONTROLAR LA CONTAMINACIÓN ACUÁTICA	201
CONTAMINACIÓN DEL SUELO	202
FAUNA Y FLORA.....	203
LA INDUSTRIA ARMAMENTÍSTICA DESDE 1850 HASTA 1914.....	205
INDUSTRIALIZACIÓN Y GUERRA.....	206
NUEVAS DOCTRINAS MILITARES EN OCCIDENTE	207
MEDICINA, TECNOLOGÍA Y LA EXPANSIÓN DE LAS POTENCIAS EUROPEAS.....	208
RESISTENCIA AL IMPERIALISMO EUROPEO	209
CONSECUENCIAS DE LA I GUERRA MUNDIAL.....	213
LA GUERRA, LOS EFECTIVOS HUMANOS Y LAS POBLACIONES COLONIALES.....	214
POLÍTICAS SUBVERSIVAS Y BELICISTAS EN LAS COLONIAS.....	215
LA I GUERRA MUNDIAL Y LA TOMA DEL PODER DE LOS BOLCHEVIQUES EN RUSIA.....	215
WILSON CONTRA LENIN	216
EL FINAL DE LA GUERRA Y LA REVOLUCIÓN	216
EL IMPACTO DE LA GUERRA EN EL ORIENTE ASIÁTICO	217
EL IMPACTO DE LA GUERRA EN ÁFRICA	218
EL IMPACTO DE LA GUERRA EN LA INDIA	219
LA CONFERENCIA DE PAZ DE PARÍS.....	219
EL LEGADO DE LA II GUERRA MUNDIAL.....	221
EL PRECIO DE LA GUERRA TOTAL.....	222
LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS.....	223
JUSTICIA EN NUREMBERG Y TOKIO	223
LOS SUPERVIVIENTES JUDÍOS Y EL ESTABLECIMIENTO DEL ESTADO DE ISRAEL.....	224
CIENCIA Y TECNOLOGÍA	225
RIVALIDAD ENTRE SUPERPOTENCIAS Y LA GUERRA FRÍA	225
DESCOLONIZACIÓN	226
INDEPENDENCIA DE LOS PAÍSES ASIÁTICOS Y AFRICANOS TRAS LA II GUERRA MUNDIAL.....	228
CARACTERÍSTICAS COMUNES DE LOS MOVIMIENTOS DE INDEPENDENCIA.....	228
CARACTERÍSTICAS ESPECÍFICAS DE LOS MOVIMIENTOS DE INDEPENDENCIA.....	229
ÁFRICA.....	229
ASIA	231
EL PRECIO DE LA LIBERTAD	232
SISTEMAS DE ASISTENCIA SANITARIA EN EL ÁFRICA DESCOLONIZADA.....	234
SISTEMAS SANITARIOS INDÍGENAS.....	235

ATENCIÓN FAMILIAR.....	235
SANACIÓN INDÍGENA.....	236
ESPECIALISTAS	236
SANACIÓN ESPIRITUAL.....	236
SANACIÓN ISLÁMICA.....	237
BIOMEDICINA OCCIDENTAL.....	238
DESARROLLO DE LA INFRAESTRUCTURA.....	238
HACIA LA INTEGRACIÓN DE LOS SISTEMAS.....	239
PREDECIR EL FUTURO: CÓMO SE CUENTA LA HISTORIA	241
MÉTODO PREDICTIVO I: CICLOS Y ANALOGÍAS	242
MÉTODO PREDICTIVO II: DISCONTINUIDAD HISTÓRICA.....	244
<i>Interpretaciones religiosas de la discontinuidad dramática</i>	245
<i>Interpretaciones laicas de la discontinuidad dramática</i>	247
MÉTODO PREDICTIVO III: EXTRAPOLACIÓN DE TENDENCIAS	251
POR QUÉ NO PODEMOS CONOCER EL FUTURO.....	253

Nacimiento del pastoreo en Eurasia

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, David Christian, de la Universidad Macquarie, describe las primeras formas de pastoreo que surgieron en las estepas de Eurasia hace unos 6.000 años.



Pastores nómadas, desierto del Gobi

Estos pastores nómadas vagan por el desierto del Gobi en Asia central en busca de pastos para alimentar a su ganado. Aunque las caravanas de camellos y carros atraviesan el desierto en verano, el Gobi no tiene grandes ciudades y mantiene una escasa agricultura. Durante siglos, los nómadas han vivido de sus rebaños de ovejas, vacas y cabras en estas tierras áridas que prácticamente carecen de árboles.

Nacimiento del pastoreo en Eurasia

Por David Christian

Durante el siglo XIX, muchos antropólogos creían que las sociedades pastoriles, basadas en la domesticación de ganado para cubrir su alimentación y otras necesidades, habían evolucionado antes que las sociedades agrícolas, basadas principalmente en el cultivo de plantas. Sin embargo, las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo durante el siglo XX han demostrado que el pastoreo surgió más tarde que la agricultura y como consecuencia directa de las innovaciones en el uso de animales domesticados por parte de los agricultores. De hecho, dos condiciones previas para el pastoreo fueron la domesticación de varias especies animales por los primeros agricultores y la aparición de métodos más eficaces para utilizar dicho ganado. Entre el 9000 y el 6000 a.C., los primeros agricultores en Mesopotamia, Anatolia y quizás en todo el resto de Eurasia ya sabían domesticar cabras, ovejas y vacas. Sin embargo, estas primeras comunidades agrícolas utilizaban el

ganado de manera poco eficaz. Aunque los agricultores cuidaban y alimentaban los animales a lo largo de toda su vida, tan sólo los utilizaban una vez, cuando los sacrificaban para obtener carne, cuero y pieles, ya que los agricultores consideraban los animales como despensas móviles de carne y pieles.

La aparición de métodos más eficaces de aprovechamiento del ganado permitió a comunidades enteras vivir principalmente del producto de sus rebaños, dando lugar a una evolución del pastoreo. Este mejor aprovechamiento del ganado surgió en Eurasia durante el V milenio a.C., época que el historiador y arqueólogo inglés Andrew Sherratt ha denominado la *revolución de los productos secundarios*. En el transcurso de este cambio vital, las nuevas tecnologías permitieron utilizar los animales domésticos en vida, aprovechando sus productos secundarios como la piel, la leche, la sangre y su fuerza de tracción. La utilización de los productos secundarios significaba que cada animal era capaz de producir mayor cantidad de recursos durante su existencia, aumentando así la productividad de las manadas de animales. El aumento de la productividad de los rebaños permitió a comunidades enteras vivir básicamente de su ganado. Esto, a su vez, hizo posible la colonización de estepas áridas y difíciles de cultivar pero que servían de pastos a los rebaños de animales domésticos.

La leche de los animales domésticos ya se utilizaba probablemente en el V milenio a.C. y la lana de las ovejas ya se aprovechaba como fibra con total seguridad en el III milenio a.C. e incluso antes. Las comunidades agrícolas comenzaron a utilizar la fuerza de tracción del ganado después de haber domesticado animales como el caballo y el camello, que anteriormente habían sido objeto de caza por su carne. La primera prueba de la monta a caballo data aproximadamente del 4000 a.C. y procede del yacimiento ucraniano oriental de Dereivka, junto al río Dniéper, perteneciente a un grupo de yacimientos relacionados que los arqueólogos denominan como la cultura Sredny Stog. En Dereivka, los arqueólogos hallaron los restos de numerosos caballos que estaban aparentemente domesticados. Otro testimonio de los inicios de la monta a caballo procede de Baotai, en el norte de Kazajstán, perteneciente aproximadamente al mismo periodo. Los camellos bactrianos fueron domesticados en el sur de Asia central durante el III milenio a.C. y las primeras imágenes muestran que se utilizaban generalmente para tirar de carrozas.

Las técnicas de la revolución de los productos secundarios, consideradas en su conjunto, permitieron por primera vez obtener de los animales domesticados la mayor parte de los alimentos, ropa, protección y fuerza de tracción necesarios para la supervivencia de un grupo, lo que a su vez permitió el asentamiento de comunidades enteras en las áridas estepas de Eurasia, donde aplicaron las técnicas de la revolución de los productos secundarios para crear la forma de vida que conocemos como pastoreo.

En general, los historiadores han despreciado, idealizado o demonizado el mundo de los pastores nómadas. Existen dos razones para estos planteamientos poco exactos: en primer lugar, los pueblos pastoriles produjeron muy pocos documentos escritos y, por tanto, los testimonios escritos de estos pueblos procedían sobre todo de sus enemigos de las sociedades agrícolas; y en segundo lugar, las poblaciones dedicadas al pastoreo eran reducidas y, sobre todo en los siglos más recientes, su impacto sobre la historia mundial parece haber sido menor que el de las civilizaciones agrícolas. Sin embargo, por las razones que se exponen a continuación, parece cada vez más obvio que no podemos comprender la

historia de Eurasia sin analizar la contribución de sus múltiples comunidades pastoriles. Un examen de cómo se desarrolló el pastoreo en los primeros años de la historia de la humanidad revela la forma en que la historia de Eurasia se vio conformada por estos grupos nómadas de personas y animales.

Desarrollo y difusión del pastoreo inicial

Los pastores de las comunidades Sredny Stog fueron probablemente sedentarios. La propia Dereivka era una comunidad en una población que ocupaba unos 2.000 m², con casas de madera rectangulares y una valla circundante. Sin embargo, estas tierras resultaban difíciles de cultivar y la gente pasó a depender cada vez más del ganado. Como consecuencia, comenzaron a ampliar los rebaños y a apacentarlos en zonas más extensas. Probablemente otros pueblos pastores experimentaron situaciones similares. En un momento dado, algunos pastores y después comunidades enteras comenzaron a desplazarse con sus rebaños. Por ejemplo, la cultura Jvalinsk del III a.C. vivía ligeramente al este de los asentamientos Sredny Stog. Sin embargo, a diferencia de Sredny Stog, la cultura Jvalinsk es conocida sobre todo por sus túmulos funerarios, o *kurgany*. La escasez de lugares de asentamiento sugiere que la cultura Jvalinsk estaba formada principalmente por comunidades nómadas de pastores.

Estos pastores nómadas mantuvieron contactos comerciales y bélicos con otras comunidades de agricultores o pastores. La presencia de utensilios armamentísticos incluso en los túmulos funerarios más antiguos sugiere que los primeros pastores a veces atacaban a otras comunidades. La presencia de ruedas de carro en muchas fosas de enterramiento muestra que, al menos hacia el III milenio a.C., algunos pastores utilizaban ganado para elevar objetos y tal vez tensar sus viviendas en forma de carpa. Con todo, parece ser que al menos hacia el 3000 a.C. había numerosos pastores nómadas en las estepas de Ucrania oriental, el sur de Rusia y el norte de Kazajstán. La similitud entre estas comunidades, a pesar del enorme territorio que ocupaban, muestra que tenían gran movilidad y eran muy interactivos.

Hacia el 2000 a.C., también habían hecho aparición comunidades nómadas de pastoreo más al este, en el noreste de Kazajstán y el oeste de Mongolia. Los yacimientos de la principal cultura de pastoreo primitiva en esta región, la cultura Afanásievo, se extienden desde Mongolia hasta el sur de Siberia y la parte meridional de los Urales. Algunos yacimientos de la cultura Afanásievo son asentamientos, pero la mayoría son túmulos funerarios, lo que indica que estas comunidades dedicaban gran parte del tiempo a desplazarse de un pasto a otro. Los restos humanos y culturales de las personas enterradas en los túmulos funerarios de la cultura Afanásievo sugieren que procedían de algún lugar más al oeste. Por tanto, revelan que el pastoreo se extendió hacia el este a través de las estepas entre los años 4000 y 2000 a.C. Los primeros pastores se desplazaron lentamente hacia el este con sus rebaños de ovejas, cabras y caballos llevando consigo las lenguas indoeuropeas de las comunidades de pastoreo más primitivas. En consecuencia, hacia el año 2000 a.C., las lenguas indoeuropeas se hablaban probablemente por toda la estepa, desde el mar Negro hasta Mongolia occidental y Sinkiang (Xinjiang).

El pastoreo durante el II milenio a.C.

En el II milenio a.C. el pastoreo se extendió aún más hacia el este. A lo largo de las fronteras del norte de China las comunidades locales comenzaron a adoptar las técnicas del pastoreo de las estepas vecinas. La cultura okunevo, que sustituyó a la cultura Afanásievo en Mongolia occidental y en el sur de Siberia, era claramente pastoril, pero sus gentes parecen proceder del lejano oriente y constituye el inicio de una transformación profunda y oscura de los esquemas migratorios. Desde 4000 a.C. hasta 1000 a.C. las culturas, las técnicas y los pueblos se habían desplazado mayoritariamente de oeste a este, pero en los milenios posteriores se invirtió esta tendencia. En los dos últimos milenios las gentes procedentes del este trajeron los idiomas turco y mongol y estas lenguas llegaron a dominar las estepas de Eurasia.

Un segundo desarrollo sorprendente durante el II milenio a.C. es la aparición de formas más sedentarias de pastoreo en las denominadas culturas de la edad del bronce de las estepas que se extendían desde el mar Negro hasta las fronteras de Mongolia y Sinkiang. En las estepas de Asia central y el sur de Ucrania y Rusia fueron apareciendo numerosos poblados pequeños que estaban habitados por pastores sedentarios con grandes rebaños de ganado vacuno, animales que se adecuaban menos que los caballos y las ovejas a los hábitos más nómadas del pastoreo. Los cambios climáticos que hicieron posible la agricultura en las áridas estepas tal vez sean la causa de este cambio a formas más sedentarias de pastoreo. Probablemente emigrantes de las culturas de la edad del bronce de las estepas del Asia central penetraron por el norte de la India hacia mediados del II milenio a.C. aportando su ganado, sus lenguas indoeuropeas y sus tradiciones religiosas pastoriles. También es posible que los pastores de la edad del bronce de las estepas invadieran el norte de China y Mesopotamia durante el II milenio a.C.

El I milenio a.C.: la era escita

A partir de principios de la edad del hierro, hacia el 1000 a.C., muchos pueblos pastores de las estepas de Eurasia volvieron a formas de pastoreo más nómadas y militaristas. Este periodo se caracteriza por el pastoreo clásico de los escitas en las lindes del mar Negro, que fue descrito por el historiador griego Heródoto. Durante el siglo VIII a.C., los pastores del interior de Eurasia comenzaron a utilizar los pequeños arcos compuestos que hicieron de los escitas unos guerreros temidos. Otra serie de rasgos característicos se propagaron ampliamente por las estepas a principios del I milenio, dando lugar a una forma de pastoreo a caballo sorprendentemente homogénea en Eurasia y descrita de forma vívida por Heródoto en sus obras. Los restos de esta economía se pueden apreciar también en los sorprendentes enterramientos en hielo de Pazirik, cerca de la frontera nororiental de Mongolia. Entre los principales rasgos de los jinetes pastores del I milenio a.C. cabe citar un estilo artístico diferencial que se caracterizaba por diseños animales vívidos, gráciles y elaborados, el uso de armas de hierro, como las espadas, y el desarrollo de tipos más complejos de arreos para los caballos. Las descripciones que de estas comunidades realizaron Heródoto, en el extremo occidental de las estepas, y el historiador de la dinastía Han, Sima Qian, en el extremo oriental, crearon ciertos estereotipos del estilo de vida de los pastores, algunos de los cuales han sobrevivido hasta nuestros días.

Estilos de vida de las primeras comunidades de pastores

No existe ninguna descripción escrita de las comunidades de pastoreo antes del I milenio a.C.; los conocimientos acerca de los principios del pastoreo en Eurasia proceden de excavaciones arqueológicas, aunque los testimonios arqueológicos a menudo resultan difíciles de interpretar. Así, para comprender a los primeros pastores y a sus estilos de vida es necesario combinar estos testimonios con un uso prudente de lo que conocemos por los estilos de vida pastoriles modernos.

Los primeros pastores dependían del ganado domesticado y muchos pastores eran bastante nómadas. Sin embargo, la presencia de poblados demuestra que no todos los pastores de la primera época emigraban constantemente en búsqueda de alimentos. En los tiempos modernos, la mayoría de las comunidades pastoriles necesitan ciertos productos agrícolas y si no pueden obtenerlos mediante el trueque de productos de su propio ganado, se ven obligados a practicar la agricultura. Parece probable, pues, que los primeros pastores también se vieran obligados a cultivar cuando tuvieran necesidad de ello. Es posible que algunos miembros del grupo permanecieran en los campamentos de invierno y se dedicaran a los cultivos mientras los demás se desplazaban a través de las estepas durante la primavera y el verano. Sin embargo, a veces, como sucedía en muchos de los asentamientos de la edad de bronce de las estepas, la mayor parte de la comunidad era sedentaria y solamente algunos pastores especializados se encargaban de conducir los rebaños hasta los pastos. Por el contrario, también existieron períodos en los que las comunidades al completo se desplazaban y abandonaban los pastos tradicionales para cruzar enormes distancias.

La información acerca de las sociedades de pastoreo modernas indica que estas primitivas migraciones masivas estuvieron causadas por desastres ecológicos o militares. Además, esta información sugiere asimismo que las migraciones a menudo degeneraron en saqueos o guerras generalizadas, por cuanto los pastores trataban de arrebatar los nuevos pastos o rebaños a los pueblos vecinos más débiles. Existen testimonios inciertos de tales migraciones que datan incluso del IV milenio a.C., así como de emigraciones de algunos pueblos pastores a las tierras cultivadas vecinas de Mesopotamia, Asia central, el subcontinente indio y China. Aunque algunas de estas migraciones pudieron ser pacíficas, otras fueron probablemente tan violentas como las invasiones de pastores de épocas históricas como la de los mongoles bajo Gengis Kan, en el siglo XIII d.C.

La mayoría de los pueblos de pastores estaban compuestos por pequeñas comunidades nómadas cuyos miembros se permitían pocos lujos, características explicables mediante principios ecológicos básicos. Los pastores dependen principalmente de productos animales para su alimentación, ropa y vivienda. Los animales, a su vez, se alimentan de plantas y de otros animales. Cada eslabón de la cadena alimentaria contiene una cantidad menor de energía que su precedente, por lo que gran parte de la energía alimentaria potencial de la luz solar se pierde a medida que va pasando por esta cadena. Esto significa que se necesita una mayor cantidad de tierra para suministrar suficiente energía para alimentar a un ser carnívoro que a un herbívoro. La práctica nómada constituía la forma más eficaz de explotar grandes áreas de pastos, por lo que resultaba muy adecuado para los pastores que necesitaban dicha tierra. Sin embargo, el movimiento incesante de los nómadas dificultaba la acumulación de objetos. Por consiguiente, los pastores

normalmente poseían menos artículos que los pueblos agricultores, o se inclinaban por los objetos de lujo fácilmente transportables, tales como sedas o joyas. Esta falta de acumulación de riquezas indujo a los historiadores de las sociedades agrícolas a describir erróneamente a los pueblos pastoriles como atrasados y pobres.

Las sociedades de pastoreo solían dividir las tareas por sexos. Las mujeres normalmente preparaban y cuidaban de las carpas y sus contenidos y también fabricaban alfombras y cortinajes de notable belleza características de la mayoría de las sociedades de pastoreo eurasiáticas. Pero a menudo las mujeres también realizaban tareas tradicionalmente masculinas como la guerra. Las leyendas de las mujeres guerreras o amazonas descritas por Heródoto probablemente procedían de los pueblos pastores que vivían al norte del mar Negro. Existen asimismo multitud de ejemplos de mujeres que desempeñaban funciones políticas de enorme influencia. Sin embargo, por regla general, la política, la guerra y el manejo de grandes rebaños de ganado estaban considerados como funciones propias de los varones.

El estilo de vida pastoril es en cierta forma más precario y combativo que el agrícola. Aunque los rebaños se multiplican rápidamente, también pueden desaparecer con la misma celeridad debido a la rapiña, las enfermedades o a súbitos cambios climatológicos que les impidan pastar. Cuando los pueblos pastores perdían sus rebaños, apenas tenían otra opción que robar ganado de otros pueblos pastores, una de las razones por las que la rapiña resultaba común entre los pueblos pastores de Eurasia de todas las épocas. De hecho, las virtudes militares de los pastores de Eurasia, como la monta a caballo, la destreza en el manejo de grandes animales, la caza con arco y el desplazamiento por vastos territorios, convirtieron a los pueblos pastores en auténticos guerrilleros. La rapiña proporcionaba una buena excusa para perfeccionar estas habilidades. Parece ser que a menudo un ataque en una zona de la estepa llegaba a afectar a un territorio mucho más amplio. Así, por ejemplo, una enfermedad o una acción guerrera en una región podía desencadenar acciones de rapiña en otras zonas que, a su vez y según las circunstancias, podía desembocar en períodos de confrontaciones y emigraciones a gran escala. Poco antes del 100 a.C., el historiador chino de la dinastía Han, Suma Qian describió los vínculos existentes entre el pastoreo y las guerras entre los pueblos pastores hsiung-nu que vivían cerca de la frontera septentrional de China:

Los niños empiezan por aprender a montar ovejas y cazar pájaros y ratas con arco y flechas y, al ir creciendo, cazan también zorros y liebres como alimento. Por tanto, todos los jóvenes saben utilizar el arco y pueden intervenir como jinetes armados en tiempos de guerra. Tienen por costumbre apacentar sus rebaños en épocas de paz y ganarse la vida con la caza, pero en períodos de crisis recurren a las armas y participan en ataques de pillaje y saqueo.

La naturaleza de la sociedad de pastoreo se modificaba drásticamente en épocas de guerra. En tiempos de paz grupos reducidos de pastores, compuestos por 3 ó 4 y hasta 20 familias, viajaban siguiendo las rutas tradicionales de migración y coincidían con los parientes más próximos sólo en fechas señaladas del año, por lo que cada grupo era bastante independiente. En épocas de paz, la autoridad de los jefes de los clanes sólo era imprescindible para adoptar decisiones colectivas acerca de temas tales como la utilización de determinadas rutas de migración. Por el contrario, en tiempos de conflictos las

sociedades de pastoreo adoptaban un carácter más jerárquico. Cada grupo debía buscarse sus aliados dentro de su región. Los dirigentes locales delegaban en jefes regionales de manera que pudieran establecerse con enorme agilidad estructuras jerárquicas completas con jefes regionales poderosos que a veces mandaban a varios miles de súbditos. Estos dirigentes podían llegar a acumular cantidades considerables tanto de riquezas como de poder, como revelan los tesoros hallados en algunos enterramientos pastoriles que datan de épocas tan tempranas como el III milenio a.C.

En determinadas ocasiones, los jefes aumentaban su fortuna y poder invadiendo las regiones agrícolas y compartiendo parte del botín con sus súbditos. Pero la autoridad de los gobernantes pastores nunca fue tan estable como la de sus homónimos en las sociedades agrícolas. Cuando los períodos de actividad militar finalizaban, los seguidores quedaban desmovilizados y volvían a su estilo de vida migratorio, alejados del control de los futuros caudillos. Estos hábitos explican por qué, en el mundo del pastoreo, las jerarquías de poder y de riqueza surgían y se desvanecían con mayor celeridad que en el mundo agrícola. De hecho, aun cuando las alianzas militares del tipo descrito anteriormente existían con toda certeza en las estepas antes del 1000 a.C., no existieron estados de pastoreo duraderos hasta los últimos siglos del I milenio a.C. Cuando surgieron los estados de pastoreo, se basaron en gran medida en su capacidad para esquilmar las riquezas de los estados agrícolas vecinos, lo que hacían en parte mediante el comercio y en parte recaudando tributos bajo amenaza de invasión y destrucción.

A pesar de tan precaria organización política, las sociedades pastoriles lograron vincular a las diferentes civilizaciones del vasto territorio de Eurasia en una única red que cubría toda la zona. Los pastores nómadas transmitieron las ideas, las técnicas y los objetos rápidamente por toda la estepa y a continuación los hicieron llegar hasta las comunidades vecinas más allá de sus fronteras. Además de las técnicas tales como el propio pastoreo, la monta a caballo y el combate con carros, los pastores difundieron diferentes estilos artísticos, religiones, idiomas, genes e incluso enfermedades por todas las grandes civilizaciones agrícolas del Mediterráneo, Irán, el subcontinente indio y China. Mucho antes del establecimiento de la Ruta de la Seda, ruta comercial que unió las culturas mediterráneas con las sociedades asiáticas en los últimos siglos anteriores a Cristo, ya existía un dinámico entramado de intercambio que abarcaba toda Eurasia. Las ideas, las técnicas y los artículos comenzaron a fluir a través de las estepas a raíz de la difusión del pastoreo en el cuarto y III milenio a.C.

Acerca del autor: David Christian es profesor asociado de Historia de la Universidad Macquarie, en Sydney. Es autor, entre otras publicaciones, de *A History of Rusia, Central Asia and Mongolia from Prehistory to the Present: Inner Eurasia from Prehistory to the Mongol Empire*.

Proceso causante del primer urbanismo

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En el presente ensayo, Charles L. Redman, de la Universidad Estatal de Arizona, sostiene que el aumento de la producción de alimentos, la incipiente aparición de la industria y el comercio, el carácter cada vez más jerárquico de los gobiernos, así como los cambios sufridos en las relaciones sociales, constituyeron las fuerzas principales que impulsaron el nacimiento del urbanismo.



La torre de Babel

La torre de Babel, según la describe la Biblia, fue un zigurat construido en el reino de Babilonia. La ilustración es una representación ficticia pintada por Pieter Brueghel, el Viejo, en 1563.

Proceso causante del primer urbanismo

Por Charles L. Redman

La congregación de personas en grandes centros urbanos marca una de las principales transformaciones de la historia de la humanidad. Hace unos 6.000 años empezaron a formarse en diferentes partes del mundo grandes pueblos y, más tarde, ciudades a partir de lo que habían sido sociedades agrarias. Este proceso, bautizado frecuentemente como revolución urbana, implicaba mucho más que el mero aumento del tamaño de las

comunidades; conllevaba también importantes cambios en la forma de interacción de las personas, en las relaciones de los seres humanos con su entorno y en la manera en que los pueblos estructuraban la sociedad. Los procesos e instituciones que surgieron en aquella época no han cesado de evolucionar y han conformado la estructura básica de la sociedad urbana actual.

Los arqueólogos y los historiadores han sugerido distintos factores que pudieron haber acelerado el crecimiento de las ciudades y la reorganización de la sociedad, tales como la necesidad de regadío, el crecimiento demográfico, las guerras, la producción especializada y el comercio a gran escala. Según una de las teorías, las áridas llanuras aluviales sobre las que se asentaban las ciudades necesitaban del regadío para alimentar a una población numerosa. La construcción y el mantenimiento de las obras de regadío y la asignación del agua exigían la presencia de una minoría capaz de gestionarlas. Este grupo, a su vez, conformaba el núcleo de la sociedad compleja. Según otra teoría, una vez que la tierra cultivable estaba totalmente ocupada, surgían conflictos entre los colonos y sus vecinos. Uno de los grupos quedaría sojuzgado, constituyendo la clase baja, mientras que los vencedores formaban el núcleo selecto radicado en las ciudades. Una tercera teoría afirma que las guerras o los desplazamientos obligados, cada vez más frecuentes, de los pueblos destinados a incrementar el poder de los gobernantes podría haber afianzado a los individuos en las ciudades. Tal parece el caso en una de las primeras ciudades propiamente dichas, Uruk (Erech), en Mesopotamia. Una última teoría defiende que el desarrollo del intercambio de productos a gran escala favoreció el asentamiento de la fabricación y los mercados en las ciudades, como medio mucho más eficaz de gestionar los recursos y el comercio. Esto favoreció el auge de la clase gestora y de los fabricantes especializados, siendo ambos elementos claves de la sociedad urbana.

Sabemos por los hallazgos arqueológicos y los registros escritos que estos factores ya existían en las primeras sociedades urbanas, pero no está claro el orden real en que fueron evolucionando. La cuestión clave radica en determinar si los avances en una o en varias de estas áreas se produjeron antes de la formación de las ciudades y sirvieron para inducir el crecimiento urbano, o si fueron posteriores a la formación de las ciudades como un resultado natural de la sociedad urbana de reciente aparición. La complejidad potencial del proceso ha impulsado a diferentes eruditos a afirmar que fue una combinación de estos y otros factores la que provocó las transformaciones fundamentales de la revolución urbana. Estos especialistas reconocen la importancia del regadío, la agricultura y el intercambio de productos a la hora de conformar la base necesaria sobre la que poder edificar toda una civilización. Sin embargo, un enfoque múltiple considera las relaciones sociales cambiantes como la fuerza que dio cuerpo al proceso de urbanización.

Las primeras ciudades: Mesopotamia

Parece ser que la revolución urbana se produjo por primera vez entre los años 5500 y 3500 a.C. en Mesopotamia, amplio territorio que en la actualidad incluye Irak, así como el suroeste de Irán y el oriente de Siria. Los desarrollos históricos en Mesopotamia pueden servir como estudio de caso práctico para analizar los procesos que acompañaron al urbanismo inicial. La llanura mesopotámica era árida por naturaleza y contaba con muy pocos habitantes antes de que evolucionara la tecnología del regadío hacia el 5500 a.C. En el transcurso de los siguientes 2.000 años, dentro de un vasto periodo de tiempo que los

arqueólogos denominan época ubaidí (obeidiana), los pueblos progresaron lentamente, pero sentaron las bases para la primera sociedad urbana de la humanidad. Son muchos los eruditos que creen que fue durante este periodo cuando llegó a Mesopotamia un pueblo que ahora conocemos como los sumerios.

Se han encontrado poblados que se remontan al periodo ubaidí por todo el territorio iraquí y en las colinas que rodean los actuales Irán y Turquía. Estos poblados presentan muchos rasgos culturales comunes y todos ellos han contribuido a la comprensión de la primitiva sociedad urbana. Pero es el primer yacimiento excavado, Eridú, el que sigue siendo considerado el más esclarecedor. Eridú, ubicado en el extremo meridional de la llanura mesopotámica, parece haber alcanzado el grado más alto de evolución de todos estos poblados. El asentamiento original tal vez no fuese mucho mayor que los pueblos diseminados por los valles montañosos de la meseta que existían desde hacía varios milenios. Pero los habitantes de Eridú conocían los principios del regadío y las condiciones climatológicas extremas de Mesopotamia parecían favorecer el cultivo del trigo y la cebada, así como la existencia de ganado ovino, caprino y bovino.

Los arqueólogos descubrieron en Eridú lo que parecen ser templos edificados hacia el 3500 a.C. Este tipo de construcciones datadas en fechas tan tempranas podría indicar que la comunidad ya había adquirido por entonces unas dimensiones apreciables, según ciertas estimaciones, con una superficie de 10 ha y al menos 2.000 individuos. La existencia de tal cantidad de habitantes en un único asentamiento implica la evolución de las relaciones sociales hasta alcanzar un nivel nuevo de integración en el seno de la comunidad y una dependencia potencial de los poblados vecinos en cuanto a ciertos artículos de subsistencia.

Entre los años 3500 y 2900 a.C., espacio de tiempo conocido como los periodos protoliterario o Uruk y Jemdet Nasr, aumentó el número de poblaciones mesopotámicas, con más de 1.000 habitantes. La cerámica de dicho periodo revela una mayor organización de la producción agrícola y artesanal. Durante estos años la mayoría de las vasijas de barro se fabricaban en tornos o en moldes, procesos que permitían una mayor producción y normalización, fiel indicador de una economía comercial compleja. Otro de los descubrimientos significativos de este periodo son pruebas de los primeros intentos de escritura sobre piedra y arcilla. Gran parte de estos primeros escritos se utilizaron para llevar registros, otra prueba de la incansable evolución de la economía de Mesopotamia. Además, los edificios de esta época, que los arqueólogos asimilan a templos, reflejan la creciente complejidad y el aumento del tamaño de las comunidades. Algunos templos parecen estar agrupados, actuando seguramente como recintos sagrados, y otros estaban construidos sobre plataformas elevadas, conocidas más tarde como zigurats. El aumento del tamaño de la estructura probablemente refleja el cada vez mayor protagonismo religioso de las comunidades.

Los indicios procedentes de la época transcurrida entre el 2900 y el 2350 a.C., denominada primer periodo dinástico, muestran un crecimiento notable de la población con unas dos docenas de poblados que, por el mero tamaño de su población, bien pudieran denominarse ciudades. Durante este periodo la fabricación de vasijas cerámicas, artículos metálicos y tejidos se hizo cada vez más organizada, hallándose en manos de artesanos agrupados por especialidades. La piedra, la madera, los minerales metálicos y demás sustancias exóticas

llegaban hasta las ciudades de las tierras bajas y se transformaban allí en productos acabados para las minorías locales. Hacia el año 2500 a.C. la escritura se había extendido en toda la llanura mesopotámica. En esa misma época las comunidades comenzaron a adoptar la forma de ciudades modernas: áreas residenciales densamente pobladas con calles cortas y serpenteantes y edificios de varias plantas. Hasta entonces, los templos habían sido las construcciones más grandes de las ciudades, poniendo de manifiesto la importancia de las instituciones religiosas en la cultura de Mesopotamia. Al final de este periodo, los grandes edificios identificados como palacios parecen revelar una jerarquía secular creciente, al tiempo que la especialización de la actividad productiva y el acceso cambiante a los recursos económicos parecen apuntar a una mayor estratificación social.

A finales del incipiente periodo dinástico todo apunta a que los pueblos igualitarios de los primeros tiempos, gobernados eminentemente por principios de parentesco, habían evolucionado hasta constituir una jerarquía de pueblos y ciudades con clases sociales perfectamente definidas entre diferentes grupos de carácter gremial. A medida que fue aumentando la estratificación social, fueron apareciendo gobernantes de ciudades-estado que comenzaron a diferenciarse como reyes y jefes militares. Aún cuando no están claros los detalles de las luchas por el poder, la frecuencia cada vez mayor de los enfrentamientos entre las ciudades-estado políticamente independientes de Mesopotamia pone de manifiesto que el equilibrio de poder se decantó del lado de quienes ostentaban el control de los ejércitos.

Las primeras ciudades del mundo

En los siguientes milenios se produjeron cambios similares en el valle del Indo, en el sur de Asia; en el valle del río Amarillo (Huan g He), en China; y finalmente en el valle de Anáhuac (valle de México), en el continente americano. En estas y en otras muchas regiones coincidía el modelo de urbanización; sin embargo, existen fuerzas comunes subyacentes que contribuyeron de diferentes formas al crecimiento de las ciudades.

En el valle del río Indo, en lo que actualmente es Pakistán y la India, hacia el año 2400 a.C. surgió la llamada civilización del valle del Indo, conocida también como la cultura o civilización Harappa en honor a una de sus grandes ciudades. Se han descubierto cerca de 1.000 yacimientos pertenecientes a esa cultura, pero de todos ellos el mejor conservado es el de Mohenjo-Daro, situado en la actual Pakistán. Mohenjo-Daro y otros grandes yacimientos de la zona se caracterizan por grandes edificaciones de ladrillos cocidos dispuestos según un patrón cuidadosamente trazado. El rasgo más característico es la ciudadela, una parte de la edificación que se alza en un plano superior al del resto de la ciudad y que está cubierta por unas estructuras macizas. La alfarería profusamente decorada y ciertos objetos metálicos hallados en Mohenjo-Daro revelan que los grandes centros de la civilización del valle del Indo practicaban un intercambio activo de artículos. Es posible que esta civilización tuviese comercio con Mesopotamia, si bien apenas existe evidencia alguna. Asimismo, desarrolló su propio sistema de escritura con símbolos.

En los amplios valles fluviales del norte de China florecieron algunas de las primeras civilizaciones de Eurasia. En la llanura aluvial del río Amarillo, los poblados agrícolas neolíticos se agruparon en federaciones gobernados por caudillos y que se fusionaron al cabo del tiempo para formar un estado incipiente durante el II milenio a.C. La dinastía

Shang (Chang), estudiada a partir de sus mitos, sus escrituras primitivas sobre huesos de oráculos y las excavaciones arqueológicas, es una de las civilizaciones originales de China que se conoce con mayor profundidad. Hubieron de pasar generaciones hasta lograr centralizar el gobierno; la capital se trasladó a diferentes ciudades mientras los gobernantes eran elegidos de varios linajes diferentes. Sin embargo, el poder quedó investido definitivamente en una familia real y la ciudad de Anyang se convirtió en la capital permanente. Entre tanto, los miembros de la dinastía Shang desarrollaron una industria del bronce capaz de fabricar asombrosos barcos y herramientas en grandes cantidades.

Por último, el continente americano también produjo varias civilizaciones urbanas primitivas edificadas sobre diferentes bases. Entre las más destacadas se encontraban los pueblos del centro de México, que construyeron la ciudad de Teotihuacán, la primera gran urbe de América. La vida en los poblados agricultores surgió en México entre los años 2000 y 1000 a.C., relativamente tarde en comparación con otras regiones de Asia. Los fundamentos económicos también eran distintos, ya que el maíz constituía el cultivo principal, en lugar del trigo, la cebada o el arroz. Por otra parte, si se compara con sus homólogos de otras partes del mundo, los mexicanos apenas tenían animales domésticos, únicamente el perro y el pavo, mientras que la población asiática criaba ovejas, cabras, vacas y cerdos. No obstante, alrededor de los siglos I o II a.C. surgió una gran ciudad en el extremo septentrional del valle de Anáhuac, en las proximidades de la actual ciudad de México. Teotihuacán creció rápidamente, de manera asombrosa, hasta albergar a más de 100.000 habitantes. La construcción de los numerosos edificios centrales exigió una gran dosis de planificación. Teotihuacán fue el centro de la producción artesanal, del comercio y posiblemente del poder militar en todo el centro de México hasta su ocaso en el siglo VII d.C.

Las fuerzas básicas del urbanismo

El desarrollo de las sociedades urbanas en las distintas regiones del mundo siguió en cada caso un camino diferente. Sin embargo, desde un punto de vista más general, existen unos mismos procesos básicos siempre que se produce un intento de convivencia de una gran multitud de individuos. Un primer aspecto interesante consiste en que a todas las sociedades urbanas aquí descritas les sobrevino un periodo de menor urbanismo y menor gobierno políticamente centralizado, al que sucedió un resurgir del urbanismo y autoridad política. Es decir, al tiempo que existen multitud de fuerzas que impulsan el florecimiento del urbanismo y la autoridad política centralizada, otras fuerzas poderosas actúan simultáneamente en contra de tal desarrollo. Bien es cierto que las primeras han sido más poderosas a lo largo de los milenios, por cuanto el mundo se ha ido sufriendo una creciente urbanización, pero continúan actuando fuerzas de descentralización de poblaciones y gobiernos. A continuación analizaremos sucintamente los efectos de tres procesos importantes: la expansión de la producción de alimentos, el florecimiento de la industria y el comercio y una forma de gobierno cada vez más jerárquica.

Un requisito previo para el desarrollo de la sociedad urbana era la necesidad de expandir el suministro de alimentos. Esto se logró mediante una domesticación más eficaz, mayor cultivo de la tierra y estrategias de producción más intensivas. Cada una de estas mejoras en cuanto al rendimiento bruto de la producción agrícola conllevaba un coste. El aumento

del rendimiento de los animales domésticos y de las plantaciones a menudo obligaba a la especialización en un único cultivo o especie a fin de controlar mejor su multiplicación y desarrollar técnicas de cultivo y de cosecha. Aún cuando la especialización normalmente se traducía en una mayor producción, también exponía al agricultor a un mayor riesgo de fracaso. El aumento de la extensión de tierra a cultivar también generaba una mayor producción pero a costa de una mayor inversión de trabajo por unidad de producción. Este coste se derivaba en parte de la mayor distancia que el agricultor debía recorrer hasta los campos de labor y del hecho de que las tierras más fértiles ya estaban en explotación, por lo que los agricultores debían ampliar sus posesiones por los terrenos menos fértiles y, por consiguiente, menos productivos.

A lo largo de los milenios los métodos más eficaces para incrementar la producción de alimentos consistieron en intensificar las prácticas agrícolas a fin de obtener un volumen mayor de producción por unidad de superficie utilizada. Esto se consiguió haciendo plantaciones de mayor densidad, acortando el periodo de barbecho entre cosechas y aportando más cantidad de agua a las tierras por medio de regadío. Cada una de estas técnicas supuso una notable aportación al suministro alimenticio de la sociedad, pero los costes fueron ingentes al aumentar la inversión de mano de obra y la degradación potencial del entorno. Una mayor densidad y frecuencia de siembra podía reducir la fertilidad del suelo, mientras que un exceso de irrigación de las tierras podía anegar los campos y provocar un aumento de su salinidad. Ninguna de estas técnicas para incrementar la producción es inherentemente nociva, pero a la vista del contexto medioambiental y social, deben emplearse de forma sostenible pues, de lo contrario, acaban por reducir la capacidad de producción de la sociedad.

En líneas generales, las sociedades humanas han conseguido mantener satisfactoriamente dicho equilibrio. Pero con demasiada frecuencia entre las primeras civilizaciones del mundo la búsqueda de una mayor producción ha destruido la capacidad del entorno, dando lugar a alguna catástrofe. ¿Qué fue lo que indujo a estas sociedades altamente organizadas a valorar erróneamente la situación? Un aspecto significativo de la revolución urbana fue la cristalización del concepto de la propiedad privada y de los incentivos para producir excedentes agrícolas. En un mundo sencillo, un grupo, por ejemplo una familia, sólo produciría la cantidad de artículos requeridos por el grupo para cubrir sus necesidades de alimentación y vestido. Los incentivos para una mayor producción serían mínimos ya que la cantidad de comida adicional que se puede consumir es limitada. Sin embargo, hace entre 5.000 y 10.000 años esta situación se modificó y se comenzaron a producir enormes cantidades de excedentes agrícolas que se utilizaban para soportar la fabricación de objetos considerados como valiosos por el prestigio que conferían. Este hecho era más probable que ocurriese en una sociedad con unos conceptos de propiedad bien desarrollados, desigualdad social y relaciones de poder asimétricas.

Esta transformación fundamental en los mecanismos sociales se encuentra asimismo relacionada con otros dos procesos fundamentales del urbanismo: la industria y el comercio emergentes y la forma de gobierno crecientemente jerárquica. Con el establecimiento de la vida sedentaria en los poblados, los individuos pudieron acumular mayor número de posesiones materiales. A lo largo de los milenios, la fabricación de tales objetos, desde cerámica y herramientas utilitarias hasta artículos de embellecimiento personal, recayó en manos de los especialistas. Algunos artículos estaban fabricados con

materias primas que era necesario importar desde lugares lejanos. Este consumismo no podría haber existido de no haber producido los agricultores un exceso que pudiera destinarse a soportar este auge del comercio y de la industria. Muchos de los artículos utilitarios beneficiaban directamente a los agricultores, pero era preciso invertir una cantidad considerable de recursos para obtener las exóticas materias primas y fabricar artículos de prestigio que serían propiedad exclusiva de la nueva minoría emergente. Dicha minoría era la principal interesada en fomentar la industria y el comercio, ya que esto se traducía en la fabricación de artículos de prestigio que venían a reforzar su elevada posición.

La arqueología y la historia han demostrado en repetidas ocasiones que siempre que se han reunido grandes grupos de individuos, han favorecido formas jerárquicas de gobierno en detrimento de alternativas igualitarias más sencillas. Un gobierno jerárquico normalmente está dirigido por un miembro de la clase minoritaria selecta que obtiene un beneficio desproporcionado de la productividad de la clase común más numerosa. Estos miembros pertenecientes a la minoría selecta reafirman esta posición de favor repartiéndose los bienes acaparados a la clase más baja, armándose ellos y desarmando al pueblo llano, utilizando el monopolio de la fuerza para mantener el orden y mejorar la seguridad personal y, por último, formulando una ideología o religión que justifique su postura.

Es evidente que un cierto grado de administración centralizada de las actividades económicas y de arbitraje en los litigios siempre ha aumentado la productividad global de la sociedad. Sin embargo, el gobierno jerárquico presenta posibles aspectos negativos: las decisiones adoptadas por la minoría pueden favorecer los intereses de dicha clase, pero no los de la mayoría; la comunicación puede verse dificultada por la lejanía geográfica de los jueces; y, finalmente, los patrones de consumo de la minoría pueden fomentar un expolio insostenible del entorno. Los últimos 5.000 años han sido testigos de la mutua y continua influencia entre las ventajas y los inconvenientes de la sociedad urbana, pudiéndose observar centenares de casos prácticos de cómo la humanidad ha intentado equilibrar tales fuerzas.

Acerca del autor: Charles L. Redman es profesor de Antropología y director del Centro de Estudios Medioambientales en la Universidad Estatal de Arizona. Es autor, entre otras publicaciones, de *Human Impact on the Ancient Environment*.

Desarrollo de las civilizaciones e imperios en Mesopotamia, Egipto y el valle del Indo

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Maghan Keita, de la Universidad de Villanova, opina que el movimiento de personas, bienes e innovaciones contribuyó al desarrollo de tres civilizaciones fundamentales.



La cuna de la civilización

En Mesopotamia, conocida como la cuna de la civilización, surgieron algunos de los primeros asentamientos del mundo. Mesopotamia, cuyo nombre se deriva de la palabra griega que significa 'entre dos ríos', abarcaba el área entre los ríos Tigris y Éufrates, que en la actualidad constituye la mayor parte de Irak. La civilización sumeria, que surgió en la región aproximadamente en el año 3250 a.C., construyó un sistema de canales y las primeras ciudades del mundo.

Desarrollo de las civilizaciones e imperios en Mesopotamia, Egipto y el valle del Indo

Por Maghan Keita

A menudo los historiadores escriben sobre historia mundial en términos del desarrollo de las civilizaciones que fueron definidas por un imperio determinado. ¿Qué define a un

imperio y qué sugiere la creación de un imperio? Las regiones de Mesopotamia, Egipto (el valle del Nilo) y del valle del Indo son tres zonas ricas que permiten analizar cómo pueblos e ideas se agrupan para dar lugar a civilizaciones e imperios.

Imagine tres zonas escasamente pobladas pero con grandes reservas de agua y muy fértiles, en una época anterior a la historia escrita. Dos de estas zonas son valles fluviales y la tercera se encuentra situada entre dos ríos formando una rica llanura. Imagine que a estas regiones llegan pueblos para establecerse allí y dedicarse a cultivar plantas y domesticar animales. Estos territorios fluviales favorecen la práctica de la agricultura y la ganadería y su éxito atrae hacia estas zonas una migración humana y animal cada vez mayor. A medida que aumentan estas poblaciones, también lo hacen sus necesidades, generando unas formaciones sociales y político-económicas características de los espacios urbanos antiguos y de los estados de Mesopotamia y los valles del Indo y del Nilo.

Las civilizaciones de Mesopotamia, Egipto y del valle del Indo se caracterizan por una alta densidad de población, el desarrollo de procesos de urbanización y por la innovación cultural, elementos que están relacionados con el desarrollo del comercio y una mayor interacción cultural. Es decir, como imperios estas civilizaciones pueden ser imaginadas como agrupamientos de personas, bienes e ideas cuya existencia y dinamismo estaban basados en su movimiento e intercambio.

Las agrupaciones de personas, bienes e ideas sugieren diferenciación y diversidad, características específicas de los imperios. La riqueza tanto humana como material e intelectual de las regiones fue generando la necesidad de una organización como resultado de la innovación, la comunicación y el movimiento de las poblaciones.

Movimiento de personas

La formación inicial de estas civilizaciones se basó en el movimiento de personas hacia unas llanuras y valles fluviales que les permitían vivir y alimentarse, entornos que a menudo eran definidos por ellos como divinos y generadores de vida. La transformación de estos valles y llanuras en lugares capaces de alimentar a los diferentes pueblos que se asentaban en ellos fue uno de los primeros actos de innovación e intercambio cultural. Un sencillo ejemplo de este intercambio pueden ser las tecnologías de producción de alimentos. Una de las primeras innovaciones fue la elección de los tipos de alimentos de una región, así como los lugares de cultivo y las condiciones de cultivo de los mismos.

El uso del suelo y del agua en estos valles fue otro signo de innovación e intercambio. A pesar de que no disponemos de una visión clara de las tecnologías utilizadas en el valle del Indo, sabemos que en el caso de Mesopotamia la clave para hacer cultivable el llamado Creciente Fértil fue la tecnología de irrigación. De hecho, el regadío se convirtió en el factor clave de la civilización. Como consecuencia de la necesidad de regadío, los códigos religiosos y legales de muchas sociedades de Mesopotamia se basaron en el uso del agua.

Las civilizaciones de Egipto y del valle del Nilo estaban basadas en las ricas capas de aluvión que las inundaciones anuales depositaban a lo largo de las orillas del Nilo, en el delta y en los terrenos inundables. El uso de agua y la periodicidad de las épocas de inundación obligó a una serie de innovaciones tecnológicas tales como el calendario. Estas innovaciones culturales y tecnológicas también hicieron posible el crecimiento de grandes

poblaciones, dando lugar a que algunas de estas poblaciones llegaran a formar centros urbanos.

Las tecnologías agrícolas y ecológicas de estas sociedades atrajeron a inmigrantes y viajeros que a menudo traían mercancías e ideas que aportaban a la cultura de estas civilizaciones. Cada vez llegaban más personas y la densidad de población iba aumentando. La capacidad de estas zonas para alimentar a su población —capacidad que puede considerarse como *riqueza*— atraía cada vez a más pueblos.

Algunos de estos pueblos entraban en estas zonas de forma pacífica, mientras que otros utilizaban la fuerza para mantener o ampliar sus dominios geográficos y culturales haciendo gala de una actividad imperial. Esto daría lugar a un modelo interesante de construcción de centros urbanos como protección frente a las fuerzas invasoras, como se observa en los asentamientos amurallados del valle del Indo y los de inicios de la cultura mesopotámica. Sin embargo, aunque estos asentamientos amurallados repelían a los invasores, también los atraían. Los valles fluviales y las llanuras, así como su riqueza agrícola, favorecían la formación de ciudades. Las propias ciudades —tales como Harappa, en el valle del Indo; Ur, en Mesopotamia; o Menfis, en Egipto— se convirtieron en un exponente de la riqueza de estas regiones y en el emblema de sus respectivos imperios, sirviendo como puntos clave para permitir la expansión del imperio o resistir las amenazas de otras potencias.

A lo largo de los siglos estas tres civilizaciones se fueron desarrollando gracias al movimiento, la mezcla y el asentamiento de poblaciones en estos ricos valles y llanuras fluviales, al crecimiento de su población con el consiguiente aumento de la densidad, y a la expansión de los asentamientos para formar ciudades y más tarde también ciudades-estado, estados e imperios. De nuevo, se garantizaba así el movimiento y el intercambio de personas, bienes e ideas; a veces de forma pacífica y otras veces mediante la fuerza.

Intercambio de ideas y bienes

Las actividades históricas del valle del Indo, Mesopotamia y Egipto demuestran que diferentes pueblos entraron y salieron de estas zonas, lucharon por su espacio e intentaron controlar a otros pueblos y a sus bienes y recursos. Esta interacción tuvo profundas consecuencias sobre la idea que las personas implicadas tenían de sí mismas y de los demás, ya que sus ideas fueron puestas a prueba, desafiadas y, en muchos casos, modificadas. Las ciudades de estas regiones eran consideradas probablemente como símbolos de riqueza, por lo que a menudo grupos de dentro y fuera de la región intentaron controlarlas. Las ciudades de Mesopotamia, Egipto y el valle del Indo pueden analizarse en términos de riqueza de población, entendiendo el término riqueza como la capacidad de la población para producir bienes y servicios en cantidad, no sólo de tipo agrícola, sino también relacionados con habilidades relativas al trabajo de los metales, la cerámica o el comercio. Así, la riqueza significaba también un excedente que permitía a las ciudades y zonas controladas por ellos mantener una clase dirigente y administrativa y hasta tal vez un ejército. A menudo los excedentes de productos eran intercambiados, proporcionando riqueza a la zona y atrayendo a otros pueblos hacia ella. Tanto el valle del Indo como Mesopotamia y Egipto experimentaron los resultados de una población rica y productiva.

Esto se observa tanto en el movimiento de diferentes pueblos a través de Mesopotamia, desde los acadios hasta los asirios y los caldeos, como en las estructuras sociales, políticas y económicas que crearon. Las formas en las que estos pueblos entraron en Mesopotamia y las formas en que se mezclaron y se beneficiaron de ella indican movimiento e intercambio.

Nuevos patrones de lenguaje, tales como la sustitución inicial de la lengua acadia por la sumeria, demuestran las innovaciones producidas por estos movimientos e intercambios. El cambio de poder también fue uno de los resultados clave de estos movimientos e intercambios, como sucedió cuando los elamitas, que llegaron a continuación de los acadios, se hicieron con el control de la vida urbana de Mesopotamia y se mezclaron con las poblaciones locales. El conglomerado de pueblos, lenguas y culturas intervino en la creación de una visión del mundo nueva, aunque limitada.

En el 700 a.C., la extensión del imperio asirio lo vinculó literalmente a los egipcios a través de las actividades de búsqueda de un estado imperial. Esta vinculación puede expresarse como interacción e intercambio. A través del intercambio diplomático y la lucha militar se resolvieron los conflictos sobre las fronteras del imperio y las zonas de control. Dentro de las actividades diplomáticas, el matrimonio fue una forma muy visible que dio lugar a intercambios entre las familias reinantes, uniéndolas política y económicamente.

La relación entre egipcios e hititas ilustra este punto. En el siglo XIII a.C., ambas partes lograron dar fin a sus hostilidades gracias a un tratado de paz en el que el rey de los hititas ofrecía a su hija en matrimonio al faraón egipcio. Los ejemplos de hititas y asirios indican que estos matrimonios formaban parte habitual de la vida diplomática y política. Estos acuerdos a menudo producían el cese de las hostilidades, una mayor estabilidad regional y un mayor intercambio económico. Los matrimonios entre las clases gobernantes de estas sociedades muestran una forma de conceptualización del mundo. Si se estudia la mezcla de sociedades, en los niveles superiores encontramos documentación de interacciones que repudian las nociones modernas de raza, etnicidad, religión y nacionalidad. Los matrimonios políticos y los rehenes reales proporcionaron una forma de compartir cultura durante las divisiones y diferencias religiosas y étnicas y han contribuido a escribir la historia de la humanidad. En este caso, en el mundo antiguo existe documentación sobre estas relaciones que trascienden las nociones modernas de divisiones culturales y étnicas.

Las uniones matrimoniales, desde el Tigris y el Éufrates hasta el valle del Nilo, también revelan los mismos tipos de alianzas que tenían lugar desde la costa mediterránea hasta el interior de África. Las interacciones entre Egipto y Nubia (a menudo denominada Kush o civilización cusita) pueden ilustrar este punto. Heródoto escribe que las tropas egipcias del faraón Samético se exilaron a Nubia y allí declararon su lealtad al trono cusita, siéndoles entregadas esposas nubias. Flavio Josefo describe el conflicto de Egipto con Nubia durante el reinado de Seti, y cómo la novia nubia de Moisés, la princesa Tharbis, resolvió el conflicto entregando su ciudad a su futuro marido. Estos ejemplos sirven para mostrar la dinámica mucho más amplia de movimiento e interacción que caracterizaba a esta región.

El movimiento y la interacción también puede apreciarse en los choques de ejércitos, lo que puede haber supuesto una innovación tecnológica y cultural. Así, por ejemplo, muchos historiadores piensan que la confrontación entre hicsos y egipcios dio lugar a la adopción

por los egipcios de importantes innovaciones militares. En este conflicto los egipcios descubrieron las ventajas de las armas de hierro frente a las de bronce y la superioridad del carro como vehículo de asalto.

La interacción entre egipcios y nubios presenta muchas características comunes. La similitud de los rasgos clave de estas dos sociedades ha dado lugar a un importante debate sobre quién predominaba sobre el otro. La arquitectura monumental de ambas regiones, en especial sus pirámides y templos, es sorprendentemente similar. Los jeroglíficos de Nubia son una forma claramente reminiscente de las formas egipcias y están consideradas como una derivación de estas. Las instituciones reales en ambos estados y los órdenes religiosos que les rodeaban son claramente similares, hasta el punto de que unas veces eran los egipcios los que se sentaban en el trono nubio y otras veces los nubios los que dirigían al pueblo egipcio. En los niveles superiores de ambas sociedades se compartían fuertemente la cultura y las formas políticas. Toda esta actividad, en sus diferentes manifestaciones, estaba dirigida a controlar el acceso a los recursos, es decir, la riqueza de la zona.

El comercio entre los imperios

Dentro del movimiento y el intercambio que caracterizaba las civilizaciones del Indo, Mesopotamia y el Nilo, los imperios emergentes imponían una estabilidad que en ocasiones daba lugar a una mayor interacción entre los estados y los pueblos debido a la seguridad inherente al imperio. El ejemplo más sorprendente de este aumento de la interacción es el comercio. Muchos investigadores afirman que la concentración de pueblos en determinadas áreas y los cambios de densidad demográfica están relacionados con patrones de comercio. El crecimiento urbano puede explicarse analizando los espacios donde el comercio era posible y las formas en las que este comercio agrupaba a pueblos con sus bienes y servicios. Estos espacios necesitaban una cierta autoridad que les garantizase orden y seguridad. A partir de ahí podemos especular sobre el crecimiento del espacio urbano y sobre las instituciones y pueblos que los administraban.

Los bienes y la seguridad que ofrecían estos espacios urbanos atrajeron a comerciantes, los cuales no sólo viajaban de un lugar a otro transportando bienes e ideas, sino que también a menudo se establecían en lugares distantes, creando nuevas comunidades dentro de otras comunidades ya existentes. A veces, algunos de estos comerciantes hacían de embajadores llevando información de interés para el mantenimiento de buenas relaciones entre sus países de origen y los adoptados por ellos a través del comercio. Estos comerciantes también ayudaban a resolver asuntos que pudieran resultar problemáticos para sus compatriotas. Muchos de estos comerciantes emigrados se establecían en sus sociedades de adopción, añadiendo otro elemento de interacción y mezcla.

Bajo esta óptica, algunos de los estados que existieron en esta amplia zona comprendida entre el Indo y el Nilo fueron conocidos como estados comerciales y famosos por la reputación de sus mercaderes. La actividad comercial fue simplemente un componente más que ayudó a aglutinar una zona hasta formar una comunidad intercontinental.

Conclusión

Podríamos seleccionar cualquier aspecto esencial de una de estas tres zonas y verlo reflejado de alguna forma en las demás. La razón de este reflejo, así como sus diferencias, reafirma la idea de que el establecimiento de aquellos imperios, y de las civilizaciones que los representaban, no se debió a la creación de un espacio imperial independiente, sino más bien a una forma de ordenar la interacción entre posibles espacios separados.

Las estructuras de estas civilizaciones (imperios, estados o ciudades) no frenaron la interacción y el flujo de bienes, personas e ideas, sino que, por el contrario, lo favorecieron dando lugar a las primeras formaciones de lo que se ha denominado el mundo antiguo afro-euroasiático, es decir, la interacción entre los sistemas fluviales del Indo, Mesopotamia y el Nilo.

Acerca del autor: Maghan Keita es profesor asociado de Historia en la Universidad de Villanova. Entre sus numerosas obras se encuentran *Riddling the Sphinx: Race, the Writing of History, y America's Culture Wars*.

Migraciones polinesias

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Ian Campbell, de la neozelandesa Universidad de Canterbury, analiza uno de los mayores misterios de la arqueología y la antropología: cómo el pueblo polinesio pobló una de las regiones más remotas de la Tierra. En este estudio se revelan los interesantes medios con los que los científicos pudieron resolver este misterio y, lo que todavía es más importante, se describe una de las mayores migraciones de la historia.



Estatua de Kukailimoku

Esta estatua (anterior al año 1779) del dios de la guerra hawaiano Kukailimoku presenta vistosas plumas sobre una base de cestería con perlas de nácar y dientes de perro incrustados. En algunos casos se representó al dios Kukailimoku con enormes imágenes de madera colocadas sobre templos de piedra. Esta estatua, que pertenece al Museo Británico de Londres, mide 103,5 cm de altura.

Migraciones polinesias

Por Ian Campbell

Un observador situado en un satélite girando en órbita fija por encima del centro del océano Pacífico podría observar un hemisferio compuesto prácticamente sólo por agua. Las costas continentales de América y Asia escasamente podrían ser vistas en el perímetro de la visión de este hemisferio y las islas que salpican el océano parecerían diminutos

puntos separados entre sí por grandes distancias. Las islas de la mitad oriental del océano son los lugares con menor número de habitantes del planeta y todas ellas fueron descubiertas y ocupadas por gente que no conocían los metales, las ropas o la escritura y que no disponían de una tecnología de navegación avanzada. Estos pueblos han sido desde entonces denominados polinesios, nombre derivado de dos palabras antiguas griegas que unidas significan “muchas islas”.

Los primeros exploradores europeos del océano Pacífico quedaron asombrados por la existencia de estos pueblos dispersos. La similitud de las lenguas, culturas y aspecto físico de los isleños evidenciaba que se trataba claramente de un mismo pueblo. Sin embargo, menos evidente resultaba su procedencia y la forma en que habían llegado hasta allí. Algunos polinesios (especialmente tahitianos, hawaianos y tonganos) eran marineros expertos y capaces que manejaban embarcaciones de dos cascos de un tamaño considerable, algunas de ellas de más de 30 m de longitud. Sin embargo, las hazañas de navegación necesarias para colonizar islas separadas entre sí por cientos —y en algunos casos miles— de kilómetros parecía fuera del alcance incluso de estas gentes. Dado que carecían de mapas o instrumentos de navegación, los exploradores europeos pensaron que las islas habían sido colonizadas accidentalmente por pescadores naufragos impulsados por las tormentas y a merced del viento y del mar.

¿Origen sudamericano o asiático?

Los vientos y corrientes reinantes en el océano Pacífico se desplazan del este al oeste en las latitudes tropicales. Por lo tanto, la geografía parecía apuntar hacia una patria de origen en algún lugar de la costa del Pacífico de Sudamérica. Sin embargo, las lenguas polinesias tienen en común muchas palabras y expresiones de estructura y significado similares aunque no idénticos a las lenguas del Sureste asiático, especialmente las de Malaysia e Indonesia. Por lo tanto la geografía se oponía a la etnología: estos pueblos parecían proceder del oeste de Asia, pero dado que esto requería una navegación en contra de los vientos y corrientes reinantes, un origen occidental presuponía unos conocimientos de navegación superiores a los que parecían posibles.

Existía a su vez otro enigma: las islas polinesias no están adyacentes a Asia. Los archipiélagos más cercanos a Asia están habitados por un grupo diferente de personas, a los que los europeos denominaron melanesios (isleños negros). Tal vez los polinesios habían emigrado hacia el este y más tarde fueron seguidos por los melanesios, que se quedaron en las islas más cercanas. Sin embargo, esto también contradice a la etnografía. Los pueblos de Melanesia están divididos en miles de grupos diferentes que hablan unas 1.300 lenguas diferentes (aproximadamente un cuarto del total mundial) con una extraordinaria variedad de culturas. Por lo general, tienen también una piel mucho más oscura que la de los pueblos del este o sureste asiático o de cualquier lugar de Oceanía. Además, las culturas melanesias son tan diferentes entre sí que esto apunta hacia la teoría de que sus habitantes debían llevar establecidos en sus islas un periodo de tiempo extremadamente largo. Los polinesios, en cambio, aunque están mucho más diseminados son tan similares entre sí que su dispersión parece ser comparativamente reciente, sin que haya transcurrido el tiempo necesario como para que surjan culturas divergentes. El problema, por lo tanto, era explicar cómo estos emigrantes más recientes procedentes de Asia habían podido pasar a través de las islas diseminadas a lo largo y ancho de miles de

millas y habitadas en algunos casos por pueblos agresivos y bélicos sin ser absorbidos o eliminados por ellos. Además, nadie podía explicar cómo habían viajado en contra del viento y las corrientes.

Una posible explicación podía ser que los polinesios se hubieran desplazado a través y alrededor de Melanesia en una migración rápida y altamente organizada, bien en una flota única o en una oleada bastante compacta. Esta idea era defendida por teóricos con una visión más romántica que científica. Otra solución, más probable, podía ser una ruta de migración alternativa a través de un tercer grupo de islas al norte del ecuador y al norte de Melanesia denominado Micronesia ('pequeñas islas'). Los pueblos de Micronesia parecían tener más elementos culturales y físicos en común con los polinesios. Sin embargo, los polinesios tenían en común con los melanesios el uso de importantes plantas alimenticias y animales domésticos así como ciertos aspectos culturales. Los polinesios no habrían adoptado estas prácticas si hubieran viajado a través de Micronesia. Así la teoría de un sendero melanesio no podía ser fácilmente desechada.

Estas han sido las teorías sobre el origen de los polinesios durante más de un siglo. El problema parecía imposible de resolver pues todas las teorías posibles podían ser confrontadas con una evidencia seria en sentido contrario. El método de estudio era etnográfico, es decir, los hechos culturales se recogían en diferentes lugares y se comparaban con datos de otros lugares. Cuanto mayores y más numerosas son las similitudes, mayor es la probabilidad de unos orígenes y una historia comunes. Aunque este método seguía apoyando una teoría de origen asiático de los polinesios, no resolvía la cuestión del bloqueo melanesio o la confusa evidencia botánica. Tampoco explicaba cómo estos pueblos pudieron migrar a través de grandes extensiones del océano en contra de los vientos y corrientes reinantes sin disponer de una tecnología de navegación avanzada.

La teoría de Thor Heyerdahl

Un enfoque original para resolver el enigma lo propuso el antropólogo y explorador noruego Thor Heyerdahl, quien reavivó la teoría de un origen sudamericano. Al igual que otros antropólogos, Heyerdahl utilizó la evidencia etnográfica y botánica. Encontró leyendas en la Polinesia oriental que hablaban de migraciones procedentes del este, y observó que la planta alimenticia denominada patata dulce o batata (*kumara* o *kumala*) era sin duda originaria del Perú, donde también era conocida por un nombre similar (*cumar*). Existían, además, otras evidencias botánicas que apoyaban la posibilidad de una conexión americana. Algunos de los primeros colonizadores españoles de Perú registraron leyendas que indicaban el conocimiento de tierras al oeste y de viajes a ellas en grandes balsas de troncos. Las grandes esculturas y plataformas de piedra de la isla de Pascua, al oeste de Chile, también recordaban mucho los estilos y métodos sudamericanos. Aunque se ha demostrado que Heyerdahl estaba confundido en cuanto al trabajo en piedra, el resto de su evidencia supuso un gran apoyo a la teoría de una antigua conexión entre Polinesia y Sudamérica. Los vientos y corrientes tampoco resultaron ser un problema para la navegación, como pudo comprobar Heyerdahl en su famosa expedición *Kon-Tiki* en 1947, en la que navegó en una balsa desde Perú hasta Polinesia.

Sin embargo, Heyerdahl necesitaba explicar las similitudes lingüísticas con el Sureste asiático y la evidencia cultural y botánica de origen asiático. Sugirió que estas

características procedían de una gran migración circular, nuevamente a favor de los vientos y corrientes reinantes, iniciada en el sureste asiático, pasando por Japón, cruzando el Pacífico norte hacia Alaska, y más tarde descendiendo la costa norteamericana hasta la actual Columbia Británica. Desde allí, la migración se desplazaría hacia el suroeste hasta Hawái y el resto de Polinesia. Según Heyerdahl, los polinesios eran, por lo tanto, una población mixta de origen asiático y sudamericano. La teoría también explicaba algunos paralelismos sorprendentes entre las culturas de Polinesia y la Columbia Británica. Heyerdahl intentó así explicar muchas anomalías culturales que de otra manera resultaban inexplicables. Pero el argumento del Pacífico norte carecía de consistencia.

Las ideas de Heyerdahl atrajeron un soporte popular, más que científico. Sin embargo, su evidencia botánica básica de una conexión sudamericana resultaba innegable. Heyerdahl fue más allá y en 1955 inició una seria excavación arqueológica en la isla de Pascua. Algunos expertos pensaron que esto sería un esfuerzo infructuoso. Pero finalmente las excavaciones sirvieron para rechazar su teoría de la migración, dado que revelaron una tradición cultural polinesia continuada a lo largo de toda la historia de la isla de Pascua. Si las personas hubieran migrado a la isla en oleadas desde Asia y Sudamérica, la tradición cultural, casi con toda seguridad, habría variado a lo largo de la historia de la isla. Sin embargo, la presencia de la batata en la isla de Pascua y en toda Polinesia prueba que o bien los polinesios fueron a Sudamérica en un primer momento y luego volvieron, llevándose consigo esta planta entre otras, o bien los nativos sudamericanos viajaron hasta Polinesia. Nadie sabe cuál es la alternativa correcta, pero en cualquier caso se trató de una proeza extraordinaria de navegación y colonización.

Descubrimientos convincentes

Entretanto, otro científico inició unas excavaciones experimentales que dieron lugar a una teoría que dejó obsoleta la de Heyerdahl. Kenneth P. Emory del Bishop Museum de Honolulu (Hawái), inició una excavación en 1950 para enseñar a los estudiantes de la universidad de Hawái técnicas arqueológicas. No esperaba encontrar ninguna evidencia interesante y quedó sorprendido cuando la tierra le ofreció una secuencia de herramientas con una antigüedad de más de mil años. Además, las similitudes con herramientas encontradas en otros lugares permitieron establecer una relación histórica entre los diferentes lugares. Emory también estudió las relaciones entre las diferentes lenguas polinesias. Con esta nueva evidencia, que él publicó en 1959 en un artículo titulado “Los orígenes de los hawaianos”, Emory revolucionó el difícil “enigma polinesio”.

Emory sugirió que las diferencias entre melanésios y polinesios habían llevado a los investigadores a pensar de forma incorrecta que estos siempre habían sido diferentes. Por el contrario, él pensaba que los polinesios eran melanésios y no un pueblo llegado a través de Melanesia. Una vez alcanzado el Pacífico central (Tonga, Samoa y Fiji) se aislaron de las islas occidentales. En su aislamiento, su cultura y su físico desarrollaron diferentes características. Más tarde, grupos de estos pueblos se extendieron por el Pacífico oriental de forma relativamente rápida y reciente. Así, ellos habían mantenido sus similitudes culturales y al mismo tiempo habían logrado la dispersión de una cultura más amplia de toda la historia. Por lo tanto, los polinesios no eran un pueblo en sí mismos, sino que se convirtieron en polinesios a su llegada a Polinesia (en última instancia procedentes de Asia a través de Melanesia).

Cuatro décadas de intensa investigación habían apoyado la idea atrevida y original de Emory. El descubrimiento de que un tipo especial de cerámica, denominada Lapita por el lugar de la isla melanesia de Nueva Caledonia donde fue encontrada, era ampliamente utilizado desde Nueva Guinea a Tonga, prueba las raíces históricas de la cultura polinesia en las islas de Melanesia. Pero también confirma la antigua idea, desechada durante muchos años, de que los antepasados de los polinesios habían llegado desde el este o sureste de Asia hasta un grupo ya poblado de islas en el Pacífico occidental. Desde allí se extendieron muy rápidamente pero en número escaso por las islas orientales de Fiji, Tonga y Samoa. En los lugares en los que entraban en estrecho contacto con la población papúa inicial, se mezclaban con ellos para producir la gran variedad de culturas actuales de Melanesia.

Las similitudes de las diferentes lenguas ayudan a probar también esta teoría. Las lenguas de muchas culturas melanésias (especialmente de los grupos de la costa) son lenguas austronesias (de las islas del sur). Estas lenguas están relacionadas con las lenguas polinesias porque todas ellas derivan de la lengua de los inmigrantes ceramistas. Otros melanésios hablan una serie de lenguas mucho más antiguas, denominadas de forma colectiva no-austronesias, tan diferentes entre sí que nadie podría decir si todas ellas tienen un origen común. Las lenguas austronesias incluyen las habladas en Micronesia, varios cientos de lenguas melanésias y la mayoría de las lenguas de islas del sureste asiático, Malaya y Tailandia, y también las lenguas del lejano Madagascar en el extremo occidental del océano Índico cerca de la costa de África.

Estudios recientes y complejos de moléculas de genes humanos confirman la evidencia lingüística sobre las relaciones polinesio-melanésio-asiáticas. También demuestran que los micronesios descienden de los mismos austronesios originales. La arqueología, mientras tanto, ha proporcionado evidencia sobre la cultura de los polinesios originales, conocidos actualmente, por lo general, como el complejo cultural Lapita y ha establecido una cronología para las migraciones polinesias.

La gran migración

Los primeros en llegar a las islas Salomón fueron los papúes procedentes de Nueva Guinea tal vez hace 40.000 años. Esto ha sido el límite de la colonización humana de Oceanía hasta hace aproximadamente 4.000 años. Hacia esta época, los ceramistas de habla austronesia llegaron procedentes de algún lugar del este o sureste asiático y lo hicieron en embarcaciones muy superiores a cualquier otra conocida por la humanidad. A lo largo de unos doscientos años se fueron extendiendo por las zonas costeras de Nueva Guinea, islas Salomón, Vanuatu y Nueva Caledonia. Otros grupos, bien como parte de este movimiento o directamente desde algún lugar de Asia (o una combinación de ambos) se desplazaron a las islas de Micronesia, al norte de Nueva Guinea. Probablemente hace unos 3.500 años, el pueblo lapita (denominado así por su cerámica) cruzó el amplio mar entre Vanuatu y Fiji y ocuparon de forma muy dispersa las islas Fiji, Samoa y Tonga. Durante tal vez mil años o algo más la migración no prosiguió y las diferentes colonias dieron lugar a las diferentes culturas de Fiji, Tonga y Samoa. A continuación, y por razones desconocidas, comenzó una nueva migración hacia las islas de Polinesia oriental. La mayoría de los arqueólogos están de acuerdo en que las principales islas fueron descubiertas y colonizadas en menos de doscientos años, pero no hay acuerdo sobre si esto se produjo en los primeros o en los

últimos siglos del I milenio d.C. La primera evidencia fechable procede de las islas Marquesas e indica una colonización hacia aproximadamente el año 300 a.C. Sin embargo estas fechas son discutibles.

La isla de Pascua fue probablemente una de las primeras islas polinesias orientales que fueron colonizadas. El siguiente movimiento importante se dirigió hacia Hawái, aunque las fechas también son muy discutibles. Hawái lleva habitado como mínimo 1.000 años e incluso puede que 2.000 años. Dudas similares existen en el caso de Nueva Zelanda en el extremo meridional de Polinesia. Nueva Zelanda estaba ocupada por polinesios en el siglo XIII d.C., y posiblemente desde el siglo IX d.C. Sin embargo, algunos arqueólogos sugieren que podría haber sido antes, aunque su evidencia no está clara. En un momento o en otro, todas las islas dentro de lo que actualmente se denomina el triángulo polinesio estaban habitadas, pero cuando los europeos llegaron, algunas de las islas pequeñas, más aisladas, y a menudo áridas, habían quedado deshabitadas.

Entre tanto, la explicación de cómo los austronesios habían llegado hasta estas lejanas islas seguía pendiente de una solución. Las ideas románticas sobre viajes épicos dejaron paso a mediados del siglo XX a la estricta lógica del neozelandés Andrew Sharp. Según Sharp, que utilizó una amplia colección de evidencias etnográficas, la colonización polinesia había sido el resultado de una desviación accidental durante el viaje. Para ello citaba numerosos casos de personas que habían sido encontradas absolutamente perdidas lejos de sus hogares. También demostró que las plantas alimenticias básicas y los animales domésticos no se encontraban en todos los lugares y afirmaba que esto demostraba que la migración no había sido intencionada. Aunque más tarde modificó su teoría, continuó manteniendo una interpretación minimalista de las capacidades de navegación de estos pueblos que no sabían leer ni escribir, hacer mapas o fabricar herramientas de metal.

Los puntos de vista de Sharp fueron aceptados entre geógrafos y antropólogos hasta que fueron rebatidos por otro neozelandés, David Lewis. Lewis estudió las leyendas de viajes polinesios con sus referencias a las estrellas, las estaciones del año y las condiciones del mar durante un viaje desde Tahití a Nueva Zelanda en 1965. Posteriormente, realizó una amplia investigación sobre la navegación tradicional polinesia, profundizó en fuentes escritas y orales que describían prácticas de navegación de los siglos XVIII y XIX y, además, buscó y encontró hombres en Polinesia, Melanesia y Micronesia que, a pesar de la modernización, todavía recordaban los métodos antiguos de navegación.

El resultado fue la convicción de que los antiguos polinesios sabían realmente realizar viajes de exploración, regresar a sus patrias y volver a encontrar el lugar descubierto para colonizarlo. Cuando un navegante avezado se perdía en una tormenta o era sacado de su rumbo, sabía fijar su posición y encontrar el camino de vuelta al hogar o dirigirse a otra isla conocida.

Estas revelaciones aclararon uno de los últimos misterios de los orígenes polinesios y han sido apoyadas posteriormente por la reciente repetición del viaje original en canoa realizado por el antropólogo estadounidense Ben Finney. Su viaje en la canoa *Hokule'a*, desde Hawái a Tahití en 1976, ha abierto las puertas a otros muchos viajes de este tipo realizados por isleños de diferentes zonas del Pacífico. Los múltiples viajes realizados con éxito utilizando los conocimientos de navegación y las artesanías tradicionales prueban

básicamente que los primitivos polinesios podían viajar a puntos alejados a cientos o miles de millas.

Así, la solución al “enigma polinesio” resulta ser más simple y obvia de lo que los investigadores habían pensado. Sin embargo, el conseguir las pruebas y demostrar cómo los polinesios realizaron su colonización ha requerido décadas de intensa investigación en diferentes disciplinas. Durante un tiempo los enfoques disciplinarios individuales alejaron a los investigadores de la respuesta correcta y plantearon diferentes problemas. La evidencia botánica, por ejemplo, indica un contacto humano antiguo y directo entre Sudamérica y Polinesia, pero quién fue responsable de este contacto, cuándo y por qué, será algo que probablemente no se llegue a saber nunca. Pero al final la colaboración interdisciplinaria ha demostrado que la mayoría de las piezas encajan entre sí.

Acerca del autor: Ian Campbell es profesor de Historia en la neozelandesa Universidad de Canterbury. Es autor, entre otras muchas publicaciones, de *A History of the Pacific Islands*.

Religión y comercio en Asia desde el 1000 a.C. hasta 1400 d.C.

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Richard Foltz opina que la difusión de religiones y creencias religiosas en Asia se produjo de forma simultánea con el desarrollo del comercio a lo largo de la Ruta de la Seda.



Tumbas en la Ruta de la Seda

La fotografía muestra una serie de tumbas de tierra situadas al borde de la actual carretera que une Pakistán y China (a su paso por la cordillera de Karakorum, en el sistema montañoso del Himalaya), la cual sigue parte del trazado de la antigua Ruta de la Seda. Ésta, que vinculaba comercialmente China y la ciudad de Roma a través de los casi 6.000 km de su recorrido, empezó a utilizarse hacia el 100 a.C. para casi desaparecer en el siglo V y resurgir durante el siglo XIII.

Religión y comercio en Asia desde el 1000 a.C. hasta 1400 d.C.

Por Richard Foltz

Desde hace muchos siglos, la mayoría de las religiones del mundo han seguido un patrón similar de crecimiento y difusión desde el oeste hacia el este a lo largo de la ruta comercial transasiática conocida como la Ruta de la Seda. El budismo, el cristianismo, el maniqueísmo (fe antiguamente muy expandida que desapareció en el siglo XVI) y el islam fueron transmitidos principalmente a través de los viajes de mercaderes y misioneros que se unían a sus caravanas. A medida que aparecían nuevas comunidades religiosas por toda Asia, su permanencia dependía en gran parte del apoyo de estos comerciantes. Así, la relación entre las tradiciones religiosas y los comerciantes era de dependencia; desde el

punto de vista histórico, la propia idea de religión mundial está indisolublemente unida a la actividad comercial de larga distancia.

Desde el 1000 a.C hasta el 200 d.C.

La Ruta de la Seda discurría por el extremo sur de la estepa central de Eurasia, en el punto de unión de las secas llanuras y las montañas, allí donde las corrientes de escorrentía proporcionan un suministro de agua fiable. En esta zona ecológica de transición algunos emigrantes se asentaron y fundaron ciudades-oasis donde los viajeros pudiesen descansar, reabastecerse y comerciar. La Ruta de la Seda debe su nombre al comercio de seda china, producto muy apreciado en la Roma imperial, en dirección este-oeste. A su vez, los comerciantes llevaban a China oro, plata y lana. Un fragmento de seda descubierto en una tumba egipcia fechada aproximadamente en el año 1000 a.C. es una de las primeras evidencias de este tráfico, aunque algunos investigadores opinan que la actividad de la ruta había comenzado algunos siglos antes. Los persas de la estepa probablemente jugaron un papel importante en el transporte de productos a través de distancias tan amplias. También es posible que los antiguos israelitas, antepasados de los judíos, comerciaran a través de la Ruta de la Seda. La tradición judía afirma que los mercaderes israelitas ya comerciaban con China en el siglo X a.C., durante el reinado del rey David, aunque este dato no ha podido ser confirmado. Sin embargo, sí es seguro que en el año 722 a.C. los israelitas vivían en el mundo oriental persa, porque sus conquistadores asirios les habían trasladado en cautiverio hasta allí. Los patrones de la actividad comercial judía posterior sugieren que los israelitas trasladados al área persa probablemente se dedicaron al comercio.

En la edad antigua, las religiones carecían de una actividad proselitista de carácter misionero. Las tradiciones religiosas típicas eran consideradas como atributos culturales específicos, no como verdades universales que debían ser adoptadas por todos los pueblos. Así, por ejemplo, las religiones de los persas e israelitas se difundieron ampliamente por el mundo antiguo, pero los pueblos con los cuales comerciaban percibían su influencia religiosa más como ideas extranjeras interesantes que como una verdad espiritual última de la que dependía la salvación. Los beneficios de un enfoque religioso particular probablemente eran considerados como propiedad inalienable de la cultura que lo poseía. Por ejemplo, aunque los chinos creían claramente que los sacerdotes persas tenían especiales habilidades de adivinación, la idea de convertirse a una religión persa hubiera sido impensable para los chinos porque la espiritualidad del sacerdote no implicaba ninguna doctrina que afirmase su exclusividad con un único dios. Y sin embargo los chinos utilizaron a los sacerdotes persas hasta el periodo mongol, que comenzó en el siglo XIII d.C.

Cuando el rey persa Ciro II el Grande liberó a los judíos cautivos en Babilonia en el 559 a.C., muchos de éstos decidieron quedarse a residir dentro del Imperio persa. En el este, ello significaba la unión con las comunidades de exiliados israelitas existentes. Al mismo tiempo, estos pueblos permanecieron en contacto con otros grupos hebreos desde Babilonia a Egipto, probablemente a través del comercio. Aquellos que vivían en el mundo persa llevaron diferentes aspectos de la cultura persa a los habitantes de otras regiones, y de esta forma muchas ideas religiosas persas fueron absorbidas por el judaísmo y, más tarde, por el cristianismo, el maniqueísmo y el islam. Entre estas ideas se encontraba una

visión escatológica (sobre el fin del mundo) y las creencias en un salvador mesiánico, la resurrección del cuerpo, el juicio final, un paraíso celestial, un infierno para los pecadores y una fuerza sobrenatural responsable del mal.

Hacia el siglo IV a.C., había arraigado en la India una nueva filosofía religiosa que, a diferencia de las religiones anteriores, afirmaba ofrecer un camino abierto y universal hacia la salvación. El budismo fue la primera religión proselitista del mundo y sus misioneros viajaron por todo el mundo comunicando su mensaje. La difusión del budismo estaba directamente relacionada con el comercio de larga distancia. Para los misioneros, como para todos los demás viajeros, el único medio viable de afrontar los peligros y dificultades inherentes al viaje era unirse a las caravanas de mercaderes. En muchos casos los propios misioneros eran también mercaderes. A medida que el budismo se extendió y la tradición de ascetas itinerantes dejó paso a la fundación de monasterios, los seguidores laicos que apoyaban económicamente estas instituciones eran a menudo viajantes de negocio.

Una leyenda del budismo Theravada (una de las dos principales ramas del budismo) relata que dos mercaderes que viajaban desde Asia central encontraron al propio Buda durante un viaje a la India. Quedaron subyugados por sus enseñanzas y al volver a sus hogares fundaron en Bactra (Balj, en el actual norte de Afganistán) el primer templo budista de la Ruta de la Seda. Aunque esta leyenda no ha podido ser confirmada mediante evidencia histórica, resulta creíble y en los siglos siguientes Bactra se convirtió en uno de los principales centros budistas. La Ruta de la Seda permitió el paso de influencias tanto del este como del oeste, y se ha sugerido que la otra rama principal del budismo, la Mahayana, que domina en China, Japón y Tíbet, surgió no en la India sino en Asia central, gracias a este constante tráfico de culturas e ideas.

Muchas de las principales características del budismo Mahayana muestran influencias persas, tales como la función soteriológica (salvación) de los bodhisattvas (personas que ayudan a los demás a alcanzar la salvación) y la asociación del Buda Amitabha con la luz divina. Las influencias griegas entraron en esta mezcla cultural con las conquistas en Asia central y en la India del rey de Macedonia, Alejandro Magno, hacia el 320 a.C. El arte representativo budista parece derivar de las tradiciones helenísticas, y numerosas historias griegas, incluida la abducción de Ganímedes y la historia del caballo de Troya, aparecerían más tarde bajo formas budistas indias. Tras los ejércitos de Alejandro fueron los comerciantes y colonos griegos los que actuaron de conductos culturales entre la India, el Asia central y el Mediterráneo.

Los principales transmisores del budismo a China fueron los pueblos persas de Partia, Bactriana y Transoxiana (Sogdiana), cuya ventajosa posición entre el este y el oeste les permitió actuar de intermediarios a lo largo de la Ruta de la Seda. En particular los sogdianos establecieron comunidades a lo largo de las rutas comerciales desde Irán y la India hasta China, y para reforzar las relaciones con sus socios comerciales aprendían las lenguas locales y adoptaban las costumbres locales de los lugares a donde iban. Cuando trataban con budistas eran receptivos al proselitismo de sus socios y, una vez convertidos al budismo, adoptaban sus enseñanzas y hacían partícipes de la nueva religión a sus congéneres sogdianos y a otros socios de negocio más hacia el este. Este patrón lo

repitieron los mercaderes sogianos en siglos posteriores con el cristianismo, el maniqueísmo y el islam.

No parece que el budismo consiguiese muchos adeptos en la zona occidental del este de Irán, dado que no se han observado grandes influencias de religiones índicas sobre el mundo mediterráneo hacia el siglo I d.C. Sin embargo, resulta interesante analizar los posibles paralelismos entre el budismo y la siguiente fe universal, el cristianismo, que también desarrolló un esfuerzo misionero sofisticado y concertado desde los mismos inicios de su andadura histórica.

Las religiones de China no se transmitieron hacia occidente. Como era normal en las creencias tradicionales, la mayor parte de los taoístas y confucianos no realizaron proselitismo fuera de las fronteras de China dado que consideraban sus ideas como íntimamente ligadas a la cultura china. La poderosa influencia de los chinos sobre otros pueblos del este de Asia se debió en gran parte a que su civilización era la más poderosa del este asiático.

Entre el 200 y 1400 d.C.

El cristianismo

Gran parte de los primeros cristianos eran judíos que difundieron el cristianismo a través de redes comerciales judías con base en la antigua Babilonia. Durante los primeros siglos de la era cristiana, las disputas doctrinales llevaron a los cristianos orientales a afirmar cada vez más su independencia frente al liderazgo del cristianismo mediterráneo. A finales del siglo V d.C., la Iglesia oriental, con sede en la capital persa de Ctesifonte, en Mesopotamia, se escindió de la Iglesia de Roma. En el año 497, un sínodo de obispos orientales declaró el nestorianismo (una teología que confirmaba la diferencia entre la naturaleza humana y la naturaleza divina de Jesucristo) como su doctrina oficial.

Fue esta rama nestoriana del cristianismo la que los comerciantes persas y sogianos transmitieron hacia el este por la Ruta de la Seda. A mediados del siglo VII se fundaron obispados nestorianos en Samarcanda (centro de Uzbekistán) y Kashgar (en la actual región autónoma uigur de Xinjiang, en China). En las estepas, los sacerdotes nestorianos persas que hacían milagros, considerados por los turcos como chamanes especialmente poderosos, bautizaron a gran cantidad de tribus nómadas turcas.

En el 635, una misión nestoriana encabezada por persas llegó a la corte imperial china en Chang'an (actualmente Xi'an) llevando consigo escrituras cristianas. Estos textos, que rápidamente fueron traducidos al chino, indican que la mezcla de ideas y símbolos típica de la Ruta de la Seda estaba transformando el cristianismo oriental. A las escrituras se les denominó sutras y a los santos cristianos budas. En el 781, la comunidad cristiana de Chang'an conmemoró sus primeros 150 años de existencia erigiendo una columna, que era el símbolo nestoriano. La inscripción de la columna describe las ideas cristianas en términos extraídos del budismo, confucianismo y taoísmo.

El maniqueísmo

A principios del siglo III, surgió otra religión proselitista universal en la zona cultural semítico-persa de Mesopotamia: el maniqueísmo. Su profeta, Mani, nacido de padres partos pertenecientes a una secta bautista judeocristiana, marchó a los 20 años en viaje a la India, donde también absorbió diferentes influencias. Su religión procedía de tradiciones semíticas, persas e indias combinadas con una creencia en el gnosticismo (la salvación a través del conocimiento secreto). Postulaba un universo radicalmente dual en el que el bien y el mal se encontraban en constante lucha. Junto con ciertos conceptos budistas tales como la reencarnación, Mani adoptó la estructura social en cuatro partes del budismo, dividida entre monjes y laicos masculinos y femeninos.

Mani, que se denominaba a sí mismo apóstol de Jesucristo, gozó durante un breve periodo del apoyo del emperador persa de la dinastía Sasánida, Sapor I, y con su protección oficial lanzó un programa misionero de gran éxito. En poco tiempo sus enseñanzas alcanzaron una importante popularidad en las áreas mediterránea y persa, convirtiéndose en una grave amenaza para las demás opciones religiosas. Su principal rival en la corte Sasánida era Kartir, el máximo sacerdote de la religión monoteísta persa de Zoroastro. Kartir deseaba hacer del sistema religioso zoroastrista la religión estatal oficial. Los esfuerzos de Kartir triunfaron y Mani fue enviado a prisión, donde falleció en el año 276 a la edad de 60 años.

A pesar de la persecución a que fueron sometidos sus seguidores por parte de los imperios de Roma y de los Sasánidas, el maniqueísmo siguió difundiéndose y ganando adeptos. En el este, los mercaderes sogdianos jugaron una vez más un papel primordial en la transmisión de la religión por la Ruta de la Seda, a través de sus comunidades de comerciantes. Se estableció uno de los principales centros maniqueístas en la capital sogdiana de Samarcanda, fuera del alcance de los Sasánidas. Desde allí los misioneros maniqueos viajaron a China, donde presentaron su religión ante la corte imperial, a finales del siglo VII.

En el 763, los maniqueos sogdianos que vivían en la ciudad de Luoyang obtuvieron audiencia ante el rey de los turcos uigures, al que el emperador chino había invitado para que le ayudara a sofocar una rebelión. Los sogdianos convencieron a los uigures a su capital al norte de la cadena montañosa de Tian Shan y finalmente consiguieron convertir al rey a su fe. Bajo el patronazgo del rey turco, el maniqueísmo se convirtió en la religión oficial del reino uigur hasta 840, y varios siglos después esta religión todavía tenía gran número de adeptos turcos. La gran mayoría de los textos y pinturas maniqueas existentes actualmente procede de los monasterios del siglo X de la región de Turfan, en el oeste de China. Los monasterios maniqueos, como los budistas, obtenían el grueso de su financiación de donaciones de seguidores laicos, especialmente comerciantes.

En el oeste, los misioneros maniqueos presentaron su religión como una forma más auténtica del cristianismo. En el este, hicieron lo mismo y presentaron su fe disfrazada en gran medida como budista. Cuando el cristianismo se convirtió en la religión oficial del Imperio romano en el 313, los maniqueos fueron perseguidos como herejes. La persecución fue tan fuerte que hacia el siglo VI el maniqueísmo pareció haberse extinguido en gran medida en Europa, aunque más tarde se observaría la influencia del maniqueísmo en los

movimientos medievales de los cátaros en la Provenza (en la Francia actual) y de los bogomilos en los Balcanes.

En el este, el maniqueísmo perduró hasta al menos el siglo XVI. Todavía existe un templo maniqueo en la ciudad de Cao'an (Ts'ao-an), cerca de Quanzhou, en el sureste de China, aunque sus fieles creen actualmente que la estatua de Mani situada en el patio es una imagen de Buda.

El islam

A comienzos del siglo VII surgió el islam en el oeste de Arabia. El profeta Mahoma, su fundador, comenzó su carrera como viajante de negocios. Según su modelo, en el islam se concede un estatus más elevado a las profesiones comerciantes que en otras tradiciones culturales. Las conquistas árabes seguían rutas comerciales internacionales y, como resultado, la legislación islámica cada vez regulaba en mayor medida el mercado. Hacia el 711 los árabes habían conquistado Transoxiana (en el sureste de Asia central) y los comerciantes sogdianos volvieron a percibir las ventajas de pertenecer a una cultura con contactos comerciales de gran alcance.

Las misiones comerciales árabes llegaron a China pocos años después de la muerte de Mahoma, estableciendo conexiones mantenidas posteriormente por los musulmanes persas y sogdianos. El mercader persa, durante mucho tiempo un símbolo del folclore chino, se convirtió en una imagen islámica, aunque los chinos no hacían diferencia entre los comerciantes musulmanes y los judíos.

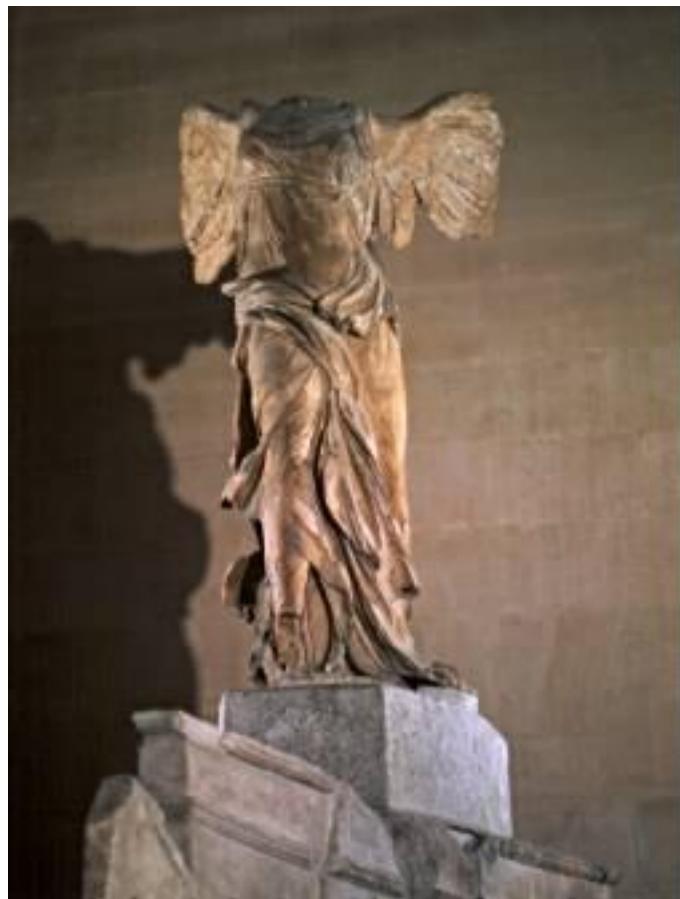
Durante la hegemonía de los mongoles en los siglos XIII y XIV, prosélitos de todas las creencias occidentales ocuparon diferentes puestos en China, aunque sus destinos estaban vinculados a sus patronos. Con la caída de la dinastía mongol Yuan en 1368, el periodo de paz que tanto había favorecido el comercio transasiático tocó a su fin. Rotas sus conexiones con los centros culturales en Occidente, el zoroastrismo, el judaísmo, el maniqueísmo y el cristianismo fueron desapareciendo de la escena en el este de Asia. El islam quedó como fe minoritaria de turcos y musulmanes chinos del pueblo hui. Sólo el budismo se había adaptado e integrado lo suficiente como para seguir siendo una fuerza viva dentro de la sociedad china.

Seiscientos años después, el legado de la Ruta de la Seda puede encontrarse en forma de incisiones en algunas rocas, en antiguos templos budistas o tumbas de tierra. La Ruta de la Seda también legó creencias espirituales que llegaron a convertirse en “religiones mundiales” transmitidas por las caravanas del comercio entre Oriente y Occidente, que llegarían a difundirse a través del tiempo y del espacio por todo el mundo.

Acerca del autor: Richard Foltz ha sido profesor en las universidades de Columbia y Brown, así como en el Gettysburg College.

El legado de Alejandro III el Magno

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Stanley Burstein examina el periodo helenístico y describe el gran desarrollo cultural que tuvo lugar a raíz de la muerte de Alejandro Magno.



La Victoria de Samotracia

La Victoria de Samotracia (Museo del Louvre, París), conocida también como la *Victoria alada*, fue realizada en mármol hacia el 190 a.C., y es una de las esculturas griegas más famosas del periodo helenístico. Mide 2,4 m, y se creó originariamente como parte integrante de un conjunto escultórico que representaba a la diosa de la victoria sobre la proa de un barco de guerra.

El legado de Alejandro III el Magno

Por Stanley Burstein

El reinado de Alejandro III el Magno abrió una nueva era que los historiadores llaman periodo helenístico. Éste se extiende desde el acceso de Alejandro III al trono de Macedonia en el 336 a.C. hasta la conquista romana de Egipto, hacia el 30 a.C. Durante la mayor parte de esos tres siglos, una serie de reinos gobernados por monarcas macedonios dominaron el Mediterráneo y Oriente Próximo. Los griegos y la cultura griega disfrutaron de un prestigio sin precedentes en toda esta vasta región. El arte y la literatura florecieron, y los sabios griegos hicieron descubrimientos y formularon teorías que permanecieron en

el núcleo de la ciencia occidental e islámica hasta la revolución científica del siglo XVIII. Pocas épocas han dejado un legado tan rico.

Alejandro Magno y el origen del periodo helenístico

El padre de Alejandro, Filipo II, transformó el antaño débil reino de Macedonia en la potencia militar más fuerte del Mediterráneo oriental y los Balcanes. Sin embargo, los logros de Filipo pudieron irse al traste con su asesinato el 336 a.C., y Alejandro, entonces con 20 años, ascendió al trono enfrentándose a una guerra civil en el interior y una rebelión entre sus vasallos de más allá de sus fronteras. No obstante, Alejandro sobrevivió contra todas las expectativas. En los trece años de su reinado, llevó al Ejército macedonio hasta la frontera occidental de la India y conquistó completamente el Imperio persa, que había dominado el occidente de Asia durante más de dos siglos.

Las conquistas de Alejandro hicieron posible un nuevo orden en el Mediterráneo y en Oriente Próximo. Su inesperada muerte en Babilonia en el verano del 323 a.C., sin embargo, le impidió establecer una formación política estable en su vasto imperio. Quedó a sus sucesores la tarea de determinar la naturaleza de su legado. Este proceso fue largo y violento. Transcurrieron cuatro décadas de guerras civiles entre los generales de Alejandro hasta que surgió un nuevo orden en los territorios del antiguo Imperio persa. Tres reinos gobernados por dinastías macedonias dominaron la nueva situación en la zona: los Tolomeos en Egipto, los Seléucidas en Oriente Próximo y los Antigónidas en Macedonia. Estos reinos proporcionaron un marco para la actividad cultural y política hasta que el avance de Roma por el oeste y de los partos por el este pusieron punto final al mundo creado por Alejandro.

El nuevo mundo de los reinos macedónicos

La emergencia de los nuevos reinos macedónicos cambió el carácter del mundo que conocían los griegos. La mayoría de los griegos aún vivía en ciudades-estado; sin embargo, la suerte de las ciudades griegas variaba. Algunas ciudades, como Esparta, fueron hundiéndose en la insignificancia. Otras encontraron nuevas funciones y prosperaron. Atenas, por ejemplo, se convirtió en un centro cultural y educativo. Los estudiantes venían de todo el mundo griego a Atenas, tanto a las viejas escuelas filosóficas fundadas por Platón y Aristóteles, como a las nuevas escuelas estoicas y epicúreas establecidas por Zenón y Epicuro. La naturaleza de las relaciones entre las ciudades también cambió. La frecuencia de las guerras entre ciudades-estado decreció, aumentaron los acuerdos pacíficos para solventar las disputas y la expansión de ligas federales como la Liga Etolia o la Liga Aquea revelaba un nuevo interés por la integración y la cooperación políticas. Inevitablemente, no obstante, las ciudades de Grecia jugaron un papel cada vez menos importante en la vida política de un mundo dominado por los grandes reinos macedónicos.

La literatura griega que subsiste nos dice poco sobre la organización y el día a día de los reinos macedónicos que dominaron el periodo helenístico. Afortunadamente, los restos arqueológicos (inscripciones y, en particular, papiros) ha permitido a los historiadores trazar un fresco de los reinos helenísticos. El estudio de estas fuentes ha demostrado que los reinos eran estados de conquista cuya organización estaba basada en dos principios fundamentales. En primer lugar, el reino y su población pertenecían al rey por derecho de conquista; y en segundo lugar, los asuntos del rey tenían prioridad sobre cualquier otra

consideración. Estos dos principios eran comunes a todos los reinos macedónicos. Su aplicación fue más clara, sin embargo, en el caso del Egipto gobernado por la dinastía Tolemaica, donde la abundante información proporcionada por los papiros ha dotado a los estudiosos de una visión detallada del gobierno y la sociedad de un importante reino helenístico.

La base de la prosperidad de Egipto a lo largo de su historia ha sido su fértil tierra agrícola. Como los faraones anteriores a ellos, los Tolomeos reclamaron la propiedad de todo Egipto. No obstante, por razones prácticas, el gobierno Tolemaico dividió la tierra de Egipto en dos amplias categorías: la tierra real, dedicada a la agricultura, y la tierra libre, usada para proporcionar lotes de tierra a los soldados, recompensas a los oficiales del gobierno, sustento a los numerosos templos egipcios, y habitación y parcelas privadas a los particulares.

Los sectores no agrícolas de la economía en el Egipto Tolemaico estaban también muy bien organizados. Las principales actividades económicas, como la industria textil, del papiro o del aceite, eran monopolios estatales, organizados para proporcionar los mayores ingresos al rey mediante licencias e impuestos. Los reyes protegían sus beneficios suprimiendo la competencia exterior mediante una estricta política monetaria y restricciones a la importación. Todo el sistema estaba supervisado por una amplia burocracia basada en Alejandría. Sus funcionarios (griegos en los escalones más elevados y egipcios en los más bajos) podían encontrarse hasta en la más remota aldea. Cada adulto, desde el campesino hasta el mercenario, era registrado según su residencia y función económica, para asegurar que se trabajaban las jornadas debidas al rey, se pagaban los impuestos y que el indispensable sistema de irrigación funcionaba como debía.

El rey presidía el sistema económico y político con los poderes de un autócrata cuya palabra es ley. La supremacía del rey y su familia sobre toda la sociedad se simbolizaba con un culto oficial rendido al gobernante y a sus antecesores. Los reyes alentaban la creencia en su propia divinidad para legitimar su poder absoluto, mientras que la mayoría de los súbditos participaba en el culto como forma de demostrar patriotismo, lealtad y gratitud.

Logros culturales del mundo helenístico

Los griegos encontraron nuevas oportunidades en los reinos macedónicos que les compensaron por su pérdida de poder e influencia en el Egeo. Durante más de un siglo tras la muerte de Alejandro, los griegos emigraron a las ciudades que éste y sus sucesores fundaron. Por primera vez, los viajeros confiaban en que hablando griego encontrarían hospitalidad casi en cualquier lugar desde el Mediterráneo hasta la India. La más grande de estas ciudades era Alejandría, en Egipto. Alejandría creció hasta alcanzar un tamaño enorme, con una población de cientos de miles de habitantes, y espléndidos edificios públicos e instalaciones desconocidas en las viejas ciudades griegas.

Alejandría fue la primera y la más famosa de las ciudades que fundó Alejandro. También era su sepulcro. Los primeros tres reyes Tolomeos transformaron la ciudad en la vanguardia del mundo helenístico. Una liberal política de inmigración propició una población multiétnica que amalgamaba macedonios, griegos, egipcios y judíos, cuya inquieta comunidad ocupaba un quinto de la superficie de la ciudad. Quizá el símbolo más claro del dinamismo y la originalidad de la Alejandría helenística era su monumento más

emblemático, el Faro. Construido por el arquitecto Sostrato de Cnido para Tolomeo II, este faro puede ser considerado como el primer rascacielos. Era una torre poligonal, de más de trescientos pies de altura, coronada por una estatua de Zeus Sóter ('Salvador'), cuya luz, reflectada hacia el mar mediante grandes espejos, guiaba a los barcos hasta Alejandría. Se considera al faro alejandrino como una de las siete maravillas del mundo.

Los Tolomeos hicieron de Alejandría el centro cultural del mundo griego. Al igual que Alejandro Magno, que había llevado en su viaje a artistas e intelectuales, Tolomeo I y sus inmediatos sucesores animaron a los estudiosos y científicos griegos más destacados a emigrar a Egipto. Con la enorme riqueza de Egipto a su disposición, los Tolomeos podían permitirse conceder subsidios a los intelectuales y promover el arte y la ciencia mediante la creación de nuevas instituciones culturales. Su principal fundación cultural fue el centro de investigación conocido como el "Museo" por estar dedicado a las nueve musas, deidades patronas de las artes. Allí los intelectuales más distinguidos, sufragados por pensiones estatales, podían dedicarse a sus estudios en un entorno agradable, que incluía habitaciones, comedores y jardines. Para ayudar a los estudiosos del Museo, Tolomeo I fundó una biblioteca en la que pretendió guardar copias de todos los libros escritos en griego. Se dice que los fondos de la Biblioteca de Alejandría llegaron a albergar centenares de miles de papiros.

La pasión de los Tolomeos por enriquecer la colección de su biblioteca era legendaria. Según una tradición, Tolomeo II ordenó la edición de los Septuaginta, la traducción griega del Antiguo Testamento judío. Al parecer, Tolomeo III robó la copia oficial ateniense de las obras de los tres grandes trágicos, Esquilo, Sófocles y Eurípides. Incluso se cotejaban los libros de los visitantes recién llegados a Egipto y se requisaban si no tenían copia en la biblioteca. Además de esta ambiciosa política de adquisiciones, la biblioteca ofrecía recursos sin precedentes para la investigación científica en cualquier disciplina intelectual. Se esperaba de los estudiosos que se ganaran el sueldo apoyando al régimen. Los médicos y los escritores que recibían estipendio del gobierno trabajaban como doctores y tutores para los miembros de la familia real. También era común entre los estudiosos fijos que celebraran las victorias de la monarquía. El crítico y poeta Calímaco escribió un monumental catálogo en 120 libros de la biblioteca que puso los cimientos de la historia de la literatura griega mientras escribía elegantes poemas en honor de varios miembros de la familia real. Igualmente, el poeta Teócrito no sólo inventó el género de la poesía pastoral que tanto influyó en numerosos escritores del renacimiento europeo, sino que alabó extravagantemente los éxitos de Tolomeo II en sus poemas.

Algunos de los logros más importantes de los intelectuales helenísticos tuvieron lugar en el campo de la crítica literaria y la ciencia aplicada. Sus obras no encontraron paralelo durante el resto de la edad antigua. Calímaco de Cirene, con otros críticos como Zenodoto de Éfeso y Aristarco de Samotracia, fundaron el estudio crítico de la lengua y la literatura griegas y prepararon las ediciones modélicas de Homero y de los otros poetas. Estos textos son los antecesores de los que aún hoy usamos. El matemático Euclides recopiló el resultado de tres siglos de matemáticas griegas en sus *Elementos de geometría*, que se han utilizado para enseñar geometría plana hasta principios del siglo XX. El geógrafo Eratóstenes estableció los principios de la cartografía científica y realizó una estimación muy aproximada de la circunferencia de la Tierra basándose en pruebas recogidas por exploradores helenísticos. El físico Ctesibios fue un pionero en el estudio de la balística y

en el uso de aire comprimido como fuente de energía, mientras que otros científicos experimentaban con el vapor para mover máquinas sencillas.

La medicina también logró interesantes avances. Los médicos Herófilo de Calcedonia y Erasístrato hicieron descubrimientos fundamentales sobre la anatomía y las funciones de los sistemas nerviosos, óptico, reproductivo y digestivo, diseccionando cadáveres e incluso dedicándose a la vivisección de criminales que el gobierno les proporcionaba para el progreso de la ciencia. El juramento hipocrático, que los médicos hacen aún al obtener su título, fue popularizado durante el periodo helenístico. En el juramento, los médicos prometen respetar a los otros médicos que les han enseñado su arte y a traspasárselo sólo a los hijos de sus maestros y a estudiantes privados. Juran abstenerse de usar su oficio para hacer daño a nadie, abstenerse de practicar el aborto o la eutanasia, y guardar confidencialidad sobre lo que les dicen sus pacientes. No obstante, en la antigüedad los médicos no se graduaban y existían muchas doctrinas médicas y deontológicas en conflicto.

La pervivencia del legado de Alejandro Magno

A pesar de sus notables logros, los reinos de los sucesores de Alejandro tenían serias debilidades. Una de las mayores era el apoyo limitado que recibían de sus súbditos no griegos. Los sucesores mostraron una clara preferencia por el pueblo y la cultura griega. Y a diferencia de Alejandro, no hicieron esfuerzo alguno por ocultar el hecho de que la raza determinaba el privilegio y que era la griega la que contaba. En Egipto y Asia, la élite dirigente estaba compuesta de macedonios y griegos, que no suponían más del 10% de la población. No es sorprendente que la élite no griega buscara el adquirir la educación que les valdría el reconocimiento como griegos, mientras que los mismos griegos no tenían grandes incentivos para interesarse por los idiomas y las culturas de sus nuevas patrias en Egipto y Asia. Como resultado, las nuevas ciudades griegas, pese a su esplendor, permanecieron como islas de cultura y dominio extranjero en un vasto panorama no griego. Las consecuencias de esta situación sólo se hicieron ver en los siglos II y I a.C., cuando el separatismo y malestar indígenas impidieron a los últimos Tolomeos y Seléucidas resistir con eficacia a sus enemigos romanos y partos. La desaparición de los reinos de los sucesores de Alejandro no marcó, sin embargo, el fin del legado de Alejandro, que encontró un protector inesperado en Roma.

Los romanos no eran extraños a la cultura griega. La influencia griega en Roma data de los más tempranos días de la historia de la ciudad. Ya se había convertido en parte integral de la cultura romana cuando Roma intervino en los asuntos del Oriente helenístico. Para la época en que desaparecieron los últimos reinos macedónicos en Egipto y Asia a finales del siglo I a.C., adquirir una cultura griega era una tradición en la aristocracia romana. El poeta romano Horacio reconoció el hecho cuando escribió: "Grecia cautiva, cautivó a su fiero conquistador, y trajo las artes al rústico Lacio". Como sus predecesores macedonios los romanos hicieron del apoyo a los griegos y la promoción de la cultura griega la clave de su dominio en Egipto y en las otras provincias orientales de su imperio. Al mismo tiempo los romanos fomentaron la expansión de su propia cultura, muy influida por la griega, en el norte de África y en sus provincias europeas.

El resultado fue un renacimiento de la cultura griega en los primeros siglos de la era cristiana. La ciencia y la filosofía florecieron. Las obras de Galeno y Claudio Tolomeo siguieron siendo fundamentales en la medicina y en las matemáticas durante más de un milenio. El filósofo romano Plotino creó el último gran sistema filosófico de la antigüedad, un misticismo filosófico basado libremente en Platón que influyó tanto al cristianismo como al islam. El mecenazgo romano aumentó el valor de la educación y la cultura griegas, mientras que simultáneamente socavaba las antiguas culturas de Egipto y Oriente Próximo. El proceso conllevó a menudo tensiones y conflictos. Algunos pueblos, como los judíos, resistieron la asimilación violentamente, mientras que otros encontraron en la nueva iglesia cristiana oportunidades para satisfacer sus aspiraciones culturales. No obstante, al final de la edad antigua la vida intelectual de Egipto y Oriente Próximo estaba dominada por una forma cosmopolita de cultura griega. Esta cultura se basaba en el canon de la literatura griega que definieron los críticos de la Alejandría helenísticas y de otras ciudades de los reinos macedónicos de Egipto y Asia. De este modo, el legado de Alejandro sobrevivió para influir a las civilizaciones medievales lideradas tanto por el Imperio bizantino como por el islam, y a través de ellas, a las culturas del occidente europeo y América.

Acerca del autor: Stanley Burstein es profesor de Historia Antigua en la Universidad Estatal de California, en Los Ángeles. Ha escrito numerosas obras y es coautor de *Ancient Greece: A Political, Social, and Cultural History*.

La importancia de la agricultura en Mesoamérica

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, David A. Freidel, de la Universidad Metodista del Sur, explica la importancia de la agricultura para los pueblos mesoamericanos durante el periodo comprendido entre el 300 a.C. y el 150 d.C., al tiempo que analiza las instituciones políticas y religiosas del área en función de aquélla.



Códice de Madrid

Escrito sobre papel de fibra de corteza de copó, es una sola tira de 7,15 m de largo doblada a modo de biombo, sobre la que hay pintados jeroglíficos de carácter religioso y mágico. El *Códice de Madrid* o *Códice Tro-Cortesiano*, también llamado *Matritense*, contiene fórmulas adivinatorias que utilizaban los sacerdotes mayas para predecir acontecimientos futuros. Fue descubierto en España en dos fragmentos: el más grande pertenecía a Juan de Tro y el menor a José Ignacio Miró, quien lo bautizó "cortesiano" en honor al conquistador de México, Hernán Cortés. Se custodia en el Museo de América, situado en la capital de España, de la que recibe su principal denominación.

La importancia de la agricultura en Mesoamérica

Por David A. Freidel

En las primeras civilizaciones en todo el mundo, la invención de la agricultura trajo consigo la fuente de energía utilizada para sostener a los pueblos y crear la propiedad y el poder. En la práctica, casi la mitad de la actual población mundial vive directamente de la producción de alimentos. Pero, partiendo del poder que la agricultura otorga a la gente ¿por qué los granjeros cedieron la autoridad sobre sus vidas a dirigentes que exigían trabajo, impuestos y conscripción militar entre otras cosas?

La relación entre los dirigentes políticos y las élites por un lado, y la gran mayoría de personas por otro, constituye una negociación constante en la civilización. Los dirigentes deben justificar de forma continua su autoridad proporcionando beneficios concretos o convenciendo al pueblo para que confíen emocional e intelectualmente en su papel. Normalmente, llevan a cabo lo último estableciendo y sosteniendo creencias y valores compartidos. En la Biblia, el profeta Samuel advirtió al pueblo de Israel que un rey les gravaría con impuestos, enviaría a sus hijos a morir en batallas y tomaría a sus hijas como criadas. Ellos de todos modos querían un rey, en primer lugar para consolidar las tribus militarmente y llevarles a la victoria sobre sus enemigos en Canaán. Por el contrario, el faraón del antiguo Egipto era considerado divino. El faraón era el responsable principal de la prosperidad de la agricultura, que mantenía mágicamente haciendo que el río Nilo creciera para irrigar y fertilizar los campos. Los faraones también pusieron en marcha proyectos de irrigación para extender la zona en la que crecían los cultivos. Cuando el río dejó de crecer y la sequía cubrió el norte de África en el III milenio a.C., el gobierno de los faraones fue derrocado por las turbas hambrientas.

Los gobernantes, por tanto, proporcionan un importante servicio a aquellos a quienes gobiernan. Aunque el pueblo pueda concederles ciertos poderes individuales, se beneficia del poder colectivo que otorga a sus gobernantes. Mientras se sostenga el poder colectivo, el pueblo sigue a sus dirigentes. Las antiguas civilizaciones de Mesoamérica (una región que corresponde hoy en día a México y a la mayor parte de Centroamérica) proporcionan un ejemplo más de cómo y por qué el pueblo cambia a sus gobernantes para mantener su forma de vida.

Alrededor del año 300 a.C. los valles secos y fríos y los bosques tropicales húmedos de la antigua Mesoamérica estaban moteados de granjas y pueblos. Los gobernantes habían presidido durante siglos los centros ceremoniales en las montañas y en los llanos. Desde la primera gran civilización de la zona, la olmeca (c. 1500-c. 600 a.C.) hasta sus civilizaciones sucesoras en las actuales repúblicas de México y Guatemala, la agricultura organizaba el trabajo social, determinaba la propiedad y generaba riqueza. El mundo mesoamericano era eminentemente agrícola. Su pueblo no sólo contaba con la agricultura para alimentarse, sino también dependía de los productos agrícolas para su comercio, relaciones e instituciones políticas.

Los primeros gobernantes de Mesoamérica pretendían serlo por mandato divino, pero justificaban la existencia de sus gobiernos basándose en razones prácticas. Establecían redes comerciales e intercambios con iguales. Cuando la sequía o enfermedades de las plantas amenazaban con la escasez, el pueblo de Mesoamérica podría haber confiado en sus reyes para importar la comida que les permitiese sobrevivir. Y gestionaban la prosperidad agrícola enfocándola a programas públicos que creaban formas de producción mejores y más intensivas. El gobierno, con estas acciones, constituía una forma de reducir los riesgos inevitables que afrontaban los granjeros y sus cultivos.

Un mundo de granjeros

Para entender el auténtico significado de las civilizaciones agrícolas que dominaron Mesoamérica, debemos entender primero qué tipo de campesinos las formaban, y cuáles eran sus cultivos principales. Pero ¿cómo podemos saber lo que cultivaban estos pueblos

en épocas antiguas? Aunque las plantas han desaparecido hace mucho tiempo, los arqueólogos pueden detectar sus restos mediante varios métodos. Excavando zonas donde la gente vivía y cultivaba, los arqueólogos encuentran restos carbonizados de sus cosechas. Además, los análisis microscópicos de muestras de tierra tomadas de las excavaciones, pueden detectar el polen generado por especies concretas de plantas. En suma, algunas plantas producen minúsculos objetos minerales llamados fitolitos en el lugar donde crecieron. Estos minerales permanecen en la tierra donde pueden ser detectados más tarde. Con estos indicios, surge un "menú" común de los principales alimentos de la región.

Los mesoamericanos eran campesinos notables. Las plantas que cultivaban incluían no sólo las de uso corriente como el maíz, los frijoles, y la calabaza, sin también una amplia gama de otras verduras y frutas populares, como los tomates, los aguacates y la piña. Producían también una serie de plantas comestibles menos familiares, como el amaranto, una de las plantas favoritas de los aztecas y el mamey, un árbol frutal tropical. También cultivaban chiles, que es uno de los condimentos más ampliamente utilizado en todo el mundo hoy en día y una fuerte muy valiosa de vitaminas.

Al igual que existía un menú común de comidas favoritas, también había un mercado común mesoamericano para los productos agrícolas comercializables. El algodón era un importante cultivo y se intercambiaba en toda la región en forma de ropa tejida y bordada. Semillas de cacao, utilizadas para hacer chocolate, eran domesticadas en los bosques de las tierras bajas y en las márgenes de los ríos en la península de Yucatán. El chocolate tenía tal demanda en todo el periodo, que la semilla del cacao constituía una moneda de cambio. Otros cultivos especializados, como el maguey, un cacto utilizado para hacer un tipo de cerveza, también eran objeto de comercio. En resumen, los mesoamericanos comercializaban los cultivos para intercambiar por productos no agrícolas tales como la obsidiana volcánico y las piedras preciosas verdes, utilizadas en decoración, joyería y como numerario.

Comida a cambio de cultura

La enorme variedad y valor de las plantas que los mesoamericanos domesticaron permitió la fundación durante 3.000 años de civilizaciones soberanas. Las plantas no solamente alimentaron a las crecientes poblaciones y aprovisionaron su economía, sino que influían en lo que pensaban los mesoamericanos respecto al poder político y al orden social de la civilización. Conocemos esto por la imaginería vegetal, los símbolos de la lluvia y otros temas relacionados con la agricultura abundan en el arte público encargado por los reyes y otras élites.

Los artistas y artesanos olmecas y de las civilizaciones que les sucedieron desarrollaron una magnífica muestra de imágenes y símbolos que no sólo ilustraron creencias religiosas sino que reforzaban estas creencias emocional e intelectualmente en la población en general. Los olmecas y los pueblos mayas de las tierras altas esculpieron grandes esculturas y estelas (piedras erectas que retrataban a sus reyes, dioses y escenas mitológicas). En las tierras bajas mayas modelaban y pintaban imágenes de los dioses y reyes en estuco y sobre los laterales de las pirámides y los templos. En todas las zonas de Mesoamérica, los artistas esculpieron pequeñas imágenes en piedras preciosas verdes,

conchas y otros materiales. En suma, los alfareros modelaban, labraban y pintaban imágenes sobre vasijas de cerámica.

Para comprender lo que significan estas imágenes, los arqueólogos buscan indicios al tiempo que buscan indicios en el suelo para determinar lo que cultivaban los mesoamericanos. Desentrañar el significado de las imágenes y los símbolos requiere vincularlos a las ideas. A veces las imágenes son directamente representaciones de fenómenos naturales, como gotas de lluvia cayendo de las nubes o representaciones del maíz. Pero los arqueólogos a menudo deben trazar una imagen o símbolo de un tiempo lejano para un símbolo similar utilizado siglos más tarde y cuyo significado es conocido por las declaraciones escritas o por las explicaciones orales recopiladas por los españoles.

El dibujo que emerge de estas imágenes es el de una sociedad rica y compleja, dominada por la agricultura. Las antiguas civilizaciones de Mesoamérica eran, como cualquiera de las civilizaciones antiguas, grandes sociedades integradas por miles de individuos administrados por gobiernos formados por especialistas políticos, religiosos y militares. En el caso de los olmecas, y posteriormente los mayas de las tierras bajas, que emergieron en el 500 a.C. tras un largo período de desarrollo, tenemos la evidencia de que estos gobiernos estaban encabezados por individuos ejemplares llamados *K'ul Ahaw* ('Señores Santos'). Estos gobernantes legitimaban su autoridad no sólo poniendo en marcha servicios reales para la plebe, tales como la seguridad militar y la administración pública, sino también apelando a las creencias religiosas y valores comunes que eran la justificación de que su autoridad era divina.

Los reyes de la antigua Mesoamérica eran considerados seres mágicos o chamánicos, capaces de transformarse en jaguares, pájaros y otros seres sobrenaturales. Con esa forma, luchaban contra sus enemigos, ofrecían sacrificios a los dioses y hablaban con sus antepasados. Sin embargo, dada la importancia de la agricultura para estos pueblos, la tarea religiosa más importante de los reyes era asegurar que lloviera en su tiempo y que las cosechas prosperasen.

La agricultura aparece de forma destacada en la mitología maya. Los mayas creían que el mundo había sufrido varias destrucciones y renovaciones. La última renovación, después de una gran inundación, la lograron los antiguos dioses, liderados por un dios llamado Hun-Ye-Nah (Un Maíz [revelado]), denominado asimismo Seis-Señor-Cielo. Este dios permitía que le sacrificaran los dioses de muerte para que pudieran renacer en forma de planta de maíz. La Señora-Diosa-Blanca, la diosa madre, modeló la carne de los primeros seres humanos a partir de la pasta de las semillas de Un Maíz. Sin embargo, el origen de su mundo se debía directamente a uno de sus más importantes cosechas y alimentos. A través de la historia de la civilización, los soberanos mayas se autorretrataron como este dios y su compañero, Chac, el dios jaguar de la lluvia y de la guerra. Utilizando este sistema de creencias compartidas, los reyes mayas legitimaban además su autoridad. Aunque los mayas no sólo se dedicaban a la agricultura, sino que usaban las experiencias diarias de siembra, recolección y preparación de la comida como sus más sagradas metáforas para el poder religioso y político.

Las montañas de la creación

Incluso las grandes pirámides mayas, decoradas con elaborada imaginería religiosa, están directamente ligadas a la agricultura. En un episodio de la historia de la creación de los mayas, el dios Un Maíz renace retoñando sobre una montaña sagrada. Las tierras altas mayas tenían montañas reales, algunas de las cuales eran volcanes majestuosos. Estas montañas, por otra parte, estaban distantes de las tierras bajas mayas y solamente se llegaba a ellas después de largas jornadas a través de espesos bosques. De este modo los mayas de las tierras bajas construyeron montañas artificiales casi con la forma de pirámides sagradas, que son llamadas literalmente "montañas" en los glifos mayas. Había montañas de alimento, a las que se referían como "montaña de auténtico maíz verde". Había montañas desde las que las almas eran traídas del mundo de los dioses y antepasados para nacer en este mundo. Sobre todo, sin embargo, los mayas utilizaban sus pirámides y los templos elevados como lugares donde coronaban a sus reyes y sitios donde los reyes intentaban comunicarse con dioses, sacrificaban a sus enemigos y bailaban con las reinas, las cortesanas y sus vasallos en las grandes fiestas públicas.

Los campesinos mayas de las tierras bajas construyeron plataformas de estuco como lugares de adoración desde al menos el 700 a.C., durante el apogeo de la civilización olmeca. Durante dos siglos construyeron grandes pirámides de 18 m de alto, en centros ceremoniales en los bosques escondidos del norte de El Petén (Guatemala), en lugares que ahora se llaman Nakbe, Guiro y Tintal. Pero el mayor centro de estos en la región era El Mirador, fundado probablemente en el 500 a.C., pero la mayoría de sus pirámides fueron construidas entre el año 200 a.C. y el 200 de nuestra era. El Mirador era la mayor y probablemente la más poderosa capital religiosa y política de toda Mesoamérica entre el año 200 a.C. y el año 100 de nuestra era. El mayor grupo arquitectónico de El Mirador es El Dante, de 300 x 250 m en su base, y que se eleva en una serie de inmensas plataformas y pirámides hasta una altura de más de 60 m. El Dante mira hacia el oeste, en dirección a otra gran pirámide, El Tigre, a unos 2 km de distancia. Con unas dimensiones de 126 x 135 m en su base y 55 m de altura, El Tigre es seis veces más grande que la pirámide más alta de la gran capital maya de Tikal, que floreció mucho después. Alrededor de estas grandiosas pirámides de El Mirador hay más pirámides y decenas de palacios y templos.

Los mayas en ocasiones llamaban a sus pirámides casas mágicas, haciendo referencia a un dios que jugaba un papel fundamental en la historia de la creación. El origen de la magia de Un Maíz era un dios llamado Itzamná ('casa mágica'), que le ayudaba a renacer a través de una muerte sacrificial. Este antiguo dios a veces adquiría la forma de un guacamayo escarlata conocida como Itzam-Yeh ('donador de magia'). (La palabra que significa mágico, *Itz*, designaba también a la lluvia y al dulce néctar de las flores, imágenes de las almas para los mayas. De este modo, Itzam-Yeh traía el poder de la lluvia y abría el camino para que las almas se reencarnaran). Durante el último periodo en la crisis de la civilización maya, este mismo guacamayo decoraba los templos y los sepulcros que utilizaban los reyes para sus coronaciones y otras ocasiones importantes. Estos templos y sepulcros de la última etapa eran llamados Itzamná y también Kunil ('casa de los conjuros'). Eran lugares donde los reyes ponían en práctica sus poderes sobrenaturales. De este modo, por tanto, los templos de la era anterior fueron utilizados de la misma manera en las posteriores.

Los templos mayas más antiguos estaban también decorados con máscaras gigantes, que representaban a los jaguares de la guerra y la lluvia. Que las guerras pudieran ser provocadas por la ausencia de lluvia puede resultarnos una idea extraña, pero para los mesoamericanos no lo era. De hecho, la relación entre la guerra y la lluvia se remonta a los olmecas, que modelaban esculturas que representaban a los reyes como jaguares mágicos desmembrando a sus enemigos, en un caso mientras la lluvia caía del cielo. El sacrificio humano, por tanto, era la conexión. Los mesoamericanos practicaban el sacrificio humano para que lloviese y con otros propósitos sagrados desde por lo menos el tiempo de los olmecas. Las víctimas más importantes que se sacrificaban, eran sin embargo nobles enemigos capturados en combate. Los dirigentes políticos locales actuaban como chamanes que traían la lluvia nutricia; los dirigentes de los enemigos que también actuaban como chamanes, eran a menudo acusados de traer la sequía y la enfermedad. El sacrificio por tanto no sólo era ofrecer una vida preciosa a los dioses, sino una forma de neutralizar la magia diabólica del enemigo. La guerra, por tanto, podía precipitarse debido a fenómenos que ocurrían naturalmente y por la necesidad de controlarlos para el beneficio de la agricultura.

Obras públicas

Si los reyes mayas eran la encarnación espiritual de las cosechas vitales y la lluvia, también sostenían a sus pueblos de modos más prácticos, como ocupándose de la construcción de obras públicas. En Cerros, una ciudad y centro ceremonial que se encuentra en el actual Belice, los habitantes cavaron canales y diques de drenaje para administrar el agua de lluvia y mediante un sistema de depósitos. Estos depósitos permitían que la gente permaneciera en la zona durante la estación seca cuando escaseaba el agua potable. En las cercanías de Cerros, se construyeron terrazas sobre las tierras pantanosas y se regaban los cultivos mediante diques y acequias. En otras zonas de las tierras bajas, como en Edzná, en Campeche, los mayas crearon canales muy grandes que se extendían a lo largo de centenares de metros. Estos proporcionaban agua para beber y para regar. En el centro de la península de Yucatán, en El Mirador, cerca de los pantanos se extraían ricas tierras negras que los granjeros utilizaban para crear campos productivos y jardines en las tierras más altas de la ciudad y de la zona cercana. En la ciudad de Tikal, el pueblo represaba con drenajes naturales en las colinas del centro de la ciudad para crear una serie de cisternas. Y en las ciudades construidas sobre colinas, como Caracol, en Belice, se levantaron docenas de kilómetros cuadrados de terrazas alrededor de las casas de los habitantes, y se usaron como jardines.

Los últimos períodos mayas

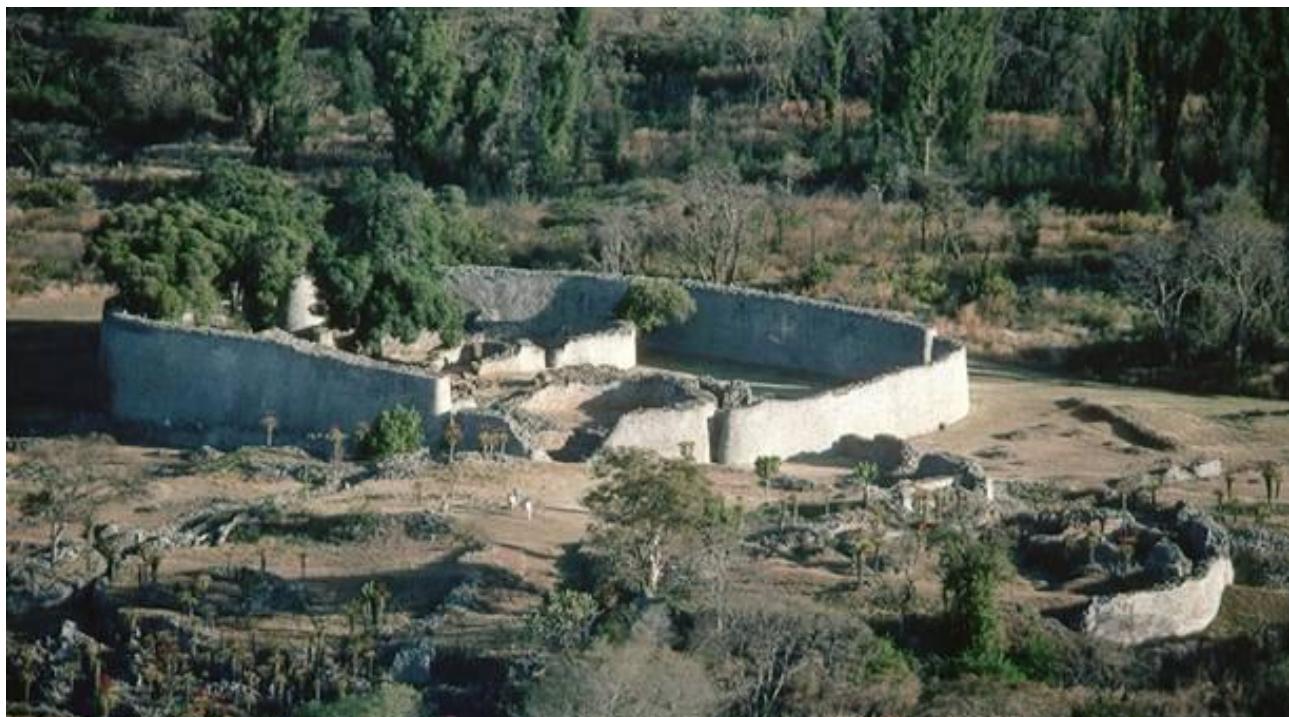
Los primeros mayas de las tierras bajas establecieron una civilización enormemente próspera. Construyeron centros y ciudades en todas partes, desde las lejanas llanuras del norte de Yucatán a los profundos bosques del sur en El Petén y en las colinas y montañas de Guatemala y Chiapas. Durante el final de esta primera etapa, los mayas construyeron pirámides más grandes que las que construirían después. El avance más significativo de la sociedad maya, sin embargo, fue la proliferación de la escritura pública sobre los monumentos y edificios y la creación de un importante arte en torno al año 200 de nuestra era. Y con la escritura llegaron algunas instituciones nuevas e innovadoras, en particular las dinastías reales. Estas aportaciones marcaron el fin de una era y el principio de otra.

Los reyes de épocas anteriores eran claramente poderosos y seguramente se las arreglaron para que sus hijos les sucedieran. Pero las reglas formales para la sucesión dinástica aparecen al mismo tiempo que los primeros textos públicos. Las dinastías reales, traspasando el poder por línea masculina de generación en generación, crearon oportunidades de fortalecer alianzas entre las familias reales y los reinos. También propiciaron oportunidades para hacer duradera la enemistad. A lo largo del último período, las tierras bajas mayas se vieron gradualmente implicadas, durante mucho tiempo entre miembros de dos grandes alianzas con conflictivas ambiciones imperiales. El estudio de este período ha planteado a los investigadores preguntas difíciles. ¿Desbarataron los conflictos armados la agricultura que proporcionaba alimentos y relaciones comerciales a los reinos? ¿O fueron los períodos de sequía y hambre los que propiciaron las guerras en busca de víveres y tributos? Cualquiera que sea la combinación de circunstancias, la civilización desapareció en grandes zonas de las tierras bajas en el siglo IX d.C. Y con el final de la civilización llegó la caída de la producción agrícola sostenible.

Acerca del autor: David A. Freidel es profesor de Antropología en la Universidad Metodista del Sur, en Dallas. Su principal obra, de la que fue coautor, es *Maya Cosmos, Three Thousand Years on the Shaman's Path*.

Comienzos de la urbanización africana y la interacción global

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Maghan Keita, de la Universidad de Villanova, analiza el auge de las áreas urbanas y los estados africanos durante la edad media y sostiene que el comercio practicado en estas regiones dio lugar al papel de África en las exploraciones y el comercio llevados a cabo durante la edad contemporánea.



Gran Zimbabue

El cercado de piedra que aparece en la fotografía perteneció a la antigua ciudad africana conocida como Gran Zimbabue y fue construido entre los siglos XIII y XIV. Denominado Gran Recinto por los arqueólogos que redescubrieron el lugar en el siglo XIX, sus muros tienen una altura de 11 metros y un perímetro cercano a los 240 metros.

Comienzos de la urbanización africana y la interacción global

Por Maghan Keita

Desde el 500 a.C. hasta el siglo XIX d.C. se produjeron en África numerosas migraciones. Las migraciones bantúes desde el África ecuatorial hacia el sur del continente, que duraron hasta aproximadamente el año 4 d.C., simbolizan los lazos lingüísticos que unen a dos tercios del continente africano. Sin embargo, desde el 300 hasta el 1000 d.C., el hecho que pudo unir las diferentes regiones africanas entre sí y, a su vez, al resto del mundo, fue la urbanización. Mediante este proceso, las localidades rurales, que en un principio estaban al servicio únicamente de sus habitantes locales, fueron desarrollándose hasta convertirse

en centros de comercio, religión y gobierno al servicio de una región más extensa. El proceso de urbanización y el comercio que propiciaron dieron lugar a la creación de los grandes estados del continente africano, contribuyendo asimismo al comercio global y a las exploraciones de la era moderna.

Desarrollo inicial de ciudades y estados

Hacia 300 d.C. muchas ciudades africanas eran centros de comercio que tenían una intensa actividad intelectual y de intercambio, aunque también actuaban como sede de la administración civil y religiosa. Estas ciudades africanas representaban la diversidad de los estados que habían ayudado a crear. Aunque las ciudades y estados del continente africano diferían entre sí, la mayoría de ellos se caracterizaban por tener una cultura urbana, es decir, una cultura característica de su población y densidad estructural y de la cual surgen diferentes organizaciones sociales y políticas específicas del lugar. Esta cultura trascendía en muchos aspectos a los medios lingüísticos, religiosos y étnicos. La urbanización y la consiguiente formación de estados crearon un lenguaje y una cultura local específicos. Las ciudades, a su vez, también representaban los rasgos y símbolos culturales intercambiados entre las diferentes sociedades a través de los siglos.

Los antiguos y sofisticados procesos de urbanización y formación de estados se observan ya en la civilización egipcia. Egipto simboliza la cultura urbana, la formación de estados y la amplia interacción cultural de las civilizaciones antiguas. Contemporánea al antiguo Egipto fue la región de Nubia (Kush, o reino cusita), famosa por sus complejos urbanísticos. Las famosas ciudades de Meroë y Napata actuaban como centros administrativos, capitales de sus regiones y hogar para diferentes poblaciones.

Nubia, sus ciudades, su comercio así como su nivel cultural resultaron críticos para la identificación y construcción de ciudades en África oriental a principios de la era cristiana. En Nubia se centra al menos una teoría de difusión cultural. Según esta teoría, Nubia y su legado están vinculados a la difusión regional del cristianismo y al desarrollo de la tecnología del hierro en el centro y el oeste de Sudán.

Hacia el este, atravesando el valle del Alto Nilo, surgió el reino de Aksum (actualmente, el norte de Etiopía) que se labró su identidad a través de su economía política, su comercio y sus alianzas político-religiosas con el estado judío inicial. A principios del periodo medieval (hacia el 400) y a lo largo del siglo XV, la fama de Aksum como Estado cristiano y potencia comercial era celebrada tanto en Europa, como en el suroeste de Asia y en el propio continente africano. Según el monje egipcio Cosmas, que vivió en el siglo VI, los barcos que partían de Adulis, principal ciudad portuaria de Aksum, viajaban por el golfo Pérsico y por el este hasta Indonesia. En los siglos de las Cruzadas (entre el 1095 y aproximadamente 1291), los guerreros europeos buscaban compañeros de armas en Aksum y en la Nubia cristiana.

Etiopía

Las características míticas del Estado etíope, vinculado a la línea de Salomón y al cristianismo, también tuvieron que ver en las pugnas religiosas que caracterizaron gran parte de la historia del este de África entre 400 y 800. Entre los siglos I y V gran parte de los problemas críticos de la joven Iglesia eran estudiados y resueltos por africanos. Algunos

de los primeros registros históricos confirman que, hasta aproximadamente 1500, los etíopes a menudo actuaban de forma decisiva en la resolución de disputas doctrinales. Algunos documentos de la Iglesia también revelan que a menudo los líderes de la Iglesia se referían a los etíopes o *nubios* (como se les conocía en los primeros tiempos de la Iglesia) como “queridos cristianos negros de Nubia y de los demás países del Alto Egipto.”

La Etiopía cristiana era un dominio imperial. Su poder religioso y comercial le garantizaba el reconocimiento de los reinos bizantinos y de las muchas sociedades y estados surgidos en el mundo islámico. La fama de Etiopía llegaba hasta las costas de la Europa atlántica.

La costa swahili

En la costa oriental africana, las actividades comerciales ayudaron al auge del Egipto romano, estimuladas probablemente por Nubia y Aksum. Los lugares de estas actividades se describen ya en el siglo I en el *Periplo del mar de Eritrea* (100? d.C., de autor desconocido). Durante el siglo I, el comercio estaba vinculado a la urbanización desde Mogadiscio, en la actual Somalia, por el norte hasta, Sofala, en el actual Mozambique, por el sur. Estas ciudades y los estados a los que servían iniciaron una fusión de cultura preislámica que marcó una de las muchas manifestaciones de la cultura afroárabe. La variante de esta cultura que ha sobrevivido hasta nuestros días se denomina swahili. Las estructuras comerciales y urbanas swahilis eran sofisticadas y generaron tanta riqueza que 1.500 años después seguían asombrando a los visitantes europeos.

África central y meridional

Tierra adentro de los límites más meridionales de la cultura swahili (Sofala y Chibuene) se encuentra el reino sudafricano de Gran Zimbabue y su gran ciudad homónima. Una fuente de especulación histórica afirma que Gran Zimbabue y otros centros de actividad urbana estuvieron vinculados a través del comercio desde el siglo I hasta el siglo V d.C. El auge de Gran Zimbabue (hacia 1400) implica que la urbanización y el comercio ya existían desde hacía tiempo en el sur de África y que los constructores de estos lugares emplearon técnicas ya conocidas en tiempos prehistóricos.

La capital de Gran Zimbabue era inmensa, imponente y misteriosa. Su alcance e influencia iban a la par con su grandeza. Registros históricos sobre el enorme tamaño de la ciudad, su arquitectura, demografía y estructura de clases indican la existencia de un espacio urbano complejo e intrincado. Sin embargo, los investigadores piensan que aunque Gran Zimbabue puede haber sido uno de los mayores espacios urbanos del sur de África, sin embargo no era el único. También sabemos que Gran Zimbabue participaba en el comercio que tenía lugar por las costas del océano Índico de diferentes productos, entre los que más tarde se encontrarían porcelanas de China, así como en el intercambio de estilos arquitectónicos islámicos y swahili. La extensión y el estilo de la ciudad de Gran Zimbabue reflejaban el comercio regional e internacional existente.

Y aunque Gran Zimbabue simbolizaba la grandeza, también representaba a comunidades urbanas más pequeñas que salpicaban el paisaje del sur de África y que pudieron ser anteriores al propio Gran Zimbabue. La evidencia arqueológica relacionada con Gran Zimbabue sugiere que el comercio del oro, que el escritor árabe Ibn Batuta (1304-1369) pensaba que enlazaba el interior del sur de África con la costa swahili, ya había comenzado

varios siglos antes de los escritos de aquél. Esto implica que los procesos de urbanización en el sur de África pudieran haber tenido lugar durante los siglos IX y X.

A finales del periodo romano (desde el 300 hasta el 400) la distribución de los productos del comercio africano llegaba hasta China. Existían ciudades en la costa mediterránea de África que eran anteriores a la ocupación romana, y las ciudades asociadas a fenicios y griegos mantenían unas relaciones comerciales al menos limitadas con el interior de África. Algunas rutas comerciales se extendían desde la costa hasta la sabana. Evidencias de estas rutas para carros se encuentran en dibujos sobre la roca tanto en el centro como en el oeste de Sudán. Estas rutas sugieren que existió un comercio entre el Mediterráneo y el interior del continente desde el siglo I hasta el siglo X, aunque a veces de forma intermitente.

La ocupación urbana comenzó entre los siglos I y IV en la parte baja del bucle del río Níger en lugares tales como Jenne-Jeno. Jenne, la ciudad que surgió de esta ocupación, fue disputada entre la edad media y la edad moderna por tres estados imperiales, Ghana, Malí y Songay, imperios africanos del oeste de Sudán que estuvieron relacionados de alguna forma con la ciudad de Jenne.

Las redes comerciales en expansión entre los años 600 y 1000 d.C.

Hacia 600 y los inicios del islam, la parte occidental y central de Sudán ya era un hervidero de ciudades, y con el tiempo todavía habían de surgir muchas más. Aunque estas ciudades estuvieran dominadas por diferentes lenguas o etnias, compartían una cultura urbana común que permitía la existencia de amplias redes comerciales. Los productos y la cultura se desplazaban de oeste a este, de norte a sur y viceversa. La seguridad de las estructuras urbanas garantizaba el intercambio comercial y el auge del islam en el Sudán.

El reino soninké de Ghana representa la formación de estados en el oeste del Sudán africano a comienzos del periodo medieval. Las tradiciones orales y escritas de Ghana permiten rastrear el origen y las transiciones hasta la formación de ciudades así como la expansión del reino de Ghana a través de las conquistas y el comercio. A finales del siglo VIII los cronistas árabes denominaban a Ghana la “tierra del oro.” Las redes comerciales establecidas por el estado en la era preislámica (entre el 400 y el 600) resultarían más tarde de gran atractivo para los comerciantes musulmanes. Ghana ilustra la era y longevidad del comercio transsahariano y sirvió de base asimismo para los siguientes estados de Malí y Songay.

Las rutas transsaharianas y los vínculos swahili en la costa formaban redes comerciales que no sólo conectaban a África con una economía global sino que también realimentaban la dinámica local y regional del comercio africano. El comercio internacional y el regional dieron lugar al establecimiento de ciudades en la costa y el interior. Las ciudades actuaban como imanes para los comerciantes y sus productos. A su vez, la seguridad que estas ciudades ofrecían a sus clases comerciantes, tanto nativas como extranjeras, hablaba en favor de las proezas de los estados y de la capacidad del aparato del estado para controlar recursos y rutas.

Hacia el siglo X surgió un fuerte impulso de urbanización en el extremo sudeste del continente, desplazándose desde Gran Zimbabue al este hacia la costa, al norte hacia

Egipto, a través del Sudán, y hacia el sur hacia la región de bosques que desemboca en la costa atlántica. El avance hacia el sudoeste de este impulso de urbanización inicial dio literalmente lugar a las nuevas ciudades y estados africanos que se convertirían en miembros igualitarios del mundo atlántico posterior. Una parte considerable de la herencia de las nuevas ciudades africanas estaba ligada al comercio regional e internacional de las ciudades y estados precedentes, es decir, el comercio transsahariano y swahili.

Los geógrafos y cronistas árabes del siglo VIII fueron de los primeros en mencionar estos primeros espacios urbanos surgidos entre los siglos IV y X, que más tarde dirigirían y estimularían la era moderna. Las ciudades y reinos creados en un continente rico en oro, agricultura y otros productos, permitió conectar rápidamente a los pueblos de todas las regiones a través de redes culturales y comerciales. La urbanización fue un indicador de una actividad comercial de largo alcance que unió a África a nivel regional y a nivel internacional con países tan remotos como China. A medida que crecían los centros urbanos, también lo hacía el comercio y el intercambio religioso y cultural.

Acerca del autor: Maghan Keita, profesor asociado de Historia en la Universidad de Villanova, es autor entre otras publicaciones de *Riddling the Sphinx: Race, the Writing of History* y *America's Culture Wars*.

Influencia de los pueblos bárbaros en las civilizaciones

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Gregory G. Guzman, de la Universidad Bradley, sostiene que los nómadas de las estepas del interior de Asia, pueblos conocidos comúnmente como los bárbaros, ejercieron un impacto positivo sobre el desarrollo humano al revitalizar las sociedades que iban conquistando y contribuir a la difusión de sus civilizaciones.



Corona de Recesvinto

Esta corona, fechada entre los años 649 y 672, es una de las piezas más valiosas del tesoro de Guarrazar. Se trata de una pieza de oro y piedras preciosas que pertenecía al rey visigodo Recesvinto. En la actualidad se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

Influencia de los pueblos bárbaros en las civilizaciones

Por Gregory G. Guzman

Introducción

A finales del siglo IV, el historiador romano Amiano Marcelino describió a los bárbaros invasores como “bestias bípedas, aparentemente encadenadas a sus cabalgaduras de las que extraen carne y bebida y que jamás utilizan un arado y carecen de viviendas.” Un historiador del siglo VI, Jordanes, consideraba a los hunos como “espíritus impuros, apenas humanos y carentes de lenguaje a excepción de algo que se asemejaba ligeramente al habla humana.” En el siglo XIII, Tomás de Spalato describía a los mongoles de la siguiente forma: “No tenían ningún respeto por el sexo femenino, ni compasión por la juventud, ni misericordia con los ancianos. Una raza perversa que asesinaba a todo el mundo, no parecían personas sino demonios ... Como bestias salvajes, parecían sedientos de sangre humana.”

De acuerdo con los registros escritos de la mayoría de las primeras civilizaciones, estos bárbaros invadieron en repetidas ocasiones las sociedades agrícolas eurasiáticas de Europa, Oriente Próximo, la India y China. Estas fuentes asocian a los bárbaros nómadas con destrucción, matanzas y desgracias y describen a las sociedades sedentarias (pueblos que se establecían básicamente en una región) como los agentes de estabilidad, progreso y justicia. Estos documentos tempranos representan el nacimiento de la mentalidad de “nosotros” frente a “ellos”, la aparición de la práctica de la condena de “los otros” por ser distintos. La palabra *bárbaro* tiene carácter despectivo y pretendía describir a estos foráneos como seres inferiores y más inhumanos.

Debe tenerse presente que la mayoría de estos primeros registros está constituida por relatos unilaterales escritos por miembros de las sociedades agrícolas. Había muy pocos bárbaros ilustrados, por lo que prácticamente todos los registros escritos reflejan el punto de vista de los pueblos agrícolas que sufrían ataques periódicos por parte de los bárbaros. Los pueblos sedentarios sólo ilustraban los aspectos negativos de las costumbres nómadas. Tales descripciones, plagadas de horrores y evidentemente tendenciosas, fueron escritas no por pueblos indefensos, sino más bien por individuos pertenecientes a los estados más avanzados y poderosos de Europa, Oriente Próximo, la India y China. A pesar del refinamiento y el poder de tales centros altamente civilizados, éstos eran objeto de pillajes periódicos por parte de los bárbaros.

Estas descripciones negativas ponen de manifiesto varios aspectos importantes que no fueron tenidos en cuenta por la mayoría de los historiadores de la época antigua y medieval. ¿Quiénes eran exactamente estos bárbaros? ¿Por qué y cómo pudieron arrasar en repetidas ocasiones las civilizaciones más ricas y avanzadas? ¿Y por qué se condenó a los bárbaros de manera tan vehemente si, a pesar de encontrarse en inferioridad, consiguieron derrotar a pueblos civilizados de mayor población? Al intentar responder tales cuestiones se plantea la idea de que tal vez constituya un error asociar a los bárbaros únicamente con matanzas, caos y desgracias. De hecho, puede afirmarse de manera razonable que desempeñaron una función constructiva en el desarrollo y la difusión de los albores de la historia del hombre.

Vida y costumbres en la estepa

Los pueblos que habitualmente se designan como bárbaros eran nómadas de la estepa del interior de Asia, una de las regiones más duras e inhóspitas del planeta. El clima en el interior del vasto territorio eurasiático oscila entre valores extremos de calor y de frío y los elementos básicos de su geografía son el hielo, el bosque, la estepa, el desierto y la montaña. Este territorio resultaba demasiado gélido, pobre y seco para la agricultura; por tanto, el estilo de vida sedentario de las civilizaciones de las costas no entraba en consideración. Las gentes que vivían en el interior debían ser recias para soportar tal entorno hostil, en el que, para poder sobrevivir, debían luchar continuamente contra la naturaleza o contra otros pueblos.

Empujada por la necesidad, la inmensa mayoría de estos individuos del interior de Asia vivía en las estepas cubiertas de hierba. Eran nómadas errantes en busca de comida y de pastos que adoptaron el pastoreo como la forma más apta para satisfacer sus necesidades básicas. Dado que los pastos de la estepa resultaban idóneos para alimentar grandes rebaños y manadas de animales, rápidamente todo su estilo de vida comenzó a girar en torno a los animales. Se convirtieron en criadores de ganado, pastores y ganaderos. En un principio, el pastoreo se simultaneaba con la práctica de la caza y la ganadería tradicionales como forma óptima de supervivencia en las estepas. Los bárbaros desecharon la rutina agrícola del duro trabajo manual de los pobladores de las costas por considerarla indigna de unos cazadores, pastores y guerreros independientes.

Las semillas de los periódicos conflictos entre estos dos estilos de vida divergentes pronto comenzaron a mostrar sus frutos. Cada uno de los bandos consideraba inferior al otro, dotado de cualidades menos valiosas. Los bárbaros eran tildados de salvajes incultos carentes de cualquier tipo de escritura y tecnología, seres infrahumanos que actuaban igual que los animales con los que convivían. Por el contrario, los agricultores de las costas eran considerados sumisos esclavos que habían renunciado a su libertad individual a cambio de cierta seguridad.

Los bárbaros de las estepas fueron extranjeros inofensivos hasta que el caballo vino a modificar drásticamente su estilo de vida. El pastoreo nómada se convirtió básicamente en una cultura ecuestre hacia el año 1000 a.C. En un principio disponían de caballos pequeños como fuente de carne y leche, pero más tarde utilizaron los caballos de mayor alzada para cabalgar. La posibilidad de montar a caballo aceleró y facilitó el cuidado de los rebaños dispersos, al tiempo que permitía aumentar el número de cabezas de los mismos e incrementar el radio de desplazamiento de los pastores. Además, permitió la migración de tribus enteras a distancias de miles de kilómetros. El dominio del caballo redujo la vasta extensión de los pastos de las estepas a unas proporciones más manejables. Los nómadas esteparios se desplazaban en las épocas de primavera y otoño desde los pastos de invierno a los de verano y se acostumbraron así a un desplazamiento constante. Comían, comerciaban, negociaban, dormían y realizaban sus necesidades fisiológicas sin bajarse de la montura. Estas prácticas a lomos de la cabalgadura dieron pie a la aparición de la imagen del centauro en la literatura y el arte medievales, ya que los pueblos civilizados propendían a contemplar el caballo y el jinete como una unidad indivisible.

Las acciones militares constituían parte integral de la vida nómada. La guerra no era sino una acción de caballería para los pastores ganaderos, que actuaban como soldados mientras duraba el conflicto. La actividad militar apenas se diferenciaba de su estilo normal de vida, aun cuando para los nómadas independientes resultaba difícil organizar alianzas esteparias a gran escala y más difícil todavía mantenerlas unidas. Estas alianzas temporales, denominadas hordas, adquirían rápidamente gran fortaleza y poder, aunque decaían y se desintegraban con la misma celeridad.

Los nómadas bárbaros demostraron ser guerreros de gran resistencia y valor. Los caballos les proporcionaban mayor rapidez y movilidad respecto de la infantería tanto ligera como de armamento pesado de los centros civilizados. Aprendieron a conducir sus monturas con las rodillas, ya que precisaban tener ambos brazos libres para manejar el arco y las flechas, su principal arma ofensiva. Hacia el año 1000 a.C., el arco compuesto era de uso común entre todos los bárbaros de las estepas. Este arco corto se podía manejar fácilmente desde la montura y las flechas se podían disparar con precisión a una distancia de unos 275 metros. Como expertos cazadores esteparios, todos los bárbaros eran excelentes arqueros. La mayoría de los bárbaros organizaban todos los otoños grandes cacerías que les proporcionaban abundante carne para el invierno y, al mismo tiempo, una buena ocasión para poner en práctica sus tácticas militares a gran escala.

Las primeras unidades de infantería urbana, tras quedar diezmadas por una lluvia de flechas enemigas llovidas desde todas partes, no podían realizar ya ninguna maniobra táctica con que hacer frente a la carga de la caballería bárbara. Cualquier nómada que dispusiera de un caballo y un arco constituía en potencia un soldado de primera línea rudo y feroz, mientras que sólo una pequeña parte de la población civilizada estaba equipada y entrenada para la guerra. La velocidad del caballo eliminó la necesidad de una armadura metálica costosa y pesada. Las tácticas de caballería proporcionaron una ventaja militar inicial a los bárbaros y los guerreros a caballo ganaban la mayoría de las primeras batallas. La mejor defensa contra la caballería bárbara era un obstáculo insalvable como un muro. Pronto alrededor de las ciudades y a lo largo de las fronteras se levantaron paredes de barro, madera y piedra, como la Gran Muralla china. No deja de ser en parte cierto que la caída de Roma se produjo en Occidente porque China había edificado un muro en Oriente.

Conquistas y absorciones típicamente bárbaras

Una vez conseguida la supremacía militar, los nómadas esteparios comenzaron a atacar y conquistar regularmente las civilizaciones de las costas. Los bárbaros vencedores se convirtieron en los nuevos gobernantes militares y políticos, incrementando su poder gracias a su evidente fortaleza. Practicaban un gobierno férreo, ya que, para empezar, únicamente los jefes capaces y carismáticos eran capaces de organizar a los nómadas independientes en hordas eficaces. Estos jefes gozaban de la lealtad total de sus súbditos.

El primer siglo después de cualquier conquista era, por lo general, una época de gobierno dinámico y de prosperidad económica, ya que las virtudes de los nómadas se mezclaban con las costumbres locales de la civilización en cuestión. La nueva familia real surgía a menudo de la unión por matrimonio del conquistador bárbaro con la dinastía reinante hasta entonces, lo que le confería total legitimidad. Esta práctica alumbró una época de gobernantes venturosos que proporcionaron un gobierno enérgico, el resurgir de la

agricultura y la paz. El punto culminante de dicha fusión entre lo mejor de los bárbaros con lo mejor de las costumbres civilizadas se producía normalmente durante las tres primeras generaciones posteriores a la conquista, alcanzando su apogeo durante el reinado del nieto de los primeros conquistadores. Ejemplos concretos extraídos de la historia lo constituyen Oktar, Roas y Atila entre los hunos; Carlos Martel, Pipino el Breve y Carlomagno entre los frances, y los cinco grandes kanes de los mongoles: Gengis Kan, sus hijos Ogoday y Guyuk y sus nietos Mangu y Kublai.

Este periodo inicial de gobierno revitalizado y dinámico se veía secundado normalmente por un lento deterioro. A medida que iba disminuyendo la fortaleza y sabiduría reales, los gobernantes se iban debilitando tanto mental como físicamente. Al carecer de autodisciplina y ejercicio físico, caían en el abuso de la comida y la bebida, harenas y asesores complacientes. Tan pronto como dejaba de existir la necesidad de una unidad rígida para las conquistas comenzaban a surgir fisuras internas. Nacían las rivalidades entre los jefes y los diferentes grupos de seguidores: militares, burócratas, harenas (en especial las reinas madres), súbditos sometidos y adeptos nómadas tradicionales. Los guerreros esteparios de los caudillos comenzaban a mostrar mayor lealtad hacia sus nuevos lugares de asentamiento que a sus jefes, que empezaban a caer en la debilidad, decrepitud e indulgencia. Estos enfrentamientos internos debilitaban el gobierno central y a menudo desembocaban en actos violentos y guerras civiles. Así las cosas, el centro civilizado se hallaba maduro para una nueva oleada de invasiones y conquistas a manos del siguiente grupo de bárbaros unidos, rudos y dotados de mando que, a su vez, volverían a quedar asimilados y absorbidos dentro de este proceso de revitalización continua de civilizaciones estancadas.

Contrariamente a la imagen negativa reflejada por los primeros registros escritos, los bárbaros de las estepas habían desarrollado una compleja sociedad pastoral y nómada. Estos valerosos guerreros a caballo utilizaban su superioridad militar para atacar los centros civilizados. Si bien a veces causaron grandes devastaciones, los bárbaros pueden y deben ser considerados como representantes de un elemento dinámico y vital en la historia de la humanidad. En el proceso hacia la conquista de un alto grado de prosperidad, riqueza y poder, muchas sociedades sedentarias habían adquirido un carácter conservador, acomodándose a una apacible rutina fija. Utilizando enfoques anticuados para afrontar problemas y temas nuevos, habían perdido la vitalidad y flexibilidad imprescindibles para un crecimiento saludable y progresivo.

Revitalización de civilizaciones estancadas a manos de los bárbaros

Los bárbaros, por el contrario, eran activos y dinámicos. En sus conquistas a menudo destruían los aspectos antiguos y anticuados de una sociedad y conservaban los componentes provechosos y útiles. Las nuevas prácticas y las innovaciones nómadas (tales como montar a caballo, el tiro con arco, los pantalones y las botas) se entremezclaron con los aspectos útiles de los estilos de vida de los pueblos sedentarios. Esta fusión proporcionó alternativas viables a las prácticas culturales obsoletas que habían fracasado y agotado toda utilidad. Así, los sucesivos encuentros con los bárbaros iban fomentando la innovación y el progreso, ya que los centros civilizados precisaban ajustarse y desarrollarse para sobrevivir.

Las civilizaciones antiguas de Mesopotamia y Egipto constituyen ejemplos bien conocidos de revitalización dinámica procedente del influjo periódico de los bárbaros. Mesopotamia, considerada generalmente como una civilización vital y progresiva, padeció frecuentes invasiones por parte de pueblos del desierto, de la montaña y de la estepa en todas sus fronteras. Esta interacción entre pueblos se tradujo en la introducción de nuevas ideas y valores, cambios en la población y en las costumbres y frecuentes modificaciones políticas y culturales. Esta incesante actividad produjo una cultura dinámica y variable, ya que Mesopotamia hubo de adaptarse y crecer para sobrevivir. La población heterogénea disponía de mayor espacio para su libertad individual y mayor capacidad de iniciativa en el contexto de los cambios políticos, sociales y económicos provocados por los invasores bárbaros. Al reaccionar de manera inteligente ante las nuevas necesidades y demandas, Mesopotamia floreció prorrogando su crecimiento y expansión.

Egipto, por el contrario, constituye un ejemplo de civilización conservadora y estancada. Su cultura era endogámica y estática por culpa de un aislamiento casi total. El Sol y el clima seco preservaban todo; no había que desechar nada. Las primeras civilizaciones egipcias se desarrollaron con una concepción pesada y lastrada por la cumbre. Cabe afirmar que Egipto sucumbió bajo su propio peso, ahogado por sus costumbres antiguas y obsoletas. El contacto periódico con pueblos nómadas habría podido salvar la civilización egipcia manteniéndola sana gracias a periódicas revitalizaciones. Los únicos invasores importantes durante los primeros siglos fueron los hicsos, que gobernaron Egipto poco antes del 1500 a.C. Su expulsión fue seguida de un periodo de prosperidad y expansión en el Imperio Nuevo. Este periodo de auge del poder egipcio se puede considerar consecuencia directa de la inyección de energía y revitalización bárbaras. Las civilizaciones sedentarias como la de Egipto, que se negaron a absorber y a asimilar la innovación y el progreso bárbaros, quedaban abocadas al declive y, en último término, a su desaparición.

En Europa, el ostrogodo Teodorico I el Grande, que gobernó Italia y la mayor parte del Imperio romano de Occidente hacia el año 500 d. C., es uno de los caudillos germanos que intentaron revitalizar y proporcionar continuidad al Imperio romano. Utilizando un programa bautizado como *civilitas*, intentó restaurar el sistema administrativo, la economía y la cultura romanas con el vigor y la fortaleza germanas. Teodorico mantuvo a los romanos ilustrados y expertos en las funciones de gobierno, en la burocracia civil y en las ocupaciones fiscales, reservando las tareas militares exclusivamente para los godos, que fortalecieron la agricultura trabajando las tierras en tiempos de paz. Esta fusión del dinamismo germano con las viejas costumbres tradicionales romanas se considera a menudo como la última llamarada de Roma antes de que el fuego se extinguiera definitivamente.

En 800 fue coronado emperador romano el rey franco Carlomagno. Este gesto reflejaba el intento por parte de los germanos de reavivar la cultura y el dominio romano varios siglos después de la caída del Imperio romano. El esfuerzo por hacer renacer la cultura romana, especialmente la literatura, las artes y la formación dentro del contexto de la unidad cristiana y la seguridad política y militar de Carlomagno, se conoce como el renacimiento Carolingio.

Las invasiones vikingas fueron responsables en parte de la caída de la dinastía Carolingia. Estos invasores del norte atacaban por mar en vez de a caballo. Sus alargadas

embarcaciones de casco bajo les permitían saquear tanto los valles de los ríos interiores como las costas. Hacia el siglo X comenzaron a asentarse de manera estable en los territorios que habían saqueado en Inglaterra y en el norte de Francia. Tras abrazar el cristianismo, empezaron a fusionarse con las sociedades de Europa occidental, pasando de piratas a comerciantes. La influencia de las virtudes vikingas organizativas se pone de manifiesto en el hecho de que Inglaterra y el norte de Francia pasaron rápidamente a poseer las formas de gobierno más dinámicas y eficaces de la civilización occidental. Sus conocimientos sobre navegación contribuyeron a modificar la sociedad agrícola introspectiva y aferrada a la tierra de la Europa septentrional y a reavivar la construcción de barcos, la marinería y el comercio occidental. Muchos eruditos sostienen, además, que los conocimientos y las innovaciones marítimos de los vikingos, así como su espíritu entusiasta y su amor por la aventura, contribuyeron a sentar las bases de la futura expansión europea. Aportaron una nueva concepción del mar y del mundo marítimo y sus tempranas singladuras atlánticas condujeron directamente a la posterior época de exploraciones y descubrimientos y, más tarde, al control imperial por parte de Europa occidental sobre el resto del mundo en las edades moderna y contemporánea.

Difusión de las civilizaciones

Puede afirmarse que los bárbaros también desempeñaron una función positiva en la propagación y difusión de la propia civilización. Los cuatro grandes centros eurasiáticos civilizados se hallaban separados entre sí por el vasto territorio del interior asiático. Los contactos e intercambios por tierra sólo se podían efectuar por la ruta esteparia bárbara que cubría unos 10.000 km a través de Eurasia, desde Hungría hasta Dongbei Pingyuan (Manchuria). Apenas existían contactos por mar entre las civilizaciones sedentarias aisladas, ya que los desplazamientos por barco eran más largos y peligrosos que las rutas por tierra.

Por tanto, los bárbaros de las estepas constituían el principal elemento humano a través del cual se transmitían ideas y costumbres entre las civilizaciones antes de 1500. Los bárbaros realizaron gran parte de la difusión conceptual a través de la ruta esteparia. La escritura nació en el antiguo Oriente Próximo y el concepto de la escritura se difundió por el este hasta la India y China, aun cuando sus formas y caracteres fueran distintos de la escritura cuneiforme mesopotámica. La obtención y utilización del bronce y los carroajes también se propagaron desde Oriente Próximo hasta Europa, la India y China. Resulta difícil de documentar con un cierto grado de certeza este tipo de incipiente difusión cultural, ya que no existen suficientes pruebas que la confieran una credibilidad y probabilidad suficientes.

El último periodo medieval proporciona ejemplos aún más convincentes de la difusión cultural a través de los desplazamientos de los bárbaros a lo largo de la ruta esteparia interior asiática. La gran paz mongol allanó el camino para un mayor intercambio cultural durante los siglos XIII y XIV. Los inventos chinos como la pólvora y la imprenta llegaron hasta Oriente Próximo y Europa durante este periodo. Existen pruebas de que artilleros chinos solían acompañar a los ejércitos mongoles hasta Oriente Próximo. Los embajadores del Papado viajaron a los dominios de los grandes kanes en Karakorum durante las décadas de 1240 y 1250. Marco Polo, al volver de la corte del kan Kubilai hacia el año 1280 se trajo una princesa de Mongolia para convertirla en la prometida del kan mongol en

Persia. Un uigur chino de nombre Rabban Sauma fue un Marco Polo a la inversa: hacia 1280 viajó, como embajador del kan de Persia, hacia el oeste a Oriente Próximo y más tarde a Europa occidental para entrevistarse con el Papa y los reyes de Inglaterra y Francia. El fraile franciscano Giovanni de Montecorvino fue el primer arzobispo cristiano de Pekín hasta su muerte en 1328. Este tipo de intercambio cultural y tecnológico concluyó con el ocaso de los kanatos mongoles en Persia y China a mediados del siglo XIV. Así pues, los mongoles bárbaros garantizaron el último periodo de grandes intercambios antes de la era moderna.

El impacto y el legado de los bárbaros

Existen pruebas históricas válidas para afirmar que los nómadas bárbaros desempeñaron una función activa y benéfica en la historia de la humanidad. Los invasores bárbaros revitalizaron las civilizaciones estancadas y en declive y a ellos se debe en parte la difusión cultural entre las civilizaciones emergentes antiguas y medievales. La representación habitual de los bárbaros como saqueadores salvajes y devastadores infrahumanos es engañosa. Por desgracia a menudo se les asigna este papel cuando los historiadores, a la hora de estudiar el pasado, se limitan a concentrar sus estudios exclusivamente en las civilizaciones sedentarias y sus documentos escritos. Al asumir y hacerse eco de la visión parcial y los juicios de las fuentes escritas, la mayoría de los estudiosos continúan condenando a todos los bárbaros sin entrar a evaluar de forma objetiva su contribución real a la evolución de la humanidad. Los historiadores sólo podrán llegar a comprender la auténtica contribución de los pastores bárbaros si analizan su historia de manera objetiva. Unicamente si se evalúa con precisión la continua interacción entre los dos diferentes estilos de vida (olvidando el enfoque “nosotros, los buenos y superiores” frente a “ellos, los malos e inferiores”) podrá obtenerse una idea completa y fiable de los inicios del crecimiento y la evolución de la humanidad en las edades antigua y medieval de la historia de Eurasia.

Acerca del autor: Gregory G. Guzman es profesor de Historia de la Universidad Bradley, en Peoria (Illinois). Es el editor y recopilador de *Monumenta Latina Rerum Mongolorum*, una colección de fuentes latinas originales que hacen referencia a los mongoles durante los siglos XIII y XIV.

Intercambio cultural en la alta edad media europea

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En el presente ensayo, Karen Jolly, de la Universidad de Hawái, defiende que el intercambio cultural entre las tradiciones cristianas, celtas, germanas, escandinavas y húngaras ayudó a fortalecer a Europa a comienzos de la edad media, lo que permitió que el continente mantuviera su propio dinamismo e influencia exterior después del año 1000.



Los evangelios de Lindisfarne

Los evangelios de Lindisfarne (698-721) eran libros ilustrados realizados por los monjes en Northumbria. Esta página muestra la decoración al inicio del Evangelio según san Mateo. Las formas, entrelazadas con criaturas fantásticas, fueron adoptadas del arte vikingo y se convirtieron en motivos irlandeses y anglosajones. Los evangelios de Lindisfarne forman parte de la colección de la Biblioteca Británica de Londres.

Intercambio cultural en la alta edad media europea

Por Karen Jolly

La primera edad media, que duró a grandes rasgos desde el 350 hasta el 1050, fue un periodo de formación para las sociedades europeas. Aparecieron reinos y comunidades locales en diferentes regiones. En cada una de ellas evolucionó una identidad particular

relacionada con el idioma local o vernáculo y unas tradiciones que explicaban la historia, los valores y los derechos de la comunidad al territorio que ocupaba. Al mismo tiempo, dado que estas regiones habían heredado el legado cristiano-romano, transmitido por la cultura escrita latina, reconocían una identidad compartida como miembros de la cristiandad occidental. Esta cultura común distinguía a los europeos de sus vecinos en los países islámicos y el Imperio bizantino.

Así las primeras historias regionales, compuestas más tarde por clérigos, describían en general la historia local propia bajo la óptica de los valores comunes de la cristiandad. Por ejemplo, estas primeras crónicas no recogen tan sólo las peregrinaciones, hazañas y heroicidades de sus antepasados tribales a medida que se iban asentando en Europa, sino también su conversión al cristianismo. Así la síntesis o mezcla de elementos romanos, cristianos y germanos en la Europa altomedieval creó nuevas identidades culturales a lo largo de un periodo que los estudiosos denominan etnogénesis. Los resultados de esta etnogénesis europea son visibles todavía en el mundo actual.

La herencia del final de la edad antigua

Europa nació a la sombra del Imperio romano durante el final de la edad antigua, un periodo de cambio cultural en el Mediterráneo que duró desde el 350 hasta el 600 d.C. Al final de esta época, el Imperio romano se había partido en tres zonas netamente diferenciadas. Europa se hallaba revuelta por el colapso de la autoridad imperial en el oeste, en Arabia surgió el islam, y el Imperio bizantino convirtió su capital, Constantinopla (la actual Estambul), en el principal poder en el Mediterráneo oriental. Esta reestructuración del mundo mediterráneo perfiló el carácter de la incipiente Europa medieval.

A medida que declinaba Roma, Europa fue barrida por nuevas fuerzas culturales. Entre ellas estaban las migraciones y asentamientos de varios pueblos germanos, los llamados bárbaros, que se enfrentaron entre ellos, con los restos de la cultura romana y con los celtas. Las tribus germanas se adaptaron a las culturas romanizadas que encontraron. El principal factor de adaptación fue la conversión al cristianismo, que se había extendido por el Imperio romano. De hecho, el cristianismo fue el principal responsable de la conservación del legado de Roma. La importancia del cristianismo en las crónicas de la época es evidente, cuyos héroes, además de los grandes guerreros, son santos, obispos, monjes y monjas.

Mientras tanto los celtas, aislados en las islas Británicas durante la retirada de las fuerzas romanas y las invasiones germanas de los siglos V y VI, preservaron una vigorosa cultura monástica cristiana. Combinaron la lengua y la literatura celtas con los textos e ideas latinos para desarrollar una cultura cristiana bilingüe propia. Uno de sus exponentes es el *Libro de Kells*, uno de los más extraordinarios manuscritos miniados del periodo. Las crónicas tradicionales célticas celebraban a héroes romano-británicos: monjes y monjas como san Patricio y santa Brígida, guerreros espirituales que eran venerados al mismo tiempo por su fortaleza céltica y su virtud cristiana; y líderes guerreros como el mítico rey Arturo de las leyendas posteriores. A finales del siglo VI, no obstante, las invasiones germanas habían empujado a los británicos hacia un arco céltico formado por Irlanda,

Gales, Cornualles y Escocia. Sin embargo, el cristianismo celta no sólo sobrevivió en esas regiones sino que ejerció su influencia sobre los invasores.

En esta época la Iglesia ejercía una influencia política y cultural. Los obispos solían ser los únicos dirigentes cultos en las ciudades del continente. Cobijaban a las comunidades cristianas bajo un santo patrón, como san Martín, y negociaban con los caudillos germanos, a menudo ofreciendo consejos paternales a un joven rey, o animando a las princesas cristianas a que convirtiesen a sus maridos paganos. En las áreas rurales, los monasterios proporcionaban un refugio donde hombres y mujeres hacían voto de vivir en pobreza, castidad y obediencia. Estos monjes y monjas mantuvieron vivo el legado escrito, hicieron obras de caridad y enviaron misioneros a lugares remotos. El éxito de los misioneros se debió en parte a su adaptación del cristianismo romano a las costumbres germanas. Por ejemplo, el papa Gregorio I aconsejaba sabiamente al abad Mellitus a convertir los viejos templos paganos en iglesias y a establecer nuevas festividades religiosas, reconociendo que el pueblo se convertía gradualmente, “mediante pasos y grados y no a saltos”. De esta manera, se formó un acervo común para aspectos dispares de la sociedad europea.

La creación de los reinos bárbaros

Las tribus germanas se fueron filtrando en los territorios occidentales del Imperio romano durante varios siglos. Muchas de ellas se incorporaron directamente al ejército romano. Hacia el año 500 d.C., cuando los romanos ya no controlaban efectivamente Occidente, Europa fue dividida en estados para aquellos grupos étnicos. Los ostrogodos se asentaron en Italia, los visigodos eligieron la península Ibérica (las actuales España y Portugal), los frances se establecieron en la Galia (la actual Francia) y los anglos y los sajones ocuparon territorios de las islas Británicas.

Los grupos que se asentaron en áreas profundamente romanizadas junto al Mediterráneo adaptaron elementos de las instituciones romanas y adoptaron el cristianismo, ya en su variante arriana, muy popular en un principio entre muchas tribus germanas, ya en la forma católica romana que acabaría prevaleciendo. En Italia, el reino arriano ostrogodo de Teodorico, que gobernó desde las décadas finales del siglo V y las primeras del siguiente, incluyó a la población local cristiano-romana y reconstruyó algunos de los acueductos de Roma. En la península Ibérica, los visigodos arrianos gobernaron con éxito a la población cristiana utilizando el sistema fiscal romano. En tiempos de Recaredo, que reinó entre el 586 y el 601, los visigodos se convirtieron al catolicismo. Aunque estos dos reinos góticos acabaron sucumbiendo a fuerzas exteriores, ambos sirvieron como puentes temporales entre el mundo germano y el romano. Lo consiguieron en parte acogiendo a figuras como el filósofo Boecio, el político e historiador Casiodoro o el teólogo san Isidoro de Sevilla. Sus obras filosóficas y enciclopédicas se convirtieron en los libros de texto de la cristiandad latina durante la primera edad media.

Durante los siglos VI y VII, se forjaron nuevas identidades regionales en un complejo intercambio entre las culturas romana, cristiana y germanas en la Galia franca y las islas Británicas. El historiador galo del siglo VI, san Gregorio de Tours, con su *Historia Francorum* (*Historia de los francos*), y el historiador inglés del siglo VIII, Beda el Venerable, con su *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum* (*Historia eclesiástica del*

pueblo inglés), atribuyeron la victoria de aquellas agresivas tribus a la conversión de sus caudillos al cristianismo. Por ejemplo, tanto el rey franco Clodoveo I como el rey de Kent, Etelberto el Santo, tenían esposas cristianas, que, al igual que hicieron los obispos y monjes misioneros enviados por el papa, les presionaron para que se convirtiesen.

Gregorio de Tours y Beda el Venerable hicieron algo más que describir someramente la mezcla entre la cultura tribal y la cristiandad romana: sus obras jugaron un papel fundamental en la etnogénesis de los pueblos francés e inglés. La relación de Beda creó una historia común para el heterogéneo conglomerado de tribus germanas que habían establecido reinos autónomos en las islas Británicas. Inventó para ellos una identidad inglesa vinculada al cristianismo. Mientras que los reyes cristianos y sus sucesores tenían que luchar para mantener su dominio sobre sus vecinos paganos, Gregorio y Beda, que tomaban el punto de vista de la providencia divina, retrataron las luchas intestinas como un combate de los buenos reyes cristianos venciendo incluso en el martirio a los malos reyes paganos. Aquellas crónicas enseñaron a las generaciones posteriores de los pueblos inglés y francés quiénes eran, cómo y porqué habían llegado a serlo, y cómo debían seguir siendo para pertenecer a un reino cristiano triunfante.

El legado Carolingio

El ejemplo más espectacular de crisol de herencias germanas, romanas y cristianas fue el Imperio de la dinastía Carolingia, que logró mantener un breve pero muy significativo periodo de unidad y centralización en el occidente europeo entre el 750 y el 850. El origen de la dinastía Carolingia en la alianza entre los frances y el Papado ilustra como la interacción entre elementos tribales y cristianos produjo una síntesis cultural. En el 751, el papa dio permiso a Pipino el Breve para derrocar al rey Merovingio de los frances. El victorioso Pipino fue entonces proclamado rey de los frances por el monje anglosajón Bonifacio, un reformador de la iglesia franca apoyado por el papa, y apóstol de los sajones en Germania. Después de que el papa Esteban II le confirmara y coronara en el 754, Pipino marchó sobre Italia, derrotó a los lombardos que amenazaban los estados papales y entregó las tierras imperiales en Italia al Papado. Esta alianza de intereses papales, monásticos y reales continuó durante el reinado del hijo de Pipino, Carlomagno, que extendió y consolidó el dominio franco hacia el este y hacia el sur, sometiendo finalmente a los sajones en el 804, después de una brutal conquista y una conversión forzosa.

Carlomagno se convirtió en el paradigma europeo de rey cristiano, aunque su imperio fue efímero. Su biógrafo de corte, Eginardo, creó la imagen duradera de Carlomagno para que la imitaran sus sucesores, celebrando su combinación de piedad cristiana y eficacia militar, así como sus esfuerzos por renovar un gobierno centralizado a la manera del Imperio romano. La impresionante capilla palatina de Carlomagno en su capital de Aquisgrán era una imitación a pequeña escala de la magnífica iglesia bizantina de Santa Sofía en Constantinopla. Esta “nueva Roma” simbolizaba la traslación del centro de la cristiandad al norte germano, lejos del Mediterráneo.

Carlomagno fue coronado emperador romano por el papa León III el día de Navidad del año 800 en la basílica papal de Roma. Su coronación y las distintas interpretaciones del hecho ilustran la naturaleza sutil de esta alianza entre intereses romanos, cristianos y germanos. Aunque la ceremonia elevaba a Carlomagno desde la simple realeza hasta el

imperio, también exaltaba al papa León III, ya que quien confiriera la corona imperial debía tener una autoridad superior a la del emperador. Ésta era la interpretación de los partidarios del Papado, que afirmaban que León III estaba proclamando claramente su autoridad sobre el poder secular. Carlomagno y los frances, no obstante, preferían verse en el papel de bravos defensores de la Iglesia, llegando a Italia para rescatar del Papa de sus enemigos. A sus ojos, el Papado subsistía gracias al providencial poder militar de Carlomagno. Este enfrentamiento entre la autoridad de la Iglesia romana y el poder de los estados germanos duraría décadas.

La combinación de las tradiciones e instituciones cristiano-romanas y la fuerza de los reyes germanos durante la época carolingia produjo un frágil pero necesario equilibrio entre agresividad expansionista y logros pacíficos. Más importante aun es que esta combinación supuso el establecimiento de nuevos reinos y dinámicas culturales en los siglos siguientes.

Las segundas invasiones y su etnogénesis: vikingos, magiares y musulmanes

En el siglo IX, el frágil equilibrio de tradiciones cristianas y germanas se vio alterado por la violenta irrupción de nuevos pueblos. Éstos se integraron en la sociedad europea mediante algunos de los mismos mecanismos de asentamiento, conversión y negociación que habían sufrido las anteriores oleadas migratorias. Estas invasiones iniciaron otra fase de etnogénesis: las regiones fronterizas europeas desarrollaron nuevas identidades y los reinos centrales se redefinieron. El hecho es que los antiguos reinos en las islas Británicas, Francia y Germania recobraron su equilibrio después de que estos ataques redujeran la fuerza de la síntesis anterior de tradiciones romanas, cristianas y germanas.

Los recién llegados vinieron por tres direcciones y extendieron el terror por toda Europa. Los nómadas magiares llegaron desde las estepas asiáticas del este (la región que hoy engloba Kazajstán y el suroeste de Rusia) y acabaron por asentarse en Hungría y convertirse al cristianismo. Los piratas musulmanes atacaron toda la costa europea desde sus bases al sur del Mediterráneo. Los vikingos escandinavos llegaron del norte. Los vikingos eran navegantes sin tierra, guerreros daneses, suecos y noruegos que buscaban fama y fortuna en el pillaje, el comercio o la extorsión de las aterradas poblaciones costeras de las islas Británicas y el continente. Algunos de estos vikingos se asentaron finalmente y se mezclaron con las poblaciones locales. Por ejemplo, fundaron Dublín en Irlanda, colonizaron Islandia, exploraron Groenlandia, establecieron su dominio en el este de Inglaterra, fundaron Normandía en el norte de Francia y la dinastía de Kíev en Rusia.

Europa se fragmentó en un principio a consecuencia de estos ataques. Cada región desarrolló nuevas alianzas e identidades. Por ejemplo, el antiguo Imperio de los Carolingios se partió en dos regiones, una francoparlante y otra germanoparlante, como resulta evidente en los Juramentos de Estrasburgo del 842. Un año después, el Tratado de Verdún dividía el Imperio de Carlomagno en tres reinos, que más tarde se fragmentaron en principados locales. En Germania, esos ducados independientes terminaron enfrentándose con la ascendiente dinastía Otónida, que pretendía heredar la corona imperial de Carlomagno. En Francia, los duques y condes locales se impusieron a la monarquía cultivando las particularidades locales, como en Normandía y en Borgoña. Mientras que muchos reinos se desintegraron, en Inglaterra los reinos previamente independientes comenzaron a unificarse bajo el rey de Wessex, Alfredo el Grande, que reinó desde el 871

hasta el 899. Tras vencer decisivamente al caudillo danés Guthrum, Alfredo negoció un tratado que establecía leyes y fronteras para el dominio de los daneses en el noreste de Inglaterra, el Danelaw. Alfredo apadrinó incluso a Guthrum en su bautizo cristiano, que simbolizó la integración de los vikingos en Inglaterra.

A pesar de las fracturas y la reorganización que causaron los nuevos invasores, la identidad europea no se disolvió. Por el contrario, los mismos factores culturales que habían llevado a la formación de los reinos bárbaros (la síntesis de grupos romanos, cristianos y nómadas) contribuyeron a la construcción de una identidad europea compartida.

El modelo de relaciones sociales germano-cristianas en la primera edad media estaba basado en el concepto de *familia*. Los lazos personales y jerárquicos de lealtad y protección, como los del los antiguos caudillos germanos y sus huestes, organizaban la familia altomedieval alrededor de un señor, su esposa, otros parientes, vasallos y criados. Del mismo modo, desde una perspectiva cristiana, Cristo era el Señor con el creyente como vasallo, leal a la comunidad religiosa. En teoría, existía una estratificación múltiple y armoniosa: los que luchaban (la aristocracia guerrera), los que rezaban (el clero) y los que trabajaban (el campesinado). Al igual que Dios reinaba sobre varias categorías de ángeles, la nobleza se organizaba en relaciones de vasallaje, con el rey en la cúspide inmediatamente debajo de Dios. En la base estaba el campesinado, trabajando las tierras señoriales. Los monasterios, nutridos por los que se dedicaban a una vida de oración, encarnaban el entorno religioso ideal, en teoría sin diferencias de rango. La Iglesia, en cambio, tenía una jerarquía formada por el papa, los obispos y los sacerdotes que representaban la autoridad de Dios en el mundo.

Sin embargo, en realidad la identidad local y los lazos personales eran más fuertes. Los aristócratas competían entre sí y a menudo chocaban con la autoridad real. Los obispos, abades y abadesas, pertenecientes a la nobleza propietaria, administraban grandes latifundios y mantenía vínculos más estrechos con los nobles locales que con el distante papado. El típico cura rural, a menudo casado, era en general escasamente más letrado que sus feligreses campesinos y, como ellos, prestaba servicio, al señor feudal que le pagaba el sueldo. Estas comunidades autosuficientes (un monasterio, el cabildo catedralicio de un obispo, un señorío laico, una corte real) funcionaban como una familia extendida, organizada en función del rango de cada uno y unida por la lealtad y obediencia al jefe de la comunidad. Tales familias, como escenarios de la vida cotidiana a través de la dependencia mutua, eran microcosmos de la estructura del universo: se aprendía el orden divino de las cosas a partir de la experiencia de la comunidad.

Hitos intelectuales y artísticos

A medida que cambiaba el panorama político de Europa, apareció una nueva cultura artística e intelectual. La literatura, el saber y las artes participaron de la misma fusión de las tradiciones romanas, cristianas, célticas y germanas. De hecho, una sutil línea de transmisión cultural desde los reinos bárbaros del final de la edad antigua y el mundo celta atravesó los siglos, animada por renacimientos periódicos. Estos *revivals* incluyen el renacimiento céltico del siglo VIII en el reino anglosajón de Northumbria, el renacimiento carolingio en el siglo IX, las reformas de Alfredo el Grande y sus sucesores en los siglos IX y X en Inglaterra y el renacimiento Otónida en Germania en el siglo X. Estos renacimientos

producieron una cultura artística profundamente espiritual que se expresaba en manuscritos profusamente ilustrados, monumentos con intrincados relieves e interiores de iglesia y altares de elaborada decoración.

Los monasterios de Northumbria, fundados por monjes irlandeses en tiempos de Beda el Venerable, preservaron la cultura escrita y el arte del miniado que evocaba los estilos celta y germano. Los textos bíblicos y los comentarios clásicos, tanto en latín como en lengua vernácula, se decoraban con motivos geométricos muy elaborados, así como con entrelazados vegetales y cabezas de animales. Carlomagno atrajo a su corte al northumbrio Alcuino de York para que revitalizara la educación y la cultura carolingias. Para llevar a cabo esta misión, Alcuino editó una cuidada versión de la Biblia e inventó una caligrafía muy legible, la minúscula carolina, que se convirtió en la base de la moderna tipografía. Para que la cultura fuera más accesible, el rey Alfredo animó a que se escribiera en anglosajón además de en latín. El resultado fue un rico legado de traducciones bíblicas, sermones, hagiografías y poemas.

Entre la protección regia en la corte, las escuelas eclesiásticas y los *scriptoria* monásticos, la literatura y el saber cristiano-romano no sólo se preservaron a lo largo de la primera edad media, sino que en ciertas épocas y lugares, florecieron de manera extraordinariamente novedosa. El filósofo del siglo IX Juan Escoto Eriúgena, un irlandés miembro de la corte Carolingia que sabía griego y latín, resucitó la filosofía neoplatónica. En Germania, durante los reinados de Otón II y Otón III, el cortesano Gerberto de Aurillac (futuro papa Silvestre II), dio a conocer la ciencia hispanomusulmana, mientras que la culta monja benedictina Hrosvitha de Gandersheim escribió poemas y obras de teatro imitando el estilo clásico grecorromano.

La cultura germano-cristiana dio a luz una visión del mundo holística que presentaba a la naturaleza imbuida de presencias espirituales. Según esto, la naturaleza era misteriosa pero tenía un orden propio que era el establecido por el Creador. Por ejemplo, se podía relacionar las mareas y las estaciones con los fenómenos celestes mediante el estudio cuidadoso del firmamento, que ponía de manifiesto el orden de la creación divina, pero las invasiones y las malas cosechas indicaban la necesidad de la reforma moral o la renovación espiritual. El clero interpretaba los mensajes de Dios literal o alegóricamente, tanto en la Biblia como en el mundo natural. La gente del común prefería encomendarse más directamente al poder espiritual en santuarios y en lugares donde se guardasen reliquias de santos, así como en los grandes festivales religiosos. El folclore germano y la liturgia cristiana se combinaron para producir remedios a las aflicciones causadas por enemigos invisibles como elfos y demonios. Antiguos cánticos y oraciones cristianas activaban las propiedades medicinales de las hierbas de la misma manera que las palabras del sacerdote en la misa convertían el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. El folclore germano se mezclo con la cosmología cristiana de mil maneras para producir una manera de vivir flexible y dinámica.

Europa en vísperas del segundo milenio

Hacia el siglo X, habían aparecido por toda Europa distintas identidades culturales. Aunque esas identidades tenían diversas raíces ancestrales y sus propias lenguas vernáculas, compartían ciertos rasgos comunes. Todas usaban el latín como lengua de

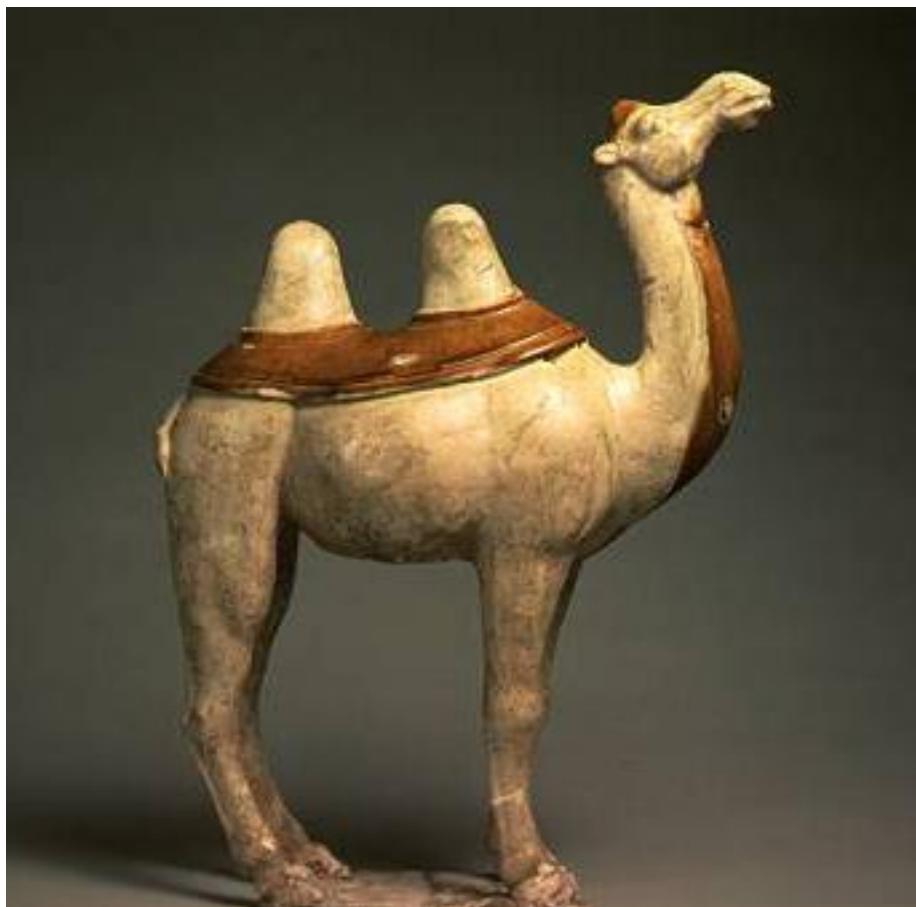
cultura, todas estaban basadas en los presupuestos ideológicos de la cristiandad romana, y todas reflejaban a su manera ciertos modelos de organización política y social que partían de la síntesis de las culturas germana y cristiano-romana.

A medida que se acercaba el milenio, mucha gente comenzó a considerar la relación entre la vida humana (la llamada ciudad del hombre) y los valores eternos del reino de Dios. Algunos interpretaron las guerras y las hambrunas como signos de la llegada del Juicio Final. Otros predicaron una reforma social y moral como la respuesta más adecuada a estos desastres, animando a la gente a cambiar de vida antes de que fuera demasiado tarde. La continuidad y el dinamismo de la Europa cristiana posterior al milenio certifican el poder de la etnogénesis de la identidad europea altomedieval, construida a partir de las tradiciones romanas, cristiana y germanas de sus ancestros.

Acerca de la autora: Karen Jolly es profesora asociada de Historia en la Universidad de Hawai. Es editora de *Tradition and Diversity: European Christianity in a World Context to 1500* y autora de *Popular Religion in Late Saxon England: Elf Charms in Context*.

El poder de China en Asia durante la dinastía Tang

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En el presente ensayo, Craig A. Lockard, de la Universidad de Wisconsin, examina la influencia ejercida en Asia por China durante el reinado de la dinastía Tang. Según el autor, la China de los Tang tuvo un rango de superpotencia igualado por muy pocos países a lo largo de la historia.



Camello de cerámica Tang

Este camello se hizo en China durante la dinastía Tang (618-907). Seguramente se trata de una figura para un ajuar funerario. El vidriado fue realizado con plomo y los colores, en su momento, fueron muy vivos. Los ceramistas Tang aprovecharon las propiedades inherentes de la arcilla. En aquel momento, los escultores que trabajaban el barro trataban de imitar las piezas de bronce.

El poder de China en Asia durante la dinastía Tang

Por Craig A. Lockard

En todas las épocas han existido uno o dos países que merecen el calificativo de “superpotencia” debido a la influencia que han ejercido sobre la vida militar, económica, política y cultural del mundo. Las superpotencias existen desde la antigüedad y el antiguo Imperio persa y las conquistas de Alejandro Magno sentaron las bases para que Roma, la

India Maurya y la China Han llegarán a dominar las regiones occidentales, meridionales y orientales, respectivamente, de Eurasia. En el transcurso de los siglos siguientes, árabes, mongoles, portugueses, españoles y neerlandeses fueron ocupando sucesivamente una posición predominante en un mundo en expansión, seguidos más tarde por los británicos durante los siglos XVIII y XIX. En el siglo XX, la nación predominante ha sido Estados Unidos. De hecho, las décadas posteriores a 1945 han recibido a veces la denominación del “siglo norteamericano” dada la magnitud del poder y la influencia de Estados Unidos sobre el resto del mundo. Sin embargo, el dominio más allá de las propias fronteras resulta difícil de preservar ya que existen otras civilizaciones que logran ponerse a la misma altura e incluso rebasarla. Para que la influencia de Estados Unidos pueda considerarse duradera deberá igualar la longevidad de la posición de China como superpotencia, iniciada a mediados del I milenio de nuestra era.

El periodo comprendido entre los años 300 y 1000 fue una época de intenso intercambio e interacción a lo ancho de toda Eurasia. Son varias las civilizaciones que destacan por su notable influencia. La India Gupta, el Imperio bizantino y los califatos islámicos de Oriente Próximo fueron notables centros de poder. Algunos historiadores consideran los años comprendidos entre el 600 y 1500 como el “milenio chino”, por ser la china la civilización más grande, poderosa y poblada de Eurasia. El auge de China se inició con la gran dinastía Tang (618-907), con la que gozó del periodo más dilatado de prosperidad de la historia mundial. De hecho, la época de la dinastía imperial Tang está considerada por muchos historiadores como la era más gloriosa de la vasta historia de China.

Los años de máximo poder de los Tang sentaron las bases de un modelo para China que se prolongaría a lo largo de las dinastías Song y Ming, hasta el equivalente de la edad moderna occidental. El gobierno Tang fijó modelos para muchos de los aspectos de la vida china, incluida la literatura y las artes. Por esta razón, la China Tang fue admirada e imitada por muchos pueblos. Durante el periodo Tang, China ejerció una influencia decisiva sobre el Asia oriental y, al mismo tiempo, desarrolló un comercio activo con pueblos de toda Eurasia. Durante más de 100 años, se extendió hasta el interior de Asia central, llegando la influencia de diferentes aspectos de la cultura china hasta Corea y Japón. El budismo floreció transformando China en una vasta comunidad religiosa. La China Tang era un foro abierto para gentes e ideas de muy distintas culturas.

Poder imperial Tang en Asia

Durante los siglos VIII y IX existieron un sinfín de imperios, tanto grandes como pequeños, que se extendían desde el océano Atlántico hasta el Pacífico. La China Tang era el más vasto de todos ellos; la única civilización comparable en el mundo de su época era la gobernada por los árabes. La dinastía Tang ejerció un control imperial sobre naciones muy alejadas de la propia China, forjando un imperio comparable en tamaño al que la gran dinastía Han había dominado 500 años antes. Corea y Japón acataron la supremacía china en la región y cultivaron las buenas relaciones con la China Tang. Ambiciosas campañas militares colocaron el Asia central, Mongolia, Manchuria, Tíbet y ciertas partes de Siberia bajo la dominación china.

Entretanto, existían reinos satélites que acataban la soberanía china en puntos tan remotos de Asia como Persia y Afganistán. Este reconocimiento universal dio lugar a intensas

relaciones comerciales entre las civilizaciones islámica y china. Así, por ejemplo, el gran califa islámico Harun al-Rashid firmó un tratado con los Tang que demostró la influencia diplomática china en el Asia occidental. A partir de entonces, la dinastía Tang ejerció un notable poder sobre los países de Asia oriental, suroriental y central, siendo su sistema de gobierno objeto de admiración también por parte de otros muchos pueblos.

De forma análoga a como Estados Unidos impulsaría en el próspero siglo XX la economía mundial, la riqueza y el poder de la China Tang alcanzaron tales proporciones que estimularon el comercio en gran parte de Eurasia. Durante el gobierno de la dinastía Tang, China estuvo abierta al mundo. Los acuartelamientos militares Tang protegían las vías comerciales de la Ruta de la Seda en Asia central alejando el flujo de mercancías, ideas y personas entre China y Asia occidental. A través de esta vasta red llegaron hasta Europa productos chinos como la seda y la porcelana. La porcelana Tang, descubierta en lugares como Egipto y Turquía, fue especialmente apreciada en Oriente Próximo. Un activo comercio marítimo enlazaba China con la India, Persia y con diferentes países del Sureste asiático. Durante el gobierno Tang los comerciantes de toda Asia constituyeron comunidades temporales o permanentes en distintas ciudades chinas. Así, por ejemplo, de los 200.000 habitantes del gran puerto meridional de Cantón durante el gobierno Tang, tal vez dos terceras partes eran inmigrantes, incluido gran número de árabes y persas.

Este intercambio multicultural también beneficiaba a los chinos. Entre los nuevos productos que llegaron a China cabe citar el té del Sureste asiático, que pronto se convirtió en una bebida enormemente popular en este país. A la corte Tang llegaban con regularidad embajadores portadores de regalos procedentes de diferentes regiones, tales como Birmania (actualmente Myanmar), Java (en Indonesia) y Nepal. Además, los contactos con gentes de la India y Oriente Próximo originaron un rebrote de la creatividad. De todas las dinastías chinas autóctonas a lo largo de la historia, la Tang fue la más cosmopolita.

La edad de oro Tang: las señas de identidad del rango de superpotencia

Al igual que Estados Unidos durante el siglo XX, la dinastía Tang alcanzó el rango de superpotencia en su época gracias a la combinación de varios factores tales como una base metropolitana dinámica, un gobierno centralizado eficaz y fiable, un sólido crecimiento económico, la tolerancia religiosa y el protagonismo tecnológico. El pueblo chino creó una refinada civilización urbana que atrajo a gentes de talento de todos los rincones de Eurasia. El gobierno imperial se hallaba estructurado de forma que permitiera una administración eficaz de sus inmensos territorios y al frente del mismo se encontraban funcionarios capacitados. La economía productiva de China constituía una base apreciable de ingresos. La diversidad de religiones actuaba de estímulo para la vida intelectual y cultural, al tiempo que la ciencia y la tecnología Tang, incluida la armamentística, eran las más avanzadas del planeta.

Las superpotencias modernas son metropolitanas, con ciudades dinámicas y de gran riqueza cultural. La China Tang fue la civilización más urbanizada de su época, con multitud de ciudades mayores que cualquier ciudad de Europa o India en aquel tiempo. La capital Tang era la gloriosa ciudad de Chang'an (actualmente Xi'an), que acogía a más de dos millones de habitantes. La cosmopolita ciudad de Chang'an, en aquel momento la mayor ciudad del mundo, tenía una población cercana a los 60 millones de ciudadanos.

Esta cifra equivalía a la población total de las civilizaciones europea e islámica juntas y representaba más de la cuarta parte de la población total del mundo. Obra maestra de planificación urbanística, Chang'an poseía calles trazadas meticulosamente para formar una cuadrícula. Sus amplias vías urbanas se hallaban pobladas de visitantes, entre los que se encontraban árabes, persas, judíos, japoneses, coreanos, vietnamitas, turcos, indios y tibetanos. En Chang'an trabajaban multitud de artesanos y artistas extranjeros, así como actores de lugares tan lejanos como India y Afganistán. Los extranjeros acudían en calidad de mercaderes o para alistarse en el Ejército Tang. Esta mezcla de culturas suscitó muchas tensiones: algunas mentes conservadoras denunciaron que tal caudal de influencia extranjera constituía una amenaza para la cultura china.

Una de las claves de la posición de superpotencia de Estados Unidos radica en su gobierno eficaz y creíble; bajo el mandato Tang, la estructura gubernamental centralizada alcanzó su madurez. Los chinos consideraban, y con razón, a su imperio como el Reino Central, el núcleo de la civilización del planeta y la familia imperial que ostentaba la autoridad universal gobernaba dicho reino. Bajo la autoridad del emperador se hallaban muchos de los organismos gubernamentales. Para administrar este vasto y heterogéneo imperio se precisaba una burocracia eficaz y para su dotación, la dinastía Tang reclutó funcionarios procedentes de los clanes aristocráticos. Además, se seleccionaron personas dotadas de talento y formación según un sistema de exámenes para la función pública que se regía por las enseñanzas y las obras literarias de Confucio y que constituía uno de los logros más refinados de la China Tang. Con este sistema se garantizaba que los funcionarios del gobierno poseían una ideología confuciana mixta con especial énfasis en la ética y la lealtad. La administración unificada del Imperio Tang confirió una coherencia y un refinamiento a la sociedad china que fue la envidia de otras civilizaciones.

Como lo demuestra Estados Unidos, las superpotencias son, por lo general, centros de crecimiento económico. Y este fue el caso de la China Tang. A fin de alimentar debidamente a una población creciente, la China Tang se esforzó en conseguir mayores rendimientos agrícolas, convirtiéndose en uno de los pueblos agrícolas más eficaces del mundo. El mayor volumen de suministro de alimentos y la mejoría de los transportes trajeron consigo un incremento del comercio y de la población, especialmente en las ciudades. En la China Tang hicieron aparición los gremios de artesanos y comerciantes, así como los primeros billetes de papel moneda de la historia. Además, los comerciantes chinos solían comprar regularmente artículos de lujo en el Sureste asiático.

La tolerancia religiosa ha sido otro de los rasgos de identidad de las superpotencias. Al igual que Estados Unidos ha permitido la entrada de religiones no cristianas como el islamismo y el budismo a lo largo de este último siglo de poder global, la China Tang dio cabida a cualquier creencia novedosa. En tiempos remotos los chinos habían alumbrado varias filosofías singulares, entre ellas el confucianismo y el taoísmo. Más tarde se introdujo el budismo Mahayana, estrechando los lazos con otras comunidades budistas de Asia central y meridional. Algunos budistas chinos peregrinaron hasta India y el apoyo chino colaboró asimismo a que el budismo Mahayana adquiriese relevancia en Asia central, desplazando a versiones más tempranas del budismo. Durante el gobierno Tang estas tres religiones tan dispares (confucianismo, taoísmo y budismo Mahayana) coexistieron e incluso se fundieron en cierta medida, creando el pensamiento mixto chino

tan característico de los siguientes siglos. El budismo perdió algo de su fuerza pero siguió formando parte del arte, la literatura y la religión populares.

La Ruta de la Seda permitió la introducción de nuevas religiones en China tales como el cristianismo nestoriano (una secta perseguida en Occidente por herética), el judaísmo (introducido por los mercaderes judíos que se asentaron en diferentes ciudades), el zoroastrismo (una antigua religión persa), el maniqueísmo (una mezcla de cristianismo y zoroastrismo) y el islam (con cierta influencia en la región noroeste de China). Muchos de los emperadores Tang, que profesaban una visión ecuménica, toleraron estas religiones.

Otra de las características de las superpotencias modernas es un animado panorama cultural que se extiende más allá de las propias fronteras. Por ejemplo, el siglo XX ha presenciado la difusión de la cultura estadounidense tanto de minorías como popular a lo ancho de casi todo el mundo. La cultura Tang, y de forma especial su literatura y su arte, dejaron sentir su influencia en regiones muy alejadas de China. La época Tang fue la era más esplendorosa de la poesía china y hoy en día se continúa leyendo ampliamente en Asia oriental a poetas como Li Bo y Du Fu. Además, gran parte de los principales artistas chinos, incluidos pintores, calígrafos y escultores, vivieron en tiempos del Imperio Tang. La dinastía se hizo célebre también por sus espléndidos objetos lacados, lujosos recamados, mobiliario ornamentado e instrumentos musicales.

Al igual que Estados Unidos ha sido la civilización tecnológica más creativa del siglo XX, la China Tang estuvo a la cabeza del mundo en el campo de la ciencia y la tecnología. Esta época Tang se caracterizó por un sinfín de notables avances científicos y tecnológicos, concretamente en astronomía y matemáticas. Los astrónomos de la era Tang estudiaron las manchas solares y midieron con gran exactitud el año solar (365 días). Siglos antes de que los europeos aceptaran esta teoría, algunos científicos de la época Tang sugirieron que la Tierra era redonda y giraba alrededor del Sol. Los chinos fueron los precursores del análisis, registro y predicción de los eclipses solares. Los expertos técnicos chinos perfeccionaron el uso de la pólvora, y, además, el Ejército de los Tang disponía de primitivos cañones e incluso de cohetes lanzallamas.

Las superpotencias también exportan tecnología. Muchos de los inventos chinos, como la imprenta, llegaron a Eurasia occidental por tierra o por mar. Aún cuando el papel se había inventado originalmente en China varios siglos antes, la civilización Tang desarrolló la xilográfía permitiendo la producción masiva de los escritos y textos budistas para los exámenes de la función pública. Los eruditos recopilaron voluminosas enciclopedias donde quedó registrado todo el conocimiento acumulado y clasificado el saber de tiempos pasados para beneficio de generaciones futuras. La imprenta favoreció la cultura basada en la escritura dentro de las ciudades. Hacia el año 900, al-Andalus (la España musulmana) y Bagdad habían establecido intercambios comerciales de seda y papel basados en el modelo chino. Ciertas técnicas de impresión desarrolladas en China contribuyeron más tarde a transformar la civilización europea.

El modelo Tang en Corea y Japón

Tanto antes como después de la dinastía Tang, China fue el núcleo cultural de Asia oriental e influyó notablemente en sus vecinos, especialmente Vietnam, Corea y Japón. Tanto Vietnam como Corea absorbieron gran parte de la civilización más refinada china,

incluidos los sistemas de escritura, las filosofías y las instituciones políticas. Las influencias chinas fueron adaptadas a las costumbres locales vigentes y tanto los vietnamitas como los coreanos conservaron identidades culturales diferenciadas. Japón alumbró una versión todavía más característica de la civilización asiática oriental, aún cuando asumió gran cantidad de influencias chinas. La influencia cultural de China sobre Corea y Japón alcanzó su grado máximo durante la dinastía Tang.

El Imperio de los Tang sometió el Estado coreano de Silla, que se convirtió en un activo importador de la cultura y las instituciones chinas. El budismo triunfó allí y muchos monjes coreanos se desplazaron a China. El sistema Tang se convirtió en el modelo de gobierno y se adoptó el confucianismo como ideología política. La influencia Tang en Corea también tuvo otras vertientes. Los coreanos adaptaron la escritura china a su propia lengua. Los orígenes de ciertas artes marciales como el karate y el taekwondo se remontan a las enseñanzas chinas, algunas de las cuales llegaron más tarde hasta Japón. La influencia china continuó incluso después del siglo X. Los coreanos llegaron a establecer un sistema de exámenes y a fundar escuelas para el confucianismo pero conservaron o elaboraron gran parte de sus propias instituciones sociales y puede decirse que no se limitaron a ser meros imitadores de los chinos.

Las ideas y los métodos chinos adoptados por Japón contribuyeron a transformarlo en una civilización dinámica y refinada. Durante la dinastía Tang los japoneses hicieron durante tres siglos un ejercicio consciente de asimilación de la cultura china, lo que permitió a Japón integrarse en la corriente principal de la historia mundial. Utilizando el sistema de escritura china, el pueblo japonés comenzó a ejecutar todas las actividades diarias y a registrar su historia. La adopción del budismo supuso, además, para Japón un legado muy rico artístico y arquitectónico. La transformación se vio acentuada en Japón cuando el príncipe Naka no Oe puso en marcha la reforma Taika en el año 645. Esta reforma representó un intento de convertir Japón en un imperio burocrático centralizado a imagen de la China Tang.

La adopción consciente por parte de Japón de la cultura china alcanzó su punto cumbre entre 710 y 794. Este periodo se conoce como el periodo Nara, bautizado por la primera capital de Japón, construida según el modelo de Chang'an. La tierra fue nacionalizada y, de acuerdo con los modelos Tang, redistribuida entre los agricultores. En la práctica, las medidas que habían tenido tanto éxito en la China Tang nunca llegaron a funcionar totalmente en Japón. El emperador japonés no podía llegar a convertirse en un poderoso gobernante al estilo chino ya que en Japón los aristócratas influyentes dominaban a los emperadores, controlaban la burocracia y conservaban vastos latifundios.

Los dirigentes japoneses del periodo Nara apoyaron decididamente la cultura china. Se animaba a los ciudadanos japoneses a construir edificios de estilo chino y a vestir ropa china. Los rituales y ceremonias de la corte imperial, tales como la música orquestal y los bailes de palacio, practicados todavía en nuestros días, estaban basados en gran parte en modelos Tang. El lenguaje escrito chino fue adquiriendo prestigio y se fue adaptando al idioma hablado japonés. Las formas literarias Tang como la poesía y la caligrafía o la pintura paisajística o las ideas filosóficas y religiosas chinas se fueron divulgando en Japón. Los japoneses adoptaron el confucianismo pero modificaron el mensaje político y ético para adecuarlo a su particular estructura social y asimismo aceptaron y adaptaron el

budismo Mahayana. Por otra parte, los japoneses conservaron sus prácticas del sintoísmo, una especie de culto a la naturaleza.

La absorción cultural directa del legado chino por parte de Japón comenzó a debilitarse en el 794, año en el que la capital fue trasladada desde Nara a Heian-kyo (en la actualidad, Kioto). En el transcurso de varios decenios Japón fue retornando gradualmente a una situación de relativo aislamiento. En el siglo IX los japoneses comenzaron de nuevo a importar y adaptar los esquemas chinos en un intento por convertirlos en genuinamente japoneses bajo el lema "aprendizaje chino, espíritu japonés". Esta época vio florecer la cultura japonesa bajo una notable influencia budista. Incluso durante el prolongado periodo feudal en Japón no resulta difícil detectar influencias Tang en la religión, la literatura y las artes.

El ocaso Tang y su herencia

Durante la dinastía Tang, China fue auténticamente el Reino Central. Con independencia del rasero con el que se midiese, la China Tang sobresalía por encima del resto de Eurasia. Pero los imperios resultan muy costosos de mantener y las superpotencias no perduran eternamente. El reinado del emperador Xuanzong (Hiuan-Tsong) desde el 712 hasta el 756 está considerado habitualmente el cenit del esplendor Tang como potencia mundial. El Imperio Tang comenzó a declinar tras la derrota militar a manos de los árabes en el río Talas, cerca de Samarcanda (en el actual Uzbekistán), en el año 751. Esta derrota detuvo la expansión china y forzó una retirada gradual que desembocó en un levantamiento alentado por el gobernador, que destronó al emperador en 755. El islam vino a llenar parte del vacío creado por el ocaso del Imperio Tang, convirtiéndose en la religión predominante en Asia central. La caída progresiva del territorio de Asia central acabó provocando el derrumbe Tang. Bandas de rebeldes saquearon Chang'an y China se fue desmembrando a lo largo de varias décadas. A la dinastía Tang le sucedió la Song, que tuvo muchos aciertos pero mucho menos poder universal y regional. En conjunto, estas dos dinastías están consideradas como la cima de la edad de oro china. La dinastía Ming, que comenzó en 1368 y duró hasta 1644, reafirmó el poder regional en la más pura tradición Tang.

El periodo comprendido entre el 618 y el 907 puede denominarse efectivamente como los siglos chinos, ya que la dinastía Tang sentó una base firme para el esplendor durante esta época. En el transcurso de dichas centurias, China propició una era de estabilidad política, social y cultural, así como de prosperidad económica, sin parangón. Desde el siglo VII hasta el XV China experimentó un enorme avance, convirtiéndose en la civilización más rica, mejor organizada y más poblada del mundo. China continuó siendo una superpotencia hasta que la Revolución Industrial europea sentó las bases que permitieron a Occidente asumir de forma incontestada el dominio mundial.

Acerca del autor: Craig A. Lockard es titular de la Cátedra Ben y Joyce Rosenberg de Historia en el Departamento de Cambio y Evolución Social de la Universidad de Wisconsin, en Green Bay. Es autor del libro "*Dance of Life: Popular Music and Politics in Modern Southeast Asia*".

Expansión del islam

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En el presente ensayo, Richard Foltz examina la dinámica y las consecuencias de la rápida expansión del islam, iniciada en el siglo VII.



Mezquita de Sidi Sahab, Kairuán

Esta antecámara ornamentada con un revestimiento de azulejos se halla en la mezquita de Sidi Sahab (también conocida como la mezquita del Barbero), uno de los edificios religiosos con los que cuenta la ciudad de Kairuán en el centro de Túnez. La mezquita alberga el mausoleo de Sidi Sahab, que mantuvo una estrecha amistad con el profeta Mahoma, fundador de la religión musulmana. Fue conocido como "el barbero del profeta" ya que siempre llevaba con él tres pelos de la barba de Mahoma.

Expansión del islam

Por Richard Foltz

El islam es considerado frecuentemente una religión árabe, y durante gran parte del siglo VII realmente lo fue. La tercera gran creencia enraizada en Abraham (junto al judaísmo y el cristianismo, religiones que tienen sus orígenes en la figura bíblica de Abraham) nació en el occidente de Arabia. Su profeta, Mahoma, era árabe; las escrituras reveladas, el Corán, están escritas en árabe y en las postrimerías de la vida de Mahoma, en el año 632, todas las tribus de la península Arábiga habían acatado su autoridad. Los ejércitos acaudillados por los árabes conquistaron territorios desde la península Ibérica hasta la India en menos de cien años, implantando una administración central, el califato, en la que los árabes ocupaban la mayor parte de los cargos de poder y de privilegio.

Muchos árabes llegaron a considerar sus sorprendentes triunfos militares como una prueba de la superioridad de su nueva religión. Esta creencia parecía confirmarse por la afluencia de nuevas e insospechadas riquezas y de bienestar procedentes de los territorios conquistados. Los árabes capturaron enormes botines en sus batallas y tras sus victorias asumieron posiciones importantes y lucrativas en el seno del gobierno imperial del califato. El nuevo imperio les proporcionó asimismo el control sobre el comercio, una situación tremadamente favorable tanto para los comerciantes árabes como para los funcionarios gubernamentales encargados de la recaudación de impuestos.

Por lo tanto, no resulta sorprendente que los árabes se mostraran remisos a compartir estos enormes beneficios con los pueblos excluidos de la comunidad musulmana. Tampoco es de extrañar que los extranjeros intentaran entrar a formar parte de este grupo privilegiado. En gran parte, esta tensión estuvo subyacente en la dramática transformación del islam, pasando de una forma de expresión cultural específicamente árabe a una tradición cosmopolita y universal en el transcurso de poco más de cien años.

La aceptación de otras culturas por parte de los árabes

Aún cuando mucha gente sigue considerando que el islam fue una religión difundida “a punta de espada,” resulta importante diferenciar entre la difusión del gobierno musulmán y la propagación del islam como creencia religiosa. El Corán afirma que “no existe coacción en los asuntos de religión” y los árabes musulmanes, en su deseo por preservar su poder y el misterio de su éxito, no mostraron ningún interés en incorporar a terceros en su comunidad. Sin embargo, el Corán impone a los musulmanes difundir las normas islámicas y allí donde vivan los musulmanes, no están obligados a respetar leyes que puedan atentar contra sus creencias.

Desde las primeras grandes conquistas árabes, desde los territorios bizantinos originales de Egipto y Siria por el oeste y el norte hasta todo el Imperio persa de los Sasánidas por el este, los musulmanes, por lo general, se contentaban con dejar intactos los sistemas e infraestructuras existentes. Como pueblo tradicionalmente tribal, los árabes carecían de experiencia previa o de modelos propios para gobernar todo un imperio de pobladores no árabes. Sensatamente optaron por dejar prácticamente todo como lo encontraban, ocupando los puestos de gobierno más altos y actuando como autoridad máxima en la toma de decisiones importantes. Los registros administrativos se llevaban en griego, arameo o persa pahlavi durante todo el siglo VII e incluso después en Oriente, y las monedas fueron acuñándose con inscripciones árabes de forma muy paulatina. Los sistemas impositivos permanecieron inalterados y las comunidades locales en el interior de los nuevos territorios árabes a menudo prevalecían bajo la jurisdicción legal de sus propios dirigentes. Los jueces musulmanes, o *qadis*, designados de forma centralizada sólo administraban justicia en casos importantes. Los burócratas conservaban, por lo general, sus puestos bajo la autoridad de jefes árabes nominales. En la educación, los maestros cristianos, judíos u otros no musulmanes continuaron impartiendo sus enseñanzas en las principales instituciones (tales como la escuela médica en Gundeshapur, en el sudoeste de Irán), instruyendo a menudo a estudiantes árabes musulmanes.

De hecho, el periodo de la dinastía árabe Omeya (661-751), comparado con las condiciones existentes de bizantinos y Sasánidas, fue de una extraordinaria tolerancia religiosa y

cultural para las poblaciones no musulmanas sometidas. Sin embargo, las prácticas de gobierno de los Omeyas obedecían menos a la benevolencia que a finalidades prácticas. Los árabes consideraban el islam como su religión propia y en tanto en cuanto mantuviesen un firme control de la política, las tradiciones de los denominados pueblos bajo protectorado (indígenas sometidos protegidos por los musulmanes contra otros ejércitos invasores) no les planteaban ninguna amenaza. Es más, los árabes eran conscientes de las múltiples formas en que, como gobernantes, podían beneficiarse de las herencias culturales de sus súbditos. Los Omeyas toleraron y favorecieron la inmigración de expertos, tales como físicos, astrónomos y matemáticos, procedentes del mundo bizantino. Muchos de estos inmigrantes eran miembros de sectas cristianas heterodoxas o paganos no conversos que sufrían persecución bajo los bizantinos y hallaban mayor hospitalidad en los territorios bajo soberanía árabe. Los árabes se mostraban asimismo receptivos a aprender de las tradiciones intelectuales del mundo clásico mediterráneo, incluidas las obras de los filósofos y científicos griegos y latinos, que, sin embargo, eran rechazados por los bizantinos cristianos. Como resultado de tal interés, muchas de las obras clásicas fueron traducidas al árabe y más tarde dichas traducciones árabes llegaron hasta la Europa medieval, principalmente a través de España.

Debido a la confianza religiosa de los Omeyas, los árabes musulmanes se beneficiaron de los aspectos más provechosos de las civilizaciones que les habían precedido. La adopción de un sinfín de herramientas administrativas, técnicas y científicas enriqueció su imperio y configuró el desarrollo de la cultura islámica.

Consecuencias de la conversión al islam

Muchos de los súbditos árabes buscaron integrarse en la comunidad musulmana por el mero hecho de que los árabes protegían a su colectivo privilegiado. Los burócratas al servicio del gobierno árabe intuyeron un aumento de poder por la vía de la conversión; entendieron que así las relaciones con sus superiores mejorarían y que su puesto sería más seguro caso de adoptar la identidad musulmana. Los negociantes vislumbraron ventajas derivadas de la pertenencia a una red comercial global dominada cada vez en mayor medida por los musulmanes, dentro de la cual éstos recibían de manera habitual trato de favor y ciertas concesiones. Los intelectuales esperaban ver legitimadas sus teorías e ideas presentándolas dentro de un contexto islámico. Mediante la conversión, los soldados profesionales podían combatir con el ejército islámico y participar consecuentemente del botín y demás beneficios en las campañas árabes coronadas sistemáticamente por el éxito. Algunos conversos entrevieron incluso alguna ventaja de la liberación del *jizyah*, o impuesto de capitación que los súbditos bajo protectorado debían satisfacer a sus amos musulmanes. Los musulmanes concebían este impuesto como una tasa por protección, ya que los no musulmanes no estaban obligados a servir en el ejército. Sin embargo, aún cuando algunos no musulmanes pudieran considerar este impuesto como discriminatorio, durante los primeros años del califato Omeya el *jizyah* era claramente inferior a los gravosos impuestos recaudados por bizantinos y Sasánidas. Por consiguiente, a la mayoría de los súbditos del califato este impuesto no debió parecerles excesivamente oneroso.

Uno de los problemas que hubieron de afrontar quienes deseaban ingresar en la sociedad islámica fue que ésta todavía estaba organizada según las normas tribales árabes. Una de las bases del Corán es la igualdad de todos los creyentes en Dios, pero en realidad las

divisiones jerárquicas entre los árabes nunca llegaron a desaparecer. Los primeros conversos y sus descendientes se creían con derecho a una consideración especial y existían rivalidades entre los clanes de La Meca y los de Medina. A medida que algunos clanes se desplazaron por el imperio para establecer bases locales de poder, fueron surgiendo tensiones entre los grupos árabes de diferentes regiones geográficas. Por tanto, mientras los árabes se definían a sí mismos como musulmanes en relación con los extranjeros, entre ellos mantenían perfectamente viva la afiliación del clan que constituía la base de su identidad dentro de sus propias comunidades.

Por definición, cualquiera que no fuera árabe carecía de identidad de clan árabe. Convertirse en musulmán era enormemente sencillo, pues el único requisito consistía en recitar la *shahada*, la profesión de fe: “No hay otro Dios que Alá y Mahoma es su Profeta”. Pero convertirse en miembro de la sociedad árabe era otra cuestión. Para un converso no árabe, la solución radicaba en buscar un patrono árabe que actuase de valedor dentro de un determinado clan.

La revolución Abasí

El sistema de patronazgo por el que los no árabes conseguían ser admitidos en la comunidad musulmana no les garantizaba la completa igualdad expuesta en el Corán. El puesto de cada individuo en el seno de la estructura social árabe basada en los clanes sólo podía ser garantizado por el amo árabe de quien seguía dependiendo el individuo. A finales del siglo VII parece ser que muchos de los conversos comenzaron a mostrar su descontento con la situación y comenzaron a explorar vías para afianzar la igualdad de derechos con los musulmanes.

Sin embargo, los súbditos no eran los únicos musulmanes descontentos. La insatisfacción fue aumentando entre los diferentes clanes árabes por culpa de ciertas desigualdades regionales de poder político y económico. Eran muchos los árabes que opinaban que los califas Omeyas y sus familias, que gobernaban desde Damasco (en la actual Siria), habían comenzado a imitar el corrupto estilo de vida de los depuestos gobernantes bizantinos. Los Omeyas fueron acusados de beber en exceso, de libertinaje, de nepotismo y de otros vicios. La confrontación entre el primer gobernador Omeya, Muawiya, y el cuarto califa, Alí ibn Abi Talib, desembocó indirectamente en el asesinato de este último en 661. Asimismo, fue Yazid I, el hijo de Muawiya, quien en 680 al frente del ejército mató al segundo hijo de Alí, Husayn, y a sus seguidores en la ciudad iraquí de Karbala.

La cuestión de la legitimidad se convirtió en el punto de unión de los musulmanes con cualquier tipo de reivindicación contra los Omeyas. Para el gran número de enemigos de los Omeyas, una alternativa natural consistía en apoyar la jefatura de la Casa del Profeta, el shiísmo. En Jurasán, en la franja oriental persa del imperio más alejada del alcance del poder del califato, la gran oposición al gobierno de Damasco, aliada con un sentimiento popular en favor de Alí en el seno de la milicia local, inspiró una revolución que logró derrocar a los Omeyas en 751. La revuelta estaba acaudillada por el general iraní Abu Muslim en nombre de un descendiente de Abbas, tío del Profeta, que dio nombre a la nueva dinastía de los Abasíes.

La creciente influencia de los conversos no árabes

Hacia finales de siglo VIII el número de conversos no árabes aumentaba de forma constante y tal incremento supuso un auge de su influencia. En calidad de musulmanes con una posición reconocida dentro de la sociedad islámica, dichos conversos tenían derecho a acceder a la autoridad divina encarnada en el Corán al lado de los patronos árabes, y en ocasiones en clara competencia con ellos. Para ello debían aprender árabe y de esta forma se convirtieron en los primeros gramáticos de la lengua árabe. A medida que los conversos fueron adoptando el árabe como la primera lengua de la cultura islámica, cada vez más extendida, fueron transformando su propio idioma. Los eruditos dedicados a las tareas de traducción ejercieron una especial influencia a la hora de estructurar el idioma. El árabe, originalmente una lengua de nómadas del desierto, carecía de vocabulario para expresar multitud de conceptos científicos y filosóficos abstractos. El sinfín de palabras y expresiones nuevas acuñadas por los traductores convirtieron el árabe en un idioma de civilización elevada, capaz de comunicar las ideas más complejas y refinadas.

Según aumentaba el número de no árabes que se convertían en miembros de la comunidad musulmana, surgían discrepancias acerca de las normas de conducta y forma de vida. El Corán sólo se pronuncia explícitamente sobre algunos aspectos legales y de comportamiento. Aún cuando muchos musulmanes opinan que, debidamente interpretado, el Corán proporciona directrices para todos los temas de la vida, es frecuente que no existan tales interpretaciones. Cuando todos o la mayoría de los musulmanes eran árabes, era la tradición social árabe la que prevalecía cuando el Corán no se pronunciaba en contra. Sin embargo, los no árabes a menudo poseían normas distintas y a medida que fue aumentando el número de musulmanes no árabes comenzaron a generarse numerosos conflictos. El recurso a la autoridad común del Corán no siempre solucionaba las disputas y los musulmanes buscaron una fuente adicional de autoridad en el ejemplo del profeta Mahoma. El Corán respaldaba este recurso al afirmar: “Tenéis un buen ejemplo en el mensajero de Dios.” Si una de las partes en una disputa podía alegar que el profeta en persona había sentado algún precedente de un determinado comportamiento o postura, era considerado como argumento de autoridad por los musulmanes. No obstante, de todo esto sólo podía tenerse conocimiento a partir de anécdotas sobre el profeta transmitidas oralmente por quienes le habían conocido personalmente.

Muchos individuos de mentalidad crítica asumieron la tarea de recopilar historias acerca del profeta. Intentaron esclarecer la credibilidad de tales narraciones analizando las biografías de quienes las habían transmitido. El resultado de esta actividad tremadamente erudita, que se prolongó hasta el siglo IX, fue un enorme cuerpo de literatura sagrada denominado *Hadit*. La mayoría de los musulmanes acabaron por aceptar los *hadits* como la máxima autoridad después del Corán. Parece ser que la creciente difusión internacional del islam fue clave para lograr la recopilación de la literatura *hadit*, ya que las seis colecciones de *hadits* reconocidas como canónicas por los musulmanes sunnies fueron recogidas en el mundo iraní. Algunos estudiosos han aventurado que fueron las discrepancias en cuanto a normas sociales entre árabes y conversos no árabes las que crearon la necesidad de un cuerpo de autoridad comúnmente aceptado. Es decir, mientras todos los musulmanes fueron árabes, los temas no abordados de forma explícita en la revelación divina se resolvían según la normativa árabe, pero si la

desavenencia se planteaba entre árabes y no árabes, las reglas establecidas por los respectivos bandos no coincidían, planteando la necesidad de una segunda autoridad.

El auge de la influencia persa

Los Abasíes trasladaron la capital califal a Mesopotamia, en la franja occidental del mundo iraní. A partir de ese momento, la influencia persa sobre la vida secular y religiosa fue enorme. Los nuevos califas eligieron a persas (sobre todo de la familia Barmakí, que anteriormente habían sido sacerdotes budistas) para la mayoría de los puestos ministeriales importantes. Bajo la influencia de sus consejeros iraníes, los Abasíes adoptaron casi en su totalidad el sistema imperial de los Sasánidas, incluido el protocolo de la corte, el sistema fiscal para la agricultura (los terratenientes locales recaudaban los impuestos imperiales), el calendario solar y los festivales de los equinoccios, el patronazgo de la literatura cortesana y la música. Incluso llegaron a adoptar las ideologías y el simbolismo de los emperadores Sasánidas preislámicos; estas ideologías y simbologías estaban basadas en la monarquía absoluta en la que el monarca se consideraba la “sombra de Dios en la Tierra”.

La segunda mitad del siglo VIII presenció un auge formidable de los factores iraníes en la conformación del desarrollo de la civilización islámica. En el 762, el califa Al-Mansur construyó una nueva capital imperial entre los ríos Tigris y Éufrates cerca de la antigua capital Sasánida de Ctesifonte; la nueva ciudad fue bautizada con el nombre de Bagdad, que en persa significa “otorgada por Dios”. Junto con la familia Barmakí, otros iraníes ocuparon altos puestos administrativos bajo la regencia Abasí como, por ejemplo, Ibn al-Muqaffa, conocido por su traducción de obras literarias del persa al árabe. Aún cuando el árabe no era su idioma nativo, Ibn al-Muqaffa consideraba tales traducciones como un medio de afianzar la superior cultural iraní.

Esta paradoja refleja lo más profundo de la identidad iraní. Ibn al-Muqaffa era un converso al islam y en el transcurso de pocos siglos prácticamente todos los persas habrían de convertirse en musulmanes. Pero, sin embargo, habían sido los árabes, considerados por los iraníes como seres inferiores incivilizados desde tiempos inmemoriales, quienes les habían llevado el islam. Aún en nuestros días, muchos iraníes consideran la destrucción árabe del Imperio de los Sasánidas como la mayor tragedia aislada de la prolongada historia iraní. Durante el siglo VIII, los eruditos persas como Ibn al-Muqaffa' consideraban las traducciones persas al árabe como una forma de consolidar la legitimidad y el poder iraní en todo el mundo islámico. Estos intelectuales iniciaron un movimiento literario conocido como *shu'ubiyya* que favoreció la traducción al árabe de obras como *Las mil y una noches*, que conquistó un lugar por derecho propio en el parnaso de la literatura islámica. El movimiento *shu'ubiyya* simbolizaba la variedad de enfoques por medio de los cuales los iraníes y otros pueblos no árabes abrazaban el islam para integrar su historia en la cultura islámica.

El poder de la herencia cultural iraní resultó ser vigoroso. A lo largo de los siguientes siglos la civilización islámica con marcada influencia persa se fue difundiendo y asentando en todo el continente asiático hasta la India y parte de China. En el siglo XI, Mahmud de Gazni, un turco recién convertido de Asia Central que impuso el gobierno islámico en el norte de la India, intentó legitimarse a sí mismo patrocinando la elaboración de la gran

epopeya nacional iraní, *El Libro de los Reyes*, que ensalza el pasado persa anterior al islam. En esa misma época, un traductor de Asia Central afirmaba en su introducción a una importante obra sobre la historia local: “Pocas personas sienten el deseo en estos días de leer un libro en árabe. Por tanto, siguiendo el consejo de los amigos, he traducido este libro al persa”.

El legado continuo de la expansión islámica

En poco más de un siglo las incipientes tensiones entre no árabes y musulmanes ayudaron a la gestación de la religión internacional del islam. Cuando los mongoles destruyeron el califato en 1258, la literatura, la pintura, la arquitectura y la educación islámicas habían quedado conformadas según los patrones persas. A la hora de valorar las primeras contribuciones iraníes a la administración, finanzas, derecho, teología y filosofía islámicas, resulta evidente que la cultura iraní desempeñó un papel importante en la evolución del islam, un papel que, en palabras de un erudito, no es menor que el de la civilización helenística en la conformación de la cristiandad. Durante este mismo periodo al desarrollo del islam contribuyeron el Occidente islámico, los sirios, los egipcios, los bereberes, los españoles, entre otros. Y a partir del siglo XI, los turcos, los indios y otros pueblos asiáticos también aportaron nuevas influencias a la dinámica civilización islámica.

Actualmente, menos del 15% de los 1.000 millones de musulmanes en todo el mundo son árabes, y en el sur de Asia viven más del doble de musulmanes que en el mundo árabe. Desde Senegal hasta Filipinas, los conversos a esta religión mundial han infundido sus propias tradiciones culturales autóctonas a la realidad múltiple que es el mundo islámico. Sus incessantes contribuciones forman parte de un proceso iniciado por los primeros conversos hace más de 13 siglos.

Acerca del autor: Richard Foltz es autor, entre otras publicaciones, de *Religions of the Silk Road*.

Poder político en el África subsahariana entre el 1000 y 1500

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, David Northrup, del Boston College, analiza las ciudades y los estados de África durante la primera mitad del segundo milenio de nuestra era y, en particular, el papel del comercio de larga distancia en el mantenimiento de la riqueza y el poder de las culturas africanas.



Placa de bronce de Benín

El reino de Benín es conocido por su riqueza en marfil y especialmente por sus placas y cabezas hechas en bronce. Estas últimas obras, que solían realizarse en honor de antiguos reyes, se situaban sobre altares; las placas, con figuras en alto relieve que representan escenas de guerra o cacerías, se colocaban en los muros de los edificios. La mayoría de los 'bronces' de Benín, así denominados, son realmente de latón. Los mejores fueron realizados en los siglos XIV y XV, pero esta tradición perduró hasta el XIX.

Poder político en el África subsahariana entre el 1000 y 1500

Por David Northrup

Utilizando tres tipos diferentes de evidencias los historiadores han podido desvelar la historia, hasta hace poco oscura, relativa a estados, ciudades y relaciones comerciales de

África en el periodo comprendido aproximadamente entre los años 1000 y 1500. El primer tipo son las crónicas y los relatos épicos transmitidos oralmente hasta nuestros días. Otra evidencia procede de las excavaciones arqueológicas de ciudades en ruinas, que revelan detalles sobre la construcción de edificios, vida social y productos comerciales. El tercer tipo de evidencia son las impresiones (registros escritos) de visitantes musulmanes. Una de las crónicas más importantes es la del famoso escritor marroquí Ibn Batuta, que vivió entre 1304 y 1369 y fue el mayor viajero de su tiempo.

A partir de estas fuentes surge un retrato rico y variado de estados poderosos, ciudades energéticas y vivas culturas. Durante el periodo comprendido aproximadamente entre el 1000 y 1500 aumentó considerablemente el comercio entre los pueblos africanos al sur del desierto del Sahara y los estados islámicos del norte y el este. De los productos comerciales intercambiados, el más importante fue el oro extraído en África. Los beneficios y las mercancías procedentes de este creciente comercio de larga distancia a través tanto del Sahara como del océano Índico supuso un fortalecimiento para diferentes e importantes estados africanos. Además, muchas ciudades prosperaron al participar en el comercio regional y de larga distancia, aunque esto no fuera su única función. Las ciudades sirvieron de apoyo a los gobernantes actuando de centros de administración y de celebración de importantes rituales religiosos lo que suponía un apoyo al poder del Estado.

No existe una única afirmación que pueda describir adecuadamente la naturaleza de estos importantes estados africanos. Tanto el tamaño como la implicación de los estados en el comercio de larga distancia era variable. El tamaño de los estados podía oscilar entre pequeñas ciudades-estado (la ciudad y tierras aledañas) y reinos nacionales o imperios con poblaciones de diferentes nacionalidades. Algunos estados dependían estrechamente del comercio extranjero, mientras que otros sólo mantenían vínculos indirectos con el mundo exterior. Para entender esta diversidad puede resultar útil estudiar algunos ejemplos particulares.

La costa swahili

De todos los pueblos africanos de este periodo, sólo los swahilis del este de África tenían contacto con comerciantes de países más alejados. Estos pueblos del este de África habían comerciado durante mucho tiempo con Egipto y el Oriente Medio utilizando como vía de transporte el Nilo, el mar Rojo y el océano Índico. Pero a partir del siglo XIII, el comercio creció rápidamente extendiéndose hacia al sur e incluyendo entre los productos intercambiados el oro. Hacia 1500, unas 30 ciudades-estado situadas a lo largo de 1.500 millas de la costa africana del océano Índico estaban dedicadas al comercio de ultramar. A pesar de que estas ciudades eran políticamente independientes, los habitantes compartían una cultura común y hablaban un mismo idioma. Estos pueblos y su idioma se conocen como swahilis, nombre que en árabe significa “las costas de los negros.”

Las excavaciones realizadas por arqueólogos demuestran que las ciudades comerciales swahilis eran originariamente pequeños pueblos de pescadores africanos. A medida que su riqueza procedente del comercio fue aumentando, los habitantes sustituyeron sus cabañas de paja por edificios de piedra de coral, algunos de los cuales de hasta tres o cuatro pisos. Estos lugares eran también ricos en productos traídos de tierras lejanas como, por ejemplo, porcelana de China, perlas de la India o monedas del sur de Asia y China.

El comercio conlleva, por lo general, un intercambio de ideas y de bienes materiales. Existe una interacción entre las personas de diferentes culturas y, como resultado, se desarrollan culturas híbridas. Algunos de los comerciantes musulmanes de Arabia y el golfo Pérsico se establecieron de forma permanente en las ciudades swahilis y su presencia incrementó la mezcla de poblaciones e introdujo nuevas palabras en su lenguaje. Los comerciantes musulmanes también animaron a los habitantes locales a adoptar el islam como religión propia. A medida que se iba difundiendo el islam, los habitantes swahilis fueron construyendo espléndidas mezquitas de piedra de coral.

El gran viajero Ibn Batuta pasó por la costa swahili en 1331 y describió el comercio y la hospitalidad que recibió de muchos gobernantes musulmanes. En el momento de su visita, la ciudad swahili más importante era Kilwa (en la actual Tanzania). Ibn Batuta describió Kilwa como “una de las ciudades más bellas y mejor construidas del mundo.” Alabó la devoción de los africanos de Kilwa en la práctica del islam y al gobernante de la ciudad por su modestia y generosidad.

Aunque las ciudades swahilis exportaban muchos productos, desde carey y madera hasta marfil y esclavos, fue el oro lo que realmente enriqueció a la ciudad de Kilwa. A finales del siglo XV, Kilwa exportaba por barco una tonelada de oro al año. Este oro no procedía de la costa swahili, sino de las minas del interior del sureste africano.

Gran Zimbabwe

Una buena parte del oro procedía de las colinas situadas al sur del río Zambeze, en la actual Zimbabwe. Durante el periodo en el que se desarrollaron las ciudades swahilis, un poderoso estado africano controlaba gran parte del comercio de oro hacia la costa. El gobernante vivía en la magnífica capital conocida actualmente como Gran Zimbabwe, una ciudad de gran importancia ritual y económica. Los arqueólogos estiman que en su momento de máximo esplendor la ciudad tenía 18.000 habitantes. Las minas de oro estaban diseminadas por la amplia región controlada por el rey de Gran Zimbabwe.

Las ruinas de los edificios de piedra de Gran Zimbabwe forman el lugar histórico mayor y más famoso de África al sur del valle del Nilo. Los arqueólogos han demostrado que los africanos locales construyeron estas estructuras de piedra entre 1250 y 1450. El rey de Gran Zimbabwe probablemente tenía su corte en el edificio mayor, conocido como el Gran Recinto, que tenía la forma y el tamaño de un estadio de fútbol actual. Alrededor de este palacio real, un muro ovalado, en algunos lugares con un espesor de 5 m en la base y una altura de hasta 10 m, encerraba un complejo constituido por varios edificios más pequeños. Para construir estos muros macizos, los habitantes de Gran Zimbabwe colocaban piedras planas en capas sin utilizar mortero y los muros se remataban con pájaros esculpidos en piedra. No cabe duda que los visitantes que entrasen por el estrecho paso entre los altos muros debían quedar impresionados por la majestuosidad de esta corte real.

En las colinas sembradas de guijarros frente al Gran Recinto se encuentran numerosas terrazas de piedra y pasos estrechos que se cree eran un lugar de culto. La riqueza necesaria para construir estos edificios tan elaborados procedía del control que ejercía el rey sobre las minas de oro y el comercio del oro hacia la costa. Aunque la metalurgia y el

comercio tenían una larga historia en esta región, el grueso de su economía descansaba sobre la agricultura y la ganadería.

Los habitantes del interior de Gran Zimbabue comerciaban principalmente con los swahilis de la costa, manteniendo un contacto limitado con los comerciantes islámicos y asiáticos que llegaban a las costas del este de África. Aunque se han encontrado productos de Asia y Oriente Próximo entre las ruinas de Gran Zimbabue, existe escasa evidencia que indique que su cultura estuviese influenciada por los extranjeros. Y dado que no dejaron registros escritos, no se conoce mucho más de ellos.

Etiopía

Otros estados de esta época tuvieron una historia más larga de interacción con pueblos no africanos. Al norte de la costa swahili y al borde del mar Rojo se encuentra Etiopía, uno de los reinos más antiguos del África subsahariana. Etiopía fue el único estado cristiano del África subsahariana que sobrevivió a la invasión musulmana que destruyó los estados nubios del alto Nilo poco antes de 1300. Los gobernantes de Etiopía habían sido convertidos al cristianismo por los misioneros sirios en el siglo IV. A medida que el cristianismo se fue extendiendo por la población, la fe comenzó a estar estrechamente asociada a la dinastía gobernante, de fuerte tradición monástica, y a la ciudad santa de Jerusalén, donde monjes etíopes tenían un monasterio datado aproximadamente en 1200.

La fascinación de Etiopía por el pasado judeocristiano se refleja en la capital Lalibela, construida por un rey del mismo nombre a principios del siglo XIII. Lalibela diseñó su capital a imagen de la ciudad de Jerusalén, conmemorando cada uno de los 11 lugares sagrados cristianos de Jerusalén con una iglesia de piedra. Estas iglesias presentaban una construcción altamente inhabitual: estaban excavadas en la roca con una técnica que procedía de una antigua tradición de trabajo en roca de esta zona. Los operarios del rey Lalibela realizaban grandes zanjas en la roca situada justo debajo del nivel del suelo. Así obtenían unos cubos de roca prácticamente macizos que después tallaban y vaciaban. Algunas iglesias presentaban columnas y ventanas, todas ellas excavadas en la roca maciza. Estas iglesias, consideradas en su conjunto, constituyen una de las maravillas arquitectónicas del mundo.

A partir de 1270 aumentó considerablemente el comercio de Etiopía a través del puerto de Zeila, en el mar Rojo. Etiopía exportaba oro, marfil, esclavos, ámbar, caballos y pieles de animales. Parte de este comercio se dirigía hacia el norte hasta el Mediterráneo oriental. Otra parte del comercio se dirigía a través del mar Rojo hasta la ciudad de Adén en el extremo meridional de la península Arábiga y desde allí hacia otros destinos en el océano Índico. La mayor parte de este comercio pasaba a través de manos musulmanas, aunque también algunos comerciantes judíos servían como intermediarios. Durante un tiempo la Etiopía cristiana prosperó gracias a las relaciones comerciales con sus vecinos musulmanes y judíos.

Malí

De todos los estados africanos de la época, ninguno sobrepasó en esplendor al imperio de Malí. Entre 1200 y 1500 Malí fue el Estado más extenso y rico de todo el África subsahariana y sucedió al antiguo Imperio de Ghana, destruido en 1076 por los

almorávides, un grupo guerrero islámico que procedía del norte. En su momento de máximo esplendor, Malí ocupaba un vasto territorio del Sudán occidental (las tierras por debajo del Sahara occidental). Este territorio se extendía desde el océano Atlántico hasta la gran curva del río Níger, donde se asentaban ciudades llenas de activa vida comercial, religiosa e intelectual.

Una obra épica transmitida oralmente por los mandingas (también conocidos como mandingos o malinkeses) de Malí cuenta cómo, poco después de 1200, su reino surgió de un conflicto con el estado Susu en expansión dirigido por el rey Sumanguru Kanté. Hacia 1240, el pueblo mandinga, agrupado en diferentes jefaturas, fue conquistado por los susus. A continuación los mandingas solicitaron a su jefe depuesto, Sundiata Keita, que los ayudara a liberarse. Según la obra épica mandinga, Sumanguru Kanté y Sundiata lucharon con estrategias mágicas y militares. Sumanguru Kanté aparece y desaparece a voluntad, asume diferentes formas y atrapa flechas con sus manos desnudas. Pero finalmente Sundiata se hace con la victoria hiriendo a Sumanguru Kanté con una flecha especial que le roba sus poderes mágicos. A continuación Sundiata vence a las fuerzas susus, mucho mayores, y hace de Malí un gran imperio.

Además de la fuerza política, militar y religiosa de Sundiata, el tamaño y la riqueza de Malí procedía en gran parte de las rutas comerciales transsaharianas que pasaban por el norte a través del Sahara. Las caravanas de camellos del norte de África y del Sahara traían caballos, sal, productos manufacturados, libros y gran variedad de otros productos hasta las ciudades de Jenne, Tombuctú y Gao a lo largo de la curva del Níger. Durante el Imperio de Malí, el comercio exterior también había introducido prácticas y creencias musulmanas en estas ciudades comerciales. A su vez, Malí exportaba oro, esclavos y otros productos locales. El control de Malí sobre las zonas productoras de oro en el sur y el oeste del imperio fue un factor determinante de atracción para los comerciantes extranjeros.

La fama de la riqueza de Malí se extendió enormemente durante el reinado de Musa entre 1312 y 1337. Como todos los musulmanes, Musa deseaba hacer una peregrinación a la ciudad santa de La Meca. Su viaje de ida y vuelta a través del desierto hacia El Cairo y hasta La Meca (entre 1324 y 1325), aunque estaba motivado en gran medida por la devoción, también le permitió mostrar al mundo las riquezas de Malí. Musa realizó la peregrinación acompañado de un gran séquito que incluía a su primera esposa y cientos de sirvientes y esclavos. En una descripción de esta peregrinación se afirma que en el séquito viajaban 60.000 porteadores y un gran número de camellos cargados con suministros y provisiones. Durante sus paradas en El Cairo, Musa vivió de forma despilfarradora entregando grandes cantidades de oro a sus asombrados huéspedes.

Esta peregrinación fue una experiencia profundamente religiosa para Musa y para sus acompañantes quienes, a partir de entonces, decidieron observar más estrictamente las leyes islámicas como, por ejemplo, la que limita el número de esposas a cuatro. A la vuelta de su peregrinaje, Mansa Musa construyó en su país varias mezquitas e inauguró escuelas islámicas en Tombuctú y otras ciudades a lo largo de la curva del Níger, pasando a ser durante los dos siglos siguientes un importante centro de educación islámica. El comercio de libros traídos a través del desierto produjo algunos de sus máximos beneficios. Así, un investigador de Tombuctú al fallecer en 1536 tenía en su casa más de 700 libros, lo que suponía una enorme biblioteca para su tiempo.

Ibn Batuta visitó Malí entre 1352 y 1354 durante el reinado de Mansa Solimán, sucesor de Musa. El investigador musulmán y gran viajero quedó impresionado por la extensa práctica del islam en Malí. Alabó a sus gentes por la fiel recitación de las oraciones y aprobó la práctica de encadenar a los estudiantes hasta haber finalizado sus lecciones.

Ibn Batuta describió asimismo las fastuosas ceremonias de las audiencias públicas del rey de Malí en su capital, Niani. Vestido con una larga túnica roja, el rey subía a una plataforma elevada con solemne dignidad acompañado por músicos y cientos de colaboradores. Ibn Batuta también describió el respeto que mostraban al rey sus súbditos y alabó al gobierno de Malí por la “seguridad total y generalizada” de la que podían gozar los visitantes de sus vastos territorios, seguridad de gran importancia para el fomento del comercio de larga distancia.

Los sucesores de Mansa Solimán no lograron mantener unido el vasto Imperio de Malí. Algunos de los pueblos conquistados se rebelaron y otros grupos atacaron el imperio desde el desierto con la esperanza de saquear la riqueza de sus ciudades. Tombuctú cayó en 1433 y hacia 1500 Malí ya sólo era un pequeño reino. Tombuctú siguió siendo una ciudad importante, pero las luchas y la inseguridad reinante obligaron a muchos comerciantes y estudiosos a alejarse de allí.

Kanem-Bornu y los estados hausas

Cuando cayó el imperio Malí, algunas de las caravanas transaharianas se dirigieron en su lugar a Kanem-Bornu, un antiguo reino dual en el centro de Sudán, y a las ciudades-estado vecinas de los Hausa. Aunque esta región no exportaba oro, las ciudades hausas como, por ejemplo, Kano, eran importantes fuentes de producción de tejidos de algodón teñidos y de productos fabricados con piel negra y roja. Hacia 1450, los gobernantes de los estados hausas adoptaron el islam como religión oficial, aunque las personas que habitaban fuera de las ciudades continuaron con sus prácticas religiosas tradicionales.

Los gobernantes de Kanem habían adoptado la región musulmana hacia 1085 y habían ampliado sus territorios en el siglo XIII absorbiendo el reino de Bornu. Los gobernantes de Kanem-Bornu, que durante mucho tiempo habían participado en el comercio transahariano, eran importantes importadores de caballos del norte de África destinados a mantener una poderosa caballería pesada equipada con gruesas colchas de algodón. En el siglo XV, los ejércitos de Kanem realizaron numerosas campañas militares que contribuyeron a llevar el islam a otros pueblos. En estas campañas los prisioneros eran enviados a través del desierto para ser cambiados por caballos.

Benín

Las costas de África occidental tenían menor acceso al comercio exterior que Sudán y el África oriental, pero las rutas comerciales procedentes del oeste y el centro de Sudán llegaban hasta esta costa. El estado costero más importante fue el reino de Benín en el delta occidental del Níger. Según las leyendas reales de Benín, el reino fue revitalizado al llegar una nueva dinastía gobernante poco después de 1200. Una serie de campañas militares dirigidas por el gobernante Ewuare el Grande en el siglo XV expandieron considerablemente las fronteras del reino.

La capital de Benín, denominada asimismo Benín, fue un ejemplo notable de centro urbano administrativo y religioso. El palacio del rey ocupaba un gran espacio en el centro de la ciudad. Los edificios y las amplias murallas del palacio, construidas con tierra, estaban dispuestas alrededor de una serie de patios interconectados. Las capillas y otras cámaras de palacio estaban decoradas con magníficas estatuas de bronce y marfil, muchas de las cuales se encuentran actualmente en colecciones de los principales museos del mundo. Al igual que otros monarcas del oeste africano, los reyes de Benín eran adorados como dioses y honrados con ceremoniosos enterramientos.

El palacio real estaba rodeado por una ciudad diseñada de acuerdo con un modelo de amplias calles perpendiculares. La ciudad estaba rodeada por altas murallas y por un foso. Los arqueólogos han identificado otros sistemas similares de murallas de tierra que se extienden partiendo de la capital. La longitud total de estas murallas es de 16.000 km y constituye el mayor complejo de este tipo en el mundo.

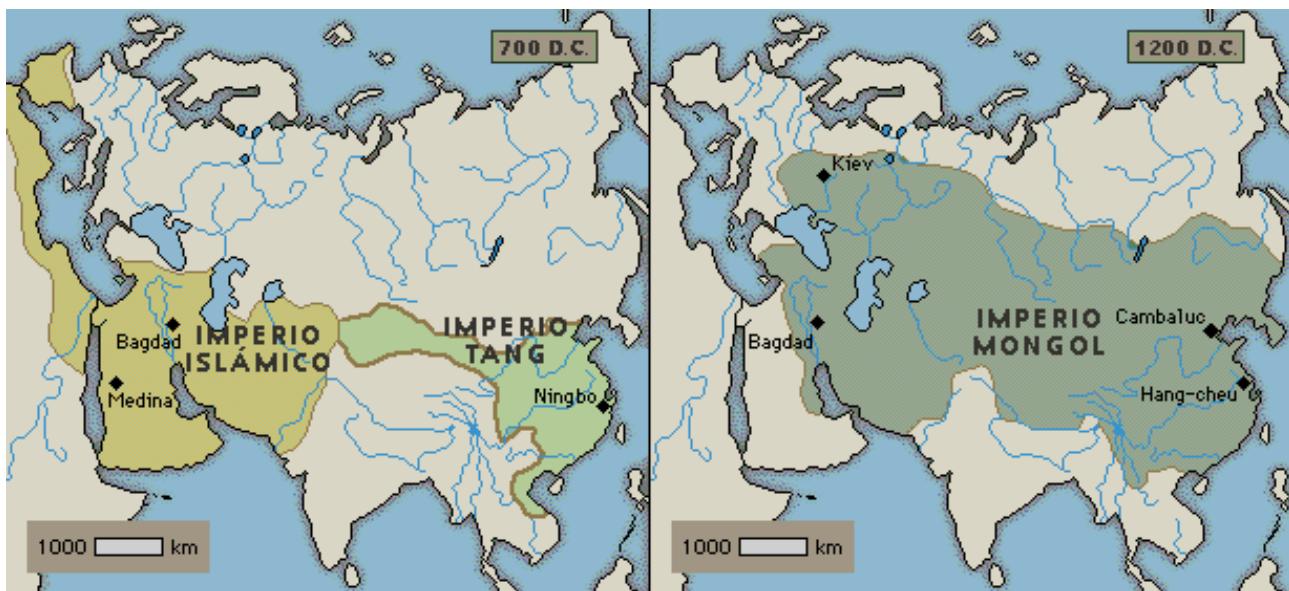
Conclusión

Entre 1000 y 1500 florecieron en muchas partes del África subsahariana importantes estados y ciudades cuyo tamaño podía variar entre las ciudades-estado hausas y swahilis y el Imperio de Malí. Algunas ciudades y estados, tales como Gran Zimbabue y Malí, nacieron en este periodo. Los orígenes de otras, tales como Etiopía y Kanem-Bornu, eran anteriores. El comercio exterior fue un poderoso estímulo para el crecimiento de estados y ciudades en muchos lugares pero, como se observa en el caso de Benín, no era el factor esencial. El comercio local y la política eran de vital importancia para todos los estados africanos. Al igual que en otras partes del mundo, las ciudades subsaharianas africanas servían como centros religiosos y políticos y centros comerciales. Los rituales religiosos y políticos constaban de antiguas creencias y prácticas y nuevas influencias musulmanas o cristianas. En el vasto subcontinente la variedad y la vitalidad estuvieron siempre presentes.

Acerca del autor: David Northrup es profesor de Historia en el Boston College. Es asimismo coautor de la obra *The Earth and Its Peoples: A Global History* entre otras publicaciones.

Asia siembra las semillas de la globalización

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Craig A. Lockard, de la Universidad de Wisconsin, opina que el comercio de larga distancia y las interacciones que tuvieron lugar en Asia entre los siglos XI y XVI sembraron las semillas de la globalización actual.



Imperios asiáticos

Estos mapas muestran la extensión de los principales imperios asiáticos del medievo. El Imperio mongol fue uno de los mayores en extensión en la historia; abarcaba el territorio comprendido entre Dongbei Pingyuan (Manchuria) y la península de Corea, y el río Danubio, en Europa.

Asia siembra las semillas de la globalización

Por Craig A. Lockard

El término "globalización" designa la creciente interconexión de naciones y pueblos que se ha venido produciendo en todo el mundo a través del comercio, las inversiones, los viajes, la cultura popular u otras formas de interacción. Muchos historiadores han calificado la globalización como un fenómeno del siglo XX que está asociado al crecimiento de la economía internacional bajo el dominio de Occidente. Sin embargo, la amplia interacción entre pueblos remotos y los viajes a través de largas distancias por diferentes regiones del mundo ya habían existido durante muchos siglos en el pasado. En el siglo XI, las semillas de la globalización ya habían echado raíces en el hemisferio oriental, especialmente en las tierras que bordeaban el océano Índico y el mar de la China meridional. En aquella época estas eran las regiones más dinámicas y con mayor interacción del mundo.

Para entender cómo la globalización echó por primera vez sus raíces entre los siglos XI y XVI es necesario centrar la atención en los contactos mantenidos entre pueblos distantes

de Asia, especialmente en los contactos derivados del comercio de larga distancia. El comercio interregional ha sido siempre un factor importante en la historia mundial porque fomenta otras formas de intercambio, incluida la difusión de religiones, culturas y tecnologías. Durante muchos siglos el ejemplo más sobresaliente de interacción por tierra fue la Ruta de la Seda a través de Asia central, aunque también floreció el comercio marítimo que convirtió al océano Índico en el núcleo de la red comercial marítima más amplia del mundo preindustrial. Los comerciantes islámicos dominaban esta red, a través de la cual difundían al máximo su religión. La expansión islámica dio lugar a una inmensa región cultural que se extendía por todo el hemisferio oriental. Puertos comerciales tales como Malaca, en la península homónima, se convirtieron en activos centros globalizados de comercio y cultura internacional. Los navíos chinos seguirían más tarde esta red comercial para llevar a cabo las mayores exploraciones oceánicas de la historia mundial hasta ese momento. Estas exploraciones confirmaron el papel crucial de este comercio marítimo afro-europeo y el dinamismo de algunas civilizaciones asiáticas. Los intercambios a través de Asia en aquella época, incluida la expansión del islam, fueron suficientemente significativos como para que podamos hablar de una globalización de la economía y de la cultura.

Comercio y contacto interregional

Una característica de la globalización de la edad moderna ha sido la expansión del comercio entre países de todo el mundo. Sin embargo, las raíces de este fenómeno se retrotraen mucho tiempo atrás en la historia. Las rutas comerciales de larga distancia sobrepasaron los sistemas de transporte desarrollados debido a la necesidad de mover recursos por tierra y por mar. A su vez, el comercio y la expansión produjeron un mayor contacto entre diferentes civilizaciones y sociedades, contacto que permitió la expansión de la influencia india, incluida la del budismo, por rutas comerciales terrestres y marítimas hasta Asia Central, Tibet, China, Japón y el Sureste asiático entre el 200 a.C. y 1500 d.C.

Entre aproximadamente el 200 a.C. y 1000 d.C. el ejemplo más significativo de interacción y comercio de larga distancia fue la Ruta de la Seda, que discurría a lo largo del centro y el suroeste asiático, uniendo China a la India, Asia occidental y el Mediterráneo. A lo largo de la Ruta de la Seda, productos, personas e ideas viajaban miles de millas entre China, la India y Europa. Productos como la seda, la porcelana o el bambú procedentes de China eran transportados hacia occidente a través de desiertos, montañas y praderas hasta Bagdad y los puertos del este del Mediterráneo para, a continuación, ser embarcados hacia Roma.

El sistema marítimo establecido en el océano Índico cobró mayor importancia entre 1000 y 1500, sobrepasando incluso en importancia al comercio terrestre. Las rutas oceánicas entre el Sureste asiático y Oriente Próximo sufrieron una considerable expansión. Comerciantes de Arabia, Persia y la India visitaban la costa oriental africana y muchos asiáticos y africanos gozaron de un largo periodo de intercambio comercial marítimo muy lucrativo y relativamente libre.

La Ruta de la Seda y el Imperio mongol

Entre 1250 y 1350 los mongoles establecieron y controlaron el mayor imperio terrestre de la historia mundial que se extendía desde Corea hasta Viena, situando un inmenso bloque

de la población mundial bajo su control. Los mongoles conquistaron brutalmente Siberia, Tíbet, Corea, Rusia, gran parte de Europa oriental, Afganistán, Persia, Turquía y algunas zonas de la civilización árabe en Oriente Próximo. Los europeos occidentales se encontraban demasiado lejos y subdesarrollados como para que valiese la pena su conquista y, por lo tanto, no llegaron a sufrir los saqueos experimentados por otros pueblos. En 1279 China, un adversario más importante y un premio más tentador que Europa occidental, fue incorporada a los dominios gobernados por los mongoles.

No debe subestimarse la importancia de la era mongol en la historia mundial o su papel en el establecimiento de una forma inicial de globalización. En el siglo XX la globalización permitió a la tecnología occidental llegar a otras partes del mundo. Algunos historiadores consideran a los mongoles como los grandes compensadores de la historia porque durante su gobierno permitieron la transferencia de tecnología desde Asia oriental, más desarrollada, hacia Europa occidental, más atrasada, y lo consiguieron reabriendo y protegiendo la Ruta de la Seda, aunque sólo fuera por un breve periodo de tiempo. Durante la era mongol llegaron a Europa invenciones chinas tales como la pólvora, la imprenta, el horno de fundición, la maquinaria para la elaboración de la seda, el papel moneda o el juego de cartas, así como múltiples descubrimientos médicos o frutas cultivadas como la naranja o el limón. Los mongoles prepararon el camino para una mayor comunicación global, abriendo las puertas de China al mundo. Un monje chino, cristiano nestoriano, fue el primer asiático oriental que visitó Roma, Inglaterra y Francia. También otros chinos decidieron asentarse en Persia, Irak y Rusia. Este movimiento fue más fácil que nunca gracias a los viajes entre un extremo y otro de Eurasia.

Los mongoles provocaron inconscientemente cambios que más tarde permitirían a Europa alcanzar e incluso sobrepasar a China. Algunos de estos cambios consistieron en la mejora por parte de Europa de invenciones chinas tales como la imprenta, la pólvora, el timón de codastre y la brújula magnética. Así, hacia 1050 los chinos habían inventado el tipo móvil; sin embargo, más tarde los europeos mejoraron esta tecnología y en la década de 1450 Johann Gutenberg con el tipo móvil pudo producir impresiones múltiples de la Biblia. Otro ejemplo fue la invención china del primer lanzallamas, que más tarde en el siglo XIII se convertiría en la primera escopeta. La existencia de este arma fue una de las principales causas de que a los mongoles les costase mucho más tiempo conquistar China que otras civilizaciones. Durante la era mongol estas armas fueron traídas a Europa, donde a continuación fueron mejoradas. A finales de la edad media la guerra europea era mucho más mortífera que lo había sido nunca.

Actualmente el mundo globalizado se caracteriza por una fuga de talentos desde diferentes continentes hacia Europa y Norteamérica. En el siglo XIV el mundo ya había presenciado el mismo fenómeno, aunque en este caso el flujo era en sentido contrario, de Occidente hacia Oriente. En China la administración mongol estaba basada en la admisión de un gran número de extranjeros que llegaban para servir en lo que realmente era un servicio civil internacional. Entre los extranjeros se encontraban gran número de musulmanes de Asia central y occidental así como algunos europeos que se sentían atraídos por la mítica Catay. Una de ellos fue el viajero y escritor italiano Marco Polo, quien afirmaba haber pasado 17 años en China, la mayor parte sirviendo al gobierno. Marco Polo volvió a su país para relatar a los incrédulos europeos los milagros que había visto o que había oído de boca de

otros viajeros. Los relatos de Marco Polo parecían increíbles porque en aquel tiempo China se encontraba en muchos aspectos muy por delante de otras civilizaciones eurasiáticas.

El imperio mongol fue uno de los principales imperios terrestres de la historia. Pero a pesar del éxito de la civilización mongol durante el siglo XIII, su imperio tendría una duración breve. A diferencia de otros imperios, los mongoles nunca se aprovecharon del comercio marítimo que florecía en aquel tiempo.

La globalización del islam y el sistema comercial marítimo del océano Índico

Entre los siglos VIII y XV, el islam se aventuró fuera de sus territorios árabes hacia Oriente Próximo para convertirse en la religión dominante en muchas partes de África, Asia y la península Ibérica. En puntos tan diferentes y separados geográficamente como China y los Balcanes surgieron grupos musulmanes. Durante este proceso, se desarrolló un mundo islámico interconectado que recibió el nombre de *dar al-Islam* ('la morada del islam'), mundo que estaba unido tanto por una fe común como por conexiones comerciales. El *dar al-Islam* se extendía desde Marruecos hasta Indonesia.

Esta islamización global llevó nombres, palabras, alfabeto, arquitectura, actitudes sociales y valores culturales árabes a pueblos de todo el mundo. Ibn Batuta, gran viajero marroquí del siglo XIV, pasó décadas visitando el amplio *dar al-Islam*. Viajó desde Malí, África, y España en occidente hasta el Sudeste asiático y los puertos de las costas chinas en oriente. Mientras que el cristiano Marco Polo siempre se consideró un extranjero en sus viajes, sin embargo Ibn Batuta durante sus viajes encontraba siempre gentes que compartían su visión general del mundo y sus valores sociales.

Las rutas comerciales dominadas por los musulmanes, que al final abarcaban desde el Sahara y España hasta el mar de la China meridional, fomentaban los viajes que favorecían un comercio marítimo muy complejo y cada vez más integrado por todo el océano Índico. Esta red comercial unía China, Japón, Vietnam y Camboya en el este a través de la península de Malaca y el archipiélago indonesio, desde allí cruzaba a India y Ceilán, desde donde se dirigía hacia el oeste a Persia, Arabia y por la costa oriental africana hacia el sur hasta Mozambique o por el Mediterráneo oriental hasta llegar finalmente a Venecia y Génova.

El estrecho de Ormuz en el golfo Pérsico y el estrecho de Malaca en el Sureste asiático fueron los principales pilares de lo que llegaría a convertirse en el sistema mercantil más importante del mundo preindustrial. Fue a través de este sistema mercantil que las especias de Indonesia y el este africano, el oro y el estaño de Malaca, el batik y las alfombras de Java, los tejidos de India, el oro de Zimbabue y las sedas, la porcelana y el té de China llegaron hasta los mercados más distantes. Cuando muchos de estos productos llegaron a Europa, muchas personas decidieron ir en busca de sus fuentes en el Este, iniciando así la era europea de las exploraciones. El comercio marítimo floreció, especialmente en el siglo XIV después de la caída del imperio mongol y de que la peste negra, la plaga bubónica, se extendiera por toda Eurasia interrumpiendo el comercio terrestre. La red marítima alcanzó su máximo esplendor en los siglos XV y XVI, cuando decaía el poder político musulmán pero su poder económico y cultural aún seguía siendo fuerte.

El islam y el auge de Malaca

Muchos estados alrededor del océano Índico y el mar de la China meridional estaban fuertemente ligados al comercio marítimo y así, por ejemplo, ciudades-estado del este de África tales como Mombasa y Kilwa, con su cultura mixta afroárabe-swahili, prosperaron durante muchos siglos. Comerciantes de la India, entre ellos muchos judíos y árabes, mantenían estrechos vínculos con Asia occidental, el norte y el este de África, el Sureste asiático y China. Ningún poder político dominaba la ruta comercial marítima y su vigor dependía de ciudades portuarias cosmopolitas tales como Ormuz en la costa persa, Cambay en el noroeste de India, Calicut en la costa sudoeste de India y Malaca cerca del extremo meridional de la península homónima. De todas estas ciudades, los historiadores de la que tal vez tienen más referencias es de Malaca, ciudad que ilustra bien los modelos preindustriales de globalización. El Sureste asiático había sido durante mucho tiempo una región cosmopolita donde se mezclaban personas, ideas y productos. Algunos gobernantes de los estados costeros de la península de Malaca y del archipiélago indonesio, ansiosos de atraer a los comerciantes musulmanes que dominaban el comercio marítimo interregional y atraídos por la universalidad del islam, adoptaron su fe.

La llegada del islam al Sureste asiático coincidió con el auge de Malaca, que se convertiría en el poder político y económico de la región, en la principal base de expansión del islam en el archipiélago y en la última parada en el extremo oriental de la red comercial del océano Índico. El papel estelar de Malaca en el comercio mundial quedó confirmado por un viajero portugués de principios del siglo XVI, quien escribió que no tenía "parangón en el mundo" y afirmó su importancia para pueblos y modelos comerciales tan alejados como los de Europa. "Malaca es una ciudad que ha sido creada para el comercio y es la más adecuada del mundo..." escribió. "Todo el comercio entre naciones alejadas miles de leguas debe pasar por Malaca.... El dueño de Malaca tiene sus manos sobre el cuello de Venecia".

Durante el siglo XV Malaca era un puerto comercial floreciente que atraía a comerciantes de muchos países de Asia y África. En el puerto de Malaca atracaban más barcos que en cualquier otro puerto del mundo y los comerciantes que viajaban por mar se sentían atraídos por su gobierno estable y su libre política comercial. La población de Malaca, de entre 100.000 y 200.000 personas, contaba con aproximadamente 15.000 comerciantes extranjeros, entre los que se encontraban árabes, egipcios, persas, turcos, judíos, armenios, etíopes, africanos orientales, birmanos, vietnamitas, javaneses, filipinos, chinos, japoneses e indios de todo el subcontinente. En las calles de la ciudad se podían oír más de 84 lenguas.

Malaca tenía una conexión especial con el puerto de Gujerat en Cambay, a unas 3.000 millas, porque los comerciantes de Gujerat en el noroeste de India eran la comunidad extranjera más influyente de Malaca. Todos los años barcos comerciales procedentes del Oriente Próximo y del sur de Asia se reunían en Cambay y Calicut para viajar hasta el lejano Malaca. Estos barcos transportaban grano, artículos de lana, armas, productos de cobre, tejidos y opio para su intercambio por otros productos. Malaca se había convertido en una de las principales ciudades comerciales del mundo, un centro multiétnico de cultura y comercio globalizado, comparable a lo que actualmente podría ser Nueva York, Los Ángeles o Hong Kong.

La China Ming y el mundo

El grado de globalización de principios del siglo XV puede observarse en los grandes viajes chinos de exploración. El emperador de la dinastía Ming, Yonglo (Yung-lo), envió varias importantes expediciones marítimas al sur de Asia e incluso a lugares más distantes, expediciones que fueron las mayores nunca vistas en el mundo. El almirante Zheng He (Cheng Ho), un musulmán cuyo padre había visitado Arabia, dirigió siete viajes entre 1405 y 1433. Estos viajes eran enormes empresas con una flota compuesta por 62 barcos y cerca de 28.000 hombres (a título comparativo, algunas décadas después, Cristóbal Colón saldría de la península Ibérica con tres pequeños navíos tripulados por unos cien hombres). Las sólidas embarcaciones de junco chinas eran muy superiores a cualquier otro barco de la época. De hecho, el mundo nunca había visto antes una hazaña marina a gran escala de este tipo.

Durante estos extraordinarios viajes, barcos con la bandera china se desplazaban por las rutas comerciales marítimas por el Sureste asiático hacia la India, el golfo Pérsico, el mar Rojo y Arabia, bajando por la costa oriental africana hasta Kilwa en Tanzania. Malaca se convirtió en su base meridional, y los gobernantes de Malaca realizaban viajes ocasionales a China para reforzar su alianza. Si los barcos chinos hubieran seguido navegando, hubieran podido llegar alrededor de África hasta Europa; sin embargo, Europa ofrecía pocos productos de valor para los chinos. Las expediciones chinas expresaban la exuberancia de una era de gran vitalidad. A pesar de que la mayoría de las veces los comerciantes chinos viajaba en son de paz, manteniendo sólo ocasionalmente enfrentamientos militares, su país consiguió que otros 36 países, incluidos algunos de Asia occidental, le juraran fidelidad. En este periodo, China se había constituido en la máxima potencia en un hemisferio en plena globalización.

Todavía los historiadores no tienen claras las razones que impulsaron los grandes viajes de Zheng He. Algunos piensan que su principal objetivo era de tipo diplomático para obtener el reconocimiento de países extranjeros y reafirmar la posición de su emperador. Otros apuntan hacia motivos comerciales, dado que los viajes se produjeron en un momento en que los comerciantes chinos estaban en plena actividad en el Sudeste asiático. A comienzos del periodo Ming, China era la civilización más avanzada del mundo. Vibrante desde el punto de vista comercial y con miras hacia el exterior, la China Ming podía haber establecido una mayor comunicación entre los continentes y haberse convertido en la potencia mundial dominante mucho más allá del este de Asia. Pero, sin embargo, nunca lo hizo. Los grandes viajes a occidente y la pujanza comercial en el Sureste asiático se vieron interrumpidos de forma súbita cuando el emperador Ming ordenó una vuelta al aislacionismo, haciendo volver a toda la población china residente fuera del imperio.

¿Cómo se puede explicar este sorprendente cambio de postura que, bajo la perspectiva de la historia posterior, parece tan contraproducente? Tal vez los viajes eran demasiado costosos incluso para el acaudalado gobierno Ming. Los viajes no resultaban rentables porque los barcos volvían principalmente con mercancías exóticas, tales como jirafas africanas para el zoo imperial, en lugar de recursos minerales u otros productos valiosos. Parece que los líderes chinos no eran conscientes de todas las posibilidades que ofrecía la globalización. Además, en el sistema social chino los comerciantes carecían de estatus. Y a diferencia de la Europa cristiana, China tenía poco interés en difundir su religión y cultura.

Al mismo tiempo los mongoles se estaban reagrupando en Asia central, y la corte Ming se vio obligada a desplazar allí sus recursos para defender sus fronteras septentrionales. Como resultado, los océanos quedaron abiertos a los europeos occidentales, quienes mejoraron la tecnología naval y militar china y árabe y pronto pudieron desafiar a árabes, indios y asiáticos del sureste y hacerse con la supremacía del sistema comercial del océano Índico.

El fin del primer sistema globalizado

A finales del siglo XV ya había llegado hasta Europa la fama de ciudades como Malaca, Cantón, Calicut y Ormuz como centros de lujo asiático. Ansiosos de acceder directamente al comercio asiático, los portugueses llegaron finalmente a India en 1498 y a Malaca en 1509, instaurando una nueva era de actividad europea en la historia de Asia. Realmente los portugueses conquistaron Malaca en 1511. A pesar de la superioridad de Portugal en cuanto a navíos y armas, su nivel de vida era probablemente inferior al de las sociedades más desarrolladas de Asia, lo que contribuyó sin duda a que los europeos tuvieran que usar la fuerza armada para alcanzar sus fines comerciales y políticos. Esta tendencia propició que en los cinco siglos siguientes la globalización del mundo se encontrase bajo los auspicios de los cristianos occidentales en lugar de musulmanes, indios y chinos, quienes entre 1000 y 1500 habían establecido su marco básico.

Acerca del autor: Craig A. Lockard es titular de la Cátedra Ben y Joyce Rosenberg de Historia en el Departamento de Cambio y Evolución Social de la Universidad de Wisconsin, en Green Bay. Es autor del libro *"Dance of Life": Popular Music and Politics in Modern Southeast Asia*.

Expansión de la cultura en la Europa medieval

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Karen Jolly, de la Universidad de Hawái, sostiene que muchos de los modelos e instituciones sociales y políticas de Europa surgieron de la cultura dinámica y vivaz de la edad media.



Logia del palacio papal de Viterbo

Construido entre 1225 y 1267, el palacio papal de Viterbo representa uno de los más notables ejemplos de la arquitectura gótica conservada en esa ciudad italiana, capital de la provincia homónima y situada en el norte de la región del Lacio. Viterbo fue a menudo residencia papal durante la edad media. La logia palaciega (en la imagen), erigida en 1267, está sostenida por una amplia arcada y cuenta con una serie de estilizadas columnas sobre las que vuela una cornisa ornamentada con bajorrelieves.

Expansión de la cultura en la Europa medieval

Por Karen Jolly

La alta edad media europea, que duró aproximadamente desde 1050 hasta 1300, evoca en la mayoría de nosotros imágenes románticas de caballeros en brillantes armaduras, espléndidos castillos y gloriosas catedrales. Y para muchas personas la palabra *medieval* (del latín *medium aevum*; ‘edad media’) sugiere erróneamente un paréntesis cultural entre el periodo clásico de las civilizaciones griega y romana y el renacimiento. Al contrario, la

alta edad media fue un periodo dinámico que conformó la identidad y el desarrollo europeos, en parte estimulados por la interacción de Europa con otras culturas de Eurasia y el Mediterráneo. Durante estos años se crearon muchos de los esquemas e instituciones sociales y políticas básicos asociados a la historia europea, y en las islas Británicas, Francia, Alemania, Italia, Europa oriental, la península Ibérica y Escandinavia se fueron dibujando nítidas fronteras políticas e identidades culturales. Entre los siglos XI y XIV, una reacción en cadena de desarrollos en los sectores económico, social y político hizo surgir nuevas tendencias en los campos de la religión, la investigación, la literatura y las artes, tendencias que han conformado la cultura europea hasta nuestros días.

Expansión económica y aparición de las ciudades

La expansión territorial, las innovaciones en la agricultura y el desarrollo de las ciudades y el comercio trajeron consigo una rápida transformación económica de la Europa medieval. Los cambios de disponibilidad y consumo de bienes materiales y de distribución demográfica alteraron radicalmente las relaciones sociales y la organización política en Europa. Estos cambios dieron origen a clases nuevas y más independientes que competían entre sí y se equilibraban de forma que ninguno de los grupos llegase a ostentar el poder absoluto.

La migración y la expansión de las fronteras ampliaron los límites de los países europeos en el Mediterráneo, en Europa oriental y en la península Ibérica. Un gran porcentaje de esta migración y expansión estuvo encabezado por grupos guerreros como, por ejemplo, los normandos, descendientes de los vikingos en Francia, que llegaron hasta Sicilia, o los Caballeros Teutónicos, que obligaron a desplazarse a los campesinos alemanes hacia el este a los territorios eslavos. Los cruzados, guerreros procedentes de toda Europa, respondieron a la llamada del papa Urbano II en 1095 para rescatar la Tierra Santa de los musulmanes. Durante el siglo XI y en la península Ibérica, la Reconquista cristiana llevada a cabo por los reinos de Aragón, Castilla y León en el norte expandieron el cristianismo por el sur y esta invasión absorbió los territorios del antiguo califato musulmán de Córdoba, con su multicultural población compuesta de musulmanes, judíos y cristianos.

La tala de bosques para pastos y las nuevas técnicas agrícolas se tradujeron en una mayor producción de alimentos, un aumento de la población y mayor libertad económica. Los útiles agrícolas, como el arado pesado, unidos a los nuevos métodos de aprovechamiento de la fuerza animal, como el arreo de collar para los caballos, permitieron a los agricultores cultivar con menor esfuerzo la tierra fértil y densa de la Europa septentrional. El sistema de rotación triple sustituyó a la alternancia de la cosecha doble, permitiendo a los agricultores cultivar simultáneamente dos terceras partes, en lugar de la mitad de sus tierras, y dejando un tercio en barbecho para regenerar los nutrientes. En el siglo XII los dispositivos generadores de fuerza como el molino de viento y la noria de agua para moler el grano contribuyeron también a aumentar la producción. Como consecuencia, los europeos comenzaron a alimentarse mejor, vivían más tiempo y aumentaron en número. Una mejor dieta con legumbres ricas en hierro prolongó la vida media de las mujeres y aumentó su supervivencia tras los alumbramientos. La población de Europa prácticamente se duplicó entre los siglos XI y XIV, llegando en algunas regiones a triplicarse. El excedente de alimentos y de población se tradujo en que un mayor número de individuos podía

dedicar sus esfuerzos a nuevos oficios y al comercio, en vez de a la agricultura de subsistencia.

Este aumento de productividad entre los siglos XI y XIV dio lugar a la urbanización o crecimiento de los pueblos y ciudades de mercado donde los ciudadanos compraban alimentos y materias primas procedentes de zonas rurales y vendían objetos fabricados por artesanos locales así como artículos importados de otras regiones. Las ciudades y los ciudadanos se independizaron de la aristocracia terrateniente y pudieron regir sus propios negocios mediante cédulas concedidas por los monarcas. La moneda se convirtió en un medio habitual de transacción y nació la economía basada en el dinero, con sus correspondientes actividades de banca, inversión y préstamo. Los comerciantes y los inversores europeos crearon redes comerciales competitivas. Los mercaderes de las antiguas ciudades-estado italianas, como Génova, Venecia y Pisa, importaban artículos de lujo de Oriente y de los puertos del norte de África a cambio de materias primas europeas. Entre los siglos XII y XIII, una serie de ciudades del norte de Alemania constituyeron la Liga Hanseática que controlaba las rutas comerciales que transportaban materias primas como maderas, pieles y metales por el mar Báltico, el mar del Norte y las grandes vías fluviales, quedando de esta forma vinculados Alemania, Inglaterra, los Países Bajos, Escandinavia y los países de la Europa oriental. Aunque la mayor parte de los europeos continuaban viviendo en zonas rurales, las ciudades cada vez dominaban más el panorama general.

Diversidad social

Los cambios económicos provocados por el desarrollo del comercio y la aparición de las ciudades crearon nuevas tensiones en la sociedad medieval que traspasaron los límites de clases, sexos, etnias y religiones. La interacción entre las clases rurales y las clases urbanas produjo el establecimiento de nuevas organizaciones políticas y leyes diseñadas para equilibrar las exigencias de las clases enfrentadas.

Con la aparición de las ciudades, las nuevas clases sociales, como comerciantes y artesanos, alteraron los esquemas sociales establecidos por la sociedad medieval. Según el enfoque tradicional, había tres órdenes que actuaban conjuntamente en la comunidad rural: la aristocracia guerrera o las personas que se dedicaban a luchar, el paisanaje o las personas que se dedicaban a trabajar, y el clero o las personas dedicadas a la oración. Estas comunidades tradicionales estaban organizadas jerárquicamente y vinculadas entre sí como una familia, en la que los nobles actuaban como un padre que vela por su familia y los habitantes del poblado. Los ciudadanos, que se ganaban la vida como artesanos o comerciantes, rompieron con estas servidumbres rurales y estos lazos familiares creando nuevas redes sociales a través de asociaciones denominadas gremios. Los gremios de los comerciantes velaban por los intereses de la ciudad, regulando el comercio con los extranjeros y procurando ciertos beneficios para sus miembros. Los gremios de artesanos organizados por curtidores, carniceros y tejedores establecieron un control sobre salarios y precios y fijaron reglas para realizar el aprendizaje y para el ingreso como miembro. Para algunos escritores religiosos, las libertades urbanas de las nuevas ciudades amenazaban con socavar el orden jerárquico tradicional de la sociedad. Otros calificaron a los comerciantes de mundanos y materialistas al no realizar ninguna labor propia y beneficiarse del trabajo de terceras personas en su actividad de compra y venta de

artículos. Para contrarrestar esta opinión, los gremios distribuyeron su riqueza dando limosna a los pobres y construyendo iglesias para demostrar de forma patente el fervor colectivo de sus miembros.

Los papeles adoptados por las mujeres en la sociedad patriarcal de la alta edad media ilustran la nueva y más amplia gama de clases sociales. Tradicionalmente las funciones de las mujeres con respecto a los hombres estaban definidas, siendo el matrimonio y la maternidad sus principales funciones sociales y políticas. Sin embargo, las mujeres estaban activas y ejercían su influencia en la sociedad. Las mujeres de la realeza y la aristocracia ejercieron su autoridad en los tribunales y gestionaban entornos familiares complejos, como cuando Blanca de Castilla asumió la regencia de Francia en nombre de su hijo, el rey Luis IX. Las burguesas regentaban talleres de elaboración de cerveza y de tejidos, llegando incluso a constituir de forma transitoria sus propios gremios. Las mujeres campesinas trabajaban en tareas manuales intensivas, produciendo alimentos y manteniendo sus familias. Algunas mujeres abandonaron tal situación para convertirse en criadas domésticas en grandes mansiones o en las ciudades, donde sus derechos eran mínimos. Las mujeres religiosas optaron por renunciar a la vida terrenal de matrimonio y familia en favor de una existencia espiritual e intelectual en un convento. Aunque las mujeres no podían llegar al sacerdocio, ejercieron gran influencia sobre la sociedad como visionarias, asesoras espirituales y escritoras. Una de estas mujeres de gran influencia fue la abadesa alemana Hildegarda de Bingen (1098-1179), futura santa, que a menudo se pronunció acerca de temas religiosos, políticos y sociales de su época.

Tanto en el orden jerárquico como en el comunal de la edad media, todo el mundo tenía su sitio y era consciente de él. La identidad de cada persona estaba vinculada a su linaje, clase y adscripción religiosa; la violación de tales demarcaciones ponía en peligro el orden de la sociedad. Como respuesta a la supuesta amenaza de gentes no cristianas, como los judíos, musulmanes, gitanos y herejes religiosos, existían unas leyes de carácter discriminatorio que marginaban a estos grupos de la sociedad. El antisemitismo, es decir, el odio hacia los judíos, a veces indujo a bandas cristianas a asesinar judíos tildándoles de “asesinos de Cristo”, como cuando los cruzados atravesaron Alemania en 1096. Sin embargo, a pesar de la discriminación y el temor que a menudo restringieron sus contactos comerciales y sociales, las comunidades judías lograron preservar una sólida conexión interna a través de las familias, las sinagogas y los contactos con judíos tanto en Europa como fuera de ella. De hecho, los judíos desempeñaron un papel fundamental en la sociedad medieval al ejercer notable influencia en el saber medieval.

Centralización política y desarrollo del gobierno consensuado

En medio del crecimiento económico y la agitación social, la alta edad media presenció la estabilización de las fronteras políticas de Europa y la expansión de los gobiernos centralizados por todo el continente. Basados en la fortaleza económica de las ciudades y el comercio, los diferentes gobernantes europeos crearon burocracias competentes para regentar sus dominios, como resulta evidente de la creciente utilización de documentos legales escritos. El poder de estos nuevos dirigentes estaba limitado, sin embargo, por la presión ejercida por los grupos sociales y las organizaciones políticas rivales, tales como la aristocracia, la ciudadanía y la Iglesia.

Desde el siglo XI hasta el XIII las comunidades en expansión en Europa desarrollaron una identidad política estable, generalmente bajo un gobernante central. El control regio se extendió en Inglaterra con los Angevinos (Plantagenet), en Francia con los Capetos y en Alemania bajo el Sacro Imperio Romano Germánico. Entre tanto fueron surgiendo reinos cristianos recién unificados en la península Ibérica, como los reinos de Castilla y León (que formaron la denominada Corona de Castilla) y Portugal; en Escandinavia, como los de Dinamarca, Noruega y Suecia; y en Europa oriental, como el reino de Hungría ocupado por los magiares, la dinastía Piast en Polonia y la Rusia de Kiev. Los pueblos eslavos de Europa oriental recibían influencias tanto de Europa occidental como del Imperio bizantino y así, por ejemplo, la población eslava de Rusia se convirtió al cristianismo bizantino u ortodoxo oriental bajo la dinastía de Kiev fundada por los escandinavos en el siglo X, constituyendo una sólida cultura cristiana eslava que sobrevivió incluso a la conquista mongol del siglo XIII.

Los gobernantes medievales carecían de poder absoluto; su fuerza radicaba más bien en el establecimiento de relaciones estratégicas con la aristocracia, las ciudades y la Iglesia. Incluso al tiempo que los reyes iban centralizando su poder, las nuevas asambleas representativas en el Parlamento de Inglaterra y los Estados Generales de Francia durante la edad media fueron sentando las bases de un gobierno de consenso popular. Por ejemplo, Enrique I de Inglaterra, que reinó de 1100 a 1135, creó un eficaz sistema de control del gobierno mediante el Exchequer (administración de Finanzas), el órgano encargado de recaudar e invertir el erario público. Su nieto, Enrique II, que reinó de 1154 a 1189, contribuyó al desarrollo del derecho común que unificó el reino. Pero el rey Juan Sin Tierra, que ocupó el trono entre 1199 y 1216, se vio obligado por los barones a firmar la Carta Magna en 1215, un antecedente de la monarquía constitucional en Inglaterra.

A menudo, los conflictos entre estos centros rivales de poder dieron lugar a nuevas teorías políticas y leyes. Por ejemplo, durante la el siglo XI, cuando comenzó la llamada Querella de las Investiduras, los papas y los gobernantes laicos debatieron el derecho a la investidura o nombramiento de los obispos. Al tiempo que los dirigentes religiosos europeos iban adquiriendo una autoridad más sistemática sobre sus iglesias, los reformadores procuraban liberar las iglesias locales del control de los aristócratas y monarcas laicos. Sin embargo, los reyes europeos estaban acostumbrados a nombrar sus propios arzobispos y obispos, ya que estas personas, por lo general pertenecientes a familias aristocráticas, actuaban como administradores reales. Cuando Gregorio VII, papa entre 1073 y 1085, rechazó el nombramiento de un obispo realizado por el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Enrique IV, se desencadenó un dilatado conflicto que enturbió las relaciones entre Iglesia y Estado. Los siguientes papas, tales como el dinámico Inocencio III, cuyo pontificado duró de 1198 a 1216, utilizaron el mismo mecanismo burocrático que solían usar los gobernantes seglares para desarrollar teorías legales que liberasen a la Iglesia de la influencia laica. Aunque finalmente infructuosos, los argumentos aducidos por ambas partes del conflicto contribuyeron a definir los límites de la autoridad política tanto para la autonomía eclesiástica como para el gobierno seglar.

Religión y erudición

Las tensiones creativas en la sociedad y la política medievales originaron nuevas ideas, tales como las intercambiadas en los debates acerca de la fe y la razón en las nuevas

universidades. Asimismo dieron cauce a la aparición de nuevas órdenes religiosas y formas de espiritualidad. Las nuevas ideas surgieron en el seno de la religión popular durante las luchas entre el cristianismo ortodoxo y las numerosas herejías. La influencia de los eruditos judíos y musulmanes, el auge de una clase educada de profesionales de carrera y el crecimiento de un público lector urbano fueron factores que contribuyeron asimismo a este fermento cultural e intelectual en Europa.

Durante los siglos XII y XIII surgieron las universidades en las principales ciudades europeas. Estas universidades cubrían las necesidades pedagógicas en el estudio de las siete artes liberales (gramática, retórica, lógica, astronomía, geometría, aritmética y música) proporcionando una educación con un enfoque significativo hacia las futuras carreras. Las universidades que se especializaron en las disciplinas superiores, como Bolonia en derecho, Salerno en medicina y París en teología y filosofía, se convirtieron en centros de debate intelectual. La escuela filosófica del siglo XII conocida como escolasticismo desarrolló nuevos planteamientos lógicos basados en la recuperación de Aristóteles por parte de los europeos a partir de fuentes islámicas y judías. Los eruditos discutían la forma en que los hombres podían llegar a conocer la verdad: el conocimiento de la verdad podía alcanzarse a través de la fe, por medio de la razón humana y la investigación o mediante alguna combinación de ambas formas. Aun cuando ninguno de estos pensadores negaban la fe cristiana tal como se revela en la Biblia, algunos, como san Anselmo, anteponía la fe a la razón, mientras otros, como Pedro Abelardo, colocaba la razón en primer lugar. El gran filósofo dominico del siglo XIII, Tomás de Aquino, elaboró una brillante síntesis de fe y razón, mientras que un grupo de filósofos conocidos como nominalistas ponía en duda que el lenguaje humano pudiera describir la realidad con exactitud. Estas indagaciones acerca de la naturaleza del conocimiento contribuyeron a la investigación científica, evidente en las teorías experimentales del científico y filósofo inglés Roger Bacon (c. 1214-1294).

Entre tanto, muchas personas buscaban una experiencia más holística y espiritual del mundo que la proporcionada a través del intelecto o los ritos eclesiásticos ordinarios. Los visionarios y los reformadores crearon nuevas órdenes como la cisterciense, la franciscana y la dominica. San Francisco de Asís rechazó el materialismo urbano de sus padres y de la Iglesia local y definió un estilo de vida mendicante para los seguidores de su orden, aprobada por la Iglesia, constituida por frailes franciscanos (varones) y clarisas (mujeres). Muchos pensadores religiosos del siglo XIII se vieron influidos por la anterior filosofía del neoplatonismo cristiano, síntesis de las ideas de Platón y el misticismo cristiano. Bajo esta influencia, rechazaron el enfoque aristotélico de racionalizar la religión pensando que la revelación divina podía comprenderse mejor utilizando la experiencia. El cisterciense Bernardo de Claraval, que falleció en 1153, temía que la lógica escolástica de Pedro Abelardo pudiera anular la comprensión auténticamente espiritual. Más tarde, el franciscano san Buenaventura, que vivió entre 1221 y 1274, elaboró una filosofía mística que inducía a los cristianos a la contemplación del reino ideal de Dios.

La religión popular también reflejaba este fermento social y religioso. La mayoría de las personas de la Europa medieval eran cristianos que eran bautizados en el momento de su nacimiento y participaban en los ritos eclesiásticos a lo largo de toda su vida; hacían penitencia por sus pecados, iban a misa y realizaban peregrinaciones a los lugares santos que albergaban reliquias veneradas. En las ciudades, el pueblo laico comenzó a buscar una

experiencia religiosa más intensa para contrarrestar el materialismo de sus existencias urbanas. Muchos se sintieron atraídos por nuevos movimientos religiosos, algunos de los cuales no gozaban de la aprobación de la Iglesia. Esto provocó conflictos entre las enseñanzas ortodoxas impartidas por la Iglesia y las prácticas y herejías que eran condenadas como falsas por la Iglesia y consideradas peligrosas para la cristiandad. Al igual que las órdenes religiosas, los herejes como los cátaros (también conocidos como albigenses), los valdenses y los franciscanos celestinos o espirituales hacían hincapié en la vida espiritual, pero además criticaban el materialismo de la Iglesia y desafiaban su autoridad. Por ejemplo, los cátaros rechazaban el cuerpo como algo malo y no veían la necesidad de la existencia de sacerdotes. Los jerarcas de la Iglesia los condenaron por herejías y los dirigentes seglares, dedicados a sofocar los levantamientos locales contra su autoridad, realizaron una cruzada militar destinada a destruir sus reductos en el sur de Francia. La Iglesia, cuyo orden y doctrina se veían amenazados por estos grupos, nombró predicadores como los dominicos para impartir la doctrina correcta y además encomendó a los inquisidores la persecución y el castigo de los herejes.

La literatura y las artes

El desarrollo de la sociedad urbana, las innovaciones intelectuales y el conflicto entre espiritualidad y orden en la Iglesia contribuyeron conjuntamente al desarrollo de nuevos estilos creativos en la literatura, las artes, la arquitectura y la música. El comercio y la economía basada en el dinero europeos sufragaron esta creatividad, como quedó patente en la importación de los estilos y materiales de otros países, en el patrocinio aristocrático de las artes y en las contribuciones de los artesanos y los gremios de comerciantes a la construcción de iglesias monumentales en sus ciudades.

La alfabetización aumentó en la Europa medieval, especialmente entre la población laica urbana que disponía de más tiempo para la lectura. Aunque la mayoría de los libros estaban escritos en latín, que era considerada la principal lengua de estudio, se comenzaron a producir más libros en las lenguas regionales como el inglés, el francés y el alemán. A partir de esta literatura vernácula nacieron nuevos estilos y géneros. En las cortes, los trovadores escribían y representaban poemas líricos que celebraban el amor entre los caballeros y las damas. Las narraciones épicas sobre el heroísmo guerrero, como *Beowulf*, dejaron paso a los romances que cantaban el amor cortesano y la hidalguía de los caballeros, algunos de cuyos ejemplos se encuentran en los libros artúricos como *La búsqueda del Santo Grial* y *Sir Gawain y el caballero verde*. Las fábulas de animales a menudo realzaban las virtudes y habilidades de los trabajadores por encima de las características de las clases más altas. Los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer caricaturizaban a todas las clases sociales. Los libros religiosos, los sermones, las biografías de santos y las narraciones de milagros proporcionaban literatura enriquecedora a los lectores piadosos, en su mayoría mujeres. Los libros eran volúmenes manuscritos, minuciosamente copiados por los escribas en pergaminos de pieles de animales utilizando plumas de ave o cañas. Los manuscritos más costosos estaban decorados con ilustraciones dibujadas con oro y colores brillantes de Cristo y otros santos, así como enredaderas, plantas y bestias fantásticas que se cruzaban y entrelazaban en los márgenes.

Los cambios de estilo también se produjeron en las artes visuales como la pintura, la escultura, la metalistería, el arte del vidrio emplomado y la arquitectura, así como en las

artes escénicas de la música y el teatro. Sufragado por patrocinadores religiosos y seglares e influido por las civilizaciones islámica y bizantina, durante los siglos XI y XII fue surgiendo un renacimiento artístico de estilo románico. La arquitectura románica produjo catedrales macizas e imponentes con arcos de medio punto y fantásticas tallas en piedra. En los siglos XII y XIII el estilo gótico introdujo innovaciones técnicas y dio cauce a una expresión más emocional. Los arcos apuntados, las nervaduras y los arbotantes de las catedrales góticas, como Notre Dame en París, permitieron a los constructores edificar muros más altos y ligeros y ventanas con vidrieras policromadas que proporcionaban al interior una sensación de iluminación celestial. En el exterior de las catedrales góticas, las alargadas y esbeltas estatuas de santos con tranquilidad beatífica reflejaban una humanidad idealizada. Durante este periodo, la música y la escritura musical así como la arquitectura gótica fueron ganando en complejidad. Las melodías monofónicas del canto gregoriano, las piezas de danza instrumentales y las baladas de trovadores evolucionaron hacia una música polifónica más compleja que entrelazaba diferentes voces. La música formaba parte integral de la expresión sentimental en la vida medieval. Las representaciones constaban de una parte seglar que abarcaba desde cantos cortesanos y animadas danzas a canciones de las tabernas, y por otra religiosa que abarcaba desde arias cantadas de la misa hasta representaciones de misterios que escenificaban pasajes bíblicos. Gran parte del arte de este periodo se encuentra aún vigente en la actualidad.

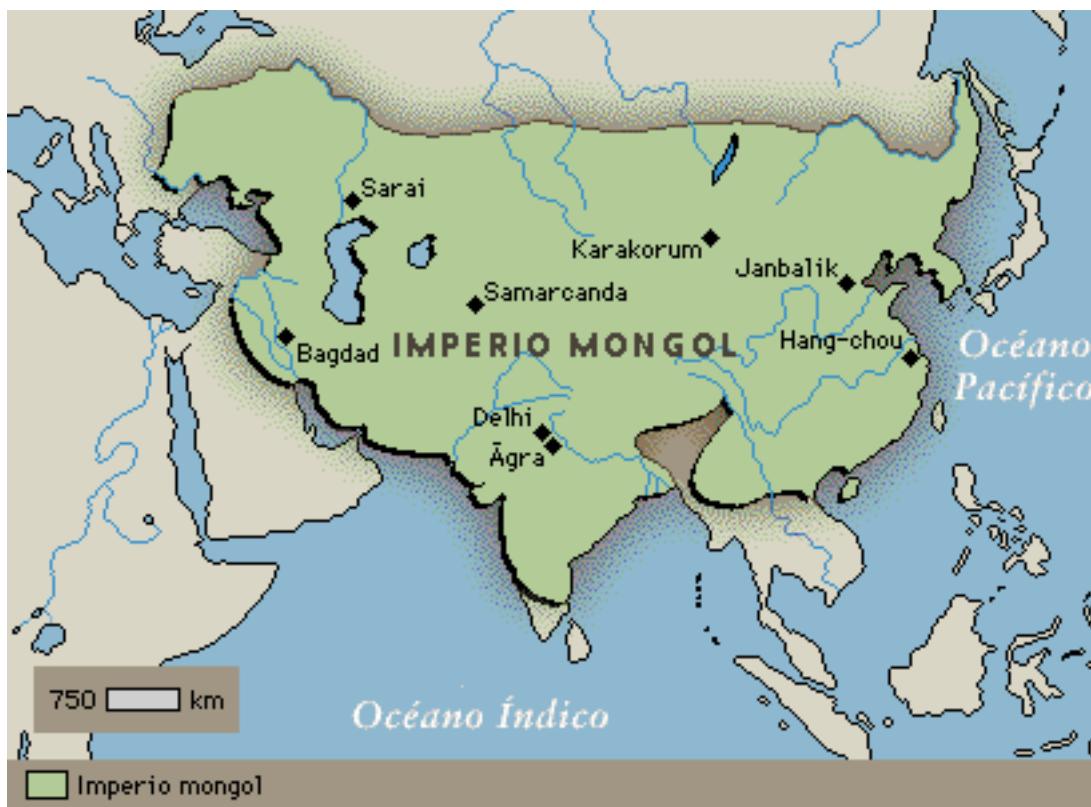
Conclusión

La edad media estuvo marcada por la diversificación y el desarrollo de la economía y la sociedad, así como por las tensiones sociales y los conflictos políticos y religiosos posteriores. Estos avatares trajeron consigo también nuevos planteamientos creativos en la expresión artística, la teoría legal y la filosofía. La cultura dinámica y vivaz que surgió de la economía, la sociedad, la política, la religión, la erudición y las artes europeas situó a Europa en un primer plano mundial.

Acerca de la autora: Karen Jolly es profesora asociada de Historia en la Universidad de Hawai. Es editora de *Tradition and Diversity: European Christianity in a World Context to 1500* y autora de *Popular Religion in Late Saxon England: Elf Charms in Context*.

Esplendor del Imperio mongol

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Gregory G. Guzman, de la Universidad Bradley, analiza la evolución del Imperio mongol desde sus orígenes en las duras estepas de Eurasia hasta convertirse en uno de los mayores imperios de la historia.



Imperio mongol a finales del siglo XIII

El Imperio mongol abarcaba la mayor parte de Asia durante el reinado de Gengis Kan (a principios del siglo XIII). Con su nieto Kublai Kan, el Imperio alcanzó su máxima extensión a finales del siglo XIII. Kublai Kan fundó la dinastía Yuan, que permaneció en el poder hasta 1368. Tras su muerte, el Imperio quedó fragmentado.

Esplendor del Imperio mongol

Por Gregory G. Guzman

Durante los siglos XIII y XIV, los mongoles conquistaron y gobernaron el mayor imperio continental de la historia escrita. Los cinco grandes kanes del Imperio mongol, en su deseo de dominar el mundo impactaron sobre las principales civilizaciones de Eurasia, alterando gravemente algunas y revitalizando y globalizando otras. Durante la denominada gran paz mongol, un largo periodo de amplia interacción entre las cuatro principales civilizaciones costeras, los mongoles modificaron constantemente el estatus y la vitalidad de las civilizaciones eurasias.

La vida y los pueblos de las estepas

Para los pueblos que vivían en el interior de las vastas tierras de Eurasia, la agricultura resultaba prácticamente imposible ya que su interior presenta temperaturas extremas de calor y frío y está formado básicamente por hielo, bosques, montañas y desiertos. Desde el interior de Asia se extiende una franja casi ininterrumpida de estepas con una extensión aproximada de 10.000 km, entre Manchuria en el norte de Asia oriental y Hungría en el sur de Europa. La estepa se ve a veces interrumpida por áreas semidesérticas y grandes cordilleras montañosas entre las cuales existen rutas para el paso de personas, mercancías e ideas. La necesidad hizo que los pueblos de esta región se convirtiesen en nómadas en constante búsqueda de alimentos y pastos trabajando como apacentadores, pastores y guerreros.

La domesticación del caballo aumentó el alcance, la velocidad y la movilidad general de estos nómadas de las estepas y en sus desplazamientos ocasionalmente invadían los pastos de sus vecinos o las tierras limítrofes de los centros sedentarios civilizados. Prácticamente todo nómada con un caballo y un arco era un soldado rudo, feroz y lleno de recursos, mientras que sólo un pequeño porcentaje de las poblaciones civilizadas se encontraba equipado y entrenado para la guerra. Cuando un jefe carismático y ambicioso formaba una confederación de nómadas, denominada horda, se producía una actividad militar a gran escala. Estas hordas no sólo dominaban la estepa, sino también suponían una grave amenaza para los centros civilizados. El ejército a caballo nómada de las hordas era superior a las unidades de infantería de las civilizaciones sedentarias.

Gengis Kan y el auge de los mongoles

Las confederaciones tribales surgían y desaparecían con sorprendente regularidad en la estepa y los mongoles emergían de este paisaje sociopolítico en constante movimiento. En la árida meseta mongol las tribus de pastores mongoles, acaudilladas por una especie de aristocracia político-militar, luchaban entre sí o contra cualquier extraño.

Un documento único titulado *La historia secreta de los mongoles* revela con detalle la evolución de los primeros mongoles, los únicos nómadas de la estepa que dejaron una versión escrita de su historia. El documento ilustra el folclor mongol inicial y contiene numerosas afirmaciones de Gengis Kan, el primer gran emperador mongol. El documento fue probablemente escrito hacia 1228, poco después de la muerte de Gengis Kan, cuando todas las personas que conocían los detalles de su vida y de su carrera se encontraban reunidos para homenajearle. *La historia secreta* es la única fuente fiable de información sobre los primeros años de vida de Gengis Kan y sobre los inicios legendarios y las primeras tradiciones de los mongoles. El documento contiene las creencias y el folclor mongol, como, por ejemplo, su creencia en que procedían de animales y el relato de la fecundación de un primer ancestro humano por el dios del cielo, Tengri. El folclor mongol hace hincapié en este vínculo divino que establece una conexión íntima entre Dios y su pueblo. Los mongoles se consideraban un pueblo elegido y sentían que tenían el derecho divino a conquistar y gobernar el mundo entero.

A medida que la épica nacional mongol pasó del mito a la leyenda y a la historia verdadera, fueron surgiendo personalidades específicas. Una de estas personalidades fue Yesugei, que según el documento tuvo un hijo llamado Timuyin en 1167. Timuyin, que significa

“forjador” o “trabajador del metal,” era un típico pastor guerrero de las estepas que se dedicaba a la lucha, la invasión y el pillaje. Hacia 1206 Timuyin dominaba casi toda Mongolia y en ese año, para confirmar su legitimidad, convocó un *quiriltai*, gran asamblea nacional, donde fue nombrado jefe universal con el título de Gengis Kan. Este jefe carismático estaba destinado a agrupar a todas las tribus mongoles y a unificar la mayor parte de Eurasia formando un vasto imperio único.

Bajo la hábil dirección de Gengis las aspiraciones mongoles fueron más allá del pillaje nómada tradicional llegando a gobernar el mundo conocido hasta entonces. Gengis, que actuaba bajo lo que consideraba un mandato divino, y sus súbditos mongoles se lanzaron a una serie continua de campañas y conquistas militares, primero contra los tanguts tibetanos y después contra la dinastía Jin del norte de China. La campaña más alejada de Gengis, así como una de las más sangrientas y devastadoras, estuvo dirigida contra los gobernantes de Jurasán, en el noreste de Persia, expedición que reportó a los mongoles una serie de victorias militares y la conquista del norte de India y el sur de Rusia. A su fallecimiento en 1227, Gengis Kan controlaba la mayor parte de la estepa interior de Asia, así como partes de las civilizaciones china, india y de Oriente Próximo.

Además de unificar a su pueblo y de dirigir estas primeras campañas, Gengis realizó importantes contribuciones a la eficiencia del sistema militar, el sistema de comunicaciones y la estructura legal mongoles. Gengis tenía una aguda mentalidad militar. Incorporó nuevas tácticas procedentes de las sociedades civilizadas conquistadas a su estrategia nómada tradicional, y en lugar de promover a las personas según sus vínculos sanguíneos, Gengis ascendía a sus seguidores en función de sus capacidades y de su experiencia personal, lo que le permitió establecer una fuerza de lucha virtualmente invencible. Después de cada victoria, Gengis integraba a sus enemigos vencidos en su nuevo sistema militar y los individuos capaces y ambiciosos alcanzaban los niveles superiores con gran rapidez. Al perdonar la vida a los artesanos civilizados, que más tarde diseñarían y construirían las armas para sus vencedores, los mongoles aprendieron a destruir las murallas de las ciudades con máquinas de asedio, zapadoras, catapultas y bombas de pólvora. De esta forma, el flexible Gengis incorporó la estrategia y las tácticas de asedio de las sociedades sedentarias a su ejército estepario a caballo, de gran movilidad y potencia.

A medida que fue creciendo el tamaño y el alcance del ejército y del Estado mongoles, Gengis Kan iba reclutando a escribas, registradores y recaudadores de impuestos. Para mantenerse informado sobre su imperio, Gengis estableció un sistema de comunicaciones denominado *yam*, que estaba basado en el establecimiento de estaciones de postas a lo largo y ancho de su vasto imperio. Por estas rutas, las noticias y la información críticas viajaban prácticamente sin parada hasta llegar al kan. Este servicio de correo estaba formado por estaciones de descanso con caballos y jinetes frescos dispuestas a intervalos regulares a lo largo de las principales rutas de viaje. Todos los embajadores y mensajeros del kan podían utilizar las estaciones de *yam* para alimentarse, alojarse y cambiar de caballo en sus viajes de ida y vuelta a visitar al kan en misión oficial. El sistema *yam* no sólo facilitaba la rápida difusión de noticias a lo largo y ancho del gran imperio, sino que también fomentaba el transporte y el comercio por el vasto territorio controlado por los mongoles. Este periodo de comercio y viajes relativamente abiertos a través de Eurasia se conoció como la gran paz mongol.

En los asuntos legales y judiciales, Gengis Kan recopiló la legislación mongol existente y la modificó o completó añadiendo sus propios decretos. El código de Gengis se denominaba el Gran Yasa y era el sistema legal oficial de su imperio. El Gran Yasa era un amplio código que trataba no sólo el comportamiento sancionable y los correspondientes castigos, sino también las reglas de procedimiento, los límites jurisdiccionales y los derechos de propiedad. El Gran Yasa siguió siendo la base del orden público mongol aún mucho después del fallecimiento de Gengis Kan.

Conquistas posteriores y el verdadero imperio mundial

De acuerdo con la costumbre mongol, a la muerte del Gengis, Bortai, su esposa jefe, presidió la división de su imperio entre sus cuatro hijos. Cada hijo y sus herederos recibieron determinadas partes del imperio, pero Ogoday, tercer hijo de Gengis y su sucesor, fue elegido por el *quiriltai* de 1229 como el siguiente gran kan. Ogoday era un gobernante tranquilo y astuto al que se le atribuye el hecho de haber convertido a Karakorum en la capital mongol permanente y haber desarrollado vínculos comerciales con China, la India tibetana y Asia occidental. Después de eliminar la última resistencia Jin en el norte de China, Ogoday dirigió la máquina militar mongol hacia Occidente. Tras la conquista de Rusia, el ejército mongol se desplazó al centro de Europa, devastando Hungría, Polonia y las regiones orientales de lo que actualmente es Alemania. Los mongoles hubieran podido llegar a través de Europa hasta el Atlántico. Pero afortunadamente para la Europa cristiana y para la civilización occidental, el fallecimiento de Ogoday en diciembre de 1241 y la falta de pastos adecuados para los caballos mongoles en la meseta húngara hizo que los mongoles abandonasen su campaña europea en 1242.

Entre 1241 y 1251 se produjo un periodo de liderazgo incierto que dio lugar a una detención de la actividad mongol. Mangu, elegido gran kan en 1251, decidió abandonar el ataque a Europa y, en su lugar, organizó dos grandes campañas para completar la conquista del sur de China y el Oriente Próximo musulmán. Mangu Kan envió a su hermano Hulagu para que atacase el califato musulmán Abasí, y a su hermano Kublai para que hiciera lo mismo en China.

Hulagu conquistó fácilmente Persia, Mesopotamia y Siria. Bagdad cayó en 1258, siendo todos sus habitantes masacrados. Pero en 1260 los mongoles sufrieron un revés inesperado en Palestina al vencer los mamelucos egipcios a un ejército mongol en los saltos de Goliat. La muerte de Mangu Kan en 1259, que acabó con la unidad mongol, fue responsable indirecta de esta victoria de los mamelucos.

Hulagu apoyó inmediatamente a su hermano mayor, Kublai, como sucesor del gran kan. Sin embargo, su primo Berke, kan de la Horda de Oro en Rusia, se opuso a esta decisión. Berke se había convertido al Islam y estaba tan ofendido por la destrucción del califato Abasí de Bagdad a manos de Hulagu que se enfrentó abiertamente a sus primos. Como respuesta, Hulagu dirigió todo su poderoso ejército mongol hacia el norte de Persia, dejando atrás únicamente una débil guarnición no mongol en Palestina.

La victoria mameluca sobre esta reducida fuerza en 1260, la primera derrota militar mongol, ha sido considerada por muchos como el evento crítico que salvó al Islam de la conquista total, marcando asimismo el inicio de la decadencia del imperio mongol. Los investigadores religiosos ven a la Divina Providencia en el hecho de que el Islam se salvase

inesperadamente gracias a la muerte de Mangu en 1259, lo mismo que la Europa cristiana se había salvado gracias a la muerte fortuita de Ogoday en 1241.

A pesar de esta derrota, los mongoles seguían controlando todo el Oriente Próximo, salvo Egipto. Hulagu y sus sucesores gobernaban el Oriente Próximo, hasta Persia, donde establecieron el kanato il-Kanid. Atrapados entre la Horda de Oro hostil por el noreste y los mamelucos por el sudoeste, los kanes mongoles de Persia intentaron repetidas veces establecer una alianza con la Europa Latina en el noroeste, especialmente con los estados cruzados cristianos de Oriente. Los kanes mongoles de Persia se convirtieron al islam y gobernaron el Oriente Próximo hasta su expulsión a mediados del siglo XIV.

Kublai Kan y China

En el este, Kublai se dirigió hacia el sur de China, donde volvió a poner de manifiesto la proverbial habilidad mongol para realizar movimientos estratégicos de envolvimiento a gran escala. Los mongoles flanquearon a las tropas de la dinastía Song por el oeste y el sur, a lo largo del río Yangtzé, rodeándoles virtualmente, para completar finalmente la conquista del sur de China en 1280.

En 1260, un *quiriltai* convocado urgentemente en China eligió a Kublai como gran kan. Sin embargo, un hermano menor y varios primos se opusieron a esta elección y desafiaron la autoridad de Kublai Kan sobre ellos. China era la base de poder de Kublai y la única zona del gran imperio mongol donde su autoridad era incontestablemente aceptada. Debido a su acceso no ortodoxo al poder, Kublai sentía constantemente la necesidad de demostrar la legitimidad de su reinado. Por ello, intentó repetidas veces obligar a los demás gobernantes a acatar su poder y superioridad como gran kan.

Al principio, Kublai consiguió con bastante éxito integrar su herencia de las estepas mongoles con su papel de gobernante confuciano. Consiguió congraciarse con la mayoría de los diferentes grupos raciales, étnicos, religiosos y culturales de su imperio. Aunque por una parte, sus continuas campañas militares contra Java y Japón demuestran sus esfuerzos por mantener su identidad básica de guerrero mongol, por otra, Kublai deseaba mostrarse como un emperador confuciano tradicional ante sus súbditos chinos. La mayoría de los consejeros y oficiales de Kublai eran de origen diverso y sus consejeros tibetanos, musulmanes y confucianos jugaban un papel importante en todo su reino. A medida que Kublai envejecía, su salud se iba deteriorando debido a excesos en la comida y la bebida, falleciendo en 1294 a la edad de 80 años. Los sucesores de Kublai gobernaron China como miembros de la dinastía Yuan hasta su expulsión en 1368.

Declive y división en cuatro kanatos

A pesar del revés militar mongol en Palestina y de la controvertida elección de Kublai en 1260, a finales del siglo XIII el Imperio mongol seguía siendo una entidad sorprendente e impresionante. Además de la estepa interior asiática, el Imperio mongol incluía los centros civilizados de China, el norte de la India, Oriente Próximo y Rusia. Sin embargo, a principios del siglo XIV este gigantesco imperio comenzaba a derrumbarse. La desintegración gradual del Imperio mongol se atribuye generalmente a problemas de excesiva extensión, asimilación y rivalidades dinásticas internas.

Los mongoles se habían extendido en exceso en su intento de expandir su imperio hasta los confines de Eurasia. A pesar de su extraordinaria velocidad, movilidad y sistemas de comunicación, los mongoles tenían dificultades para gobernar su vasto imperio. A medida que avanzaban sus conquistas militares, les resultaba muy difícil establecer un control centralizado de sus territorios más alejados. Rápidamente los mongoles descubrieron que no podían controlar de forma eficaz las tierras conquistadas, viéndose desbordados en número y superados en conocimientos por sus súbditos. Por ello decidieron asimilarse a las civilizaciones más sofisticadas que iban conquistando. Tan pronto como los mongoles desmontaban sus caballos para disfrutar del botín de sus conquistas, comenzaban a adoptar las lenguas, religiones, estructuras administrativas, culturas y tecnologías de sus súbditos más avanzados y, una vez asimilados a las civilizaciones sedentarias conquistadas, perdían su herencia de las estepas. De hecho, al cabo de tres generaciones, habían perdido su identidad y unidad como mongoles.

Las rivalidades dinásticas entre los herederos de los cuatro hijos de Gengis Kan favorecieron la fragmentación interna del Imperio mongol. Divisiones irreconciliables entre la familia real dieron lugar a la aparición de los kanatos regionales. Una muestra de ello fue la reubicación por parte de Kublai de la capital, pasándola de Karakorum a Pekín. Además, Kublai, el último gran kan, no tenía una autoridad real fuera de China. Al tiempo que él se convertía en emperador chino, los kanatos de la Horda de Oro en Rusia y el de Yagatay en el interior de Asia avanzaban por su propio camino. Los gobernantes del kanato de Oriente Próximo adoptaron el islam. Incluso los mongoles cayeron en la propia Mongolia bajo la influencia del budismo. Hacia 1350 el poder mongol se encontraba en serios apuros en todas las regiones.

El impacto y el legado del Imperio mongol

Un importante legado del control mongol sobre la mayor parte del territorio de Eurasia fue la gran paz mongol, que permitió a cualquier viajero con salvoconducto viajar con seguridad por todo el Imperio. Esta apertura de una comunicación directa entre el este de Asia y Europa occidental dio lugar a un intercambio cultural, de bienes, pueblos e ideas. Sin embargo, este intercambio no era necesariamente equitativo. La tendencia de los mongoles hacia la destrucción, el terror y la muerte hizo que China, el Oriente Próximo y Rusia rechazaran la mayoría de las ideas y prácticas del gobierno mongol extranjero, volviendo en cuanto fue posible a sus costumbres y prácticas culturales tradicionales. Por otra parte, la civilización occidental resultó ser la más receptiva a adoptar conocimientos y tecnologías de otras sociedades avanzadas a través del conducto mongol.

Aunque las conquistas mongoles afectaron a todas las civilizaciones de Eurasia, su máximo impacto lo tuvieron sobre los centros sedentarios de China, Oriente Próximo y Rusia, gobernados directamente por los mongoles durante más de un siglo. La Europa Latina era la zona más alejada del centro de poder mongol, por lo que la civilización occidental fue la que menos experimentó su daño y destrucción, permitiéndola seguir su evolución hasta ponerse al nivel de sus vecinos orientales a finales de la era mongol. Europa adoptó las nuevas ideas y prácticas intercambiadas durante la gran paz mongol, al tiempo que otras sociedades de Eurasia se estancaron o se replegaron, pudiendo así sobrepasarlas. Esto permitió a la cultura europea occidental avanzar y prepararse para asumir el liderazgo en la siguiente era de exploraciones y descubrimientos. Puede decirse que estos nómadas

medievales surgieron de su patria árida para afectar de forma continuada los desarrollos del mundo hasta bien entrada la edad moderna.

Acerca del autor: Gregory G. Guzman, profesor de Historia de la Universidad Bradley, en Peoria (Illinois), ha editado y compilado la obra *Monumenta Latina Rerum Mongolorum*, colección de fuentes primarias latinas que hacen referencia a los mongoles de los siglos XIII y XIV.

Surgimiento de los principales estados europeos

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, R. Bin Wong de la Universidad de California, examina la incipiente formación de los estados europeos actuales y centra su atención en un aspecto clave dentro del delicado equilibrio de poder que va emergiendo: la forma en que los dirigentes concedieron influencia política a sus súbditos a cambio de recursos económicos.



El sello del rey Juan Sin Tierra

El rey Juan Sin Tierra imprimió este sello a la Carta Magna, primer texto 'constitucional' de Inglaterra, que dotó de ciertos derechos a la población frente a la nobleza.

Surgimiento de los principales estados europeos

Por R. Bin Wong

Entre los siglos XIII y XVIII la organización política de Europa sufrió una dramática transformación, pasando de un conjunto desordenado de unidades gubernamentales pequeñas y fragmentadas a un sistema de naciones-estado centralizadas que se formaron al fusionarse las pequeñas unidades entre sí para constituir estados centralizados. A medida que fueron surgiendo estas nuevas naciones, algunos de los gobiernos resultantes

crearon instituciones e ideologías representativas, es decir, un grupo de ciudadanos que representaba las necesidades y los deseos de toda la población era quien adoptaba las decisiones para ésta.

Sin embargo, los principios y las prácticas representativos no existieron en todas partes de Europa. El arraigo de la representación se vio fuertemente influido por la naturaleza de la relación entre los dirigentes y las élites (grupos minoritarios urbanos, aristocráticos y eclesiásticos con riquezas e influencia). La forma en que los gobernantes negociaron con las élites para obtener dichos recursos afectaron al posterior desarrollo de los sistemas de gobierno.

La relación entre los dirigentes y las élites se basaba en relaciones establecidas entre monarcas, aristócratas de menor rango, burgueses (ciudadanos urbanos) y clero (dignidades eclesiásticas). Entre los siglos XII y XIII los monarcas formaron cuerpos representativos de élites, generalmente terratenientes, para lograr la aprobación de temas de interés básico, concretamente fiscales y bélicos, como fue el caso, por ejemplo, del Parlamento británico y los Estados Generales franceses.

Tras la toma de Londres en 1214 por parte de los barones ingleses en señal de protesta contra una fiscalidad cada vez más gravosa y no autorizada por parte del rey Juan Sin Tierra, ambos bandos firmaron un documento conocido como la Carta Magna. Este acuerdo limitaba las exigencias impositivas del monarca, garantizaba las libertades del individuo y garantizaba una justicia ágil para todos los ciudadanos. En justa correspondencia, el rey impuso a sus súbditos de mayor categoría la obligación de representarse a sí mismos en su Parlamento.

En Francia, el rey Felipe IV el Hermoso convocó en 1302 pro vez primera los Estados Generales, una institución formada por clérigos, nobles y gobernantes civiles, para aprobar el régimen fiscal de las propiedades de la Iglesia. Desde el siglo XIV hasta principios del XVII, los Estados Generales se reunían periódicamente para debatir diferentes temas, especialmente los relacionados con las finanzas. En el siglo XVI, las élites en Inglaterra, Francia, Prusia y España ya habían consolidado instituciones representativas que conferían la autoridad de la gestión de los impuestos a un gobierno fuerte y centralizado.

Características de los estados europeos emergentes

En general, en Europa se iban constituyendo los estados de manera definitiva siempre que existía una fuerza centralizadora capaz de unir grandes extensiones de territorio bajo una administración en expansión, abastecida por la acumulación de recursos y respaldada por una estructura militar. Sin embargo, no en todas partes de Europa surgieron poderosos gobernantes centralizadores. En Polonia y en las Provincias Unidas, las poderosas élites impidieron la aparición de una monarquía eficaz, y además con resultados muy distintos en cada país. Polonia siempre se caracterizó por gobiernos sin dirigentes poderosos: las élites tenían tanto poder que impedían la aparición de un rey capaz de recaudar impuestos suficientes para formar un ejército y competir con otros creadores de estados. Como consecuencia, Polonia fracasó repetidas veces a la hora de hacer frente a los desafíos planteados por otras naciones europeas y finalmente sufrió la pérdida de parte de su territorio. Las Provincias Unidas surgieron como una unión de siete de las provincias de los Países Bajos que se rebelaron contra el dominio español. Para conquistar su

independencia en 1588, las élites neerlandesas formaron instituciones representativas a fin de recaudar el dinero necesario para contratar soldados y derrotar a los ejércitos españoles. Las instituciones representativas de las Provincias Unidas se convirtieron en instrumentos eficaces mediante los cuales las élites podían adoptar decisiones relativas a la recaudación de impuestos y a la defensa militar. Fomentando una floreciente economía comercial dentro de las siete provincias vinculada al comercio con otras partes de Europa y del mundo, las élites mercantiles holandesas lograron crear y mantener un gobierno eficaz, aunque modesto.

Durante los siglos XVII y XVIII fueron surgiendo por toda Europa gobernantes con potencias sólidas y centralizadas que pronto se vieron compitiendo entre sí por los territorios, los recursos y las poblaciones. Esta rivalidad exigía de los gobernantes la recaudación de cantidades cada vez mayores de dinero para consolidar su poderío militar. Los gobernantes crearon cuerpos de funcionarios para recaudar impuestos; sin embargo, la cantidad de impuestos que un gobernante era capaz de atesorar estaba limitada por los recursos naturales y humanos del país. Por esta razón, los gobernantes europeos tenían un interés evidente en estimular una mayor producción económica e incrementar el comercio. Mediante la venta, más que la compra, de mayor cantidad de bienes en el mercado internacional recaudaban más dinero para la economía doméstica. Esta riqueza adicional permitía nuevas inversiones y, por tanto, aumentaba el nivel de empleo del pueblo así como los recursos. Para gravar la producción y el comercio crecientes, los gobernantes a menudo se veían obligados a negociar con las élites para que aprobasen los nuevos impuestos. Esta necesidad fortaleció la relación entre los gobernantes y las élites, así como el posterior papel de dicha relación en el desarrollo de los gobiernos representativos. La estabilidad de esta relación constituyó la base de muchas instituciones políticas democráticas surgidas durante el siglo XIX.

A lo ancho de toda Europa las élites consiguieron diferentes formas de representación a medida que sus gobernantes construían los estados. En Gran Bretaña, los logros por parte de las élites en cuanto a representación parlamentaria vinieron a confirmar su capacidad para controlar directamente muchas de las decisiones impositivas del gobierno. En Prusia las élites, en su mayoría terratenientes, estaban representadas en el gobierno a través de su aparato administrativo. Las élites prusianas perdieron la capacidad de controlar los impuestos a través de las instituciones representativas al ser éstas abolidas por un gobernante que cada vez imponía mayores impuestos a las ciudades para poder sostener un ejército en pleno crecimiento. El Parlamento británico se convirtió en un órgano de representación colectiva para las élites, pero fueron muy pocas las naciones europeas que lograron crear instituciones similares. Los órganos representativos solían ser más bien locales o regionales.

Las relaciones entre gobernantes y élites eran más estables en situaciones análogas a las de Gran Bretaña y Prusia que en España o Francia, donde las élites seguían conservando instituciones representativas de carácter regional. Durante los siglos XVI y XVII, España no existía aún como nación con un gobierno central. El reino de España estaba formado nominalmente por varios reinos como los de Aragón, Valencia, y Castilla. En Aragón, la Hacienda pública se hallaba bajo control parlamentario y, junto con Valencia y Cataluña, contribuía muy escasamente al erario del rey de España. Parte de los ingresos de Castilla, la principal fuente impositiva de la monarquía española, dependía de los lingotes de plata

procedentes de América. Durante el siglo XVI, el Parlamento castellano, las Cortes, adquirió mayor relevancia en los asuntos fiscales, siendo el aspecto más destacable su capacidad de decisión sobre la aplicación y recaudación de los impuestos. Sin embargo, durante la década de 1620, Felipe IV consiguió recortar el poder de las Cortes en temas impositivos. Las organizaciones elitistas implicadas en las decisiones tributarias fueron incapaces de desarrollar una gama más amplia de poderes típica de las formas representativas de gobierno antes de perder esta capacidad más fundamental e importante.

En Francia, ni el rey ni las élites mostraron ningún interés en preservar las reuniones de los Estados Generales a partir de 1614. El rey temía que los Estados Generales reunidos en asamblea pudieran oponerse firmemente a sus deseos fiscales y resultaba más sencillo negociar con las élites a nivel regional. Las élites apenas tenían conciencia de problemas compartidos entre las diferentes regiones. A diferencia del Parlamento inglés, que consiguió aumentar su autoridad partiendo de la función inicial de negociación de impuestos, los miembros de los Estados Generales franceses se mostraban remisos a debatir otros temas que no fueran los fiscales.

La función de las libertades en los primeros gobiernos representativos

Cualquier intento por parte de la monarquía de recaudar nuevos impuestos sin haber sido antes acordado con los órganos de representación podía desencadenar un enfrentamiento con las élites y, en situaciones especialmente críticas, desembocar en levantamientos de mayor envergadura. La facilidad con que Francia consiguió aumentar la fiscalidad durante el siglo XVII fue consecuencia, en parte, de la concesión regia de mayores libertades o privilegios como contrapartida a la aceptación de tales impuestos. Durante la década de 1640, época en la que el gobierno francés intentaba financiar la guerra contra la dinastía de los Habsburgo mediante la aplicación de nuevos impuestos a funcionarios, terratenientes parisinos y nobleza, estas élites dejaron patente su disconformidad con tales pagos. El Parlamento de París exigió una mayor participación a la hora de definir las políticas fiscales de la monarquía.

La revuelta del Parlamento entre 1648 y 1653, conocida como la Fronda, puso de manifiesto la vulnerabilidad de la monarquía francesa de mediados del siglo XVII frente a la resistencia de las élites, así como la incapacidad de éstas para aprovechar tal oposición para dar cauce de forma más institucionalizada a sus opiniones sobre la fiscalidad y otros asuntos de Estado. Cuando el rey pensaba que las élites de una determinada región podían oponerse a nuevos impuestos, simplemente no convocabía su parlamento; en el siglo XVIII el territorio representado por los estados provinciales que votaban sobre los temas fiscales constituía únicamente el 30 por ciento de Francia. Los miembros de estos estados eran finalmente convencidos para que apoyaran los nuevos impuestos y a cambio, a veces se les otorgaba exenciones de pago o ciertos favores reales. En el caso de que se resistieran localmente, su objetivo solía ser proteger tales privilegios contra la intrusión regia.

En la Europa del siglo XVII la idea de las libertades tenía que ver más con privilegios que con altos ideales de libertad personal. La protección de tales libertades significaba protegerse contra métodos impositivos arbitrarios y defender los privilegios obtenidos por las élites locales y regionales como contrapartida a recaudaciones anteriores. La rebelión neerlandesa contra los españoles en 1588 no se debió a ninguna idea genérica de libertad o

independencia, sino más bien a la defensa y reafirmación de todas las libertades conquistadas por las ciudades y provincias holandesas en siglos anteriores. Mientras estuvieron bajo el dominio nominal del Sacro Imperio Romano Germánico, del duque de Borgoña y de los primeros monarcas españoles de la Casa de Habsburgo, las ciudades y provincias holandesas habían disfrutado de hecho de una amplia autonomía. Pero Felipe II, que deseaba recaudar más dinero para combatir al Imperio otomano, intentó obtener fondos adicionales de los Países Bajos. Los neerlandeses se organizaron para rechazar el dominio español y formar una república. Durante los siguientes 80 años hubieron de hacer frente a los intentos españoles por recuperar lo que los gobernantes tildaban de provincias rebeldes. En este caso, las libertades pertenecían a ciertos grupos de ciudadanos más que a los individuos.

España ofrece un ejemplo similar: 18 ciudades poseían voto en las Cortes castellanas y los centros urbanos habían adquirido libertades para colocarse directamente bajo la autoridad real, formando una autonomía urbana respecto de las autoridades provinciales y comarcales. En lo referente a los impuestos, la libertad significaba proteger las propiedades de la imposición de nuevos impuestos sin un acuerdo previo.

Muchos estados poseían una única institución representativa constituida por las élites que, como un solo grupo, negociaban con la monarquía en lo referente a temas de autoridad y poderes. Sin embargo, los monarcas franceses negociaron los impuestos con las distintas élites de forma individualizada. Por una parte, esta situación otorgaba al rey un mayor poder, ya que las élites no estaban organizadas sobre una base común a lo ancho de todo el país; por la otra, exigía que el rey entablase negociaciones más frecuentes y de menor alcance de lo que en realidad hubiera sido necesario. Aunque las ventajas de la situación francesa parecían evidentes durante principios del siglo XVIII, en la década de 1780 la monarquía atravesó una crisis fiscal como consecuencia de su incapacidad para convencer a las élites de que prestaran su apoyo a las políticas tributarias, necesarias para hacer frente a las deudas contraídas durante las guerras.

En la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII, el rey no podía recaudar fondos para financiar las guerras sin la autorización del Parlamento, que era quien aprobaba las leyes y autorizaba los impuestos. Un elemento central de la política británica (y posteriormente norteamericana) fue la conexión entre el sistema impositivo y el sistema representativo; los franceses llegaron a un vínculo similar, aunque por una vía más dramática. Una crisis fiscal en Francia durante la década de 1780 obligó al rey francés a adoptar medidas desesperadas, convocando los Estados Generales, que no se habían reunido desde 1614, para recabar su apoyo y aumentar los impuestos. Si el rey hubiera logrado el respaldo de los Estados Generales, tal vez se hubiera evitado la Revolución Francesa. Pero las élites, especialmente el denominado tercer estado, plebeyo y laico, exigían un mayor protagonismo en la toma de decisiones fiscales y el resultado fue la Revolución Francesa, que puso fin de manera dramática al régimen monárquico en 1789.

Gracias a la materialización de nuevas ideas políticas surgidas durante la Revolución Francesa, el siglo XIX estuvo marcado por la relación entre la democracia, la ciudadanía (concepto que plasmaba la pertenencia a una nación) y los derechos del individuo. El siglo XIX también fue testigo del cambio del papel que desempeñaba la fiscalidad en la financiación de los estados, así como de la actitud general respecto a quién debía soportar

los impuestos y en qué grado. El vínculo entre la representación de las élites y la fiscalidad se fue debilitando a medida que disminuía la presión fiscal. La presión fiscal se redujo porque la industrialización consiguió que los sistemas económicos fueran mucho más productivos y porque también disminuyeron los gastos bélicos.

A pesar de dichos cambios, los gobernantes siguieron debatiendo cómo gravar impositivamente a las élites. ¿Estas élites debían soportar muchos impuestos porque eran acaudaladas o pocos impuestos debido a su importancia? A medida que los gobernantes se vieron en la necesidad de recaudar cada vez menos recursos de sus florecientes economías, y a medida que cada vez más contribuyentes estaban en condiciones de pagar al menos ciertos impuestos, la idea de la fiscalidad progresiva fue ganando adeptos. En este tipo de sistema fiscal, las personas pagan impuestos en función de sus ingresos. En principio, aunque no en la práctica, la fiscalidad progresiva se fue popularizando en paralelo con un cambio de mentalidad tributaria política y social.

En algunos países la fiscalidad todavía se encontraba ligada al grado de representación. En Prusia, por ejemplo, el acceso al derecho al voto estaba vinculado a la tributación. Sin embargo, la lógica de la conexión había cambiado. Anteriormente los gobernantes habían acudido a las élites para recabar su apoyo en favor de las políticas fiscales y durante el siglo XIX los gobernantes procuraron incorporar a segmentos más amplios de la población, y ello menos por la contribución tributaria de la población que por temor a una posible ruptura. La manumisión, o la ampliación de la ciudadanía, era una apelación del gobierno a diferentes segmentos de la población. La concesión a los ciudadanos del derecho al voto constituía un medio de complacer al creciente colectivo de personas que exigían tener voz en la toma de decisiones políticas. La ampliación de las exenciones, un componente básico de las democracias representativas, se produjo en aquellas sociedades europeas en las que las instituciones representativas de las élites habían sido poderosas durante los siglos XVII y XVIII.

A lo largo del siglo XIX la relación entre los estados europeos y sus súbditos se vio modificada. El principal motivo de preocupación de un gobierno central ya no podía ser sus relaciones con las élites. La aparición de nuevos grupos sociales y nuevas formas de organización social planteó a los gobernantes una serie más amplia de retos y estos desarrollaron una mayor capacidad para afrontar dichos retos. Los gobiernos centrales ampliaron la oferta de bienes y servicios para sus súbditos, incluidos la educación y el bienestar social. Los gobiernos, a su vez, cada vez exigían más a la población, concretamente impuestos y el reclutamiento militar de los jóvenes varones.

Una democracia, obviamente, significa bastante más que el mero derecho al voto. El proceso de expansión de los estados durante los siglos XIX y XX trajo consigo una gama creciente de exigencias a los gobiernos para intervenir cada vez más en la economía y la sociedad, así como un mayor número de individuos que planteaban exigencias a sus gobiernos. A veces las exigencias planteadas a los gobiernos eran de tipo político, como en el caso en que los ciudadanos solicitaban mayor participación en la toma de decisiones, y otras veces eran de tipo económico, como cuando la gente exigía mejores condiciones de empleo y servicios sociales. El creciente colectivo de personas que formulaba reclamaciones al gobierno contribuyó a diluir determinadas formas de poder y de autoridad. La democratización sobrevino en el momento en que una mayoría de

ciudadanos plantearon reivindicaciones políticas, sociales y económicas al Estado como parte integrante de los planteamientos para negociar su participación en funciones tanto política como socialmente aceptables. Sin embargo, no todas las exigencias dieron sus frutos a un mismo tiempo y la democratización no siempre se hizo presente. En el siglo XIX, la ampliación de los derechos políticos a amplios segmentos de la sociedad europea se produjo en aquellas zonas donde las élites poseían una cierta tradición de representación política institucional. La solidez de esta base a menudo dependía de que dichas instituciones hubieran sido capaces de controlar la más primaria de las incipientes preocupaciones estatales en Europa: el sistema tributario.

Las importantes conexiones entre la formación de los estados europeos, la recaudación fiscal y las instituciones representativas coinciden durante el siglo XX con diversas situaciones políticas en todo el mundo. Las instituciones políticas democráticas surgen con mayor facilidad allí donde los gobiernos se han visto obligados a negociar las políticas fiscales no sólo con las élites, sino también con la ciudadanía en general. Esto, a su vez, es más frecuente allí donde los ingresos del Estado provienen de fuentes domésticas, donde la industria y el comercio se hallan en vías de desarrollo y donde la riqueza se halla distribuida en la mayor parte de la sociedad. Si un gobierno puede confiar en las exportaciones o en las élites agrarias para obtener recursos de la tierra, la probabilidad de que surjan instituciones democráticas es menor.

Los ideales democráticos pueden resultar atractivos para algunos individuos en prácticamente cualquier conjunto de condiciones sociales. Sin embargo, la probabilidad de que se establezcan instituciones representativas depende, al menos parcialmente, de la existencia de una relación entre constitución del Estado, recaudación fiscal e instituciones representativas similares a las que existían en ciertas zonas de la Europa moderna inicial.

Acerca del autor: R. Bin Wong es profesor de Historia y Ciencias Sociales en la Universidad de California, en Irvine. Es autor, entre otras muchas publicaciones, de *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience*.

La lucha contra la peste

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Christopher King analiza los efectos de la peste y la comprensión gradual por parte de los científicos de esta devastadora enfermedad.



Rata gris

La rata gris, también llamada rata común o rata parda, pertenece, junto al topillo, el lemming y el hámster dorado, a la familia de los Múridos. Su capacidad de adaptación a nuevos medios es extraordinaria, y además, son animales muy prolíficos. Por otro lado, actúan como vectores en la transmisión de ciertas enfermedades, como la peste bubónica o el tifus.

La lucha contra la peste

Por Christopher King

El estudio de la incidencia y la propagación de una enfermedad en amplias poblaciones se denomina epidemiología. Para controlar una enfermedad es importante comprender sus orígenes y su forma de propagación. Los epidemiólogos modernos, por ejemplo, se esfuerzan por comprender los orígenes y la difusión del virus de la inmunodeficiencia humana (VIH) que causa el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA) y esperan poder llegar algún día a controlar e incluso sanar esta enfermedad mortal. Sin embargo, la comprensión de la naturaleza de una enfermedad constituye una tarea ardua aún utilizando las herramientas más avanzadas de la microbiología y la genética molecular. Imaginemos pues lo difícil que resultaría entonces, hace varios siglos, en los tiempos en los que el saber médico iba poco más allá de la mera superstición. En aquella época, la idea de comprender una enfermedad implacable tenía que parecer imposible.

Este ha sido el caso de las grandes epidemias de peste que se han sucedido a lo largo de la historia. Mientras que durante la edad media (entre los siglos V y XV) la palabra *peste* se utilizaba indiscriminadamente para describir enfermedades epidémicas, en la actualidad el término se aplica de manera específica a una enfermedad aguda, infecciosa y contagiosa propia de los roedores y de los seres humanos y causada por una determinada bacteria.

Sabemos hoy día que la peste bubónica, el tipo de peste más conocido, se transmite por la picadura de un insecto parásito. Otra variedad, la peste neumónica, se transmite principalmente por pequeñas gotas expelidas por la boca y la nariz de individuos infectados. La peste septicémica, otra forma diferente, se puede propagar por contacto directo a través de una mano contaminada. Sin embargo, a mediados del siglo XIV, cuando la enfermedad que entonces se conocía como peste negra llegó a aniquilar hasta una tercera parte de la población europea, los médicos y los científicos fueron totalmente incapaces de descubrir su causa y menos aún de encontrar una forma de curación.

Descripciones de testigos presenciales de la peste

Sintiéndose incapaces de explicar o comprender la magnitud del sufrimiento, algunos observadores sólo consiguieron registrar la devastación causada por la enfermedad. Las descripciones de los testigos presenciales de la peste se remontan al año 541, cuando se declaró la peste en la ciudad de Constantinopla (actualmente Estambul, en Turquía), entonces capital del Imperio bizantino. Procopio, historiador en la corte del emperador Justiniano I, describe una epidemia durante la cual "toda la raza humana estuvo a punto de quedar aniquilada". En las crónicas de Procopio los síntomas de la peste comenzaban por "una fiebre súbita". Durante algunas horas no había ningún signo de inflamación o mutación del color de la piel, pero según Procopio "ese mismo día en algunos casos, o al día siguiente en otros, y en el resto no muchos días más tarde aparecía una inflamación bubónica, y ésta se producía no sólo en la región concreta del cuerpo denominada la ingle, es decir, debajo del abdomen, sino también en el hueco de las axilas, y en algunos casos al lado de las orejas y en diferentes puntos de los muslos se producía una gran inflamación o bubón".

Procopio registró que algunas víctimas entraban en coma, mientras que otras se veían sacudidas por un "violento delirio", estando convencidas de que "les atacaban personajes que venían a destruirlos". En algunos casos había que impedir a algunas víctimas que salieran huyendo de sus casas, intentaran ahogarse o saltar al vacío desde gran altura. Y Procopio continúa: "y en aquellos casos en que no hacía aparición ni el coma ni el delirio, la inflamación bubónica se gangrenaba y el paciente, incapaz de soportar el dolor, moría. La muerte sobrevenía en algunos casos de forma inmediata y en otros al cabo de muchos días". La denominada "peste de Justiniano" se enseñoreó de Constantinopla hasta la primavera de 542, llevándose consigo a unas 200.000 personas (el 40% de la población de la ciudad).

Ocho siglos más tarde, la peste negra barrió toda Europa, llegando a Italia en 1347. El escritor italiano Giovanni Boccaccio, en su obra clásica *El Decamerón*, describe casos de peste en Florencia: "En el momento de la aparición de la enfermedad, tanto hombres como mujeres se veían afectados por un tipo de inflamación en la ingle o las axilas que en ocasiones alcanzaba el tamaño de una manzana o de un huevo. Aunque algunos de estos tumores eran más grandes y otros más pequeños, todos ellos recibían la denominación común de ganglios. A partir de estos dos puntos iniciales, los ganglios comenzaban al poco tiempo a propagarse y a extenderse generalmente por todo el cuerpo. A continuación, las manifestaciones de la enfermedad se transformaban en manchas negras o pálidas extendidas por brazos y muslos o por todo el cuerpo". En la actualidad los historiadores

estiman que una tercera parte aproximadamente de los 80.000 habitantes de Florencia murieron a causa de la peste entre la primavera y el verano de 1348.

Existen también vívidas descripciones de la peste correspondientes a la Gran Plaga de Londres que se declaró en esta ciudad en 1665. Tales descripciones fueron recopiladas por el escritor inglés Daniel Defoe en su obra *Diario del año de la peste* (1722), que reconstruye aquel desastre. Para describir la rapidez y crueldad con las que se propagó la enfermedad, Defoe narra la historia de una mujer joven que cae enferma con vómitos y "un terrible dolor de cabeza". Su madre la examina y confirma lo peor: "examinando su cuerpo a la luz de un candil, inmediatamente descubrió las señales fatídicas en la parte interior de sus muslos. Su madre, sintiéndose incapaz de contenerse, tiró la vela y gritó de una forma tan pavorosa que hubiera bastado para horrorizar al espíritu más firme de este mundo. En cuanto a la joven, a partir de ese mismo momento se convirtió en un cuerpo moribundo, pues la gangrena que origina los hematomas se había extendido por todo su cuerpo, falleciendo en menos de dos horas". En otro pasaje del libro, Defoe describe una ciudad sometida a una auténtica pesadilla de sufrimientos: "El dolor de las inflamaciones era particularmente intenso, incluso intolerable para algunos individuos". La gente corría despavorida por las calles, "delirante y aturdida, a menudo agrediéndose con las manos, tirándose por las ventanas, disparándose un tiro, madres [asesinando] a sus propios hijos presas de la locura".

Primeras teorías acerca de las causas y el tratamiento de la peste

A la desgracia y al terror de las epidemias de peste se le sumaba la ignorancia; nadie tenía la menor idea de la causa de la enfermedad o de las vías reales de transmisión. Mucha gente pensaba acertadamente que el contagio podía producirse por el aliento, aun cuando durante la peste negra un médico llegó a afirmar que la simple mirada de un moribundo podía ser suficiente para transmitir esta infección mortal. El conocimiento médico exacto acerca de la peste se hallaba a siglos luz. La bacteria causante de la peste y el proceso de su transmisión a los seres humanos a través de roedores e insectos portadores no fueron descubiertos y comprendidos hasta la década de 1890. Durante la peste negra la mayoría de la población consideraba la plaga como un castigo divino por los pecados de la humanidad. Los galenos y los eruditos, mientras tanto, elaboraban cuantas teorías se les ocurrían para explicar el origen de la enfermedad y recomendar medidas curativas o preventivas.

Según una teoría, las causas eran de naturaleza astrológica: una alineación poco usual de los planetas Saturno, Júpiter y Marte había causado la corrupción de la atmósfera. Otros teóricos culpaban a terremotos y demás catástrofes naturales por haber liberado aire malsano procedente de las entrañas de la Tierra. Esta idea del aire corrupto e insano, una miasma, se hallaba en la base de muchas teorías referentes a la causa de la peste, por lo que muchas medidas preventivas giraban entorno a contrarrestar o purificar el aire corrupto como, por ejemplo, incinerar maderas de enebro y fresno para crear aromas agradables. Los suelos de las casas se fregaban con agua de rosas y vinagre. Se recomendaba reforzar la dieta alimenticia para ahuyentar la peste agregando mirra, azafrán y pimienta a productos como cebollas, ajo y puerros. Las observaciones de Defoe en *Diario del año de la peste* indican que la medicina preventiva durante la década de 1660 no había progresado mucho durante los tres siglos transcurridos desde la peste negra.

Defoe describe a hombres llevando ajos en la boca y a mujeres echándose vinagre por la nariz. Curanderos de toda catadura anunciaban sus mejunjes en pancartas, ofreciendo píldoras y demás antídotos contra la peste.

La ignorancia genera miedo

Los epidemiólogos consideran en la actualidad que la peste negra era probablemente la enfermedad en su variedad neumónica que infecta los pulmones y se transmite de un individuo a otro a través del estornudo o la tos. Y aunque la población de la edad media no comprendiera cómo se propagaba la enfermedad, su capacidad de contagio era terriblemente evidente. Los testigos presenciales describían este miedo: "Las personas pronto llegaron a odiarse hasta tal extremo que, si un hijo se veía afectado por la enfermedad, su padre no le atendía", escribía un fraile en su descripción de la evolución de la peste negra en Messina (Sicilia). "Si, a pesar de todo, osaba acercarse a él, quedaba inmediatamente infectado y ... estaba predestinado a fallecer en el plazo de tres días". Un historiador del siglo VIII, al describir un brote anterior en Italia, da cuenta de una rotura similar de los lazos familiares por culpa de la peste reinante: "Los hijos huían, dejando sin inhumar los cadáveres de sus padres; los padres, olvidando sus obligaciones, abandonaban a sus hijos sumidos en fiebres feroces". Otro testigo de la peste negra escribía a su vez: "El padre abandonaba al hijo, el marido a la esposa, un hermano a otro ... no quedaba nadie para enterrar a los muertos ni por dinero ni por amistad ... morían a cientos, tanto de día como de noche y todos eran arrojados a fosas y recubiertos con tierra. Y a medida que se iban llenando las fosas, se excavaban otras nuevas. Y yo, Agnolo di Tura ... enterré a mis cinco hijos con mis propias manos".

Durante la edad media, el verdadero tratamiento de la peste consistía a menudo en abrir las venas a la víctima y sacarle sangre para aliviar la infección. Otra técnica de curación consistía en intentar sajar los bubones hinchados y esterilizarlos con fuego. Seguidamente, los galenos aplicaban distintas sustancias, como raíces de azucenas o un emplaste elaborado a partir de resina gomosa, para drenar el veneno. Una vez más, las prácticas en tiempos de Defoe apenas se diferenciaban de las técnicas medievales: "Las inflamaciones de algunas personas se endurecían y entonces se les aplicaban violentos emplastes adhesivos, o cataplasmas, para abrirlos, y si así no se conseguía, estos eran abiertos y sajados de manera terrible". Según un observador, tales medidas a menudo infligían al paciente "mayor dolor que el ocasionado por la enfermedad". De todas maneras, en palabras de Defoe, "si se conseguía formar una cabeza en el bubón y se abría y se hacía supurar, generalmente el paciente se recuperaba".

Adelantos en el conocimiento de la peste

Aunque tardó varios siglos, la ciencia médica finalmente llegó a comprender la enfermedad. En 1894 estalló una epidemia de peste en la provincia china de Yunnan. Alexandre Yersin, un patólogo suizo de 31 años de edad que había viajado con frecuencia por Indochina, llegó a Hong Kong con la esperanza de identificar el agente causante de la peste. Al cabo de siete semanas logró aislar y describir la bacteria. "Parecía lógico comenzar buscando un microbio en la sangre de los pacientes y en la pulpa de los abscesos", escribía en una carta. "La pulpa los bubones siempre contiene cantidades masivas de bacilos cortos y gruesos ... A veces los bacilos parecen estar rodeados por una cápsula. Pueden encontrarse en gran cantidad en los bubones y en los nodos linfáticos de

las personas enfermas". Yersin había descubierto el microbio causante de la peste, al que se le bautizó con su nombre: *Yersinia pestis*. Un científico japonés, Kitasato Shibasaburo, identificó el agente patógeno en esa misma época y a menudo se le considera como su codescubridor.

Sin embargo, cuatro años después del descubrimiento de Yersin continuaba sin conocerse la forma de propagación de la infección de la peste. Algunos científicos opinaban que se debía al polvo contaminado con bacterias de la peste procedentes de sustancias fecales de personas o roedores infectados. Las víctimas, según este planteamiento, recibían las bacterias al inhalar el polvo o al penetrar éste a través de una herida cutánea. El misterio quedó definitivamente desvelado por el científico francés Paul-Louis Simond durante un brote de peste en la India en 1898. Simond, escéptico respecto de las anteriores teorías, observó que, al reconocer a muchas de las víctimas de la peste, todas ellas presentaban una pequeña ampolla en la piel plagada de bacilos de la peste. Simond supuso acertadamente que era el rastro de la picadura de un insecto infectado, tal como la *Xenopsylla cheopis* o la *Nosopsylla fasciatus*. Normalmente, estos insectos inoculan la infección a las ratas y a otros mamíferos roedores. Pero en caso de necesidad o si se presentaba la ocasión, los seres humanos podían convertirse en sus víctimas. Los científicos saben en la actualidad que la picadura de un insecto infectado con el bacilo *Yersinia pestis* transmite la infección desde el insecto al ser humano.

Los científicos poseen actualmente una noción clara de la peste bubónica: una vez que se hallan dentro del cuerpo humano, las bacterias se multiplican rápidamente, duplicando su población cada dos horas a medida que circulan por los vasos sanguíneos y conductos linfáticos. Aunque el sistema inmunológico del cuerpo humano aniquila algunas de las bacterias, muchas sobreviven incluso tras sufrir el acoso de las células del sistema inmunitario. Dentro de las células, los bacilos continúan multiplicándose y produciendo otros que son resistentes a la fagocitosis, es decir, a la ingestión y destrucción por parte de las células inmunes. Las bacterias emiten toxinas que generan un efecto de inflamación en los nodos linfáticos, el bazo, el hígado y otros órganos, destruyendo tejidos y ocasionando hemorragias internas. Si no se aplica ningún tratamiento, sobreviene la muerte por culpa de una reproducción bacteriológica masiva.

El aspecto positivo del conocimiento moderno acerca de las bacterias de la peste es el establecimiento de tratamientos modernos para esta enfermedad. Con un diagnóstico precoz, la peste se puede tratar y curar con antibióticos tales como la estreptomicina y la tetraciclina. La primera vacuna contra la peste se elaboró en 1896. Esta enfermedad existe actualmente, por lo general, en las áreas rurales de los países en vías de desarrollo; así, por ejemplo, un brote acaecido en India en 1994 constituye el último episodio significativo registrado. Sin embargo, también en las regiones occidentales y suroccidentales de Estados Unidos existen casos excepcionales de peste humana al entrar en contacto las personas con mamíferos infectados. En 1995 se registraron, por ejemplo, siete casos.

El debate continúa

Los eruditos continúan debatiendo ciertos aspectos de la gran epidemia de la peste negra del siglo XIV. Incluso la propia denominación ha sido objeto de ciertas reflexiones: el término *peste negra* parece hacer referencia al color de la piel de las víctimas de la plaga

como consecuencia de las hemorragias internas y los tejidos necrosados. Sin embargo, no existe constancia de que esta denominación fuera utilizada durante el siglo XIV en la época de la gran epidemia; de hecho, el nombre *peste negra* no se aplicó a la epidemia hasta dos o más siglos después. Por el contrario, los europeos de aquel entonces solían referirse a la epidemia como "La gran mortandad". El origen preciso de la denominación *peste negra* continúa siendo un misterio.

Parte del conocimiento médico en torno a la peste se dice que ha sobrevivido desde tiempos lejanos en un lugar tan poco propicio como una canción infantil. "*Ring Around the Rosy*," que a veces se afirma procede de la peste de Londres de 1665 (la Gran Plaga) o incluso de la peste negra del siglo XIV, parece ser que hace alusión a los síntomas y tratamientos de la peste:

Ring around the rosy, pocket full of posies, ashes ashes, we all fall down

De acuerdo con las interpretaciones populares, "*rosy ring*" se refiere a las marcas de color purpúreo en la piel de las víctimas de la peste producidas por las hemorragias internas causadas por la bacteria de la peste. "*Pocketful of posies*" (ramillete de flores) presuntamente se refiere a las hierbas y especies utilizadas para purificar el aire. "*Ashes*" se puede interpretar como una variante de *achoo* ('achís'), la onomatopeya del estornudo que caracteriza los fallos respiratorios o la propagación de los gérmenes de la peste, las cenizas de un fuego encendido para mantener la peste a raya, o incluso las cenizas de los cuerpos incinerados de las víctimas de la peste. "*We all fall down*" ('todos caemos'), desde luego, representa a la gente cayendo literalmente muerta bajo los embates de la peste.

No obstante la fama de la canción a lo largo de los tiempos como recordatorio histórico de la peste, los estudiosos de las tradiciones populares tienen sus dudas. Como bien ha observado el folclorista Philip Hiscock, no hay ninguna prueba de que "*Ring Around the Rosy*" existiera antes de la década de 1880, una época que alumbró multitud de versiones diferentes de la canción, ninguna de las cuales hacía la más mínima referencia a la peste. Los folcloristas más escépticos mantienen que los versos eran un simple acompañamiento carente de significación para un baile infantil en el siglo XIX. Según los escépticos, la interpretación de la peste se inventó después del evento y se ha transmitido de generación en generación porque parece muy verosímil.

Hasta los aspectos más científicos de la peste siguen constituyendo un tema de discusión. Algunos estudiosos, por ejemplo, defienden la teoría de que la epidemia que asoló Europa durante el siglo XIV no fue exclusivamente una peste bubónica con sus variantes neumónica y septicémica, sino que tal vez se dieran al mismo tiempo otras enfermedades como la disentería o la viruela. El zoólogo Graham Twigg, en su obra de 1985 *The Black Death: A biological Reappraisal* (*La peste negra: Una reconsideración biológica*), evalúa la difusión de la enfermedad, las tasas de mortalidad, las descripciones de las víctimas y los factores ecológicos y climáticos propios de las poblaciones de roedores y de insectos causantes de la propagación de la enfermedad en Inglaterra. En opinión del autor, era más probable que se tratara del ántrax, una enfermedad bacteriana letal que se puede propagar a través de amplios territorios por medio de esporas aerotransportadas capaces de infectar y provocar la muerte de las víctimas a una velocidad escalofriante y generar síntomas que coinciden con muchos testimonios históricos de la peste. Sin embargo, no deja de ser una

teoría y muestra la dificultad de llevar a cabo una investigación epidemiológica a lo largo de un periodo de seis siglos.

La epidemiología actual

Mientras tanto, los epidemiólogos modernos continúan plenamente ocupados. Hay que seguir esforzándose por descubrir los orígenes y la forma de propagación de las enfermedades. En 1999, por ejemplo, los científicos detectaron el VIH en una subespecie de chimpancés de África ecuatorial. Existen otras enfermedades en fase de desarrollo que exigen total atención como, por ejemplo, el virus de Ébola. Los investigadores continúan buscando una mutación del virus de la gripe que puede producir otra gripe española, como se denominó al gran brote de gripe de 1918 en Estados Unidos. Una cepa mortal de la gripe que aquel año causó la muerte a más de medio millón de personas en Estados Unidos, ascendiendo el total a 20 millones de personas en todo el mundo. Otra amenaza distinta proviene de la reaparición en la especie humana de cualquier enfermedad infecciosa vencida con anterioridad como, por ejemplo, la bacteria del tubérculo, productora de la tuberculosis, que se ha hecho resistente a los antibióticos. Las enfermedades ya no provocarán un clima de pánico ciego y de ignorancia médica como en los tiempos de la peste negra, pero la lucha del hombre contra los agentes patógenos continúa. Evidentemente, la epidemiología exige una investigación continua y una vigilancia incesante.

Acerca del autor: Christopher King es editor de *ScienceWatch*, una revista que refleja las tendencias y los logros de la investigación básica y es publicada por el Instituto de Información Científica de Filadelfia (Pennsylvania).

Renacimiento y consumismo

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Lisa Jardine, de la Universidad de Londres, analiza el periodo de florecimiento de las artes y del saber en Europa, conocido como renacimiento, dentro del contexto de una revolución de los consumidores, y sostiene que el espíritu emprendedor constituye un factor tan importante como la admiración profesada por los europeos a la Grecia y Roma clásicas.



Jakob Fugger y su contable

Los fondos de la familia alemana de banqueros Fugger (cuyos miembros fueron conocidos en España como Fúcares) ayudaron al rey español Carlos I a conseguir el trono imperial y continuaron prestándole dinero cuando en 1519 se convirtió en Carlos V del Sacro Imperio Romano Germánico. Este grabado reproduce a Jakob Fugger (1459-1525), acompañado de uno de sus contables.

Renacimiento y consumismo

Por Lisa Jardine

El término *renacimiento* se utiliza fundamentalmente para describir el periodo en el que tuvo lugar un espectacular florecimiento de la vida artística e intelectual en Europa. El renacimiento, que se inició en Italia antes de 1400, con el tiempo se fue propagando hacia Alemania, Francia, Inglaterra, España, los Países Bajos, Polonia y Rusia. De acuerdo con los testimonios convencionales, los eruditos y artistas implicados en esta verdadera resurrección cultural aspiraban a emular los logros de las grandes civilizaciones de la antigüedad, Grecia y Roma. Los innovadores de todos los campos creativos modelaron sus obras sobre ejemplos de fragmentos de la herencia clásica que han sobrevivido hasta nuestros días como, por ejemplo, obras literarias, tratados filosóficos y científicos, restos de pinturas murales o de vasijas, estatuas y edificios. Estos artistas e intelectuales creían poder construir una auténtica civilización “humana” en Europa a semejanza de la idea que ellos tenían de las civilizaciones “humanas” de Grecia y Roma. Por esta razón, entre otras, los profesores de latín y griego que impartían esta revitalizada moralidad clásica recibieron la denominación de “humanistas”.

Sin embargo, estos cambios estéticos y conceptuales nunca podrían haber ocurrido sin el desarrollo y la expansión del comercio internacional por vía terrestre y marítima. Dicho comercio dio lugar al crecimiento de nuevos y prósperos mercados de artículos de lujo. Los comerciantes y los banqueros se apropiaron tanto de las ideas como de los mercados nuevos y dirigieron su mirada hacia el exterior, en dirección a Asia y al Nuevo Mundo (la América recién descubierta). La búsqueda de riquezas y nuevas oportunidades de negocio contribuyó a configurar una sociedad cada vez más abierta a la innovación y a la aventura en todas las facetas de la vida, una sociedad en la que, ya desde el propio instante de su aparición, surgían ávidos compradores para los productos del nuevo arte y saber. Familias como los Medici en Florencia, que se habían enriquecido gracias a estas nuevas oportunidades de negocio, se convirtieron igualmente en empedernidos consumidores de cualquier objeto novedoso y exótico. Primero como banqueros mercantiles y después como consumidores, la familia Medici configuró los gustos europeos en el arte y la literatura. Es curioso que fueran las innovaciones no necesariamente relacionadas con la antigüedad las responsables en gran parte de dicho renacimiento europeo.

Innovaciones decisivas: la imprenta, la pólvora y la brújula magnética

El filósofo y científico inglés del siglo XVI, Francis Bacon, afirmaba que tres descubrimientos tecnológicos, a saber, la imprenta, la pólvora y la brújula magnética, habían modificado la faz del mundo al haber hecho posible esta nueva era del arte y del saber.

La imprenta

El primer libro impreso apareció en Alemania hacia 1450 y pronto importantes centros de impresión se establecieron en París, Venecia, Basilea y Amberes. El impacto de la imprenta sobre el pensamiento y las ideas europeas fue más inmediato que progresivo. En menos de 60 años a partir de la implantación de la tecnología de la imprenta, editores de toda

Europa habían publicado las obras clásicas de la literatura y filosofía griegas y romanas, la Biblia y toda una serie de libros vernáculos, desde baladas de una sola página hasta panfletos polémicos y novelas concupiscentes. A menudo una edición constaba de más de 1.000 copias. Los libros en las diferentes lenguas vernáculas europeas, cada una de ellas compartida por los habitantes de una determinada región, pronto tuvieron un amplio público lector que buscaba afanosamente nuevos títulos. Estos libros eran comercializados de forma activa por libreros cuyas redes de distribución se extendían desde Londres hasta Moscú. A partir del siglo XVI, la promoción llevada a cabo durante la feria anual del libro en la ciudad alemana de Frankfurt se convirtió en el método habitual de lanzamiento de las nuevas ediciones en un mercado voraz de lectores. En el verano de 1533, el sabio humanista Erasmo de Rotterdam se disculpaba ante un amigo por no poder enviarle una copia de un libro de reciente publicación. Erasmo escribía: “El libro vio la luz durante la Feria de Frankfurt esta primavera. Te enviaría una copia con este mensajero si pudiera ponerle la mano encima a un ejemplar, pero no me queda ninguno. El editor dice que las existencias se agotaron totalmente en Frankfurt en el plazo de tres horas”.

Los comerciantes y los capitanes de barco llevaron consigo libros a América del Norte y América del Sur, al otro lado del cabo de Buena Esperanza africano hasta la India e incluso más allá. Todo individuo dedicado al comercio o a los negocios necesitaba poseer una cierta formación para sacar adelante su negocio; la nobleza, por el contrario, apenas sentía necesidad de leer. Así pues, los libros impresos con los nuevos caracteres cursivos y romanos hicieron circular las ideas innovadoras por todo el mundo y contribuyeron notablemente al desarrollo de los nuevos movimientos intelectuales como el humanismo (el estudio en profundidad de las obras supervivientes de la antigüedad). Los libros impresos descubrieron los tesoros de las culturas griega y romana a toda una nueva generación. Gracias a los libros, cualquier cultura podía propagarse de una manera más rápida y amplia de lo que nunca antes había sido posible.

La imprenta contribuyó, además, a promover el levantamiento religioso conocido como la Reforma. Martín Lutero, un sacerdote profesor de la Universidad de Wittenberg, en Alemania, promocionó su nueva visión radical del cristianismo reformado utilizando baratos panfletos impresos ilustrados con atrevidos grabados satíricos. Estos panfletos, distribuidos ampliamente entre los nuevos mercados masivos de lectores, hicieron mella en la imaginación del público ilustrado y socavaron el poder de la Iglesia católica. En 1520, durante una visita a la ciudad de Colonia, el artista alemán Alberto Durero compró un panfleto luterano de reciente publicación con el texto de la amenaza de excomunión por parte de la Iglesia católica titulado la “Condena de Lutero.” La impresión permitió a Durero participar directamente en una crisis eclesiástica internacional. Y, al igual que otros muchos hombres y mujeres que se convirtieron al luteranismo, Durero pudo forjarse su propia idea siguiendo los debates publicados en letra impresa.

La pólvora

Si la imprenta modificó la naturaleza del debate intelectual, la pólvora alteró la naturaleza de la actividad bélica. Hacia finales del siglo XV los cañones y las armas de fuego de tecnología avanzada constituyan una garantía de superioridad en el campo de batalla. Los supercañones, como se denominaban a los de mayor tamaño, permitieron conquistar las ciudades amuralladas mejor fortificadas. Las fuerzas del sultán otomano Mehmet II fueron

capaces de abrir una brecha en la triple muralla, supuestamente impenetrable, de Constantinopla (en la actualidad, Estambul) al disponer de los recursos financieros necesarios para adquirir los cañones húngaros más sofisticados y no así sus vecinos europeos. En 1453, Mehmet II conquistó esta plaza de importancia estratégica que actuaba de puerto de paso entre Oriente y Occidente. La caída de Constantinopla supuso el inicio de una era de confrontación competitiva entre el Imperio otomano musulmán en Asia y África y el Imperio católico de los Habsburgo en Europa. Décadas más tarde, los mejores cañones de los monarcas españoles expulsaron a los musulmanes del sur de España.

La brújula

La última de las tres tecnologías enunciadas por Bacon, la brújula magnética, permitió a los navegantes europeos conocer con mayor precisión su posición en el mapa sin ayuda de referencias visuales terrestres, lo que resulta vital en mar abierto. Con la brújula, los exploradores comerciales podían alejarse de la costa europea, evitar los encuentros con las naves veloces y hostiles de la formidable armada turca y poner rumbo hacia el oeste a través del océano Atlántico hacia América. Sin la brújula, los portugueses nunca hubieran emprendido la peligrosa singladura en dirección sur siguiendo la costa africana y circumnavegar el cabo de Buena Esperanza hasta llegar a la India, las islas de las Especias (Molucas), y finalmente a Japón y China en Oriente. A menudo existía una cooperación entre estas nuevas tecnologías. Entre la multitud de textos impresos en el siglo XVI se encontraba una serie de libros que ayudaban a los navegantes a interpretar el comportamiento errático de la brújula cuando sus embarcaciones cruzaban el ecuador pasando de un hemisferio al otro. Entender la dirección en que uno se desplazaba resultaba crítico en las aguas procelosas de la ruta del cabo de Buena Esperanza.

Nuevos mercados de artículos exóticos

El interés de los consumidores por artículos exóticos de todo tipo y de los orígenes más dispares aumentó de forma espectacular al ampliarse el radio de acción del comercio europeo. Desde mediados hasta finales del siglo XV, en que la mejor tecnología de navegación y las mejores embarcaciones ampliaron los horizontes europeos, se inició un energético plan de inversiones de investigación y exploración de la geografía y las oportunidades de negocio. Como consecuencia de estas expediciones de exploración se fueron estableciendo en todo el mundo nuevas bases de comercio y nuevos puertos de atraque donde las embarcaciones pudieran reponer sus provisiones durante sus largos viajes. Los empresarios portugueses subvencionaron a una serie de exploradores que pusieron rumbo sur desde Lisboa por la costa occidental de África en busca de rutas alternativas hacia los ricos yacimientos auríferos centroafricanos. En estos viajes descubrieron los archipiélagos de las Azores y Madeira y a finales del siglo XV habían llegado hasta Sierra Leona y la costa guineana de África.

Sin embargo, muchos de estos nuevos artículos se fabricaban en regiones más próximas a Europa y en algunos casos incluso en la propia Europa. Cuando Constantinopla cayó en poder de los musulmanes en 1453, Mehmet II atrajo comunidades de afamados artesanos a la ciudad para convertirla en el centro mundial de producción de artículos de lujo. Cuando los reyes hispanos Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla expulsaron primero a los judíos y después a los mahometanos del sur de España en 1492, los artesanos de artículos asiáticos u “orientales”, como entonces se les denominaba (guarnicionería,

encuadernación, ilustración de manuscritos, talla de piedras preciosas y corales), se establecieron en zonas más tolerantes en el norte de Europa. Amberes y Amsterdam se unieron a las ciudades de Bruselas y Brujas como centros mercantiles de fabricación y comercio. Entre tanto, el mundo otomano se expandió más allá de Constantinopla hacia el sur de Europa. En la década de 1530, el Imperio otomano gobernado por el sultán Solimán I el Magnífico abarcaba desde Bagdad, en el suroeste asiático, hasta las murallas de Viena, en Austria. Y, con el mecenazgo de Solimán, la fabricación de artículos de lujo en Europa fue desarrollándose a medida que los hábiles artesanos se iban desplazando con el Imperio en expansión.

Hacia el siglo XVI, los consumidores europeos de tales artículos se hallaban en condiciones de pagar grandes sumas de dinero por el privilegio de poseer y hacer ostentación de objetos raros y poco comunes procedentes de las lejanas tierras de Asia y América. Los clientes potenciales a veces se veían obligados a adelantar cantidades notables de dinero para las expediciones de reconocimiento a territorios que todavía no habían sido expoliados por los agentes de las poderosas naciones mercantiles: españoles, portugueses y holandeses. En la década de 1480, por ejemplo, un grupo de comerciantes de la ciudad inglesa de Bristol financió varias expediciones para descubrir la “Isla de Brasil.” Cuando, en 1492, Cristóbal Colón navegó rumbo oeste hacia las Indias Orientales, lo hizo por motivos fundamentalmente comerciales. Los éxitos portugueses al navegar hacia el este bordeando el cabo de Buena Esperanza generaron una enorme presión comercial para descubrir una ruta equivalente y alternativa que, de manera análoga, contrarrestase el control otomano sobre el tráfico terrestre desde la India hasta Europa. Colón, en nombre de España, puso proa en busca de dicha ruta.

Ilustres consumidores

La imprenta, la brújula y la pólvora eran tecnologías que vieron la luz en Asia pero que posteriormente fueron adaptadas en Europa. Estas innovaciones representaban sólo una parte del intenso comercio de nuevas tecnologías y artículos de lujo entre Asia y Europa. Durante el siglo XV las nuevas drogas, especias, sedas, obras de arte y variedades botánicas exóticas sólo estaban al alcance de las personas extremadamente ricas, por lo general aristócratas. Pero en el siglo XVI, estos artículos ya eran accesibles a las clases comerciantes que se habían enriquecido con el negocio de tales productos.

La creciente disponibilidad de los objetos importados de fuera de Europa fomentó entre los ricos tradicionales y los nuevos ricos lo que más tarde se dio en llamar ‘consumo ilustre’. Los príncipes, la nobleza y los ricos banqueros mercantiles competían entre sí haciendo ostentación de objetos exquisitos y exóticos. Desde libros ilustrados a pinturas, desde armas de fuego a joyas antiguas, todo se convirtió en objeto de colecciónismo. Los costosos artículos modernos fabricados con técnicas artesanales orientales, como tapices, armaduras adornadas, brocados, damasquinados y caballos pura sangre, eran objeto de colecciónismo y exhibición, al igual que otros muchos signos de riqueza y prestigio. A menudo, cuando los ricos y famosos se hacían retratar, en la pintura se incluían también sus máspreciadas posesiones.

El ansia por los objetos exóticos alteró en gran medida los hogares de los ricos europeos. Para poder cubrir esta nueva demanda se trajeron a Europa artífices extranjeros y

maestros artesanos para que fabricasen artículos de lujo más cerca de casa. Tejedores de seda, metalistas, alfareros y ceramistas, criadores de caballos y orfebres de piedras preciosas, coral, plata y oro establecieron sus negocios en las ciudades europeas, alterando la composición étnica de dichas urbes. Además, los europeos desarrollaron una cierta afición por las especias exóticas procedentes de ultramar, tales como la pimienta y la nuez moscada. Y más tarde inventaron nuevas instituciones sociales, como los cafés, donde saboreaban las novedosas y costosas bebidas: el café, el té y el chocolate. Con el tiempo estos cafés se convertirían a veces en centros de agitación política.

Las personas que compraban y vendían estos nuevos artículos de moda se hicieron enormemente ricos. En el siglo XIV, la familia Medici de Florencia, que eran banqueros mercantiles, saltaron a un primer plano de notoriedad pública por su dominio sobre el comercio mundial de artículos de lujo (piedras preciosas, brocados y especias). Su control sobre los mercados y las políticas internacionales estaba basado en un sistema de comunicaciones internacionales (los mensajeros urgentes transportaban miles de cartas) y en una compleja red de recogida de información. Los espías de los Medici en cualquier puerto del mundo informaban de los precios locales y de las previsiones de demanda por parte de los consumidores. Los Medici gobernaban la Florencia republicana y ejercían un control sin precedentes sobre los estados italianos y más tarde sobre Europa prestando grandes cantidades de dinero a otros gobernantes y príncipes. Algunos Medici incluso llegaron a ser elegidos papas. En gran medida, los Medici basaron su prestigio en la inversión de una parte notable de sus beneficios en todo lo que pudiera realzar su estatus social, como palacios, cuadros de los pintores más famosos o una espléndida biblioteca de libros raros copiados a mano. Su fortuna les permitió vincularse por la vía del matrimonio con familias nobles y hacia el siglo XVI sus orígenes como comerciantes habían caído convenientemente en el olvido.

En el norte, las familias de banqueros igualmente prósperas de los Fugger y los Welser subvencionaron las aspiraciones imperiales de los Habsburgo. Jakob Fugger prestó al futuro emperador Maximiliano I sumas enormes para financiar las guerras que habrían de consolidar el territorio de los Habsburgo. A cambio, Maximiliano otorgó a la familia Fugger derechos de exclusividad sobre las rentables minas de cobre y plata en la zona austriaca del Tirol. Los Fugger mejoraron la productividad de las minas, incrementando así su fortuna. Al convertirse Maximiliano en emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en 1493, sus necesidades financieras aumentaron y se vio obligado a renegociar sus préstamos bancarios con los Fugger. En esta nueva negociación, Jakob Fugger recibió los derechos sobre las minas de los Habsburgo en Hungría. Con un monopolio casi total sobre las minas de plata europeas, los Fugger podían controlar el precio de la plata en el mercado abierto.

Cualquier gasto de los Habsburgo debía estar autorizado por los Fugger que les habían prestado el dinero, por lo que los banqueros también ejercieron una notable influencia sobre el mercado de arte europeo. Los Fugger financiaron obras de encargo, tales como la opulenta serie de tapices *Los Honores*, de Pieter Coecke van Aelst, que conmemoraba la coronación en 1520 del emperador del Sacro Imperio Romano, Carlos V. El banco de los Fugger adelantó todo el dinero necesario para el diseño y la posterior confección de los tapices, pagando tanto la mano de obra como los materiales. Una vez terminados los tapices, los Fugger actuaron como intermediarios, vendiéndoselos al emperador Carlos.

Éste efectuó el abono a los Fugger con el habitual pagaré. Los Welser subvencionaron una serie igualmente espectacular de 12 tapices en honor de la conquista de Túnez en 1535 por el emperador Carlos V. Confeccionados en Bruselas, los tapices quedaron finalizados en 1554. La mencionada serie se exhibió al público por primera vez durante las nupcias del hijo de Carlos V, el también rey español Felipe II, con la reina inglesa María I Tudor. La boda, celebrada en Londres en julio de 1554, constituyó una fabulosa exaltación de la riqueza, de las alianzas políticas y del poder.

Desde el renacimiento a la Ilustración

Hacia el siglo XVII, la actividad comercial había puesto al alcance de cualquiera que dispusiera de suficiente capacidad adquisitiva una gama extraordinariamente amplia de artículos importados. Más allá del deseo social y económico de objetos bellos y poco comunes, en muchos sentidos la búsqueda por lo exótico estimulaba la curiosidad intelectual. El interés por el aprendizaje, especialmente sobre la naturaleza fue en aumento a medida que cada vez más personas se preguntaban por sus principios básicos. El avance del saber, sobre todo de las ciencias naturales, impulsó en última instancia lo que se conoce actualmente por la revolución científica. Y así se produjeron los avances intelectuales dentro del contexto de la revolución de los consumidores iniciada durante el renacimiento.

Francis Bacon, uno de los pioneros de la ciencia moderna, recibió la influencia de esta ampliación de horizontes. En sus cuadernos de notas, donde registraba los datos científicos, comentaba los efectos estimulantes del café turco, la nuez del betel india y el tabaco y se mostraba especialmente interesado en los fármacos extranjeros tales como el polvo de cantárida, los barros curativos de Lemnos, la corteza de la canela y los narcóticos. A mediados del siglo XVII se cultivaban en los jardines botánicos de Europa gran cantidad de plantas procedentes de América del Norte y del Sur, África y Asia. Los medicamentos elaborados a partir de estas plantas se comercializaban a elevados precios como remedios para enfermedades que iban desde la gota hasta la epilepsia. La moxabustión (la combustión de hierbas especiales sobre la piel) y la acupuntura procedentes de Asia fueron introducidas por galenos europeos que habían viajado largamente para investigar sus aplicaciones.

Los adelantos en la astronomía y las matemáticas estaban íntimamente ligados a la creciente complejidad de la navegación vinculada al comercio de largas distancias, las exploraciones en busca de nuevas mercancías y las conquistas militares. En Inglaterra, Jonas Moore, jefe del Ordnance Office, aportó fondos militares para la construcción del Observatorio Real en Greenwich, inaugurado en 1675. Los astrónomos ingleses competían con sus homónimos del Observatorio Real en París para conseguir que sus navíos poseyeran la tecnología más avanzada y, por consiguiente, tuvieran ventaja en las batallas navales. Las extraordinarias contribuciones matemáticas de Isaac Newton a la astronomía estaban íntimamente vinculadas a las actividades de su colega más joven Edmund Halley, que trabajaba como capitán de navío, asesor militar y empresario.

En el siglo XVIII, los intereses de los europeos por el arte, la ciencia y la cultura se habían extendido y aumentado hasta invadir gran parte del mundo, y entonces el renacimiento dejó paso a la Ilustración. En un clima predominantemente de expansión geográfica, de

descubrimientos y de avances científicos, el poderío imperial de Europa permaneció íntimamente asociado a la perspicacia comercial y al espíritu comercial. Aunque el renacimiento comenzó como un intento por emular los logros de las antiguas Grecia y Roma, el amplio espíritu innovador y empresarial llevó a Europa mucho más lejos que sus antepasados clásicos.

Acerca de la autora: Lisa Jardine es profesora de Estudios sobre el renacimiento en el Queen Mary and Westfield College, de la Universidad de Londres. Es autora, entre otras muchas publicaciones, de *Worldly Goods: A New History of the Renaissance*.

Consecuencias del crecimiento demográfico

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, el profesor Kenneth Pomeranz, de la Universidad de California, sostiene que, durante muchos siglos, los niveles de la población humana oscilaron pero sin aumentar de forma global. A partir de mediados del siglo XV el planeta ha sido testigo de tres revoluciones en la población humana que han afectado a todos los niveles el medio ambiente, la salud humana y la economía. El profesor Pomeranz defiende que el enfoque de la planificación familiar continúa afectando al futuro y la calidad de vida en la Tierra.



Danza en la aldea

Aunque durante el renacimiento empezó a surgir el fenómeno de la profesionalización de la danza, los bailes folclóricos han perdurado en casi todas las sociedades. Este grabado del siglo XVI, *Danza en la aldea* de Daniel Hopfer, muestra a un grupo de aldeanos descansando de sus tareas en el campo.

Consecuencias del crecimiento demográfico

Por Kenneth Pomeranz

La población, o número de habitantes de una determinada región, afecta a todos los aspectos de nuestro mundo, desde las oportunidades económicas hasta los cambios en el

medio ambiente y en las experiencias de la vida cotidiana. La comprensión de las tendencias a largo plazo resulta esencial para efectuar las proyecciones necesarias para una planificación inteligente en las áreas de economía, protección del medio ambiente y sanidad, así como para entender que, aun cuando otras muchas sociedades hayan sufrido análogas transformaciones a largo plazo en sus estructuras de población, sin embargo sus experiencias y métodos pueden ser muy diferentes. Las preferencias culturales, los incentivos económicos y las políticas gubernamentales que generan los cambios demográficos presentan ciertas analogías, pero no se pueden reducir a una simple fórmula o generalización.

A la hora de estudiar las poblaciones, los demógrafos y los sociólogos analizan las tasas de natalidad y de mortalidad y la esperanza de vida media. Además, investigan si la gente planifica el momento, el género y el número de hijos. El hecho de que las personas crean o no en su capacidad para planificar la familia y lo que harán o dejarán de hacer para su control, revela igualmente mucho acerca de sus actitudes respecto a la naturaleza, la moral y sí mismos.

Analizando los últimos 2.000 años de la historia de la población, las culturas y las creencias de la humanidad podemos detectar hábitos que permitan vislumbrar posibles tendencias de crecimiento futuro de la población.

Una revolución en cifras

Durante la mayor parte de la historia, la población global ha sido cíclica, sin evidentes tendencias a largo plazo. Una estimación sugiere que hasta el año 1500 aproximadamente este crecimiento era por término medio del 0,0002% anual, lo que se traduce en un incremento de 5 personas al año en todo el mundo entre los años 10000 y 4000 a.C., momento en el que nuestro planeta estaba habitado por unos 20.000.000 de individuos. A lo largo de los siguientes 4.000 años la población aumentó a un ritmo ligeramente superior, alcanzando una cifra cercana a 200.000.000 durante el I siglo d.C., manteniéndose así durante 600 años. Durante los siguientes 650 años creció un 75%, a un ritmo anual inferior al 0,1%. Curiosamente, algunas ruinas de antiguas ciudades y asentamientos parecen indicar que ciertas poblaciones urbanas contaban con el mismo número de habitantes a principios del primer siglo de nuestra era que en el año 1500.

La población humana en 1250 se hallaba fuertemente concentrada en unas cuantas regiones donde se practicaba la agricultura sedentaria y surgieron las ciudades. Cerca del 75% del total de la población vivía en el 6 ó 7 % de la superficie terrestre seca de nuestro planeta, promediando 65 habitantes por milla cuadrada (aproximadamente equivalente a la Europa de 1650 o al actual estado de Texas). El 93% restante del territorio mundial no se hallaba habitado o servía de hábitat a pueblos nómadas que vagaban por extensos territorios, con una densidad de unos 0,5 habitantes por kilómetro cuadrado. Prácticamente la totalidad del incremento de la población procedía de la conquista de los nómadas o la conversión de éstos a la agricultura y al asentamiento en poblados. La escasa evolución de las técnicas de cultivo explica la inapreciable variación del número máximo de personas que podían vivir en una cierta superficie.

Hacia el año 1250, la población mundial comenzó otra vez a disminuir debido a la aparición de nuevas epidemias y a la utilización de técnicas de cultivo inadecuadas que

provocaron en muchas zonas el empobrecimiento del suelo. Entre tanto, la enorme expansión del Imperio mongol gobernado por nómadas se tradujo en una interrupción del crecimiento del territorio controlado por los pueblos agrícolas y constructores de viviendas. La población mundial no volvió a aumentar hasta el año 1450, fecha en la que se produjo la eclosión.

Crecimiento rápido de la población, primera fase: 1450-1650

Hacia 1450, la población aumentó rápidamente en Asia oriental, Europa y probablemente en la India, existiendo también signos de crecimiento en otras regiones densamente pobladas como Egipto. La población total del mundo pronto alcanzó nuevos máximos, y esta vez las cifras nunca volvieron a caer por debajo de los niveles previos a 1450. A finales del siglo XVII se produjo un ligero descenso, pero hacia el año 1700 la población mundial contaba como mínimo con 600.000.000 habitantes.

Existen muchas teorías para explicar esta variación masiva. Tras la disolución del Imperio mongol y el siglo de inestabilidades que vino a continuación, surgieron en diferentes regiones gobiernos más fortalecidos. Estos gobiernos se beneficiaron de una mejor agricultura, que se traducía en una mayor recaudación de impuestos y mayor número de habitantes, lo que a su vez significaba más soldados. En consecuencia, fomentaron un aumento de cultivos y asentamientos en las regiones fronterizas. No se produjo ningún avance significativo en las técnicas agrícolas, pero merced al aumento de la educación y de la imprenta, las técnicas vigentes se podían transmitir a un número mayor de gente. La medicina continuaba siendo bastante ineficaz, pero la formación y la imprenta contribuyeron a la difusión de ciertos principios básicos de los cuidados infantiles y prenatales, especialmente en China, Japón y Corea.

Crecimiento rápido de la población, segunda fase: 1700-2000

Hacia mediados del siglo XVIII, China, Japón y Europa occidental habían alcanzado nuevos máximos de población y estaban experimentando crecimientos más rápidos que los conocidos hasta entonces. A partir de este momento, dichas regiones conocieron disminuciones de población únicamente temporales y muy ligeras. En el siglo XIX, la mayoría del resto del mundo siguió el mismo camino, rompiendo todas las cifras de población anteriores. Hacia 1800 la población total del mundo era de unos 950.000.000, hacia 1900 de 1.650.000.000 y actualmente ronda los 6.000.000.000. La tasa de crecimiento era posiblemente del 0,3% anual en el siglo XVIII, entre 0,5 y 0,6% en el XIX y de un sorprendente 1,5% en el siglo XX. Algunos países han conocido tasas de crecimiento superiores al 3% anual, doblando su población en un periodo de unos 23 años.

Al existir un mayor número de personas se requería una mayor cantidad de alimentos. En gran parte del mundo el rendimiento máximo posible de alimentos por unidad de superficie no aumentó de manera significativa hasta la invención de los fertilizantes y los pesticidas químicos hacia 1900. Pero en los siglos XVIII y XIX se produjo una gran expansión del área total cultivada, especialmente en el continente americano, en Rusia, Australia y en el sudeste asiático al tiempo que continuaba la difusión de las mejores técnicas de cultivo.

Los cambios en la organización económica y social de muchos lugares sirvieron igualmente de acicate para el crecimiento de la población. Hasta el siglo XVIII muchas sociedades impedían a los ciudadanos contraer matrimonio y tener hijos mientras no fueran capaces de mantener una familia, lo cual, por lo general, implicaba heredar las posesiones de los padres. Pero en el siglo XVIII, especialmente en Europa y en Asia oriental, cada vez más personas se ganaban el sustento trabajando para terceros y sin esperar a heredar las tierras, las herramientas o el comercio familiar. Así pues, comenzaron a tener hijos a una edad más temprana y en mayor número.

A medida que aumentaban las tasas de nacimiento, decrecían las de mortalidad. La disminución de la tasa de mortalidad antes de 1900 no cabe atribuirla tanto a nuevos conocimientos médicos como a la difusión de algunos de los existentes, a las mejoras en la recogida de basuras y en el suministro de agua potable, así como a otras medidas relativas a la sanidad pública. En la década de 1900, las tasas de mortalidad decrecieron tan vertiginosamente que la población ha continuado creciendo incluso en muchos lugares donde las tasas de natalidad han disminuido drásticamente.

Una revolución de actitudes y costumbres: la planificación familiar

Al mismo tiempo que la población mundial se disparaba a partir de 1450, se estaba produciendo algo igualmente importante a nivel individual. En el siglo XVII, o incluso antes, muchas personas ya intentaban planificar el número, el momento de nacimiento y, en determinados casos, el sexo de sus hijos. Sin embargo, no se dispone verdaderamente de pruebas directas sobre estos aspectos debido a la ausencia de registros escritos y al carácter tan personal de las decisiones acerca de la reproducción. Sabemos que algunas personas intentaban controlar el tamaño de la familia utilizando medios ilegales, como el aborto o el infanticidio, lo cual también les obligaba a borrar cualquier prueba de tales prácticas. Como consecuencia de lo limitado de estos conocimientos, todo lo que sabemos acerca del control de la fertilidad está estrechamente ligado a la obra del primer demógrafo (investigador de la población), Thomas Malthus.

Malthus mantenía que una vez que los individuos habían contraído matrimonio, la frecuencia de sus relaciones sexuales venía determinada por unos instintos biológicos que ni la sociedad ni la cultura eran capaces de modificar. Y aunque sabemos que las personas han intentado durante siglos encontrar métodos anticonceptivos que les permitieran las relaciones sexuales sin provocar un embarazo, generalmente se había dado por bueno que no existía un método anticonceptivo eficaz hasta la invención del condón, fabricado con caucho vulcanizado, en el siglo XIX. En consecuencia, hasta el siglo XX la mayoría de los demógrafos mantuvieron que la única forma de rebajar las tasas de natalidad consistía en lo que Malthus denominaba *controles preventivos* del aumento de la población, impidiendo a la gente contraer matrimonio. Los obstáculos preventivos podían ser exigencias económicas que obligaban a la gente a ahorrar una cierta cantidad de dinero antes de la boda, o prácticas religiosas y culturales que prohibían el matrimonio entre personas pertenecientes a determinados grupos.

Los demógrafos no han podido detectar demasiadas pruebas de controles preventivos fuera de Europa y Japón antes del siglo XX. Pensaban que otras poblaciones sólo se habían regulado mediante lo que Malthus denominaba *controles positivos*, catástrofes como

guerras, epidemias y épocas de hambre. Ahora sabemos que otras sociedades poseían sus propias formas de permitir a la gente un cierto control de su fertilidad.

Por ejemplo, los manuales médicos y las costumbres populares de Asia oriental y del Sudeste asiático describen pociónes ideadas para prevenir los embarazos o para provocar abortos. Algunos de tales métodos posiblemente fueran bastante eficaces, no tanto como los del siglo XX, pero lo suficiente como para marcar una diferencia apreciable. Aunque en la mayoría de los casos no podemos reproducir en su totalidad tales pociónes, somos capaces de identificar algunos elementos clave, como sustancias químicas que ahora sabemos reducen las probabilidades de dar a luz. Algunas de estas drogas populares eran venenos suaves y resultaban nocivas para las mujeres que las ingerían y algunas probablemente también podían ocasionar malformaciones en los recién nacidos.

De una manera más significativa, muchos registros de los patrones de natalidad mundiales entre los siglos XVII y XX contienen pruebas irrefutables de manipulaciones de las tasas de natalidad. Por ejemplo, en una muestra china el tiempo medio entre el matrimonio y el nacimiento del primer hijo de la pareja es superior a 36 meses, comparados con los 18 meses en Europa. Esto resulta casi impensable sin la existencia de alguna intervención, ya que el 85% de las parejas sexualmente activas que no utilizan métodos anticonceptivos quedan embarazadas dentro de un plazo de 12 meses.

Por otra parte, estudios chinos y japoneses muestran un espacio de tiempo aún mayor entre la boda y el primer parto durante épocas de recesión económica. Esto sólo resulta explicable por la utilización de anticonceptivos, continencia sexual planificada o infanticidios.

La interferencia humana en la reproducción también resulta evidente en la relación entre el número de niños y niñas nacidos. En el caso de no intervenir de ninguna forma para seleccionar el sexo, aproximadamente nacen 105 niños por cada 100 niñas; esto se define como una relación entre sexos del 105. Pero un estudio realizado en una región del noreste de China entre 1792 y 1840 reveló que en las familias con un solo hijo, la relación entre sexos era 576 (casi 6 niños por cada niña). Este porcentaje sugiere que los padres estaban dispuestos y eran capaces de detener la reproducción, y tanto más si ya tenían un hijo.

De hecho, algunas conductas sólo resultan explicables en caso de que los padres mataran deliberadamente a las niñas a fin de conseguir el tamaño de familia y distribución de sexos deseados. En otro estudio que cubre más de 113 años, las parejas de un pueblo japonés que tenían mayoritariamente niños, en el siguiente alumbramiento parían una niña 3/5 de las veces. Sin embargo, las parejas que tenían mayoritariamente niñas, en el siguiente alumbramiento daban a luz un niño 2/3 de las ocasiones. Entre las parejas que dejaban de tener hijos cuando la mujer todavía era joven (lo que pone de relieve una planificación familiar intencionada), el último retoño era frecuentemente una niña si los hijos anteriores eran en su mayoría varones; en cambio en las familias con mayoría de hembras el último vástagos era un niño el 83 % de las veces.

Estas actitudes demuestran que, a pesar de la legislación que condenaba el infanticidio, las familias que sólo querían tener un hijo más o que deseaban tener un hijo varón, se deshacían de gran número de descendientes femeninas, aunque en algunos casos en que

las familias deseaban tener una hija, se deshacían de los varones. Para bien o para mal, las personas dejaron de confiar en el azar para controlar su fertilidad. Las tecnologías desarrolladas a lo largo de los siglos XIX y XX han conseguido que estas intervenciones sean menos dolorosas y más eficaces.

Una revolución en las esperanzas de vida: la transición demográfica

Hacia finales del siglo XVIII en los esquemas de población humana tuvo lugar un tercer gran cambio denominado, por lo general, transición demográfica. En algunas partes del mundo, el esquema de unas tasas de natalidad relativamente elevadas compensadas por tasas de mortalidad altas comenzó a desplazarse en el sentido de unas tasas de natalidad y de mortalidad más bajas, características de la mayor parte del mundo actual.

Incluso para la clase alta del siglo XVII en lugares de relativa abundancia, como Inglaterra o el delta del Yangtze en China, la esperanza media de vida en el momento del nacimiento rondaba los 35 ó 40 años. En la mayoría de los demás lugares de los que se dispone de algún registro, la esperanza de vida oscilaba aproximadamente entre 25 y 33 años. En tales circunstancias eran necesarios por término medio 6 hijos por mujer para mantener la estabilidad de la población. En los países desarrollados actuales la esperanza de vida es de 75 años, por lo que sólo se precisan 2,1 descendientes por hembra para mantener la población estable.

La mayor parte del mundo ha experimentado esta transición demográfica, aunque en épocas y con porcentajes diferentes. En un principio, las tasas de mortalidad decrecieron y las de natalidad permanecieron constantes o disminuyeron ligeramente, lo que provocó una explosión demográfica y la destrucción de un viejo equilibrio entre nacimientos frecuentes y defunciones frecuentes. A la larga, las tasas de natalidad continuaron disminuyendo, lo que dio lugar a un nuevo equilibrio con reducidas tasas de natalidad y una población bastante estable cuyos miembros gozaban de una existencia longeva.

En Europa, donde existe la mayor cantidad de pruebas, las tasas de mortalidad comenzaron a descender a finales del siglo XVIII. Concretamente, las tasas de mortalidad de lactantes y niños disminuyeron de manera drástica, en parte debido al descubrimiento de una vacuna contra la viruela y en parte debido a la evolución de las técnicas de alumbramiento.

Sin embargo, el nivel de vida y la esperanza de vida para los adultos no mejoraron notablemente hasta mediados del siglo XIX, época en la que las mejoras de higiene, suministro y almacenamiento de productos alimenticios, vivienda y calefacción doméstica marcaron una diferencia significativa en la esperanza de vida. Por ejemplo, la esperanza de vida en Alemania se disparó desde los escasos 30 años todavía en 1860 hasta los 60 años hacia 1930, antes de la utilización de los antibióticos para combatir distintas enfermedades. Las tasas de natalidad en la mayor parte de Europa y Norteamérica comenzaron a disminuir a finales del siglo XIX, y en forma especialmente brusca en el siglo XX. En la actualidad si no existiera la inmigración, la mayoría de los países industrializados tendrían poblaciones decrecientes.

Muchos otros países industrializados, como Japón, Taiwán, Corea y Australia, han sufrido una transición demográfica parecida. En la mayoría de los casos esta transición se inició en

una época más tardía que en Europa occidental y Norteamérica, pero en cambio se produjo de forma más rápida. En los demás entornos la situación es más complicada.

En casi todas las partes del planeta las tasas de natalidad son mucho más bajas que hace 50 ó 100 años, pero las tasas de mortalidad son en muchos lugares más elevadas que las existentes en los países ricos hace 100 años. En ciertos lugares, concretamente en zonas de África donde se halla muy extendida la infección por VIH, y en la Rusia post-soviética, donde se han derrumbado las diferentes estructuras de servicios, las tasas de mortalidad han comenzado de nuevo a aumentar. La epidemia del VIH ha sido más crítica en las ciudades africanas, donde los varones que llegan en busca de trabajo mantienen relaciones sexuales con prostitutas que muy probablemente sean portadoras de dicha infección. Algunas poblaciones urbanas presentan unas tasas de infección superiores al 25%, y los emigrantes que retornan a casa propagan la enfermedad por las zonas rurales. Los expertos no logran ponerse de acuerdo en cómo será de grave en el futuro el impacto sobre la población rural. Hasta ahora, las altísimas tasas de nacimiento rurales hacen que la mayoría de las poblaciones africanas rurales sigan aumentando a pesar de las crisis políticas, económicas y sanitarias.

En muchos países pobres las tasas de natalidad siguen siendo elevadas porque los padres creen que tener muchos hijos constituye la única forma de garantizar que alguno de ellos sobrevivirá hasta llegar a adulto. Además, en estas áreas menos industrializadas son pocos los trabajos que requieren una educación formal, por lo que los niños pueden comenzar a contribuir a la economía familiar a edades bastante tempranas. No deja de constituir una ironía que las altas tasas de natalidad sean las que probablemente contribuyan a mantener la pobreza en estos países.

Las tasas de natalidad se ven firmemente frenadas por una prosperidad creciente. La urbanización produce el mismo efecto, ya que al trasladarse las familias a las ciudades, les resulta mucho más costoso adquirir o alquilar una vivienda para una familia numerosa. La urbanización retarda igualmente el momento en el que el individuo está en condiciones de obtener unos ingresos significativos, ya que desplaza a la sociedad hacia los trabajos que requieren como mínimo una formación básica. La formación de la mujer es un tercer factor que influye de manera notable en las tasas de natalidad. Las mujeres con formación tienen más probabilidades de que se les presenten oportunidades personales que entren en conflicto con un matrimonio temprano y la crianza inmediata de los hijos; además, es más probable que sepan cómo acceder y utilizar los controles de natalidad. Algunos países, especialmente China, han reducido drásticamente las tasas de natalidad, incluso en poblaciones rurales pobres, aplicando incentivos económicos y medidas de fuerza.

A lo largo de los últimos 100 años, a medida que en muchos lugares han ido disminuyendo las tasas de mortalidad, la población mundial ha ido aumentando a un ritmo mayor que en cualquier otra época anterior. Las tasas de natalidad en los países desarrollados han comenzado igualmente a descender, y en ello está jugando la planificación familiar consciente un papel de importancia creciente. Así pues, muchos expertos opinan actualmente que la población llegará a estabilizarse en algún momento antes del año 2100, pero después de haber aumentado al menos en 2.000 millones.

El gran número de zonas pobres y no industrializadas en las que las tasas de natalidad y mortalidad siguen siendo elevadas impide a los expertos llegar a un consenso en cuanto a la cifra en que se estabilizará la población. Las estimaciones oscilan entre los 8.500 y los 20.000 millones, con una dispersión tan amplia que impide ponerse de acuerdo en lo que puede significar la combinación de una población aún mayor con una gran desigualdad económica para la sanidad global, el entorno y la calidad de vida.

Sin embargo, podemos tener casi la plena certeza de que, al igual que en el transcurso de los últimos miles de años, la población continuará conformando las economías humanas, la vida cotidiana y el entorno en el que vivimos.

Acerca del autor: Kenneth Pomeranz es profesor asociado de Historia en la Universidad de California, en Irvine. Es autor, entre otras publicaciones, de *Growing Off the Land: Economy, Ecology, y The Making of a Hinterland: State, Society and Economy in Inland North China, 1853-1937*.

Intercambio post-colombino

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, John McNeill, de la Universidad de Georgetown, describe los trascendentales efectos del intercambio post-colombino, la proliferación de plantas, animales y enfermedades por todo el mundo que se produjo tras los viajes de Cristóbal Colón a América.



Hacienda La Victoria

Las haciendas, también denominadas estancias o fundos, eran el principal núcleo de la actividad rural en Latinoamérica durante la época colonial. El conjunto lo formaban una serie de edificios destinados a diferentes funciones que, a menudo, tomaban la apariencia de una pueblo en miniatura. En la actualidad aún perviven algunos ejemplos, como la hacienda La Victoria, en la localidad de Santa Cruz de Mora, en Venezuela.

Intercambio post-colombino

Por John McNeill

Los geólogos afirman que hace entre 280 y 225 millones de años, las zonas de la Tierra que se habían separado anteriormente se unieron en un continente único llamado Pangea. Además, opinan que hace unos 120 millones de años, este continente empezó a separarse. El océano Atlántico se formó a medida que este fenómeno se producía, separándose así el continente americano de África y Eurasia. A lo largo de los millones de años siguientes, tanto en América como en el resto del mundo, la evolución biológica siguió caminos diferentes, creando dos mundos separados biológicamente. No obstante, cuando Cristóbal Colón y su tripulación desembarcaron en las Bahamas en octubre de 1492, estos dos

mundos separados volvieron a unirse. El viaje de Colón, junto con los demás viajes que le sucedieron, trastocó gran parte de la segregación biológica que había originado la deriva continental.

Tras la llegada de Colón a América, la vida animal, vegetal y bacteriana de esos dos mundos empezó a mezclarse. Este proceso, que el historiador estadounidense Alfred Crosby estudió exhaustivamente, se denominó intercambio post-colombino. Como consecuencia de la nueva unión de las antiguas masas continentales biológicamente diversas, el intercambio post-colombino tuvo importantes y duraderos efectos en todo el mundo. Se introdujeron nuevas enfermedades en las poblaciones americanas que nunca las habían sufrido. El resultado fue devastador. Además de enfermedades, estas poblaciones experimentaron plagas y conocieron nuevas semillas y animales. En Eurasia y África se introdujeron alimentos y nuevos cultivos ricos en fibra que mejoraron la dieta y fomentaron el comercio. Asimismo, el intercambio post-colombino amplió en gran medida la producción de algunas sustancias estimulantes, como el café, el azúcar y el tabaco, haciéndolas llegar así a millones de personas. El resultado de este intercambio modificó las condiciones biológicas de ambas regiones y alteró la historia del mundo.

El flujo de Este a Oeste: enfermedades

Con diferencia, la consecuencia más devastadora del intercambio post-colombino fue la introducción de nuevas enfermedades en América. Cuando los primeros habitantes de América atravesaron el estrecho de Bering hace entre 20.000 y 12.000 años, trajeron consigo muy pocas enfermedades ya que no poseían animales domesticados, fuente principal de enfermedades humanas como la viruela y el sarampión. Además, cuando pasaron de Siberia a América del Norte, los primeros habitantes del continente americano habían sufrido muchos años de frío extremo y por ello desaparecieron muchos de los agentes causantes de enfermedades que pudieron haber viajado con ellos. Como resultado, hacia 1492 la población de este continente se estimaba ya entre 40 y 60 millones de personas que se habían librado de la mayoría de las enfermedades que afectaron a las poblaciones del resto del mundo durante milenios. Mientras tanto, en Asia y África, la domesticación de los animales provocó nuevas enfermedades que el ganado, las ovejas, los cerdos y las aves de corral se encargaron de extender.

Justo después de 1492, los marineros involuntariamente introdujeron en América enfermedades como la viruela, el sarampión, las paperas, la tosferina, la gripe, la varicela o el tifus. Los habitantes de África y Eurasia desarrollaron cierta inmunidad ante estas enfermedades porque las llevaban sufriendo mucho tiempo. Sin embargo, los indígenas americanos no estaban inmunizados contra ellas. Tanto los adultos como los niños se vieron afectados por una ola de epidemias que provocaron un incremento en la mortalidad en todo el continente americano. Varios millones de personas murieron en las zonas más pobladas del centro de México y Perú. En algunas islas del Caribe, la población de indígenas desapareció completamente. En total, entre 1492 y 1650, desapareció casi el 90% de los primeros pobladores de América.

Esta pérdida se considera el mayor desastre demográfico de la historia de la humanidad. Al originar un descenso de población tan brutal, el intercambio post-colombino destrozó el equilibrio ecológico y económico del continente. Los ecosistemas sufrieron importantes

desórdenes cuando los bosques volvieron a crecer y el número de animales se incrementó. En lo que a la economía se refiere, el descenso de población ocasionado por el intercambio post-colombino indirectamente originó una espectacular reducción de la mano de obra en toda América, hecho que contribuyó a la utilización de esclavos procedentes de África. Hacia 1650, el tráfico de esclavos introdujo nuevas enfermedades, como la malaria y la fiebre amarilla, que diezmaron la población de indígenas americanos.

El flujo de Este a Oeste: cultivos y animales

Los eurasiáticos mandaron hacia el oeste algo más que enfermedades. La introducción en América de nuevos cultivos y de animales domesticados hizo tanto daño al equilibrio biológico, económico y social del continente como la introducción de enfermedades. Colón deseaba establecer en América nuevos cultivos y por ello en sus últimos viajes llevó los que pensaba que crecerían allí sin problemas. Llevó las semillas de los cereales que más se consumían en Europa: trigo, cebada y centeno, así como cultivos mediterráneos como azúcar, bananos y frutos cítricos, todos ellos originarios de Asia. Al principio muchos de estos cultivos no crecieron como se esperaba, sin embargo, finalmente, las plantas prendieron dando sus frutos correspondientes. Después de 1640, el azúcar se convirtió en el elemento básico de las economías caribeñas y brasileñas, consolidando las bases de la mayor sociedad de esclavos que se conoce. La producción de arroz y algodón, ambos importados durante el intercambio post-colombino, junto con la de tabaco, sentaron las bases de la sociedad esclavista en Estados Unidos. El trigo, que agarró rápidamente gracias a las temperaturas de América del Norte y del Sur y de las tierras altas de México, se convirtió con el tiempo en el principal cultivo alimenticio de decenas de millones de personas de América. De hecho, hacia finales del siglo XX, las exportaciones de trigo de Canadá, Estados Unidos y Argentina daban de comer a muchas personas de otros lugares del mundo, si bien es cierto que la proliferación de estos cultivos cambió completamente la economía del continente americano. No obstante, estos nuevos cultivos eran apreciados por los colonos europeos y por los esclavos africanos. Los indígenas americanos preferían los suyos propios.

Sin embargo, en lo que se refiere a los animales, los indígenas americanos aceptaron con entusiasmo los que trajeron los euroasiáticos. Con el intercambio post-colombino se introdujeron en América caballos, reses, ovejas, cerdos y otras muchas especies de animales de labor. Antes de la llegada de Colón, las sociedades americanas autóctonas de los Andes habían domesticado llamas y alpacas, pero ningún otro animal que pesase más de 45 kg. La razón radica en que ninguna de las otras 23 especies de mamíferos presentes en América antes de la llegada de Colón era adecuada para domesticarla. Sin embargo, en Eurasia había 72 especies de animales grandes, 13 de las cuales eran fáciles de domesticar. Por tanto, aunque los indígenas americanos disponían de gran número de cultivos alimenticios antes de 1492, el número de animales domesticados era bajo, entre ellos, además de llamas y alpacas, se encontraban perros, pavos y conejillos de Indias.

De todos los animales que introdujeron los europeos, el caballo resultó ser el más atractivo. Los indígenas americanos lo consideraban al principio la aterradora bestia de guerra que montaban los conquistadores españoles. Sin embargo, pronto aprendieron a montarlos y a criarlos. En las Grandes Llanuras de Norteamérica, la llegada del caballo revolucionó la vida de los indígenas americanos ya que facilitaba a las tribus la caza del búfalo. Muchos

grupos de indígenas americanos dejaron la agricultura y se convirtieron en nómadas a la caza del búfalo y, dicho sea de paso, en los enemigos más tremendos de la expansión europea en el continente americano.

Reses, ovejas, cerdos y cabras también se hicieron muy populares en América. Unos 100 años después de la llegada de Colón, enormes manadas de reses salvajes erraban por los pastos naturales de América. Las reses salvajes y, en menor grado, las ovejas y cabras, amenazaron los cultivos alimenticios de los indígenas americanos, especialmente en México. Con el tiempo, surgió cierta economía ganadera basada en el ganado, cabras y ovejas. Los ranchos ganaderos aparecieron en las praderas de Venezuela y Argentina, y en el extenso mar de hierba que se extiende desde el norte de México hasta las praderas canadienses. Los indígenas americanos empleaban el ganado por la carne, el sebo, las pieles, como medio de transporte y como animales de carga y arrastre. Por todo ello, los animales domesticados procedentes de Eurasia provocaron una revolución biológica, económica y social en América.

El flujo de Oeste a Este: enfermedades

En lo que a enfermedades se refiere, el intercambio post-colombino supuso un desenfreno desigual y el continente americano se llevó la peor parte. El flujo de enfermedades de América que se desplazó en dirección este y entró en Eurasia y África no tuvo mayor importancia. Sin embargo, no se tiene conocimiento de las enfermedades que se sufrieron en América antes de la llegada de Colón. Basándose en el estudio de los restos de los esqueletos animales, los antropólogos afirman que los indígenas americanos sufrieron artritis. Además sufrieron otra enfermedad, probablemente un tipo de tuberculosis que pudo o no haber sido similar a la tuberculosis pulmonar común en el mundo moderno. Los indígenas americanos sufrieron asimismo una serie de enfermedades entre las que se incluyen dos tipos de sífilis. Una teoría polémica afirma que la epidemia de sífilis venérea que azotó a gran parte de Europa a principios de 1494 procedía de América, aunque no existen pruebas concluyentes de esta teoría.

El flujo de Oeste a Este: cultivos y maneras de cocinar los alimentos

Las nuevas especies de plantas y la manera de cocinarlas de América influyeron enormemente en el resto del mundo y transformaron la vida en lugares tan lejanos como Irlanda, Suráfrica y China. Antes de la llegada de Colón, en América había ya gran cantidad de plantas comestibles. Cuando Colón llegó, se utilizaban docenas de plantas, entre ellas el maíz, la patata, la mandioca y varios tipos de alubias y calabazas. Se cultivaban asimismo, en menor cantidad, boniato, papaya, piña, tomate, aguacate, guayaba, cacahuete, guindilla y cacao. Unos 20 años después del último viaje de Colón, el maíz se estableció como cultivo en el norte de África y posiblemente en España. Su cultivo se extendió a Egipto, donde se convirtió en el producto principal del delta del río Nilo, y de allí hasta el Imperio otomano, especialmente en los Balcanes. Hacia 1800, el maíz era el cereal más importante en la mayor parte de lo que actualmente es Rumania y Serbia, así como en Hungría, Ucrania, Italia y el sur de Francia. Se utilizaba con frecuencia para alimentar a los animales aunque las personas también lo consumían, principalmente en forma de gachas o de pan. El maíz apareció en China en el siglo XVI y con el tiempo supuso una décima parte de todo el cereal del país. En el siglo XIX se convirtió en un cultivo importante en la India. Sin embargo, quizás fuese en el sur de África donde el maíz jugó su más importante papel. Allí llegó en el

siglo XVI en el contexto del comercio de esclavos. Las condiciones medioambientales de los países meridionales de África, lo que ahora es Angola, Zambia, Zimbabue, Mozambique y las zonas orientales de Suráfrica, eran idóneas para su cultivo. A lo largo de los siglos, el maíz se convirtió en el principal alimento de campesinos en gran parte del sur de África. A finales del siglo XX, por ejemplo, los cultivos de maíz ocupaban de dos tercios a tres cuartos de las tierras cultivables de la región.

A pesar del éxito del maíz, la modesta patata probablemente ejerció mayor impacto puesto que mejoró la alimentación y el consecuente crecimiento de la población en Eurasia. La patata no tuvo mucho impacto en África ya que las condiciones para su cultivo no eran las idóneas. Todo lo contrario ocurrió en el norte de Europa. Su llegada a Irlanda produjo un significativo crecimiento de la población hasta que una plaga afectó a los cultivos provocando una terrible hambruna en 1845. Despues de 1750 la patata fue bien acogida en Escandinavia, Países Bajos, Alemania, Polonia y Rusia, y ayudó a que se produjera una explosión demográfica en toda Europa. Es posible que esta explosión demográfica sentara las bases de acontecimientos tan importantes como la Revolución Industrial y el moderno imperialismo europeo. La patata sirvió también para alimentar a los habitantes de las montañas de todo el mundo, especialmente en China, donde fomentó los asentamientos en regiones montañosas.

Mientras que el maíz y la patata fueron los cultivos procedentes de América que más impacto causaron en el mundo, también hubo otros cultivos a tener en cuenta. En África occidental, el cacahuete y la mandioca pasaron a ser nuevos productos alimenticios. La mandioca, un arbusto tropical originario de Brasil, posee raíces de fécula que crecen en casi todos los tipos de suelos. En los terrenos húmedos de África occidental y central, la mandioca se convirtió en un cultivo indispensable. En la actualidad, la mandioca es la principal fuente de nutrición de unos 200 millones de africanos. El cacao y el caucho, otros dos cultivos procedentes de América del Sur, llegaron a ser importantes productos de exportación en África occidental en el siglo XX. El boniato, introducido en China en la década de 1560, se convirtió en el tercer cultivo más importante del país después del arroz y el maíz. Resultó ser un estupendo complemento en las dietas de las tierras monzónicas de Asia. De hecho, en casi todas las partes del mundo los productos procedentes de América se convirtieron en los más cultivados, sustituyendo en ocasiones a los implantados. A finales del siglo XX, aproximadamente un tercio de los cultivos alimenticios del mundo procedían de las plantas traídas del continente americano. Está claro que el crecimiento demográfico habría sido más lento sin ellos.

Por el contrario, los animales originarios del América no causaron tanto impacto en el resto del mundo. El camello y el caballo proceden en realidad de Norteamérica, aunque emigraron en dirección oeste atravesando el estrecho de Bering hasta Asia, donde evolucionaron hasta adquirir las formas que presentan actualmente. Cuando tuvo lugar el intercambio post-colombino, estos animales se habían extinguido en América, y la mayoría de los animales domesticados de este continente causaron un leve impacto en el resto del mundo. Uno de los pocos animales domésticos que causó impacto fue el pavo. Seguramente después del siglo XIX, la rata almizclera y la ardilla norteamericana colonizaron grandes zonas de Europa. Tras la introducción deliberada de animales americanos, como el mapache, apreciado por su piel e importado a Alemania en la década de 1920, se establecieron comunidades salvajes de animales que formaron los que

escapaban. Sin embargo, ninguna de las especies animales procedentes de América trajo consigo enfermedades que cuajaran en las condiciones de Europa, África o Asia.

El intercambio post-colombino en el mundo actual

Tal y como sugiere la introducción en Europa de especies como la rata almizclera o el mapache, el intercambio post-colombino continúa en el presente. De hecho, seguramente se seguirá produciendo en el futuro puesto que el sistema de intercambio actual sigue el patrón implantado desde Colón. No hace muchos años, por ejemplo, el mejillón cebra del mar Negro, que viajó de “polizón” en el agua que servía de lastre a los barcos, invadió las aguas de Norteamérica. Allí bloquearon las tomas de agua de fábricas, plantas de energía nuclear y depósitos municipales de la región de los Grandes Lagos. Así como la llegada de los barcos de Cristóbal Colón a América en el siglo XV trajo consigo el intercambio de enfermedades, cultivos y animales a nivel mundial, la práctica de los barcos del siglo XX de utilizar agua como lastre ayudó a homogeneizar la flora y fauna de los puertos y estuarios del mundo. Del mismo modo, el transporte aéreo permite la proliferación de insectos y enfermedades que no hubieran sobrevivido a viajes más largos y lentos. En la actualidad, el transporte sigue la tradición colombina al fomentar la homogeneización de las plantas y animales del mundo. De todas formas, en nuestros días, la importancia histórica mundial de los intercambios modernos pierde esplendor si se compara con los acontecimientos que tuvieron lugar en el intercambio post-colombino original.

Acerca del autor: John McNeill es profesor de Historia de la Universidad de Georgetown. Entre sus numerosas publicaciones destacan: *Global Environmental History of the Twentieth Century* y *Atlantic American Societies from Columbus to Abolition*.

Colonialismo en el área del Caribe

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Alan Karras, de la Universidad de California, sostiene que, a raíz de los viajes americanos de Colón se desarrollaron en el Caribe tres fases básicas de colonialismo.



Catedral de Santo Domingo

Santo Domingo es el asentamiento más antiguo, fundado por los europeos, que pervive en América. Es la capital y mayor ciudad de la República Dominicana. La catedral de Santa María la Menor, construida en el siglo XVI, es la iglesia más antigua de las Antillas.

Colonialismo en el área del Caribe

Por Alan Karras

Cuando el marino genovés Cristóbal Colón llegó al mar Caribe en 1492, su viaje abrió las puertas a procesos de colonialismo que darían lugar a profundos cambios en la historia universal. Colón, que buscaba una ruta occidental desde Europa hacia el sur y el este de Asia, encontró en su lugar un mundo desconocido para los europeos. Sus cuatro viajes trasatlánticos entre 1492 y 1502 sufragados por la monarquía española acabaron de forma efectiva con el aislamiento geográfico de las Américas. A los viajes de exploración de Colón hacia el hemisferio occidental le siguieron más tarde otras expediciones de conquistadores españoles, quienes, aún estando en clara minoría, lograron dominar imperios antaño poderosos. En una sola generación, gran número de indígenas americanos sucumbieron víctimas de las enfermedades llevadas a América por los europeos. La población autóctona americana no tenía una inmunidad natural frente a estas enfermedades, por lo que fue

presa fácil de las mismas. Otros muchos de los que lograron sobrevivir cayeron en batallas, derrotados por la tecnología militar de los españoles, mucho más letal que la de los indígenas americanos del siglo XVI. Así comenzó el colonialismo atlántico, estableciéndose como precedente del colonialismo mundial.

No existe mejor lugar para estudiar los procesos de colonización que las islas del Caribe. Fue aquí donde se inició la colonización europea de territorios extranjeros, que más tarde caracterizaría el mundo moderno. Y de esta región aprendieron los diferentes estados europeos valiosas lecciones sobre el proceso colonial, lecciones que después aplicarían en otras partes del mundo, especialmente en Asia y en África durante el siglo XIX.

Entre 1492 y la segunda mitad del siglo XIX, época en la que quedó abolida la esclavitud de africanos en la mayor parte de América, la región caribeña sufrió una profunda transformación. Las islas del Caribe, en 1492 todavía muy aisladas de los demás continentes, se vieron cada vez más conectadas y con mayor protagonismo en la economía mundial atlántica.

Los habitantes originales de las islas (caribes, arawaks y lucayanos) casi desaparecieron. La llegada continua de inmigrantes europeos dio lugar a un asentamiento creciente en el Caribe que se realizó sin encontrar gran resistencia. Estos colonizadores europeos a menudo rechazaban el tipo de trabajo físico necesario para el desarrollo y el autoabastecimiento de las colonias. Razones de salud y climáticas dificultaron asimismo la residencia de los europeos en los trópicos. Los colonos resolvieron su problema de mano de obra trayendo esclavos africanos, lo que dio lugar a la aparición de sociedades multirraciales. La agricultura de subsistencia, la caza y la pesca fueron perdiendo preponderancia en la economía regional a medida que aumentaba en importancia la producción de azúcar. De hecho, la región se concentró tan fuertemente en el cultivo del azúcar que los alimentos que se necesitaban de forma más inmediata para abastecer a la población tenían que ser regularmente importados primero de Europa y, más tarde, de Norteamérica.

Tras los viajes de Colón bajo los auspicios de la corona española, pronto otros estados europeos pretendieron apoderarse de las islas caribeñas. A lo largo de varias décadas, las islas fueron reivindicadas por Inglaterra, Francia, España y los Países Bajos. Todas las colonias experimentaron procesos básicamente idénticos difiriendo únicamente en el momento o el grado de transformación de cada isla. Por lo tanto, puede considerarse que el colonialismo del Caribe y de otros lugares consta al menos de tres fases: implantación (o asentamiento), madurez y transición.

Implantación

El periodo de implantación comenzó con el primer viaje de Colón a América en 1492 y finalizó en algún momento a mediados del siglo XVII. Durante esta fase, los españoles exploraron la región, conquistaron los territorios que encontraban a su paso y sometieron a la población nativa americana existente. También comenzaron a extraer enormes cantidades de oro y plata en su mayoría de las minas de Sudamérica. Los ingleses, franceses y holandeses pronto siguieron a los españoles en esta región en un intento por evitar que los españoles acumularan demasiada riqueza con demasiada rapidez. En esa época Europa funcionaba con una economía mercantil. Uno de los principales principios

del mercantilismo era que el lingote (oro o plata en forma de barra) representaba la medida de la riqueza y que sólo existía una cantidad fija del mismo en el mundo. Si la monarquía española poseía la totalidad de los metales preciosos producidos en América, los demás estados europeos ya no podrían competir.

Los primeros intentos por evitar que España se apoderase del total de las existencias de lingotes procedentes de los indígenas y de sus minas condujo a los europeos del norte a establecer la piratería. Los piratas intentaban capturar la riqueza que los españoles enviaban de vuelta a Europa en una flota anual o convoy. Si los piratas podían utilizar las islas del Caribe como base para lanzar los ataques sobre la flota española que transportaba los tesoros, evitarían que la corona española acumulase una cantidad excesiva de metales preciosos. A finales del siglo XVI y principios del siglo XVII muchas de las islas se convirtieron en bases desde donde los piratas atacaban los navíos españoles que volvían a Europa.

Los indígenas americanos que habían sobrevivido a las enfermedades dieron la bienvenida a los ataques de los piratas contra los españoles que habían traído al hemisferio la enfermedad y la destrucción. Además, los ataques de los piratas estaban aprobados extraoficialmente por las monarquías rivales de España, ya que de lo que se apoderaban los piratas al menos no iba a manos de los españoles. Los gobernantes del norte de Europa pensaban que, en última instancia, los piratas actuarían como consumidores y gastarían su botín, el cual finalmente acabaría llegando a las arcas europeas en una u otra forma. España protestaba a través de los canales diplomáticos europeos contra los constantes ataques de los piratas, pero sus quejas caían en saco roto. Las demás monarquías respondían que el Caribe se encontraba más allá de la línea, es decir, que las leyes y los tratados europeos no eran de aplicación en esta región.

Los propios piratas llevaban unas vidas peculiares y a veces mantenían unas prácticas sociales únicas. Algunos de ellos habían sido marineros al servicio de algún Estado europeo, mientras que otros simplemente pertenecían a las clases sociales y económicas más bajas y consideraban la piratería como una forma de mejorar sus condiciones materiales. Los piratas a lo ancho del Atlántico, incluida la región caribeña, compartían su riqueza de forma casi equitativa entre los miembros de su tripulación. Lógicamente el capitán y el primer oficial siempre recibían una parte mayor del botín, pero el resto era dividido a partes iguales entre el resto de la tripulación. Además, los piratas a menudo se compensaban entre sí cuando uno de ellos perdía una pierna u otra parte del cuerpo. Una vida aventurera esquilmando los navíos españoles suponía una cierta libertad y una mayor movilidad económica.

A medida que España se fue comportando de forma más agresiva para combatir la piratería, los europeos del norte comenzaron a establecer bases más estables en las islas del Caribe. Grupos de hombres (en aquella época las mujeres europeas eran desconocidas en la mayor parte del hemisferio occidental) comenzaron a cultivar alimentos y productos agrícolas en cantidad suficiente como para aprovisionar los barcos que surcaban la región. A finales del siglo XVI se producía tabaco y algodón en cantidad suficiente como para enviar a Europa lo que no se consumía en América. A medida que la demanda de estos productos iba creciendo, surgían modos más eficientes de producción, y a medida que los beneficios iban aumentando, llegaban más colonos europeos a la región con la idea, la

mayoría de ellos, de hacer fortuna rápidamente y volver a Europa. Aunque los indígenas americanos hacía tiempo que se habían retirado a un par de enclaves remotos, los colonos europeos no conseguían encontrar esta región especialmente atractiva; tanto su clima cálido y húmedo como la exótica flora y fauna eran curiosidades que debían soportarse sólo el tiempo estrictamente necesario. Trabajar la tierra bajo el tórrido sol ya era suficientemente duro, y crear instituciones culturales semejantes a las europeas (colegios, teatros, periódicos, etc.) resultaba realmente impensable.

Es decir, los europeos del norte, al igual que sus predecesores españoles, no estaban dispuestos a trabajar cuando se establecían en las islas del Caribe, pero sí deseaban aumentar la productividad agrícola y, con ello, su rentabilidad. La solución incipiente empujó a los colonos a la siguiente fase de colonización. En el Caribe el colonialismo maduro descansaba prácticamente sobre las espaldas de los esclavos importados de África. Y en otras partes del mundo, después de la abolición de la esclavitud por parte de los europeos, las colonias maduras descansaban sobre una mano de obra formalmente libre pero en realidad casi siempre forzada, para la producción y extracción de los recursos para el mercado.

Madurez

El colonialismo maduro en el Caribe duró poco más de 100 años, desde mediados del siglo XVII hasta cerca de 1770. Las sociedades coloniales maduras operaban manteniendo su propio y amplio equilibrio. Durante este tiempo, las colonias crecieron de forma visible en cuanto a población, producción y comercio. Los tratantes de esclavos y sus clientes obligaron a cerca de 12 millones de africanos a cruzar el Atlántico para trabajar como esclavos permanentes, de los cuales entre 10 y 11 millones lograron llegar a América y el resto falleció durante la travesía. La mayor parte de los esclavos que llegaron vivos después del viaje fueron vendidos para trabajar en una economía que primaba la producción de azúcar y excluía prácticamente el resto de las cosechas. A medida que evolucionó la economía del azúcar, las colonias fueron aumentando el número de leyes y endureciendo su actitud frente a los africanos. También aumentó la población de raza mixta, lo que indica que los hombres europeos a menudo tenían hijos con mujeres africanas o nativas americanas. Finalmente, se desarrollaron patrones permanentes de competencia mercantilista entre Europa y sus colonias americanas. La rivalidad comercial, los corsarios (piratería oficialmente aprobada por los gobiernos en tiempos de guerra) así como los combates esporádicos eran frecuentes en toda la región. Las instituciones políticas europeas arraigaron en la zona del Caribe. Casi todas las colonias de las islas tenían un gobierno compuesto por representantes designados por el gobernador o elegidos por los residentes que poseían suficientes tierras como para tener derecho a voto. Aunque el poder político y económico real seguían residiendo en Europa, los terratenientes blancos del Caribe comenzaron a tener cada vez más control sobre los asuntos de interés local. Estos mismos patrones económicos y sociales se repitieron más tarde en las colonias europeas de todo el mundo.

La colonia del periodo de madurez en el Caribe, ya fuera británica, francesa o española, se centraba principalmente en la producción de la caña de azúcar. El propio azúcar era, al menos inicialmente, relativamente raro en Europa y sólo los ciudadanos más ricos podían permitirse el lujo de importarlo de las regiones productoras de azúcar del Mediterráneo

oriental. Los portugueses fueron los primeros en traer el azúcar al hemisferio occidental desde sus rentables plantaciones de sus colonias en Brasil. El azúcar fue introducido en muchas islas del Caribe por los holandeses, expulsados de Brasil en la década de 1650 tras competir durante un breve periodo de tiempo con los portugueses por el control de la colonia.

La producción de azúcar pudo haber sido una propuesta cara que requería gran cantidad de mano de obra para plantar, cortar, aplastar y hervir la caña. Al principio, los plantadores utilizaban mano de obra europea barata, generalmente personas que aceptaban trabajar por un periodo de tiempo determinado a cambio de obtener un pasaje a las Américas y alojamiento y manutención gratuitos. Sin embargo, pronto muchos trabajadores europeos se negaron a desplazarse a las Indias Occidentales (Antillas) porque las enfermedades tropicales estaban acabando con gran cantidad de colonos europeos y sólo eran pocos los que aceptaban cruzar el Atlántico para realizar el trabajo agotador del cultivo del azúcar. Durante la segunda mitad del siglo XVII, las islas del Caribe desarrollaron una economía de plantaciones a gran escala en las que los esclavos africanos constituían la mayor parte de la mano de obra. Estos esclavos africanos, que procedían de países tropicales, eran inmunes a muchas de las enfermedades que afectaban a los trabajadores europeos. A diferencia de los trabajadores contratados por un periodo de tiempo fijo, los esclavos podían ser forzados a trabajar hasta que caían exhaustos. De esta forma fueron apareciendo en las islas del Caribe grandes poblaciones con mayoría africana. De hecho, durante el periodo colonial de madurez en lugares como Jamaica la relación entre negros y blancos era de diez contra uno.

Con el tiempo, el número de esclavos africanos que cruzaban el Atlántico fue aumentando, pasando de una media de 16.000 al año en el siglo XVII a una media de aproximadamente 70.000 al año en el siglo XVIII. El auge de la trata de esclavos a través del Atlántico tuvo lugar en el siglo XVIII, coincidiendo lógicamente con el auge de la producción de azúcar. La Norteamérica británica recibió solamente el 5% del total de esclavos que llegaban a América; el Caribe británico, por el contrario, recibió el 21% de llegadas, por detrás sólo del Brasil portugués, que alcanzó un 37 por ciento. Las zonas del Caribe español, francés y holandés también recibieron un número importante de esclavos importados del oeste de África. Los esclavos, capturados por tratantes de esclavos africanos, eran vendidos a tratantes europeos que intentaban ampliar su negocio al máximo entre los grupos de tratantes de esclavos africanos para garantizar así una disponibilidad de suministro de cautivos para la economía de plantaciones en desarrollo y evitar que un proveedor africano se hiciera con más poder que los demás.

Mientras que la producción del azúcar ocupaba la vida cotidiana de los esclavos, los beneficios de la producción de azúcar impulsaban la creciente economía atlántica. El azúcar era embarcado en el Caribe para ser vendido de forma rentable en Europa y Norteamérica. El consumo del azúcar aumentó rápidamente, siendo necesario aumentar el cultivo de tierras en el Caribe y, con ello, la mano de obra de esclavos africanos. El azúcar se estaba convirtiendo en un producto imprescindible en las dietas europeas y americanas. El crecimiento de las plantaciones hizo necesario recurrir asimismo a trabajadores y profesionales no africanos. Doctores, abogados, comerciantes, tenedores de libros, administradores de tierras y taberneros, todos ellos encontraron una oportunidad para mejorar su estatus socioeconómico trabajando en las islas del Caribe. Durante la fase

colonial madura, cambió el tipo de europeos que emigraban al Caribe: antes, la emigración había sido principalmente de hombres empobrecidos, pero ahora se trataba de individuos educados de clase media. Estos nuevos inmigrantes buscaban hacer fortuna en las plantaciones para adquirir una propiedad en el Caribe. Una vez alcanzada esta meta, su intención era volver a Europa, dejando el calor y la humedad tras de sí. Esta visión generalizada se mantuvo asimismo posteriormente en los asentamientos coloniales de Asia y África.

El aumento de esclavos produjo una diversidad ocupacional de los residentes europeos en la región. Muchos de ellos lograron aumentar sus beneficios, lo que les permitió volver a su país con una cierta fortuna. Otros, en cambio, a pesar de atender sus negocios con esmero no consiguieron obtener la recompensa buscada. La aspiración de muchos residentes blancos del Caribe era volver a Europa, lo que hizo que el desarrollo de las instituciones locales fuera bastante lento. Los periódicos hicieron su aparición en las capitales, por lo general ciudades portuarias, pero no llegaron a otras zonas. Las iglesias con frecuencia tenían ministros por lo general ausentes y los teatros y cabarets surgieron antes que las escuelas. De hecho, los niños eran enviados a Europa para ser educados allí, aunque en algunos casos se contrataban tutores para que les impartiesen una formación particular. Sin embargo, a finales del periodo colonial maduro cada vez más residentes en las islas habían visto frustrarse sus planes de abandonar el Caribe y se resignaron a permanecer en el trópico. En este momento, comenzó a surgir una sociedad cada vez más similar a la europea.

En el Caribe, el estatus socioeconómico dependía en parte de la clasificación racial. Aunque eran los esclavos africanos quienes habían levantado la economía, desde el punto de vista social los de raza mixta se encontraban por lo general entre ellos y los blancos europeos. Entre los emigrantes a esta región había un número mucho mayor de hombres que de mujeres y, además, todas las islas tenían una mayoría de habitantes de raza negra, de forma que los europeos del Caribe reconocieron a sus hijos de raza mixta y les dieron un estatus social más elevado. A finales de la fase colonial madura se había desarrollado una jerarquía socioeconómica bastante compleja basada, al menos en parte, en el color de la piel. Por el contrario, en Norteamérica, cualquier persona de origen negro era considerada, por lo general, como esclavo. Esto sugiere que las islas del Caribe estaban desarrollando una sociedad compleja cada vez más similar a la sociedad europea, es decir, más estratificada por clases, con categorías ocupacionales fijas de las cuales la gente raramente podía salirse. También existía un pequeño grupo de plantadores muy ricos y un grupo muy amplio de esclavos—en otras palabras, un orden social que recordaba la relación entre los aristócratas y los campesinos en Europa. Lo que diferenciaba a la sociedad caribeña de la europea era que el sistema de clases caribeño estaba basado en la raza.

Transición

El periodo de transición comenzó en la década de 1770 y en la mayoría de los lugares duró hasta mediados del siglo XIX, al abolirse la esclavitud en el Caribe (en 1886 en el caso cubano). Este periodo puede ser considerado como la génesis del Caribe actual. Durante las décadas de 1780 y 1790 aumentó en Europa la lucha contra la esclavitud. Gran Bretaña abolió la trata de esclavos en 1807 y a continuación presionó a otros estados europeos para que hicieran lo mismo. Los plantadores de las islas lucharon por mantener la esclavitud

que les había permitido vivir desahogadamente, pero sin éxito. El gobierno británico acordó compensar a los colonos por la pérdida de sus esclavos y abolió la esclavitud en 1834. Los franceses hicieron lo mismo en la década de 1840 (para entonces, la zona de dominación colonial francesa en la isla de La Española ya se había convertido en la nación independiente de Haití, de forma que la abolición francesa afectó principalmente a Martinica y Guadalupe). Los españoles mantuvieron la esclavitud en Cuba hasta la década de 1880. Cuando los esclavos (hombres y mujeres) se vieron libres, la mayoría decidió abandonar las plantaciones de azúcar. Además, el desarrollo de la remolacha azucarera en Europa había permitido producir azúcar en el propio continente. El coste de la caña aumentó y la demanda continuó bajando. Los esclavos liberados se vieron incapaces de ganar suficiente dinero como para mejorar las condiciones materiales de sus vidas. Los niveles de vida bajaron incluso con el gobierno colonial. Además, los plantadores blancos consolidaron su influencia sobre el poder político y, por lo general, no permitían la participación en la política de personas de origen no europeo. Después de la abolición, no hubo un aumento apreciable en cuanto a igualdad racial.

A mediados del siglo XIX, los estados europeos tenían puesta casi toda su atención en Asia y África. En estos lugares repitieron el proceso desarrollado en el Caribe, aunque algo modificado. Habían aprendido que construir sociedades desde la base era difícil, por lo que muchas naciones europeas se situaron por encima de las estructuras locales existentes, dejando a los líderes locales en sus puestos aunque con una autoridad reducida. Al mismo tiempo, los colonizadores europeos intentaron extraer un beneficio máximo para su propio desarrollo económico, cada vez más global. La antigua zona colonial del Caribe había producido grandes beneficios a algunos y había presenciado la creación de sociedades donde residían africanos, europeos y algunos indígenas americanos; sin embargo, ahora había dejado de ser el centro de las aventuras colonizadoras europeas. Los residentes del Caribe de todas las razas se vieron obligados a tratar con una economía dependiente de un producto que presentaba una demanda decreciente. Los beneficios disminuían y aquellos con menor poder adquisitivo eran los que más sufrían. Un proceso similar se produjo en África y Asia cuando en ambos continentes tuvo lugar la descolonización durante las tres décadas siguientes a 1945. La colonización europea del mundo llevó problemas y beneficios a las sociedades no europeas, pero no pudo garantizar un aumento constante del nivel de vida ni una vida política o económica más estable para estas sociedades.

Acerca del autor: Alan Karras, conferenciente en el International and Area Studies Teaching Program de la Universidad de California, en Berkeley, es autor, entre otras muchas publicaciones, de *Sojourners in the Sun: Scots Migrants in Jamaica and the Chesapeake, 1740-1800*.

Poder político en Extremo Oriente desde 1500 hasta 1850

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, R. Bin Wong, de la Universidad de California, analiza el orden político del oriente asiático entre el siglo XVI y mediados del XIX y analiza los aspectos y mecanismos que condujeron a su papel posterior en el mundo dominado por Europa.



Toyotomi Hideyoshi

El general japonés Toyotomi Hideyoshi completó a finales del siglo XVI la unificación de Japón iniciada por Oda Nobunaga.

Poder político en Extremo Oriente desde 1500 hasta 1850

Por R. Bin Wong

Entre el siglo XVI y principios del XIX, el este de Asia (el Extremo Oriente según la óptica europea) fue una parte del mundo extensa y densamente poblada con un orden político bastante diferente al de Europa. Analizando muchos de los aspectos de este orden político podemos detectar algunos de los mecanismos que explican cómo entró a formar parte del orden mundial dominado por Europa durante la segunda mitad del siglo XIX. De manera concreta somos capaces de comprender cómo asumieron en principio las autoridades chinas las peticiones por parte de Europa de un incremento de los intercambios comerciales y de los permisos de residencia en China.

China se hallaba en el centro del orden político de Asia oriental. Su importancia demográfica y territorial hacía poco probable que las relaciones entre el Estado chino y sus vecinos se parecieran a las de los primeros gobernantes de la Europa moderna. Los europeos rivalizaban entre sí por territorios entablando guerras y estableciendo alianzas mediante matrimonios. Pero China no dominaba a otros régimes de Asia oriental por el simple argumento de su tamaño. Más bien existían nítidos mecanismos que caracterizaban las relaciones del imperio con cada uno de sus vecinos. Desde un punto de vista colectivo, las relaciones de China con los gobiernos en el sureste, noreste y el interior de Asia constituían un sistema de relaciones políticas muy distintas de las relaciones existentes entre los europeos. El enfoque oficial chino respecto de las relaciones exteriores estaba fuertemente influido por los planteamientos oficiales de orden interno. Por consiguiente, para poder comprender la concepción de las autoridades chinas relativa a las relaciones con terceras partes, resulta importante analizar la forma de gobierno de sus propios asuntos internos.

Orden político chino

En el siglo XVI China ya poseía una ideología política y unas instituciones basadas en principios y prácticas elaboradas a lo largo de casi dos milenios. En la capital, en torno al emperador, había un conjunto de ministerios y organismos administrativos pertenecientes al gobierno central. El peso de la administración interior recaía en más de 1.300 magistrados de distrito que formaban el nivel básico de una burocracia de integración vertical que abarcaba todo el imperio. Como responsables del mantenimiento del orden local, de la recaudación de impuestos y del fomento del bienestar popular, los magistrados de distrito contaban con un reducido equipo de secretarios y funcionarios profesionales y, en ocasiones, con un magistrado auxiliar. Los funcionarios se apoyaban también en las minorías locales (acaudalados terratenientes, comerciantes y varones que habían superado las pruebas de la administración pública pero que no estaban a sueldo del gobierno) para abastecer y gestionar graneros y escuelas, así como para financiar las obras de restauración de templos, carreteras y puentes. A través de estas y otras actividades, las minorías locales extendieron el radio de influencia del Estado. En general, este tipo de personas era más numeroso en las zonas más ricas y, por consiguiente, la inversión de esfuerzos y recursos oficiales era especialmente importante en las zonas más periféricas.

Las costumbres locales chinas se caracterizaban por una enorme diversidad, por ejemplo, de dialectos, costumbres culinarias y cultos de deidades particulares. Pero la construcción del orden social interno dependía del fomento y la aceptación de ciertas prácticas sociales generalizadas que, tanto los funcionarios como las minorías, pudieran identificar como específicamente chinas. Cabe citar como ejemplo las relaciones de parentesco chinas, los rituales nupciales y funerarios y las tecnologías agrícolas. El grado de coherencia cultural diseñado y a menudo alcanzado dentro de China contrasta fuertemente con las condiciones reinantes en la Europa de principios de la era moderna. En Europa existía un vacío entre la refinada cultura compartida por las minorías, que traspasaba las fronteras políticas, y las innumerables culturas populares locales arraigadas en pequeños territorios. Este vacío no desapareció de manera sistemática hasta el siglo XIX, momento en el que se formaron culturas nacionales diferenciadas mediante una combinación de proyectos de Estado y de minorías para definir un carácter nacional y el arraigo popular de costumbres y prácticas características de cada una de ellas. A finales de la China imperial, la cultura de minorías se hallaba vinculada más íntimamente con la cultura popular y este vínculo se veía reforzado por el Estado. Más allá de aquellas regiones en las que se podían construir instituciones chinas de orden local, los funcionarios utilizaban un repertorio diferente de estrategias para promover la estabilidad política y las relaciones económicas ventajosas.

China y el Sureste asiático

La expansión de China hacia el sur llegó hasta el océano pero no consiguió anexionar la región que actualmente conocemos como el Sureste asiático. La influencia china fue máxima en Vietnam, cuya zona septentrional constituyó una dependencia china entre el siglo I y el X. El gobierno vietnamita nombrado posteriormente se integró en el sistema tributario, a través del cual, el emperador vietnamita y otros gobernantes del Sureste asiático efectuaban ofrendas rituales de objetos exóticos y valiosos al gobierno chino. Estos tributos simbolizaban su acatamiento de la superioridad china. Este sistema de relaciones diplomáticas no consiguió mantener al ejército chino totalmente fuera de la región. Los ejércitos chinos combatieron contra Birmania entre 1766 y 1770 y también intervinieron en Vietnam entre 1788 y 1790, cuando las rebeliones internas del país pusieron en peligro a la familia gobernante. En general, sin embargo, el reconocimiento ritual de superioridad e inferioridad a través del sistema tributario preservó la estabilidad sin conflictos militares a pesar de la desigualdad de poder en el Sureste asiático. Los métodos chinos de aceptación de los vecinos más débiles fueron emulados por los vietnamitas en relación con algunos de sus vecinos inmediatos. Cuando los vietnamitas ayudaron a expulsar a las fuerzas siamesas de Camboya en 1813, se confirieron a sí mismos y a Camboya los mismos rangos jerárquicos que China se aplicaba a sí misma y a Vietnam, respectivamente.

Entre los siglos XVII y XVIII, el Sureste asiático continental constaba de cuatro reinos principales. Los reinos birmano, siamés y camboyano estaban más influenciados por las ideas budistas del Sureste asiático que por las teorías confucianas chinas. Las influencias islámicas también llegaron hasta la región. Pero a diferencia de lo ocurrido en el sur de Asia, donde el islam adoptó el carácter de un imperio conquistador, el islam penetró en el Sureste asiático de forma pacífica, difundido por comerciantes y misioneros. Las áreas de mayor influencia islámica fueron las próximas a la península y al archipiélago, donde las ciudades-estado formaban parte de un mundo asiático de comercio marítimo en lo que actualmente es Malaysia e Indonesia. A diferencia de los vietnamitas, los pequeños países

del Sureste asiático que optaron por presentar sus tributos a China no adoptaron las instituciones burocráticas o la ideología chinas. El pago de sus tributos a veces guardaba mayor relación con su participación en el comercio marítimo asiático, ya que las autoridades chinas a menudo autorizaban a que el pago de tributos fuera acompañado de transacciones comerciales adicionales. El reino siamés a veces pagaba tributo a China, lo mismo que el de Birmania y el reino de Laos de Nanchao. Otros gobernantes de pequeños territorios en lo que actualmente son Malasia, Laos, Camboya y Myanmar (Birmania) pagaban sus tributos al reino siamés. Las relaciones jerárquicas definidas por las relaciones tributarias eran características de la diplomacia de Asia oriental aún en los casos en que China no estuviese implicada directamente.

El gobierno chino procuraba regular de manera estricta el comercio exterior que tenía lugar en las fronteras marítimas del imperio, ya que deseaba garantizar el orden político local. Parte de los intercambios se efectuaban dentro del sistema tributario, mientras que otros se realizaban al margen del mismo. En 1760, el gobierno instauró un sistema que limitaba el comercio exterior a los agentes autorizados en el único puerto de Cantón. Como contraste al estricto control gubernamental sobre los comerciantes extranjeros que deseaban actuar en las fronteras de China, los funcionarios apenas dedicaban esfuerzo alguno a regular el número incomparablemente superior de mercaderes que se trasladaban al Sureste asiático y efectuaban intercambios comerciales minoristas y mayoristas mucho más importantes. El Estado chino no intentó beneficiarse de las actividades comerciales en la forma en que lo hicieron los estados europeos cuando sus comerciantes entraron a formar parte de este sistema asiático de comercio marítimo. El éxito europeo dependía en gran medida del cumplimiento de la reglamentación asiática del comercio. Los europeos llegaron a esta economía comercial vibrante como foráneos y fueron incapaces de replantear dicha economía hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando hicieron frente de modo eficaz al planteamiento chino de las relaciones exteriores.

China y el Noreste asiático

La posición de Japón y Corea en el seno del sistema tributario de China era muy diferente de las de los países del Sureste asiático. Los registros chinos revelan que Japón reconoció a China mediante ofrenda de tributos ya en tiempos de la dinastía Han (202 a.C.–220 d.C.). En el siglo VIII, los japoneses utilizaron los caracteres chinos como punto de partida para su lenguaje escrito y adoptaron el código legal chino para elaborar el suyo propio. Hacia comienzos del siglo XV, época en la que los gobernantes japoneses fomentaron las relaciones tributarias, los dos países ya poseían una dilatada historia en la que Japón normalmente era considerado como inferior. En estos años, el gobierno central de Japón vivía una situación de debilidad interna y apenas era capaz de controlar el comercio japonés con Corea. Corea, que al igual que Japón y Vietnam, estaba muy influenciado por las ideas políticas y las instituciones chinas, negoció con los gobernantes de la zona más próxima de Japón que proporcionaba refugio a los comerciantes marítimos y a los piratas. La piratería japonesa constituía de forma periódica un gran problema para Corea, pero tales dificultades quedaron eclipsadas por la invasión de Corea dirigida por el general japonés Toyotomi Hideyoshi en 1592. Una vez finalizada la reunificación militar de Japón, en la que se erigió como el jefe más poderoso, Hideyoshi esperaba conquistar Corea y China. Los jefes coreanos pidieron ayuda a los chinos, a quienes pagaban tributos a cambio

de ayuda contra los japoneses. Los chinos accedieron y Hideyoshi murió en 1598 sin lograr su objetivo.

El régimen Tokugawa, fundado en 1600, evitaba, por lo general, establecer relaciones diplomáticas con China. El gobierno japonés se mostraba reacio a ser aleccionado por los coreanos de una manera que situaba manifiestamente a Japón por debajo de China. Por su parte, los coreanos no estaban dispuestos a reconocer a los japoneses en forma alguna que implicase una consideración de igualdad de los japoneses con los chinos. Las distintas maniobras diplomáticas se tradujeron en una formulación suficientemente ambigua como para permitir a ambos bandos continuar sus relaciones. Más extrema, en cierto sentido, fue la situación de las islas Ryūkyū, cuyo gobierno optó por enviar misiones para pagar tributo tanto a China como a Japón. En el siglo XVIII, los japoneses establecieron militarmente un control más directo sobre la parte septentrional de las islas Ryūkyū y continuaron permitiendo a las islas conservar su relación tributaria con China a fin de facilitar el comercio que también beneficiaba a los japoneses. Para entender de forma más amplia las relaciones internacionales de Asia oriental, resulta ilustrativo el ejemplo de las Ryūkyū por cuanto describe cómo China y Japón eran capaces de compartir ciertos elementos comunes en sus diferentes órdenes de influencia sin conflicto alguno. En contraste con las relaciones normalmente pacíficas que China mantenía con sus vecinos en el sureste y el noreste de Asia, cabe destacar las relaciones en ocasiones tensas con el interior de Asia, una región formada por el actual Estado de Mongolia, las regiones autónomas chinas de Mongolia Interior y de Xinjiang, la provincias china de Qinghai, Tíbet y Dongbei Pingyuan (Manchuria).

China y el interior de Asia

El Imperio chino había mantenido una relación compleja con los grupos establecidos a lo largo de sus fronteras del norte y el nordeste desde los inicios del imperio. En aquellas épocas la seguridad del Imperio gobernado por la dinastía Han se veía amenazada periódicamente por las tribus del norte. A lo largo de los siguientes siglos se formaron muchas alianzas de tribus turco-mongolas con el propósito de rivalizar entre sí y desafiar a las tropas chinas. A veces estas alianzas ocupaban partes del norte de China y en otras ocasiones lograban afianzar su control sobre un territorio más amplio. El pueblo más famoso fue el mongol, cuya conquista de China en el siglo XIII vino a culminar sus logros en un amplio territorio que se extendía por el oeste hasta Hungría y Polonia. La última dinastía de China fue la establecida por los manchúes, un pueblo seminómada que invadió China por el nordeste. Bajo la dinastía Qing (1644-1911), el control imperial de los territorios se fue ampliando hasta incluir grandes zonas del interior de Asia. Los funcionarios imperiales intentaron pacificar sus fronteras del norte y del noroeste con tres planteamientos relacionados entre sí: (1) constituyendo alianzas con determinados grupos contra los enemigos comunes; (2) intentando someter a los grupos potencialmente peligrosos aplicando medidas militares; y (3) incluyendo a muchos de estos grupos en el sistema tributario del imperio.

A principios de la dinastía Ming (1368-1644) reinaba una gran inquietud por la posibilidad de que los mongoles estuvieran de nuevo movilizando una gran fuerza invasora. La dinastía conjugó los esfuerzos de alistar un número considerable de efectivos militares junto con una estrategia encaminada a persuadir a los mongoles a participar en relaciones

tributarias. En décadas posteriores, dentro de los intentos chinos por limitar los contactos sociales y regular los vínculos económicos, la corte Ming y los grupos mongoles siguieron dedicando esfuerzos a los aspectos comerciales y de tributación. Los manchúes derrocaron a la dinastía Ming en 1644 y crearon la Corte de Asuntos Coloniales para gestionar las relaciones tributarias con los grupos del interior asiático, algunos de cuyos jefes eran mongoles. Algunos grupos mongoles actuaban como aliados de los manchúes en su conquista de China, mientras que otros mongoles eran rivales en cuanto a la ocupación de territorios del interior de Asia. Una combinación de fuerza militar y capacidad de persuasión moral regía los intereses de los grupos del interior de Asia a la hora de mantener unas relaciones pacíficas y rentables con el imperio Qing. Además de las relaciones fiscales que vinculaban a la corona con los distintos grupos mongoles, la dinastía Qing también trabó relaciones más sólidas con Tíbet. El Dalai Lama en Tíbet creó, con el apoyo de la dinastía Qing, una aristocracia burocratizada, reforzando su poder sobre los nobles tibetanos. Los dirigentes políticos tibetanos aceptaron una subordinación nominal al Imperio de los Qing a cambio de un grado considerable de autonomía. La fe del emperador manchú en el budismo tibetano reforzó sus habilidades para comunicarse de manera eficaz con los grupos mongoles que compartían la misma religión.

En el siglo XIX, el gobierno Qing hubo de hacer frente al auge del kanato de Kokand como potencia regional en la frontera noroccidental. Cuando el jefe de Kokand aumentó el control militar sobre diferentes rutas comerciales terrestres entre China, Rusia y el Oriente Próximo, decidió enviar misiones de pago de tributos a Pekín para que su Estado fuera reconocido como tributario. Además, intentó aumentar los ingresos de su administración aplicando impuestos a los comerciantes en localidades que normalmente se hallaban bajo control Qing. El emperador aceptó recibir una caravana anual de tributos y además otras tres condiciones: (1) reconocer a Kokand el derecho a nombrar un representante político en Kashgar y agentes comerciales en otros varios mercados; (2) otorgar a estos agentes autoridad judicial y policial sobre los comerciantes extranjeros; y (3) permitir a estos agentes recaudar aranceles aduaneros sobre los bienes importados por los extranjeros. Estos pactos realizados con Kokand entre 1831 y 1835 son equivalentes a las concesiones efectuadas por la dinastía Qing entre 1842 y 1844 a las potencias europeas que amenazaban la costa marítima de China. Las negociaciones con extranjeros a lo largo de la frontera del norte dieron origen a políticas y estrategias que más tarde servirían de modelo a China en posteriores negociaciones con los europeos. Los chinos firmaron tratados con los europeos garantizándoles el derecho a someterse a sus propias leyes y disfrutar de privilegios superiores a los concedidos a sus equivalentes diplomáticos. Los eruditos han considerado estos acuerdos chino-europeos como signos de que los chinos recibían un trato diplomático de inferioridad.

Algo que resulta menos evidente para muchos observadores es el hecho de que las relaciones chinas con los occidentales también surgiesen inicialmente de las prácticas diplomáticas chinas que habían sido históricamente básicas para las relaciones políticas de Asia oriental. Las implicaciones son importantes. En primer lugar, los diplomáticos chinos no vislumbraron en un principio la importancia que la presencia de los europeos llegaría a adquirir en China. Creyeron que se trataría de un reducido número de extranjeros, agrupados en una localidad comercial del territorio fronterizo, que podían aislar de manera eficaz de la población china colindante por el simple hecho de mantener una administración autónoma independiente. Esta medida no sólo mantendría separados a los

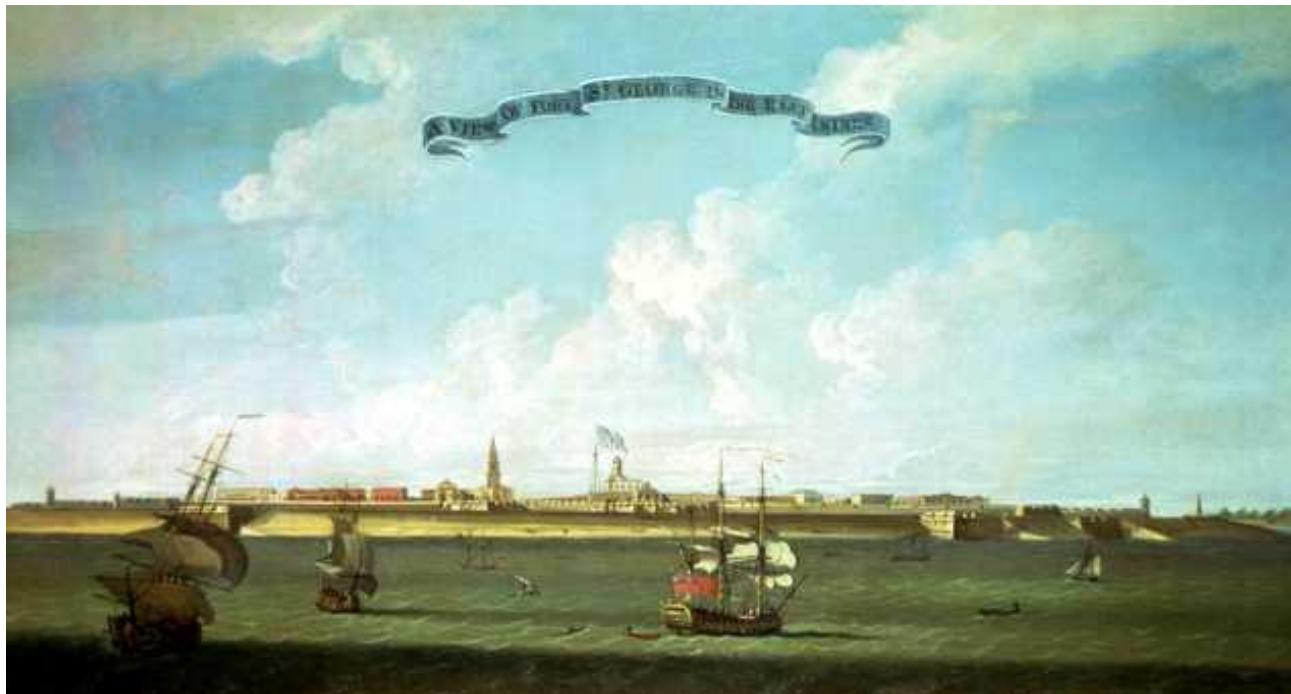
chinos de la minoría extranjera, sino que además ahorraría a los funcionarios chinos la enojoosa tarea y el gasto de controlar directamente a la población extranjera. En segundo lugar, la flexibilidad del sistema tributario jerárquico se refleja en la capacidad de los gobernantes del norte para constituirse en una potencia militar considerable dentro de sus propias estructuras. Los funcionarios chinos fueron capaces de ampliar su sistema tributario para dar cabida a la nueva clase de extranjeros que llegaban por la costa meridional. En tercer lugar, desde la posición de preeminencia del orden político de Asia oriental, resulta razonable considerar la ampliación territorial de los Qing como un refinamiento de un conjunto de prácticas diplomáticas chinas que se remontan a varios siglos antes del gobierno manchú. Además, la China creada por la dinastía Qing sobrevivió bastante tiempo a la caída de los manchúes. Algunas de las zonas que en determinados momentos formaron parte del sistema tributario de China, especialmente Tíbet y Xinjiang, han sido incorporadas más íntimamente al Estado territorial chino del siglo XX. En cuarto lugar, otros estados en Asia oriental utilizaron el esquema de las relaciones tributarias con los gobernantes de países vecinos. En algunos casos, como Japón y las islas Ryūkyū, también procedieron a integrar zonas con las que en tiempos pasados habían mantenido algún tipo de relación tributaria. Por último, a medida que las relaciones de China basadas en los tributos fueron desafiadas cada vez más por las potencias europeas durante la segunda mitad del siglo XIX, fueron surgiendo nuevas jerarquías de relaciones políticas. El colonialismo occidental y el japonés no eran menos jerárquicos que las relaciones políticas de Asia oriental precedentes, pero poseían un carácter agresivo, y a menudo opresivo, mayor.

La desaparición del colonialismo ha ido acompañada por la resurrección de China como figura central en las relaciones políticas de Asia oriental. China desempeñó un papel fundamental en el orden político de Asia oriental en siglos anteriores y ahora ha vuelto a convertirse en la figura más importante en las relaciones internacionales de la región. La estructura y el contenido del orden regional contemporáneo en Asia oriental ya no se adapta a un sistema tributario chino. Sin embargo, la comprensión de las múltiples relaciones que China y otros países forjaron en el seno de dicho contexto general nos proporciona una posición ventajosa a la hora de analizar la continua complejidad y variedad del actual orden político en Asia oriental.

Acerca del autor: R. Bin Wong es profesor de Historia y Ciencias Sociales en la Universidad de California, en Irvine. Es autor, entre otras obras, de *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience*.

Asia en la época de la expansión comercial a nivel mundial

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, John E. Wills, Jr., de la Universidad del Sur de California, analiza los cambios acaecidos en Asia después del establecimiento, por primera vez en la historia, de rutas comerciales a través del globo.



La Compañía Británica de las Indias Orientales

Asia en la época de la expansión comercial a nivel mundial

Por John E. Wills, Jr.

En 1498, tres barcos portugueses capitaneados por Vasco da Gama completaron el primer viaje conocido que, partiendo de la costa atlántica portuguesa, bordeando el cabo de Buena Esperanza y subiendo por la costa oriental de África, llegó hasta la India. Los portugueses intentaban cortar las rutas comerciales dominadas por los musulmanes que permitían traer especias y otras mercancías asiáticas finas hasta el Mediterráneo para de esta forma hacerse con el control de la fuente de las especias, un grupo de pequeñas islas en Indonesia conocidas por los europeos como islas de las Especias. Las conquistas de los portugueses no fueron muy importantes. Conquistaron Goa en la costa occidental de India en 1510, que permaneció bajo su control hasta 1961 y conquistaron asimismo Malaca, que defendía el estrecho entre la península Malaya y Sumatra, una de las dos principales rutas marítimas entre el océano Índico y el mar de la China meridional, pero en otras zonas fracasaron. Atacaron el comercio musulmán entre la India y el mar Rojo y el golfo Pérsico, pero no consiguieron cortarlo de forma permanente. Ni siquiera pudieron controlar las zonas de producción de pimienta del sur de la India. Y en las codiciadas islas de las Especias, lo

único que consiguieron ellos o los españoles, que llegaron por primera vez allí en el viaje alrededor del mundo iniciado por Magallanes, fue abrir una nueva zona de conflicto entre cristianos y musulmanes. Sin embargo, su entrada agresiva en esta región ilustra un aspecto importante de esta era: el mercado se estaba globalizando y la competencia era feroz.

Hacia 1500 los comerciantes ya llevaban intercambiado mercancías más de 1.000 años por tierra a través de Eurasia y por mar a través del océano Índico. Sin embargo, los nuevos vínculos de comercio global establecidos por los europeos que navegaban por el Atlántico, alrededor de África y a través del Pacífico a mediados del siglo XVI modificaron de forma significativa la naturaleza del comercio. Especias tales como el clavo o la nuez moscada, encontradas en las islas de las Especias, eran muy solicitadas por los europeos y los tejidos de algodón y seda de la India se vendían bien en todo el Sureste asiático, el Oriente Próximo musulmán, Europa y las colonias americanas. Los barcos transportaban plata americana en todas las direcciones, especialmente hacia China. Y los europeos aprendieron a beber té chino y café de Yemen y Java. Estos nuevos vínculos comerciales contribuyeron a aumentar la riqueza de muchas naciones y el rápido crecimiento de la población en todo el mundo.

En Asia, el cambio más importante de esta nueva era de conexiones mundiales fue la aparición de tres grandes imperios. Los otomanos, que habían conquistado Constantinopla (actualmente Estambul) en 1453, alcanzaron su máximo esplendor bajo Solimán I, que reinó de 1520 a 1566. En esta época, el nuevo imperio moscovita en Rusia realizaba grandes esfuerzos por conseguir la centralización y, bajo Iván IV, conquistó Kazán y Astracán en el río Volga. El Imperio mogol se estableció firmemente en el norte de la India, especialmente bajo el emperador Akbar, que gobernó desde 1556 hasta 1605. Pero, según los historiadores, el comercio mundial también contribuyó a la desestabilización de algunos órdenes sociales y políticos muy fuertes y sofisticados en Asia, especialmente los denominados imperios agrícolas.

Nuevos intercambios

En 1557 los portugueses obtuvieron de los chinos el permiso para establecer una base comercial en Macao, no lejos del actual Hong Kong, y a partir de ahí, el comercio portugués con Japón creció rápidamente. Los españoles, que viajaban desde México a través del océano Pacífico, establecieron en 1572 su base en la ciudad filipina de Manila. Ambas bases, así como el comercio portugués con los puertos indios y del Sureste asiático, sirvieron de canales para introducir a Asia en el famoso intercambio postcolombino de cosechas y animales iniciado a raíz de los viajes descubridores de Colón. Este intercambio contribuyó considerablemente entre los siglos XVI y XIX al crecimiento de la población y de la producción no sólo en muchas partes de Europa sino también en Asia. El cultivo del maíz y de las patatas dulces o batatas—plantas indígenas americanas—se extendió rápidamente en China, donde ambos cultivos prosperaban bien en las tierras de colinas y suelos pobres que hasta entonces habían sido escasamente cultivadas. Estas cosechas permitieron el asentamiento de nuevas poblaciones en muchas zonas de China y de otras partes de Asia, proporcionando a veces productos que permitían alimentar a la población cuando fallaban otras cosechas. El tabaco, otro producto de origen americano, se extendió

a una velocidad sorprendente por los grandes centros de población y por remotos valles en muchas partes de Asia.

Uno de los efectos más conocidos de la nueva era de las conexiones planetarias después del siglo XVI fue el aumento del volumen de plata transportado hacia todo el mundo desde las minas del Nuevo Mundo. Los historiadores económicos siguen intentando entender los efectos de este flujo de plata que se desplazaba a través del Atlántico hacia Europa. Pero recientemente también se ha descubierto que en el siglo XVII Japón era uno de los principales productores y exportadores de plata; que en parte la plata americana era embarcada desde México por el Pacífico rumbo hacia Manila; y que la plata de Japón, Manila y América terminaba llegando a China. Según ellos, sin la enorme demanda de plata de China, el flujo de plata desde América alrededor del mundo no hubiera seguido manteniéndose durante tanto tiempo como lo hizo. Pero ¿por qué necesitaba China tanto este metal?

China presentaba una larga historia de gobierno eficaz bajo un imperio unificado. Pero entre aproximadamente 1000 a 1400, los beneficios de su productividad se habían visto a veces mermados en unos casos por los efectos de las guerras y en otros por una mala administración. Las guerras civiles de las décadas de 1350 y 1360 que dieron lugar a la caída de la dinastía Yuan dominada por los mongoles habían sido especialmente destructivas. Aunque la siguiente dinastía Ming permitió décadas de gobierno pacífico bajo oficiales estudiosos de Confucio, sin embargo destruyó parte del complejo sistema monetario chino. En China, las pequeñas transacciones se realizaban con monedas de cobre de reducido tamaño que presentaban orificios cuadrados. Las transacciones mayores se realizaban con tiras de 1.000 monedas de este tipo, que nadie deseaba llevar consigo. Hacia 1200, si no antes, los chinos ya utilizaban diferentes formas de papel moneda para sustituir a las grandes cantidades de monedas de cobre. Los chinos gestionaban el papel moneda de forma tan inteligente que la oferta monetaria no crecía a una velocidad suficiente como para generar inflación. Sin embargo, cuando los Ming llegaron al poder no restringieron la emisión de papel moneda y al poco tiempo los comerciantes no lo aceptaban salvo en el caso de que el gobierno les forzara a ello. El resultado fue que a medida que la producción, la población y el comercio aumentaban durante la primer paz Ming, se produjo una terrible escasez de moneda adecuada para las grandes transacciones y para el comercio a larga distancia. Aunque China producía cierta cantidad de plata, esta no resultaba ni mucho menos suficiente. La inmensa demanda de plata estimuló el flujo de este metal procedente de Japón y de América, el cual resultaba indispensable para continuar el vigoroso crecimiento del comercio mundial.

La prosperidad y el crecimiento del comercio producen inestabilidad

En la edad contemporánea y en el mundo actual los líderes políticos casi siempre han favorecido el crecimiento económico porque han entendido que mejoraba la estabilidad política y aumentaba la aceptación de sus gobiernos. Sin embargo, en muchos estados preindustriales la prosperidad y el crecimiento del comercio y de la población han producido inestabilidades y problemas. Algunos estados europeos, como por ejemplo la Gran Bretaña del siglo XVIII, consiguieron evitar estos problemas aplicando estrategias mercantilistas tales como la aplicación de impuestos a sectores en crecimiento de sus economías y utilizando el poder del Estado para apoyar a sus comerciantes frente a la

competencia internacional. Sin embargo, estas opciones no resultaban viables en la mayoría de los florecientes y sofisticados estados de Asia que, establecidos mediante la guerra y en absoluto democráticos, estaban basados en valores agrícolas compartidos por la mayoría de su gente. Los agricultores temían ver sus campos pisoteados por los ejércitos y odiaban ver que el producto de su trabajo fuera a manos del recaudador de impuestos. Los comerciantes deseaban transportar sus mercancías sin problemas de bandidos o de recaudadores de impuestos. Los gobernantes intentaban mantener la paz y el orden al máximo en su imperio, a diferencia de las zonas de estados-nación, como las europeas, que se encontraban en constante lucha y confrontación. La ampliación del comercio mundial hacia Asia y el consiguiente aumento de la población estableció numerosos retos para los principales imperios agrícolas.

Para conseguir sus objetivos agrícolas imperiales, la dinastía Ming disponía de la ventaja de un idioma y una cultura comunes en una gran extensión de terreno, y de valores confucianos comunes compartidos por gobernantes, élites locales y también en gran medida por granjeros y comerciantes. Para mantener la paz y el orden en sus inmensos dominios, el gobierno podía apoyarse en la élite local y mediante su sistema de exámenes civiles podía, a su vez, dirigir las ambiciones políticas de la élite.

Los efectos del crecimiento del comercio, la producción y la población para la China de la dinastía Ming son claros. A medida que aumentaba la circulación de la plata, se recogían más impuestos en plata que en grano, tejidos o servicios de mano de obra. A medida que subían los precios, los impuestos fijos iban resultando menos adecuados para apoyar al gobierno y la corrupción iba apareciendo a medida que los oficiales luchaban por vivir con salarios inadecuados. Los intentos del gobierno central por encontrar nuevas fuentes de ingresos fueron duramente criticados. En el siglo XVII China sufrió una rápida urbanización. En las ciudades comenzó a surgir un consumismo despilfarrador y un pensamiento anticonvencional. La población se apasionaba por los libros, el arte, los jardines, el teatro y los vestidos elegantes. Algunas personas abandonaron a sus familias y sus carreras y otros se afiliaron a variantes nuevas y extrañas del budismo y del taoísmo o adoptaron un comportamiento sexual anticonvencional. Entretanto las arcas del gobierno habían quedado prácticamente exhaustas.

En la década de 1620 la dinastía Ming se vio agitada por rebeliones en el noroeste, líderes militares semi-independientes en diferentes zonas, y una amenaza creciente del pueblo manchú más allá de la frontera nororiental. Durante la década de 1640 cayó la dinastía y los rebeldes ocuparon la capital. A continuación los manchúes y sus numerosos aliados chinos conquistaron rápidamente todo el imperio, estableciendo la nueva dinastía Qing. El poder Qing se hizo sentir hasta el interior de Asia, más allá de las actuales fronteras de la República Popular de China. Durante la gran paz Qing de la década de 1700, el aumento de las cosechas de alimentos americanos y el continuo flujo de plata hacia China, en gran parte como intercambio de exportaciones de té, contribuyeron a mantener el crecimiento comercial y a doblar la población china. Este fue uno de los mayores logros en cuanto a construcción de un estado por un imperio agrícola.

Los imperios mogol y otomano

Los chinos gozaron de una unidad cultural que les permitió hacer frente a los retos del crecimiento económico y de población, pero los gobernantes de otros grandes imperios agrícolas utilizaron otros medios. Los mogoles, gobernantes de una parte creciente del subcontinente indio, eran musulmanes, pero la mayoría de sus súbditos eran hindúes. Los otomanos gobernaban en Oriente Próximo sobre grandes poblaciones de cristianos de distintas iglesias, así como a judíos y musulmanes con una gran variedad lingüística y cultural. Para mantener la paz entre estos diferentes pueblos sin aumentar el tamaño de sus burocracias, los mogoles y los otomanos supieron mejor que los Ming delegar la autoridad en líderes de confianza de las comunidades religiosas, étnicas y lingüísticas. Todos los imperios agrícolas, creados mediante conquista militar, mantenían grandes fuerzas militares, pero intentaban reducir al mínimo la carga impositiva para la financiación de gastos militares. Para mantener la mayor parte de sus ejércitos los otomanos y los mogoles no recaudaban impuestos para pagar a sus soldados, sino que asignaban tierras, cuyos ingresos permitían mantener al jefe y a sus hombres.

A diferencia de los Ming, el Imperio otomano no se hundió totalmente en el siglo XVII pero el crecimiento de la población y la comercialización causaron grandes tensiones. Las concesiones de tierra para mantener las fuerzas militares fueron convertidas en estados privados sometidos a tributación. Los oficiales de provincias, apoyándose en la nueva riqueza de sus zonas, desafiaron al gobierno central. Los jenízaros, soldados profesionales a tiempo completo que protegían la capital Estambul, intervinieron repetidamente y de forma violenta en la política. Los problemas fueron especialmente graves cuando los otomanos fueron derrotados a las puertas de Viena en 1683 y a continuación perdieron gran parte de su territorio de los Balcanes. Sin embargo, el régimen consiguió encontrar un nuevo liderazgo para mantenerse en el poder, básicamente sin reformas pero aún con fuerza, hasta el siglo XVIII.

En el subcontinente indio, un modelo similar de crecimiento del comercio y la población tuvo consecuencias más dramáticas. Los gobernantes mogoles pasaron a finales del siglo XVII de su inicial tolerancia multinacional al islamismo más estricto del emperador Aurangzeb. Guerreros indostanos se rebelaron en la parte occidental de India y crearon la nueva monarquía maratha, a menudo ligeramente centralizada, pero que a la larga constituyó un importante desafío para los mogoles. Además, los gobernadores provinciales a menudo se consideraban semi-independientes apoyados en la creciente riqueza de sus propios territorios. Por otra parte, los afganos y los persas invadieron el norte del país y los sijs en el norte y los gobernantes de Mysore en el sur desafiaban también al gobierno mogol. Más tarde, en las décadas de 1750 y 1760, los británicos consiguieron una gran parcela de poder en Bengala. Utilizando a los burócratas, las tropas indias y los métodos indios de recaudación de ingresos y reforzados también por su ejército, disciplina militar y fuentes externas de riqueza y poder, los británicos lograron crear un centro de poder regional en India, llegando en el siglo siguiente a dominar el subcontinente. Nada de esto hubiera podido tener lugar sin los nuevos ingresos procedentes del comercio global y sin el crecimiento de la mano de obra debido al boom de población, posibles gracias a las políticas agrícolas imperiales de los mogoles y que quedaron a disposición de sus competidores regionales.

Crecimiento japonés

Japón también jugó su papel en este mundo cada vez más interrelacionado. A finales del siglo XVI el antiguo orden feudal japonés se había hundido totalmente y los gobernantes regionales daimio intentaron desarrollar enérgicamente la riqueza y el poder de sus bases regionales. Para ello dieron la bienvenida a comerciantes portugueses y chinos en sus puertos. Japón importó sedas chinas y las pagó en gran parte con plata de su propia producción minera en desarrollo. Los guerreros y comerciantes japoneses se dirigieron hacia las aguas del sudeste asiático. Los japoneses y otros comerciantes extranjeros establecieron una base principal en la zona del actual Da Nang en Vietnam, pudiéndose encontrar comerciantes y mercenarios japoneses en Manila, islas de las Especias, Ayutthaya y la Batavia holandesa.

Ya en ese momento, muchos japoneses habían sido atraídos por el catolicismo durante su estancia en puertos meridionales y en viajes al extranjero. A medida que la nueva fe se extendía por el interior del país, el general Toyotomi Hideyoshi y sus sucesores llegaron a considerar este hecho como un grave símbolo de contaminación cultural y de influencia española y portuguesa. Bajo el nuevo régimen centralizador de los sogunes de la dinastía Tokugawa, se prohibió el catolicismo en diferentes fases, los conversos japoneses fueron ejecutados o forzados a retractarse y los misioneros fueron expulsados o ejecutados. Además, se prohibió al pueblo japonés la salida al extranjero y sólo se permitió un intercambio comercial muy vigilado y regulado con chinos y holandeses en Nagasaki. A finales del siglo XVII y principios del XVIII Japón experimentó un crecimiento económico y un proceso de urbanización muy rápidos. A diferencia de lo que ocurría en la mayor parte del mundo, cada vez con mayor interactividad, los extranjeros casi no visitaban las principales ciudades de Japón. En Nagasaki, los oficiales de los sogunes Tokugawa interrogaban a todos los capitanes de barcos holandeses y chinos y vigilaban muy de cerca los cambios que se producían en el resto del mundo, aunque manteniéndolos a distancia.

El dominio de las compañías europeas

En el siglo XVII las islas de las Especias, que habían sido el objetivo inicial de Vasco da Gama y de otros exploradores que le siguieron por el océano Índico, cayeron bajo el estricto y brutal control de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Los directores de esta compañía tardaron mucho tiempo en darse cuenta que las islas no eran la mayor fuente de beneficios e intercambio en Asia o entre Asia y Europa. Los holandeses dedicaron enormes esfuerzos a intentar conquistar todos los puertos en los cuales los competidores podían encontrar suministros de especias violando sus monopolios. Para ello conquistaron algunos puertos clave tales como Malaca, Yakarta y Banten, en Java; y Makasar, en la isla Célebes. Para resistir la agresión holandesa otras ciudades portuarias centralizaron sus organizaciones políticas y reforzaron sus ejércitos y armadas. Aceh, en el extremo norte de Sumatra, fue una plaza fuerte musulmana. Ayutthaya, capital del reino de Siam, mantuvo alejados a los extranjeros y su comercio se mantuvo rico y activo. Pero a la larga, ninguna de las cambiantes condiciones políticas y económicas en el sudeste asiático pudo resistir el dominio holandés o reducir el creciente poder de los ingleses a finales del siglo XVIII.

A principios del siglo XIX estaba claro que Asia era una región profundamente afectada por la introducción de las cosechas americanas, la plata americana y el poder europeo. El

vigor de las economías china e india y los grandes logros de paz y estabilidad de los imperios agrícolas de la dinastía china Ming, de los mogoles y de los otomanos permitió a los comerciantes transportar sus mercancías y a los granjeros cultivar sus cosechas antiguas y nuevas. El mundo se había convertido finalmente en un mercado global. La política internacional ya no sería nunca más la misma.

Acerca del autor: John E. Wills, Jr., es profesor de historia en la Universidad del Sur de California, en Los Ángeles, y entre sus obras se incluyen *1688: A World History* y *Mountain of Fame: Portraits in Chinese History*.

La época de las migraciones masivas ultramarinas

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En el presente ensayo, David Northrup, del Boston College, describe las migraciones masivas llevadas a cabo entre 1750 y 1914, estudiando las diferentes razones por las cuales personas de todo el mundo emigraron a lugares remotos y estableciendo comparaciones entre las distintas experiencias.



Inmigración hacia Estados Unidos

La isla de Ellis, situada en la bahía de Nueva York, es un símbolo de la inmigración hacia Estados Unidos. En ella estuvo situado el centro de inmigración que, entre 1892 y 1954, controló la entrada de casi 20 millones de inmigrantes a este país. En 1990, después de ocho años de reformas, el antiguo centro se convirtió en un museo.

La época de las migraciones masivas ultramarinas

Por David Northrup

Durante el siglo XIX proliferaron las emigraciones a ultramar. Decenas de millones de europeos, asiáticos y africanos se embarcaron en busca de trabajo y asentamiento en tierras remotas, llegando en algunos casos hasta el otro lado del mundo. Estos inmigrantes y sus descendientes aumentaron de forma notable la población autóctona y transformaron

la mezcla de gentes y culturas en muchas partes del mundo, y más aún en América. El legado de este movimiento de personas sin precedentes continúa vigente en la actualidad.

Razones para la emigración

Cuatro circunstancias provocaron este movimiento demográfico masivo. La primera fue la creciente pobreza en Europa y Asia, originada por el rápido crecimiento de la población, las guerras, el malestar social, el hambre y el desempleo. Estas condiciones impulsaron a mucha gente a abandonar sus hogares en busca de una vida mejor, ya fuera en algún lugar próximo o en alguna región remota del planeta.

A diferencia de las condiciones de pobreza que debían afrontar en sus países de origen, las tierras a las que emigraron prometían un empleo estable, salarios más elevados y un territorio donde asentarse. Este fue el segundo factor que originó la migración masiva de la época. La existencia de enormes territorios nuevos para colonizar en Estados Unidos y Canadá, así como en Sudamérica, Australia y otros lugares, atrajo a millones de europeos. La expansión económica que convirtió a Estados Unidos en la primera potencia industrial del mundo hacia 1900 creó millones de nuevos puestos de trabajo con unos salarios muy superiores a los existentes en otros continentes. Multitud de asiáticos y africanos se sintieron atraídos por la floreciente economía de las plantaciones en zonas tropicales, aún cuando algunos prefirieron competir en otros lugares con los europeos por los puestos de trabajo en la minería y la construcción de ferrocarriles.

Otro de los factores que favoreció la migración a ultramar fue el notable desarrollo de los viajes transoceánicos. Las nuevas técnicas de construcción naval permitieron fabricar veleros de madera de mayores dimensiones, capaces de transportar un mayor número de pasajeros. Estos veleros surcaban los mares a mayor velocidad gracias a sus enormes velas tensadas sobre mástiles más altos. La robustez de los barcos, así como su velocidad y capacidad fueron en aumento a medida que se aproximaba el final de siglo, momento en el que los cascos de acero sustituyeron a los de madera. La utilización de motores a vapor redujo aún más la duración de los viajes, si bien fueron precisas varias décadas de perfeccionamiento antes de que tales mecanismos resultaran prácticos para viajes prolongados.

Por último, la nueva legislación consiguió que los viajes transoceánicos fueran menos peligrosos. A medida que aumentaba el número de viajeros, las autoridades iban aprobando leyes y disposiciones para proteger a los pasajeros. Algunas reglamentaciones regulaban la fiabilidad de navegación de los barcos, mientras que otras hacían referencia a la sanidad y la seguridad de los pasajeros. Los barcos grandes debían ofrecer a cada viajero una cantidad mínima de espacio vital, abundante alimento y agua, instalaciones higiénicas apropiadas y atención médica cualificada. Gran Bretaña, a la vanguardia de este fenómeno, aprobó entre 1803 y 1855 seis leyes en favor de los pasajeros. Más tarde otros países adoptaron medidas similares, si bien no siempre fueron tan estrictos a la hora de llevarlas a la práctica.

A pesar de estos avances, los emigrantes transoceánicos hubieron de afrontar multitud de riesgos. Los barcos eran más robustos y seguros que los balandros de épocas anteriores, pero muchos de los pasajeros continuaban padeciendo mareos en situaciones de mar gruesa y de tormenta. Mayor gravedad revestía el hecho de que en los barcos atestados de

viajeros las enfermedades se propagaban con gran facilidad, provocando multitud de fallecimientos a pesar de los denodados esfuerzos realizados por el personal médico. También era muy elevada la tasa de mortalidad en algunos grupos de inmigrantes debido a enfermedades desconocidas en condiciones climatológicas novedosas. Por todas estas razones, la idea de emigrar a ultramar exigía una gran dosis de valor.

Tipos de emigración

Para la mayoría de las personas la decisión de emigrar a ultramar era totalmente voluntaria. Sin embargo, fueron muchos los que se vieron obligados a partir en contra de su voluntad. Millones de africanos fueron arrebatados a la fuerza de sus hogares para ser vendidos como esclavos. Miles de europeos fueron enviados al exilio por criminalidad. Miles de asiáticos y aborígenes de las islas del Pacífico fueron raptados o engañados para incorporarles a los barcos de trabajos forzados.

Gentes de todas las clases sociales participaron en estos movimientos migratorios, pero la mayoría de los que lo hicieron voluntariamente eran pobres. Los más míseros no eran capaces ni de costearse el pasaje a ultramar, ni siquiera en los dormitorios abiertos conocidos como de tercera clase (cubierta). Los gobiernos de Australia, Brasil y otras zonas despobladas, así como las compañías de ferrocarriles de Estados Unidos, subvencionaban la inmigración de colonos europeos. Los gobiernos y organizaciones benéficas europeas también subvencionaban el viaje a gente pobre, pero la mayoría de los pasajeros habían de viajar con dinero prestado. Algunos conseguían préstamos de otros miembros de la unidad familiar que debían restituir en la medida de sus posibilidades. Otros lo tomaban prestado de gente desconocida bajo condiciones severas para asegurarse su devolución. Muchos chinos emigrantes contraían deudas con contratistas particulares a quienes debían restituir la deuda detrayéndolo del salario que ganaban en ultramar. Dos millones de emigrantes (la mayoría procedente de Asia) partieron a territorios de ultramar con contratos de trabajo por varios años para poder sufragar el pasaje a su nuevo destino.

Los europeos solían emigrar con toda la familia. Las migraciones africanas reflejaban la composición porcentual del comercio de esclavos, unas 50 mujeres por cada 100 hombres. Pero en casi todas las rutas de migración predominaban los hombres solteros. Muchas de las corrientes migratorias estaban formadas casi exclusivamente por hombres, tales como las emigraciones chinas bajo contratos de trabajo por varios años hacia América Latina, así como los varones de infinidad de nacionalidades que acudieron atraídos por la fiebre del oro a California entre 1848 y 1850, a Australia entre 1851 y 1853, a Suráfrica entre 1884 y 1889 y al río Klondike canadiense entre 1897 y 1898. No obstante, una vez asentados en los territorios de ultramar, muchos de ellos hacían acudir a sus esposas o prometidas. Otros elegían “novias por correspondencia” en carpetas llenas de fotografías de mujeres deseosas de emigrar. La emigración de las mujeres resultaba más problemática debido a la ideología tradicional. Sin embargo, los gobernantes británicos dispusieron que 40 mujeres debían acompañar a cada 100 hombres que emigraban de India hacia territorios lejanos con contratos de trabajo por varios años, aumentando así notablemente las oportunidades de las mujeres de cara a iniciar una vida nueva por cuenta propia. El incremento de la proporción de la población femenina vino a fomentar asimismo la vida familiar entre la mano de obra de ultramar.

Migraciones africanas

La primera migración ultramarina a gran escala fue el trasvase obligado de africanos al mundo de la esclavitud en el continente americano. Entre 1750 y 1800, los traficantes de esclavos deportaron más de 3,5 millones de africanos a varios destinos de Sudamérica, el Caribe y Norteamérica. Aún cuando a principios del siglo XIX Estados Unidos, Inglaterra y algunos otros países europeos declararon ilegal el comercio de esclavos hacia el otro lado del Atlántico, entre 1801 y 1867 cruzaron el océano Atlántico más de 3 millones de africanos, la mayoría hacia Brasil y Cuba.

Las condiciones de hacinamiento y mortandad fueron mucho más graves en los viajes transatlánticos de esclavos que en cualquier otra ruta migratoria. Los esfuerzos británicos por reducir el hacinamiento durante la década de 1790 no se vieron secundados generalmente por otros países. Incluso después de que algunas naciones hubieran declarado ilegal el tráfico de esclavos, se siguieron transportando muchos africanos al otro lado del océano. Algunos traficantes de esclavos utilizaban veleros más rápidos para escapar de las patrullas, mientras que otros repartían el cargamento humano entre diferentes barcos pequeños, de manera que una patrulla no pudiera confiscarlo todo de golpe. Esta última estratagema agravó el hacinamiento y en ocasiones ocasionó un aumento de la mortalidad.

Sin embargo, el destino de las decenas de miles de africanos rescatados por las patrullas inglesas rara vez se traducía en su vuelta al hogar. Muchos de estos africanos liberados apenas tenían otra opción que firmar contratos de trabajo por varios años en las plantaciones de la cuenca del Caribe una vez rescatados de la esclavitud. Por consiguiente, la emigración africana realmente voluntaria durante este periodo fue mínima.

Emigración europea

Hasta 1830 al continente americano llegaban cuatro esclavos africanos por cada inmigrante europeo. Más adelante, la migración europea voluntaria hacia el otro lado del Atlántico se multiplicó cuando se puso fin al tráfico de esclavos africanos. De los 50 millones de personas que abandonaron Europa en busca de un destino en ultramar entre 1815 y 1930, más de la mitad emigraron a Estados Unidos, aunque Argentina, Brasil y Canadá también acogieron a un gran número de inmigrantes europeos. Prácticamente la mitad de ellos procedían de las islas Británicas y de otras partes de Europa septentrional. Una tercera parte eran europeos meridionales y el resto, oriundos de Europa central y oriental.

Los europeos emigraban huyendo de las calamidades, tales como el desastre de la cosecha de la patata en Irlanda entre 1845 y 1849, o para iniciar una nueva vida en tierras que prometían mayores oportunidades. Las guerras impulsaron a otros muchos a partir, lo mismo que los conflictos sociales ocasionados por la concentración de la propiedad de las tierras y por la difusión de la industrialización. Al igual que en cualquier otro lugar del mundo, aquellos que se aventuraron a cruzar el océano formaban parte de un movimiento más amplio que barrió la faz de Europa.

Los europeos que atravesaron el Atlántico norte lo hicieron de forma rápida y con relativa comodidad y seguridad en comparación con las interminables singladuras a vela hasta

Australia. Los grandes vapores que transportaban pasajeros a Norteamérica viajaban a menudo con el pasaje a medio ocupar, ya que tenían asegurado un valioso cargamento de madera o grano americano para el trayecto de vuelta. En consecuencia, incluso los pasajeros de tercera (cubierta) disfrutaban de un acomodo más amplio que los emigrantes no europeos.

Los emigrantes europeos pertenecían a todas las clases sociales. Algunos invirtieron grandes cantidades de dinero en la floreciente industria de Estados Unidos, mientras que otros, con menor capacidad adquisitiva, compraron tierras a bajo precio en regiones que entonces se ofrecían para su colonización. Los grupos de inmigrantes a menudo consiguieron preservar su lengua, religión y costumbres al concentrar su asentamiento en una misma zona de Norteamérica. En la actualidad existen todavía zonas rurales del medio-oeste de Estados Unidos que presentan una elevada concentración de descendientes de inmigrantes alemanes o escandinavos. Los indigentes inmigrantes procedentes de Irlanda, el sur de Italia y Europa oriental, ante la imposibilidad de adquirir tierra, aceptaron trabajos pobemente remunerados en las zonas urbanas, especialmente en las ciudades de la costa este norteamericana.

Aún cuando la inmensa mayoría de los europeos emigraron libremente, existieron, sin embargo, notables excepciones. Cerca de 150.000 presidiarios británicos fueron deportados por orden judicial a las colonias australianas. Los gobiernos portugueses y franceses transportaron a varios miles a las colonias penales en África y Sudamérica. Además, decenas de miles de europeos indigentes se comprometieron a trabajar en las plantaciones del Caribe y Hawái con contratos de trabajo por varios años.

Migraciones asiáticas

Decenas de millones de emigrantes de este periodo procedían de Asia oriental y meridional. Los asiáticos que abandonaban sus hogares, en mayor medida que los europeos, se hallaban ligados por contratos de trabajo y estaban dispuestos a viajar distancias mayores y a trabajar en las plantaciones de las regiones tropicales. El afán por escapar de la miseria era mucho más notable en los territorios de mayor densidad de población e indigencia de la India y China del siglo XIX que en Europa. Los asiáticos hubieron de afrontar frecuentes hambrunas, conflictos políticos y crisis económicas. Estas condiciones, lo mismo que en Europa, originaron grandes movimientos demográficos internos, incluidas las migraciones desde zonas rurales a localidades portuarias. Tan sólo una parte de los individuos afectados emigró a ultramar, si bien el número de los que lo hicieron fue bastante apreciable.

La mayoría de indios que emigraron a ultramar lo hicieron a lugares en y allende el océano Pacífico. Partieron hacia las plantaciones de caña de azúcar en las islas africanas meridionales de Mauricio y Reunión y la colonia inglesa de Natal, las plantaciones de té en Ceilán (actualmente Sri Lanka), las de arroz en Birmania, hacia la península Malaca y hacia el África Oriental Británica como mano de obra para los ferrocarriles. Estas migraciones más cortas se realizaban a menudo en barco de vapor. Pero más de 600.000 indios se embarcaron para desplazamientos mucho más prolongados a bordo de veleros en busca de trabajo en las plantaciones de caña de azúcar de varias colonias europeas en la cuenca del Caribe y en las Fiji británicas del Pacífico sur.

Los asiáticos orientales también emigraron en grandes colectivos. Varios millones de chinos se trasladaron a ultramar para trabajar en diferentes colonias del Sudeste asiático, la mayoría vinculados por algún tipo de contrato laboral. Cerca de 300.000 japoneses y chinos emigraron a Hawái después de 1850 para trabajar en las nuevas plantaciones de caña de azúcar de las islas. Algunos prosiguieron luego hasta Norteamérica, uniéndose al más de medio millón de asiáticos orientales que habían llegado directamente hasta allí. Unos 300.000 chinos y más de 40.000 nipones viajaron hacia América Latina y las Indias Occidentales.

Las condiciones que hubieron de afrontar los emigrantes asiáticos variaban ampliamente dependiendo de los distintos destinos. A pesar de la dureza del trabajo imperante, Hawái constituía todo un paraíso con un clima saludable, salarios comparativamente elevados y buenos enlaces para retornar a Asia o continuar viaje hasta Norteamérica. Por el contrario, la mano de obra de las plantaciones de azúcar en el Caribe y el océano Índico recibía mucho peor trato y salarios mucho más bajos. Algunos chinos que trabajaban en la extracción de guano, excremento de ave utilizado como abono, en las islas desiertas frente a las costas de Perú acabaron suicidándose por culpa de las condiciones de vida verdaderamente terroríficas. Los chinos que optaron por ganarse la vida en el oeste americano gozaron de mejores oportunidades, pero fueron víctimas de episodios de violenta intransigencia racial a manos de los inmigrantes europeos. Por último, los asiáticos en las lejanas ciudades tropicales perecieron a menudo masivamente por culpa de enfermedades extrañas.

Las condiciones podían variar ocasionalmente debido a la supervisión gubernamental. Gran parte de la emigración india fue supervisada de cerca por Gran Bretaña y sus distintos gobiernos coloniales. Los funcionarios se preocuparon de que los trabajadores entendieran los términos de sus contratos, de que se encontraran en buena forma física, de que viajaran en condiciones seguras y de que se les tratara debidamente en sus lugares de trabajo. El gobierno japonés realizó una labor concienzuda seleccionando a los trabajadores reclutados en las islas y autorizando a los armadores japoneses el transporte transoceánico. China, sin embargo, prohibió la emigración a ultramar. Pero en los años anteriores a 1870, el débil gobierno chino ni aplicó tal prohibición ni adoptó ninguna medida eficaz para garantizar que los chinos que emigraban lo hicieran de forma voluntaria. Cuando finalmente, a principios de la década de 1870, las autoridades chinas investigaron las condiciones de los trabajadores chinos contratados por varios años en Cuba, Perú y México, quedaron tan conmocionadas que China vetó cualquier migración posterior bajo contrato de trabajo a América Latina.

Comparaciones y conclusiones

Algunos historiadores distinguen entre los emigrantes trabajadores, en su mayoría asiáticos, que marchaban al extranjero únicamente para trabajar durante un cierto tiempo, y los colonizadores, principalmente europeos, cuya intención consistía en asentarse en las colonias de manera definitiva. Sin embargo, las circunstancias reales de las vidas de los emigrantes a menudo dificultan dicha diferenciación. Por ejemplo, la mayoría de los africanos se convirtieron en colonos cuando se puso fin a la esclavitud. Muchos de los asiáticos que abandonaron sus hogares con la intención de permanecer en ultramar sólo el tiempo necesario para ahorrar el dinero necesario que les permitiera volver a sus países,

también acabaron por asentarse definitivamente en territorios de ultramar. Por otra parte, muchos de los europeos que emigraron con la intención de establecerse permanentemente en territorios lejanos, cambiaron de idea y regresaron a sus lugares de origen.

Algunos individuos decidieron quedarse o retornar por razones personales tales como la enfermedad de un pariente, la añoranza del propio hogar o el deseo de hacer ostentación de las riquezas acumuladas. A veces el objetivo de asentarse en otro país era iniciar una nueva vida y formar una familia. En otros casos, los inmigrantes apenas pudieron decidir acerca de su futuro. Mientras existió la esclavitud, los africanos no tuvieron ninguna oportunidad para marcharse. Después de la emancipación, la mayoría de ellos permaneció en el país donde habían trabajado, si bien algunos negros libres consiguieron retornar a África. Los inmigrantes europeos en Australia, Estados Unidos y Canadá aprovecharon el poder político para expulsar a los inmigrantes procedentes de Asia y las islas del Pacífico o para restringir los derechos a convertirse en ciudadanos de igual rango.

A pesar de las tragedias y penurias, el proceso de migración en esta época transformó muchas partes del mundo. Norteamérica y Brasil se hicieron menos africanas y más europeas. En Australia y Nueva Zelanda los europeos sobrepasaron ampliamente a la población indígena. Incluso entre los asiáticos con contratos de trabajo de varios años y con derecho a pasaje de vuelta a casa, muchos optaron por asentarse definitivamente en unas colonias que les proporcionaban incentivos económicos suficientes para quedarse. Hacia 1920 los colonos indios en las colonias africanas de Natal y Kenia superaron en número a los europeos, con más del 40% de la población en Fiji y en otras partes del Caribe. Los asiáticos orientales también se asentaron en gran número en ciertos lugares y en 1920 representaban una población mayoritaria en Hawái y en ciertas ciudades del Sureste asiático.

Las migraciones debidas a la necesidad de escapar de unas condiciones miserables o de buscar un trabajo mejor y una casa nueva transformaron el aspecto de muchas regiones del mundo. La innovadora tecnología de transporte, con mejores barcos, incrementó notablemente el número de migraciones en aquella época. Actualmente siguen existiendo movimientos migratorios, pero en circunstancias distintas. Aunque los colectivos de personas que emigran actualmente por aire o por mar son diferentes, sus motivaciones siguen siendo similares en cuanto al deseo de escapar de la pobreza o la opresión o de iniciar una nueva vida mejor. Todos los emigrantes, no obstante, transforman los lugares a donde llegan y, a su vez, se ven modificados por las nuevas experiencias.

Acerca del autor: David Northrup es profesor de Historia en el Boston College. Es autor, entre otras publicaciones, de *Indentured Labor in the Age of Imperialism, 1834-1922*.

Contradicciones de la Ilustración: la independencia de Haití

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Alan Karras, de la Universidad de California, examina la aparente contradicción que subyace en el hecho de que los revolucionarios estadounidenses y franceses, que aplicaron a sus respectivas luchas la misma filosofía proveniente de la Ilustración, rechazaran apoyar a otros grupos imbuidos por idénticas ideas.



El segundo Congreso Continental

El segundo Congreso Continental, constituido por unos 50 delegados de las colonias norteamericanas, se reunió el 10 de mayo de 1775, en medio de un ambiente de agitación proclive a la rebelión contra Gran Bretaña. El Congreso votó a favor de la independencia nacional el 2 de julio de 1776 y adoptó la Declaración de Independencia el 4 de ese mismo mes. Durante esta sesión, el Congreso se erigió como gobierno supremo de las colonias, asignó a Washington la misión de formar un Ejército Continental, emitió papel moneda y estableció gobiernos locales.

Contradicciones de la Ilustración: la independencia de Haití

Por Alan Karras

La revuelta de los esclavos de Haití (1791-1804) revela una paradoja de la historia: ¿Por qué toda una generación de revolucionarios norteamericanos y franceses apoyó los ideales

radicales de libertad e independencia oponiéndose al mismo tiempo a la emancipación de los esclavos en Haití?. La respuesta es que los intelectuales del siglo XVIII daban a esos conceptos significados muy concretos y excluían de ellos a algunas personas. Sin embargo, esto no estaba tan claro para los esclavos africanos que trabajaban en la colonia caribeña de Santo Domingo (en la isla de La Española) perteneciente a Francia, quienes pensaban que esos derechos también le amparaban. La historia de su insurrección da buen ejemplo de cómo y por qué motivos los ciudadanos franceses y norteamericanos exigían la liberación absoluta del gobierno tiránico, y a la vez defendían el mantenimiento de la esclavitud.

Con la revolución científica de finales de siglo XVII, los europeos investigaron fenómenos como el movimiento de los planetas, la circulación de la sangre, y la composición de la materia. La indagación racional, que produjo avances que fueron preservados y enseñados, permitió a los europeos postular nuevas ideas acerca del mundo en el que vivían. Surgieron nuevos patrones y explicaciones, al tiempo que muchas ideas anticuadas fueron revisadas, comprobadas y posteriormente descartadas. Quizás la idea más importante que surgió de tal investigación científica fue, sin embargo, que esa investigación e indagación conduciría a una verdad universal.

A lo largo del siglo XVIII, los intelectuales europeos aplicaron los procesos de investigación racional y científica a la condición humana, tal y como la conocían. En otras palabras, buscaban verdades y principios absolutos que se reflejaran en la sociedad. Compilaron diccionarios y articularon teorías que creían podrían aplicarse a todas las sociedades en cualquier época. Pensadores ilustrados como John Locke en Inglaterra, Adam Smith en Escocia, Voltaire en Francia y muchos otros por toda Europa, exploraron la relación entre los individuos y las sociedades en que vivían. Creían que era posible mejorar, si no hacerla perfecta, cualquier sociedad para que funcionara racionalmente en beneficio de los vivían en ella. Lo que estos pensadores descubrieron, sin embargo, permanecía en la esfera de lo abstracto, lo inaplicable e indemostrable.

Revoluciones ilustradas

En los años inmediatamente anteriores a la revolución estadounidense, asociada a la guerra de la Independencia (1775-1783), algunos ciudadanos destacados de las colonias británicas de Norteamérica, se dieron cuenta de que el gobierno de Londres no estaban cumpliendo sus promesas y obligaciones para con las colonias. El sentimiento antibritánico creció durante este periodo, aunque estaba más extendido entre ciertos grupos (comerciantes por ejemplo) que entre la población general. Finalmente, en 1776, el Congreso Continental se reunió en Filadelfia y redactó la Declaración de Independencia. Este documento enumeraba los motivos de queja contra el Estado británico y disolvía formalmente los vínculos entre las colonias norteamericanas británicas y Gran Bretaña. Después de una sangrienta guerra, surgió una nueva entidad política: Estados Unidos de América.

La Declaración de Independencia, haciendo uso de las ideas ilustradas, articulaba una exposición meridianamente clara de la teoría filosófica y política en la que debía basarse el nuevo gobierno. De hecho, la revolución norteamericana fue el primer acontecimiento político de importancia para poner en práctica las hasta entonces inaplicadas ideas y

métodos de la Ilustración y su validez. En el núcleo de esta justificación racional había una serie de palabras: *libertad*, *fraternidad* e *independencia*. Cada término tenía un significado concreto en la Europa del siglo XVIII; en algunos casos, sin embargo, la revolución norteamericana cambió, o al menos modificó el concepto popular de su definición.

Es por la Declaración de Independencia por lo que tendemos a asociar *independencia* con política. Y ello se debe principalmente al significado que otorgaron al término quienes redactaron y firmaron la declaración. Pero ello no respondía en realidad a la concepción que muchos, por no decir la mayoría de los americanos del XVIII tenían de la independencia. De hecho, cuando se discutía sobre la independencia, la mayor parte de ellos pensaba en la condición económica. Ser independiente significaba tener autosuficiencia económica para vivir sin estrecheces y sin depender del trabajo para obtener ingresos. Independencia significa autonomía monetaria.

Durante la etapa revolucionaria estadounidense, muchos colonos americanos se convencieron, para bien o para mal, de que para lograr la independencia económica individual, era necesario llegar colectivamente a la independencia política de Gran Bretaña. De hecho, la creencia de que la guerra era una lucha para lograr que todos los americanos fueran independientes, incrementó seguramente el apoyo popular a aquélla en las colonias. Sin embargo, para buena parte de ellos sólo llegaría una decepción.

En esa época, la mejor manera de conseguir la independencia económica era mediante la posesión de tierra. La tierra podía generar un ingreso sin que fuera necesario que los propietarios la trabajaran personalmente; otros harían esa tarea por ellos. La tierra, sin embargo, era un bien escaso. Así que, pronto para muchos residentes de los recién creados Estados Unidos quedó claro que aunque se había logrado la independencia económica de Gran Bretaña, la independencia económica para todos los americanos no venía inmediatamente después. La tierra no fue redistribuida ni tampoco sus beneficios. Es más, algunas personas se fueron dando cuenta, de lo que ahora está claro para los historiadores, que para que algunos individuos tuvieran independencia económica, otros debían seguir siendo dependientes, trabajando a cambio de su sustento. Esta lógica se aplicó con más claridad a la esclavitud. Los revolucionarios americanos, especialmente los propietarios de la tierra, entendían que para conservar su independencia económica, los esclavos debían continuar trabajando la tierra. La economía norteamericana estaba, después de todo, basada en gran medida en la agricultura.

Las ideas generadas en Norteamérica como resultado del conflicto, cruzaron el Atlántico y llegaron a Francia, donde se confrontaron con la monarquía absoluta. Al igual que la lucha estadounidense, la Revolución Francesa generó una serie de manifiestos que utilizaban un lenguaje universalista. La falta de especificidad de términos como *liberté*, *égalité* y *fraternité* ('libertad', 'igualdad', y 'fraternidad') permitían que cada persona los entendiera de modo diferente. Pocos discutían las ideas mismas, pero en su aplicación práctica surgieron los problemas. Por ejemplo, ¿*égalité* implicaba igualdad para todos los residentes en Francia? ¿O se limitaban a quienes eran propietarios? ¿Qué ocurría con las personas que no eran francesas, pero vivían en Francia o en sus colonias? ¿Qué clase de *liberté* esperaban recibir? No sólo los norteamericanos más pobres se dieron cuenta de que la revolución estadounidense no iba a cambiar las circunstancias materiales de sus vidas,

muchos pobres que vivían en Francia y en sus colonias descubrieron que la retórica de la Revolución Francesa no era tan universal como en un principio parecía.

En ningún sitio se hizo tan patente esto como en la colonia francesa de Santo Domingo, la colonia más próspera de toda América, situada en la parte occidental de la isla de La Española en las Indias Occidentales (Antillas). Entre 1791 y 1803, tuvo lugar allí la mayor y más exitosa revuelta de esclavos sucedida en el mundo. Cuando acabó, los esclavos habían abolido unas instituciones que apoyándose en el dominio racial les relegaban a la servidumbre. Se aseguraron la independencia política de Francia y crearon un Estado propio conocido como Haití. Pero el nuevo gobierno pronto se vio puesto en cuarentena. Los países y colonias que permitían la esclavitud racial (Estados Unidos, Jamaica y Cuba) rechazaron relacionarse con un Estado que utilizaba los ideales de la Ilustración en un sentido que no compartían quienes los habían alumbrado.

La revuelta de los esclavos haitianos

En 1790 la población de la isla se podía dividir en tres grupos diferentes, cada uno de ellos integrado a su vez por diferentes subgrupos. Además de los aproximadamente 450.000 esclavos, la colonia mantenía unas 40.000 personas blancas y alrededor de 28.000 personas negras libres (que eran mayoritariamente, aunque no exclusivamente mulatos). Este último grupo se enfrentaba con una serie de restricciones; por ejemplo, no podían vestir ropas elegantes ni poseer carruajes. Además estaban apartados de la administración y del ejercicio de determinadas profesiones.

En 1784, un año después del logro estadounidense de su independencia, la población mulata de Santo Domingo envió una delegación a Francia en defensa de la abolición del sistema de tres clases sociales. Al igual que la mayoría de los revolucionarios americanos, no perseguían el fin de la esclavitud; más bien ambicionaban una sociedad con dos clases, los esclavos y los hombres libres. El gobierno francés, temeroso de indisponerse con los propietarios o soliviantar a los esclavos, se inhibió.

Cuando el gobierno francés fue derrocado en 1789, las autoridades elegidas sustituyeron a las autoridades nombradas y a las autoridades militares en Santo Domingo. En 1790 una asamblea colonial redactó una constitución que limitaba el control sobre la isla, especialmente en el aspecto comercial. (Los residentes en la colonia querían tener mayor acceso a los bienes procedentes de América, que estaban restringidos por la política comercial francesa). Los colonos acordaron mantener la esclavitud y la segregación de los mulatos. La igualdad y la fraternidad no se aplicaban a todo el mundo.

En 1790 un ejército de más de 300 mulatos pidió que el gobierno colonial aboliera la discriminación contra ellos. Los colonos blancos aplastaron este ejército y ejecutaron a sus líderes. Sin embargo, el gobierno revolucionario francés volvió su atención hacia Santo Domingo en 1791 invalidando esta victoria. Preso de su propia retórica universalista, pero temeroso de arruinar una colonia que producía tanta riqueza, la Asamblea Nacional declaró que todos los mulatos que no fueran bastardos los mismos derechos que los blancos. Esto irritó a los plantadores blancos de la isla.

Mientras tanto, los esclavos tenían otras ideas. En agosto de 1791, una revuelta a gran escala estalló en la zona norte de la colonia. Muchos esclavos lucharon por la libertad que

pensaban que la Revolución Francesa les otorgaba y que les era negada por los colonos. Cientos de blancos fueron asesinados; mil plantaciones destruidas.

Los mulatos se unieron a los blancos para sofocar la revuelta de los esclavos. Desde Francia llegaron tropas de refuerzo en el mes de diciembre de 1791. En abril de 1792 la Asamblea Nacional Francesa les extendió el derecho de ciudadanía a todos los habitantes libres de Haití, independientemente de su color, cumpliendo así las aspiraciones de los mulatos. Un nuevo comisionado, Léger Felicité Sonthonax, llegó para implantar la nueva política. Sonthonax, sin embargo, fue más lejos.

Sonthonax abolió la esclavitud en agosto de 1793 sin consultar con el gobierno de París. Sin embargo, este hecho no supuso un giro radical en la naturaleza de economía azucarera. Mas bien contemplaba una sociedad agraria donde los antiguos esclavos se convirtieran en trabajadores libres. Naturalmente, a los blancos y a los mulatos no les satisfizo mucho esta decisión.

En ese tiempo, el gobierno español tenía una colonia en la parte oriental de la Española y el gobierno británico controlaba otras islas del Caribe. Ningún gobierno quería compartir una isla o una región donde los negros hablaban de libertad e igualdad y que perjudicaba sus propios beneficios coloniales. Los dos gobiernos, alarmados por la presencia de una colonia de plantación sin esclavos, invadieron Santo Domingo. Como ocupantes militares, inicialmente lograron el mantenimiento de la esclavitud en el sur y el oeste de la colonia. Pero en 1794, el gobierno francés aprobó formalmente la decisión de Sonthonax de abolir la esclavitud. Los esclavos, muchos de los cuales seguían alzados en el norte de la colonia, se alinearon con su antiguo adversario, Francia. El enfrentamiento entre estas facciones diversas duró de 1794 a 1798. Durante ese tiempo, los mulatos vacilaron a la hora de elegir su bando. Veían ventajas en los dos lados.

Si se unían a los blancos y vencían, alumbrarían una sociedad dividida en dos clases, similar a su proyecto de 1790. Por otro lado, si los blancos eran derrotados y, presumiblemente expulsados de la colonia, existiría un vacío de poder que, probablemente llenaría los mulatos. Finalmente, conducidos por el antiguo esclavo Toussaint Louverture, apoyaron la posición francesa. Los franceses al final, aunque no de buena gana, reconocieron que la libertad incluía a los negros.

A mitad de 1800, Toussaint fue reconocido como gobernador de la colonia y los británicos y los españoles abandonaron sus planes de controlar la insurrección. Toussaint tuvo entonces que tomar una decisión. La colonia utilizaba el trabajo de los esclavos para plantar azúcar que generaba beneficios a la economía atlántica. ¿Cómo podía asegurar la prosperidad de la colonia y oponerse a la esclavitud? O, por decirlo de otro modo ¿cómo podía asegurar la independencia económica de su colonia y la independencia real para la población de la isla? Toussaint decidió que los negros trabajarían en las plantaciones de azúcar a cambio de una parte de los beneficios. Los negros se resistieron, prefiriendo buscar trabajo por su cuenta y exigiendo que se evitara cualquier vestigio de su economía de viejos esclavos. Incluso después de una revolución exitosa, había límites a la independencia.

En 1801, Toussaint promulgó una Constitución que concentraba el poder en sus manos, nombrándose gobernador vitalicio. Estuvo a punto de declarar a Santo Domingo políticamente independiente del dominio francés. Llevó su campaña por el poder y la autonomía demasiado lejos. Napoleón Bonaparte, que desempeñaba el máximo poder en Francia, decidió el relevo de Toussaint y restableció la autoridad francesa en la isla.

En febrero de 1802, las tropas francesas se hicieron con el control del gobierno de la isla y deportaron a Toussaint a Francia, donde permaneció encarcelado hasta su muerte, en 1803. En julio de 1802, el gobierno francés reimplantó la esclavitud, abandonando así la retórica universalista que previamente había difundido y que legitimaba su propia autoridad. Sin embargo, los antiguos esclavos rechazaron desarmarse y fueron apoyados en su rebelión por los mulatos. Pronto los franceses se dieron cuenta de que no podían recuperar su control sobre la colonia.

Conclusión

El 1 de enero de 1804, la colonia francesa de Santo Domingo se convirtió en la nación independiente de Haití, el primer país americano que abolió con éxito la esclavitud. Sin embargo, la independencia tenía un precio. Haití seguiría siendo un territorio política y económicamente aislado durante buena parte de su historia. Otros países y colonias temían que sus ideas revolucionarias pudieran extenderse a los esclavos que vivían dentro de sus fronteras. Francia no renunció formalmente a su reclamación sobre Haití hasta 1825, y Estados Unidos no reconoció al país independiente hasta que abolió la esclavitud en 1863 durante su sangrienta Guerra Civil.

Los ideales revolucionarios de Haití estaban profundamente enraizados en las revoluciones estadounidense y francesa, dos de los acontecimientos más famosos de la historia, que tenían su origen en las ideas universalistas de la Ilustración europea. Al parecer, quienes con tanto éxito preconizaron los conceptos de *independencia, emancipación, libertad e igualdad* no supieron ver todas sus posibles interpretaciones. Más de 70.000 soldados europeos murieron intentando mantener la esclavitud en Santo Domingo y sin embargo fue la Europa ilustrada la que inspiró la abolición de la esclavitud en el mismo lugar. ¿Podían los europeos apoyar estos ideales en un lugar y oponerse a ellos en otro?. Sin embargo, lo que para los analistas actuales es una paradoja, tenía cierto sentido para los revolucionarios europeos de aquella época. Ponían el límite a la independencia en el punto en que su propia independencia económica pudiera estar comprometida. La independencia económica de los hacendados europeos necesitaba la dependencia de los esclavos; los blancos, por tanto, debían pensar que ellos también estaban luchando por su independencia. Pese a sus declaraciones de principios y a sus convicciones morales, la retórica ilustrada no preveía que fuera utilizada por todo el mundo.

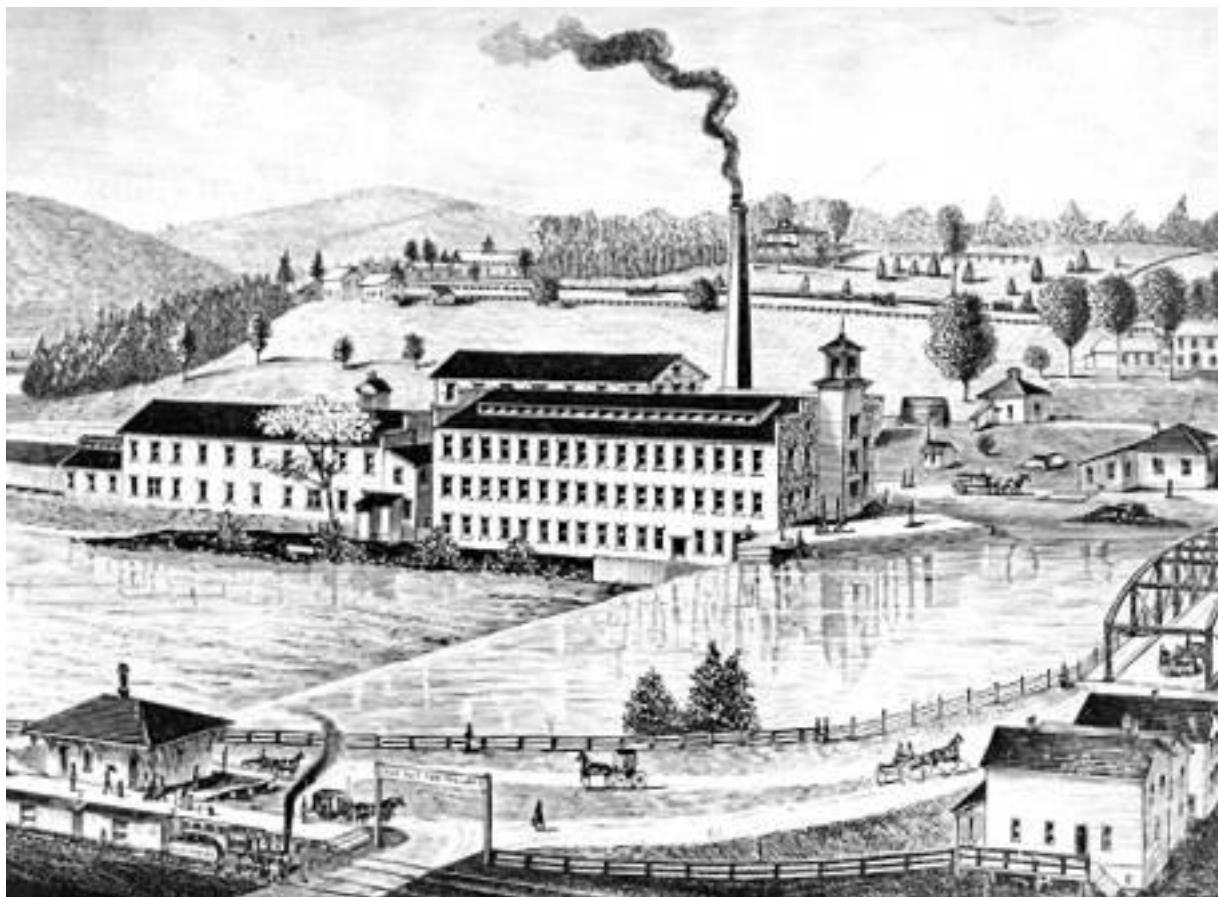
De hecho, podemos ver la historia de Haití como un ejemplo de "movimiento de liberación". Quienes se suman a estos movimientos argumentan que la autoridad gubernamental les niega injustamente derechos concretos (aunque estos derechos se basen en principios que el propio gobierno haya plasmado en leyes o constituciones). Denuncian que la ley se aplica injustamente; argumentan que quienes interpretan las leyes toman decisiones arbitrarias acercan de a quiénes excluir e incluir. El objetivo de los modernos movimientos de liberación, como el objetivo de los esclavos en Haití, es lograr que se

extienda la aplicación de las leyes y los derechos a todas las personas, y no sólo a quienes detentan el poder.

Acerca del autor: Alan Karras es profesor asociado en la Universidad de California, en Berkeley. Entre otras publicaciones, ha escrito *Sojourners in the Sun: Scots Migrants in Jamaica and the Chesapeake, 1740-1800*.

Influencia mundial de la Revolución Industrial

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En el presente ensayo, Peter N. Stearns, de la Universidad Carnegie Mellon, analiza la naturaleza de la industrialización mundial desde sus comienzos en el siglo XVIII en Inglaterra. Compara asimismo las diferentes revoluciones industriales para medir el impacto que cada una de ellas tuvo en la vida diaria de las respectivas zonas.



Antigua planta industrial

Cuando la Revolución Industrial se extendió en Estados Unidos aparecieron plantas como esta factoría textil. La producción de bienes para la exportación y la reducción de la importación de manufacturas convirtieron a Estados Unidos en la mayor potencia industrial del mundo a finales del siglo XIX.

Influencia mundial de la Revolución Industrial

Por Peter N. Stearns

El fenómeno económico conocido como Revolución Industrial es una de las dos transformaciones fundamentales del ámbito económico de la civilización (la otra fue la introducción de la agricultura). La industrialización tomó forma inicialmente a finales del siglo XVIII en el occidente de Europa, en particular en Gran Bretaña. Durante las primeras

décadas del siglo XIX, sus rasgos distintivos se extendieron rápidamente a lugares como Francia, Alemania, Bélgica y Estados Unidos. En los primeros años del siglo XX, llega a lugares fuera de Europa y Norteamérica, especialmente a Japón. A finales del siglo XX, la industrialización o sus efectos habían alcanzado prácticamente a todos los rincones del globo.

La industrialización ha acarreado consecuencias abrumadoras. No sólo cambió radicalmente la vida laboral, sino también la vida familiar y el ocio personal. De alguna manera, redefinió los motivos por los que se tenían hijos. Incrementó claramente el poder del estado, especialmente en lo que se refiere a la producción militar. El proceso alteró incluso a sociedades que no estaban directamente inmersas en la industrialización. Las economías industriales adquirieron ventaja sobre las sociedades que seguían basándose en la agricultura, un desequilibrio que todavía afecta a las relaciones económicas mundiales.

Cualquier proceso tan arrebatador como la Revolución Industrial obliga inevitablemente a los historiadores a hacerse un montón de preguntas. El término en sí mismo ha estado siempre en discusión: ¿Es revolución una palabra adecuada para designar un proceso que dura varias décadas y que en su fase inicial no transforma la economía como un todo? (Dado el ulterior impacto del proceso, la mayoría de los historiadores dirían que sí). Por otra parte, ¿qué significa ser una sociedad industrial no sólo en términos tecnológicos sino también de valores culturales e individuales? ¿Cuáles son las dimensiones globales de la Revolución Industrial? Pero por encima de todo ¿qué lo puso en marcha, y dónde nos ha llevado?

Causas iniciales

Para empezar, es necesario definir la industrialización. La industrialización implica la mecanización de los procesos de manufacturación y una mayor importancia de las manufacturas en la economía en su totalidad. Normalmente, suele suceder en economías que han sido previamente agrícolas y a menudo incluye también importantes cambios en la producción alimentaria. Antes de la Revolución Industrial, los bienes eran mayoritariamente fabricados de forma manual, lo que a menudo requería destrezas específicas de los trabajadores. La producción de bienes estaba descentralizada, lo que otorgaba a pequeños grupos de trabajadores participación activa y control sobre su propio trabajo. Los costes sin embargo eran elevados, y el volumen de la producción relativamente bajo. La industrialización los elevó notablemente e hizo más accesibles los bienes de consumo.

Sin embargo, la industrialización no sucedió de forma instantánea. Mientras la Revolución Industrial progresaba, innovadores métodos de producción convivían con los tradicionales, creando a menudo una tensión importante entre los tradicionalistas y los defensores de la mecanización. No obstante, al final del proceso de industrialización, los nuevos métodos de trabajo y las nuevas máquinas habían triunfado plenamente. Partiendo de los centros industriales iniciales, los nuevos métodos se extendieron a otras ramas de la producción, así como al transporte (expansión de los ferrocarriles), la comunicación (invención del telégrafo) y el comercio (el nacimiento de los grandes almacenes).

Antes de examinar el impacto de la industrialización y sus dimensiones globales, debemos examinar sus causas. Comprender por qué sucedió un fenómeno histórico concreto ayuda

a los historiadores a comprender la naturaleza del fenómeno y sus consecuencias posteriores. Pero ni las causas ni las consecuencias son generalmente fáciles de entender. Los historiadores deben buscar indicios razonables.

El papel que Europa desempeñaba en la economía mundial con anterioridad proporciona los primeros indicios de por qué fue allí donde primero tuvo lugar. Alrededor del año 1700, países como Gran Bretaña lograban beneficios del comercio por todo el mundo. Estos beneficios podían convertirse en capital para inversiones industriales. El comercio mundial creó también la conciencia de que los mercados mundiales eran capaces de absorber bienes manufacturados más baratos, además de aumentar los beneficios domésticos todavía más.

En Europa, los cambios en la demanda del mercado interior y en la población, fueron vitales para precipitar la Revolución Industrial. En el siglo XVIII, el consumismo crecía. La gente buscaba nuevos tipos de ropa y enseres domésticos. Este nuevo mercado estimuló a los primeros fabricantes que pronto encontraron formas de estimular aún más los gustos del público. Al mismo tiempo, el crecimiento de la producción alimentaria en Europa en el primer estadio de su transformación agrícola (especialmente el creciente cultivo de la patata, importada de América en el siglo XVI) generó un masivo crecimiento de la población. La población de Europa occidental creció entre el 50 y el 100% entre 1730 y 1800. Aquí estaba un nuevo y masivo mercado de bienes, pero también una fuente de mano de obra.

Los factores culturales y políticos fueron los causantes en parte de la Revolución Industrial. Los valores definidos por un movimiento intelectual europeo del siglo XVIII conocido como la Ilustración, especialmente la confianza en la ciencia y el aprecio por el trabajo duro y el éxito material, orientaron a los primeros inventores y fabricantes. El trabajo histórico reciente ha demostrado que tanto los intelectuales como la gente de la calle habían cambiado su visión del mundo en torno a 1750 debido a la influencia de la filosofía ilustrada. La creencia en que la naturaleza y la sociedad se podían comprender y manipular racionalmente, crearon un contexto totalmente nuevo para la producción y la tecnología. Los gobiernos, que perseguían el beneficio económico para mantener su posición diplomática y militar, promovieron también cambios que facilitaran la innovación. Animaban a que se construyeran carreteras, canales y vías de ferrocarril. Limitaron o abolieron los oficios gremiales que protegían los métodos de trabajo tradicionales. Atacaban las protestas de los trabajadores que podrían estorbar a las nuevas fábricas.

Se puede realizar un análisis más preciso de las causas y efectos en relación a la pregunta de por qué Gran Bretaña fue la pionera del nuevo crecimiento industrial. Razones importantes fueron los recursos de acero y carbón y la aceptación general de la innovación técnica en Gran Bretaña. Una vez establecida, el poder de la industria británica (la primera demostración de ello fue durante las Guerras Napoleónicas) inspiró la imitación en otras partes.

Impacto

La industrialización cambió muchos aspectos de la vida. El primer cambio claro afectó a la naturaleza de la fabricación. Como se explicaba más arriba, la Revolución Industrial se basaba en la aplicación del poder mecánico para la fabricación. Al principio este poder

venía de las norias, pero la introducción de la moderna máquina de vapor en 1770 en Gran Bretaña, generó un poder mecánico mayor. Mediante bombas más potentes, las máquinas de vapor permitían excavar minas más profundas, además de incrementar de forma importante la cantidad de hulla que se podía extraer. Las máquinas de vapor pronto y pusieron en funcionamiento martillos y rodillos en el proceso de formación de metales. La productividad en la metalurgia creció mucho debido a la sustitución del tradicional carbón vegetal utilizado para fundir y refinar por la hulla y el coque más baratos. Mediante la combinación de estas mejoras técnicas la producción de acero se incrementó considerablemente. Paradójicamente, el uso generalizado de máquinas de vapor provocó una necesidad creciente de hulla y acero para construirlos e impulsarlos.

La temprana Revolución Industrial no sólo cambió la fabricación en su parte técnica, sino que introdujo una nueva organización de la industria. Estas innovaciones derivadas de la nueva maquinaria tuvieron ventajas por sí mismas. Juntos, estos cambios constituyen su impacto económico.

Primero, los trabajadores se concentraron en una fábrica. El uso del agua o la máquina de vapor precisaba que los trabajadores se agruparan en torno a una noria o una máquina. Como estaban juntos, era posible una mayor supervisión que cuando los trabajadores estaban en pequeñas tiendas o en sus casas. Además especializar a un trabajador en una pequeña tarea del proceso productivo podía hacer crecer sustancialmente la productividad. El sistema fabril también concentraba el capital al igual que a los trabajadores en unidades de un tamaño sin precedentes. Cuando el proceso productivo se producía en casa de los trabajadores, los propios trabajadores normalmente compraban el equipamiento y las viviendas, el fabricante suplió solamente el movimiento de capital para comprar los materiales en bruto y pagar los salarios iniciales. Con las nuevas máquinas y fábricas, sin embargo, era necesaria una inversión mucho mayor. En la metalurgia y la minería, por ejemplo, donde las máquinas eran especialmente costosas, se pusieron en marcha nuevas firmas mediante la participación de un cierto número de personas ricas mediante una sociedad por acciones.

La combinación de la nueva tecnología y la nueva organización tuvo inevitablemente un gran impacto sobre los antiguos métodos productivos. Los artesanos, que se basaban en los métodos y destrezas manuales, podían gozar de cierta prosperidad antes de que los nuevos métodos llegaran a su sector, pero su economía tradicional estaba condenada. Algunos de los pasajes más agonizantes de la historia industrial sucedieron durante la lucha de los artesanos entre resistir o adaptarse al nuevo sistema económico. El ludismo, la destrucción deliberada de la nueva maquinaria, era un resultado común, aunque siempre fue breve e infructuoso.

El impacto del industrialismo sobre la agricultura fue más complejo, especialmente debido a la dependencia de la Revolución Industrial de algunos cambios independientes que se produjeron al principio en la agricultura. La mejora de la producción alimentaria, por ejemplo, era necesaria por ejemplo para enviar más trabajadores a las ciudades, a las fábricas y a las minas. Los cambios sucedieron en dos fases. Desde finales del siglo XVII en adelante, los países de Europa occidental introdujeron innovaciones en la agricultura por primera vez desde la edad media. Los nuevos métodos de drenaje abrieron nuevas tierras. La ganadería mejoró. Los nuevos cultivos, especialmente la patata, hizo crecer

considerablemente la producción de comidas de alto contenido calórico. El uso de cultivos nitrogenados, como el nabo, permitió que los campos fueran cultivados permanentemente, en lugar de dejarlos en barbecho una vez cada tres años. Por último, simples mejoras en los aperos, como el uso de la guadaña en lugar de la hoz para la recolección, aumentó la productividad. Estos cambios fueron suficientes para generar más alimentos, complementados por las importaciones, para liberar fuerza de trabajo para la industria.

El segundo estadio de la transformación de la agricultura comenzó en torno a 1830, como resultado de la temprana industrialización. Las nuevas máquinas, como segadoras mecánicas y arados más grandes se utilizaban en las granjas. La investigación industrial desarrolló los fertilizantes químicos. Las máquinas para procesar los alimentos, como los separadores de nata, revolucionaron la producción lechera. Lo que podría llamarse agricultura industrial se desarrolló especialmente en las extensas tierras de Norteamérica, donde los nuevos canales, vías y el barco de vapor facilitaban el comercio de bienes agrícolas. Alrededor de 1870, las exportaciones masivas de Estados Unidos, Canadá y Australia, Nueva Zelanda y Argentina proporcionaron alimentos a la Europa industrial y a sus propios centros industriales. En Europa, los estados comerciales ganaron terrenos a las granjas tradicionales, mientras en algunas zonas, como Gran Bretaña, confiaron mucho en la importación de alimentos, encontrando más beneficios en concentrarse en los nuevos sectores industriales.

Impactos sociales

Incluso más allá de los cambios en los oficios y las tradiciones rurales, la industrialización modificó gradualmente la naturaleza de la vida. Durante la primera época, más de la mitad de la población del país vivía en las ciudades. En Gran Bretaña alcanzaron este hito en 1850. Otro cambio clave afectaba a las familias. Con un trabajo que se realizaba fuera de casa, se requerían nuevas especializaciones entre los miembros de la familia. En muchas sociedades industriales, las mujeres casadas eran retiradas a menudo del mercado laboral para ocuparse del trabajo doméstico. Los niños eran utilizados en ocasiones en la industria primaria, pero con la introducción de maquinaria moderna, su trabajo ya no era necesario. Al mismo tiempo, los nuevos niveles educativos parecían útiles para crear trabajadores adultos expertos. Desde este momento, la educación, más que el trabajo, definía la infancia en las sociedades industriales.

Fuera de casa, la industrialización creó nuevas, y a menudo agudizó las divisiones sociales. La brecha entre los propietarios de las fábricas y la creciente masa de trabajadores, incapaces de mejorar sus condiciones de trabajo, aumentó. Nuevas formas de protesta, en particular huelgas y otros tipos de acción política se desarrollaron en paralelo al avance de la industrialización.

La mayoría de los historiadores está de acuerdo en que la calidad del trabajo se deterioró en muchos aspectos como resultado de la Revolución Industrial. Las presiones del ritmo más rápido y la supervisión estricta por parte de los supervisores y encargados, afectó negativamente a la calidad. En suma, trabajar fuera de casa y la creciente especialización a menudo redujeron la identificación de los trabajadores con los productos que elaboraban. Desde luego, había compensaciones. Aunque los salarios a menudo eran bajos en los primeros años de la industrialización, al final mejoraron, creando nuevas oportunidades

para consumir. Un pequeño número de trabajadores podía llegar a un alto grado de especialización, incluso podían acceder a los puestos de supervisor. Avances más sustanciales sin embargo, eran infrecuentes. La mayoría de los trabajadores finalmente perdían su confianza en la satisfacción que proporcionaba el trabajo y buscaban trabajar menos horas y un mayor salario.

Pero la vida fuera del ámbito laboral no siempre mejoraba rápidamente. Las familias de clase trabajadora podían estar fuertemente unidas, pero aparecían nuevas tensiones. Muchos trabajadores descargaban sus frustraciones sobre otros miembros de la familia. Y la alegría de vivir inicialmente se deterioró con la industrialización. La presión del trabajo cortó el tiempo de ocio. Incluso en Japón, que es rico en actividades lúdicas populares, los festivales tradicionales fueron atacados por los patronos que los veían como pérdidas de tiempo. Los patronos atacaban cualquier otra actividad lúdica, como la bebida, aunque con menos éxito. Sin embargo, surgieron nuevas formas de ocio, espectáculos comerciales como los deportes profesionalizados, el teatro popular y más tarde el cine.

Industrialización mundial

La industrialización cambió el mundo. Pocos lugares escaparon a su impacto. Sin embargo, la naturaleza del impacto varía de unos lugares a otros. Comprender las consecuencias globales de la industrialización precisa que se entienda cómo fue la industrialización en cada lugar.

La industrialización al principio siempre es un fenómeno que se produce a nivel regional, no nacional, como lo demostró el gran retraso industrial de Sudamérica. Muchas zonas de Europa occidental y Estados Unidos siguieron a Gran Bretaña a principios del siglo XIX. Unas pocas regiones europeas (Suecia, los Países Bajos, el norte de Italia) no comenzaron su verdadera industrialización hasta mediados del siglo. La siguiente gran oleada de nueva industrialización, que comenzó en torno a 1880, llegó también a Rusia y Japón. Una última ronda (hasta hoy día) incluyó la rápida industrialización del resto del borde del Pacífico (concretamente Corea del Sur y Taiwán) en torno a 1960.

Varios factores configuraron la naturaleza de la industrialización en cada sitio. En Gran Bretaña, por ejemplo, la industrialización triunfó cuando dependía de inventores individuales y de compañías relativamente pequeñas. Sin embargo, comenzó a rezagarse en el clima corporativo de finales del siglo XIX. Por el contrario en Alemania avanzó cuando la industrialización provocó la creación de organizaciones mayores, estructuras organizativas más impersonales, e investigación colectiva más que artesanos hojalateros. En Alemania, el Estado estaba también más implicado en la industrialización que en Gran Bretaña.

La industrialización francesa puso el énfasis en la modernización de los productos artesanales. Esto no solamente reflejaba unas especialidades nacionales más tempranas, sino también menos adecuación de recursos en el carbón, un factor que mantuvo muy retrasada la industria pesada. Francia también tenía que presionar a los trabajadores especializados para que trabajaran según las nuevas formas, generando algunas tensiones. Los carpinteros, por ejemplo, utilizaban diseños prefabricados para hacer la carpintería rápidamente, pero como se sentían ofendidos por las adulteraciones de sus destrezas artísticas, conservaron algunos métodos manuales. La industrialización en Estados Unidos

dependía de la mano de obra inmigrante. Esto explica en parte por qué los Estados Unidos, pese a su régimen político democrático, fue el pionero en una organización particularmente despiadada de los trabajadores, que culminó en la cadena de montaje. Al contrario que Alemania, en Estados Unidos se pusieron en marcha leyes que combatían los negocios demasiado grandes que incurrieran en competencia desleal, aunque el impacto de estas leyes fue desigual. Estados Unidos, con su enorme mercado, fue el pionero del nuevo estadio económico de la sociedad de consumo que ha tenido en los últimos tiempos un impacto mundial. En concreto, Estados Unidos encabezó la creación de moda popular y de entretenimientos de masas.

Las industrializaciones tardías también variaron. La industrialización rusa comenzó antes de la Revolución Rusa de 1917, pero el comunismo la aceleró considerablemente, sustituyendo la economía de mercado por la planificación estatal en el diseño de las políticas industriales. La industrialización japonesa adoptó una estrecha colaboración entre las grandes empresas y el gobierno. Japón, como todas las naciones que se han industrializado más tarde, al principio tuvieron que importar el equipamiento básico. También carecían de recursos básicos, incluido el combustible. Por eso, el estado rápidamente animó a las industrias que produjeran bienes para exportar aunque limitando las importaciones. Esta política aún afecta a Japón, pese a estar entre las mayores economías mundiales. En suma, la herencia confuciana de Japón, que pone el énfasis en la colaboración, se refleja en la forma de gestionar la industria. De hecho, a finales del siglo XX, muchos observadores señalaban que la industrialización había ganado terreno en dos contextos culturales concretos: occidental y confuciano. Sin embargo, en cada contexto los resultados eran distintos.

No obstante, hay una complicación para describir la industrialización global como sucesivas oleadas, en aquellos casos en que las sociedades están parcialmente industrializadas y no ha habido una auténtica revolución. Países como México, Brasil, India y China han llegado a una cierta producción industrial para reducir la necesidad de importar algunos bienes de consumo como la ropa y los coches. También desarrollaron industrias claves en torno a ciertos bienes para exportar, como la industria informática brasileña (una de las mayores de todo el mundo) y los sectores aeroespacial y de *software* informático.

El modelo de innovación y diversidad industrial sigue en vigor. El colapso del comunismo europeo a finales de la década de 1980 obligó a los gobiernos de Europa del Este a convertirse a la economía de mercado para acelerar el crecimiento industrial. Algunos que habían prosperado mucho bajo el sistema comunista se encontraron con la dureza de esta nueva forma de funcionar. De hecho, en la historia de la industrial no se había intentado un cambio de sistema económico de esta envergadura. En China, se produjo otra experiencia novedosa en 1978, cuando el país se embarcó en lo que parecía ser el primer estadio de una industrialización rápida, pero con una economía de mercado parcial combinada con un estricto y autoritario control gubernamental.

Es complejo establecer un modelo de industrialización global cuando la industrialización que ha durado décadas es tan distinta de unos lugares a otros. Algunos países, como Francia, Alemania y Estados Unidos, siguieron inmediatamente el modelo británico. Campañas comerciales, gobiernos deseosos de conseguir las ventajas de la

industrialización para el ejército, y desde luego recursos naturales favorables, fueron importantes factores para su industrialización. Otras regiones quedaron muy rezagadas. Aquí las causas diferían. Algunos lugares carecían de fuentes de energía adecuadas. Muchos más eran dependientes de la economía occidental, demasiado pobres para conseguir el capital que les permitiera adquirir equipamiento industrial costoso y a menudo dependía de los capitalistas occidentales. Egipto, por ejemplo, intentó industrializarse bajo una líder reformista a principios del siglo XIX pero fue bloqueado. En lugar de eso, se convirtió en productor de materias primas (especialmente algodón) para los fabricantes occidentales. En algunos lugares, para acabar, se resistieron a la industrialización por motivos culturales. En 1870, el gobierno tradicionalista chino destruyó deliberadamente las primeras vías de tren construidas en el gigantesco país.

Las consecuencias de la industrialización son, en última instancia, globales. A principios del siglo XIX, las fábricas europeas empujaron hacia la fabricación tradicional a zonas como América Latina y la India. Al mismo tiempo, los centros industriales buscaban recursos alimentarios y materias primas, ayudando a estos sectores a expandirse en lugares como Chile y Brasil. La búsqueda de dinero mediante las exportaciones con el objetivo de comprar bienes de lujo y maquinaria de las sociedades industriales, ayudó a provocar grandes cambios en los modelos laborales en lugares como América Latina, o en 1900, África. Los bajos salarios, a menudo forzados mediante medidas coercitivas, se generalizaron.

El poderío industrial y la búsqueda de mercados y materias primas yacen tras la expansión imperialista europea del siglo XIX. Sin embargo, de forma gradual, otras sociedades copiaron la industrialización o cuando menos desarrollaron un sector industrial independiente. Gran parte de la historia del mundo en el siglo XX, recoge los esfuerzos de sociedades como la India, China, Irán o Brasil para reducir su dependencia de las importaciones y organizar una forma selectiva de exportación a través de la industria. El impacto medioambiental de la industrialización también ha sido internacional. La industrialización afectó rápidamente a la calidad del agua y del aire cerca de las fábricas. Las demandas industriales de productos agrícolas, como el caucho, provocaron la deforestación y cambios climáticos en lugares como Brasil. Estos modelos se han acelerado, mientras el crecimiento industrial se ha generalizado, creando temas de actualidad, como el calentamiento global. El impacto mundial de la industrialización, en este sentido, permanece como una historia inacabada cuando comienza el siglo XXI.

Dado el impacto global de la industrialización, es creciente la importancia de que entendamos su naturaleza y sus consecuencias. Aunque es fácil entender el impacto de la industrialización desde el nivel personal, es más difícil comprender su naturaleza a nivel global, especialmente cuando el modelo global es tan complejo. La historia proporciona un medio para llegar a comprenderlo. Comprendiendo las causas, las variaciones y las consecuencias históricas de la Revolución Industrial, podemos entender mejor nuestras circunstancias actuales y, con optimismo, diseñar mejor las industrializaciones futuras.

Acerca del autor: Peter N. Stearns es profesor de Historia en la Universidad Carnegie Mellon. Ha escrito *The Industrial Revolution in World History*, así como otras obras, entre las que destaca *Millennium II, Century XXI: A Retrospective on the Future*.

Efectos medioambientales del uso de los combustibles fósiles

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, John McNeill, de la Universidad de Georgetown, sostiene que durante los siglos XIX y XX el aprovechamiento de los combustibles fósiles y las alteraciones agrícolas y económicas subsiguientes modificaron de manera irreversible las relaciones entre el hombre y el planeta Tierra.



Torre petrolífera, Venezuela

Bajo el lago de Maracaibo, en el noroeste de Venezuela, se encuentran importantes depósitos de petróleo que están siendo explotados, con el peligro que este hecho encierra para la preservación del medio ambiente. Por este motivo se creó el Instituto para el Control y la Conservación de la Cuenca del Lago de Maracaibo, que pretende mantener la explotación de este producto, que constituye una importante fuente de riqueza para el país, sin causar daños irreparables en su entorno natural.

Efectos medioambientales del uso de los combustibles fósiles

Por John McNeill

A lo largo de los siglos XIX y XX, la actividad humana ha transformado la composición química del agua y del aire en la Tierra, ha modificado la faz del propio planeta y ha alterado la vida misma. ¿Por qué este periodo de tiempo, más que ningún otro, ha generado cambios tan generalizados en el entorno? Las razones son múltiples y complejas. Pero sin lugar a dudas, uno de los factores más notables es la utilización de los combustibles fósiles, que ha suministrado mucha más energía a una población mucho mayor que en cualquier época anterior.

Hacia 1990, la humanidad utilizaba una cantidad de energía 80 veces superior a la que usaba en 1800. La mayor parte de dicha energía procedía de los combustibles fósiles. La disponibilidad y capacidad de uso de esta nueva fuente de energía ha permitido a la humanidad aumentar los volúmenes de producción y de consumo. De forma indirecta, esta fuente de energía ha provocado un rápido crecimiento de la población al haber desarrollado el ser humano sistemas de agricultura mucho más eficaces, como, por ejemplo, la agricultura mecanizada, basados en la utilización de estos combustibles fósiles. Las técnicas de cultivo mejoradas originaron un aumento del suministro de alimentos que, a su vez, favoreció el crecimiento de la población. Hacia finales de la década de 1990, la población humana era aproximadamente seis veces mayor que la de 1800. Los cambios generalizados que han tenido lugar en el medio ambiente se deben también a otros factores como, por ejemplo, el vertiginoso ritmo de urbanización o la velocidad igualmente vertiginosa de la evolución tecnológica. Otro factor no menos importante es la creciente importancia que los gobiernos modernos otorgan al crecimiento económico. Todas estas tendencias están relacionadas entre sí, colaborando cada una de ellas al desarrollo de las otras y configurando todas ellas la evolución de la sociedad humana en la edad contemporánea. Estas tendencias de crecimiento han replanteado las relaciones entre el hombre y el resto de los habitantes de la Tierra.

Durante cientos de miles de años, los seres humanos y sus predecesores en la cadena evolutiva han ido modificando, tanto deliberada como accidentalmente, su entorno de vida. Pero sólo en épocas recientes, con la utilización de los combustibles fósiles, la humanidad ha conseguido provocar cambios profundos en la atmósfera, el agua, el suelo, la vegetación y los animales. Provistos de combustibles fósiles, los humanos han alterado el entorno natural de forma como nunca lo habían hecho en épocas preindustriales, provocando, por ejemplo, la devastación de hábitats y fauna y flora naturales a través de los vertidos de petróleo. El hombre ha podido provocar los cambios medioambientales de forma mucho más rápida acelerando antiguas actividades como la deforestación.

Orígenes de los combustibles fósiles

Entre los combustibles fósiles se incluyen el carbón, el gas natural y el petróleo (también denominado crudo), que son los residuos petrificados y licuados de la acumulación durante millones de años de organismos vegetales en descomposición. Cuando se quema el

combustible fósil, su energía química se convierte en calórica, la cual se transforma en energía mecánica o eléctrica mediante máquinas como motores o turbinas.

El carbón adquirió por primera vez importancia como combustible industrial durante los siglos XI y XII en China, ya que la fabricación del hierro consumía grandes cantidades de dicho recurso. El primer aprovechamiento del carbón como combustible doméstico comenzó durante el siglo XVI en la ciudad inglesa de Londres. A lo largo de la Revolución Industrial, que se inició en el siglo XVIII, el carbón se fue convirtiendo en un combustible fundamental para la industria, actuando de medio de propulsión de la mayoría de las máquinas de vapor.

El carbón fue el combustible fósil primario hasta mediados del siglo XX, cuando el petróleo lo sustituyó como carburante preferido en la industria, el transporte y otros sectores. Las primeras perforaciones de petróleo se efectuaron en Estados Unidos, concretamente en la región occidental de Pennsylvania en 1859 y las primeras grandes extensiones plagadas de pozos de petróleo surgieron en el sureste de Texas en 1901. Los mayores yacimientos de petróleo del mundo se descubrieron en la década de 1940 en Arabia Saudí y en la de 1960 en Siberia. ¿Por qué eclipsó el petróleo al carbón como el carburante preferido? El petróleo presenta ciertas ventajas sobre el carbón, ya que produce mayor rendimiento que éste, proporcionando más cantidad de energía por unidad de peso que el carbón y, además, provoca menos contaminación y funciona mejor en máquinas pequeñas. Sin embargo, los yacimientos de petróleo son menores que los de carbón. Cuando el mundo haya agotado las reservas de petróleo seguirá existiendo abundante disponibilidad de carbón.

Contaminación actual de la atmósfera

La capa más alejada del entorno de vida de la Tierra es la atmósfera, una mezcla de gases que rodea al planeta. La atmósfera contiene una capa muy fina de ozono que protege la vida en la Tierra contra la nociva radiación ultravioleta procedente del Sol. Durante la mayor parte de la historia de la humanidad, el hombre ha ejercido un impacto muy escaso sobre la atmósfera. A lo largo de miles de años el hombre ha venido quemando de forma rutinaria elementos de la vegetación, provocando de forma intermitente una contaminación del aire. En la edad antigua, la fundición de ciertos minerales, como el cobre, liberaban sustancias metálicas que se desplazaban por la atmósfera desde el mar Mediterráneo hasta llegar incluso a Groenlandia. Sin embargo, el desarrollo de los combustibles fósiles ha comenzado a amenazar a la humanidad con una contaminación atmosférica mucho más grave.

Antes de la generalización del uso de los combustibles fósiles, la contaminación del aire afectaba normalmente en mayor grado a las ciudades que a las zonas rurales, debido a la concentración de núcleos de combustión en los núcleos urbanos. Los habitantes de las áreas urbanas de clima frío se procuraban calefacción quemando madera, pero los suministros locales de madera se fueron extinguendo rápidamente. Debido a la escasez de oferta, la madera se fue encareciendo. El hombre comenzó entonces a consumir cantidades comparativamente menores de madera, disponiendo de menor calefacción en las viviendas. La primera ciudad en solucionar dicho problema fue Londres, en donde sus habitantes empezaron a utilizar carbón como combustible para la calefacción de los

edificios. Durante el siglo XIX había medio millón de chimeneas expeliendo humo de carbón, hollín, cenizas y dióxido de azufre al aire londinense.

El desarrollo de las máquinas de vapor durante el siglo XVIII introdujo el carbón en la industria. El crecimiento derivado de la Revolución Industrial se tradujo en un número mayor de máquinas de vapor, de chimeneas fabriles y, por consiguiente, mayor contaminación atmosférica. El cielo comenzó a oscurecerse en los núcleos industriales de Gran Bretaña, Bélgica, Alemania y Estados Unidos. Las ciudades que albergaban industrias consumidoras de energía, como la siderúrgica, y edificios dotados de calefacción por carbón, estaban siempre envueltas en humo y bañadas en dióxido de azufre. A Pittsburgh, en Pennsylvania, una de las mayores ciudades industriales de Estados Unidos de aquella época, a veces se la definía como un “infierno con la tapa levantada”. El consumo de carbón de algunas industrias era tan elevado como para contaminar el firmamento de toda una región, como en el caso de la cuenca del Ruhr, en Alemania, y de Hanshin, un área próxima a la ciudad japonesa de Osaka.

Primeros controles de la contaminación atmosférica

Los intentos de reducir los humos no resultaron eficaces hasta el decenio de 1940, por lo que los habitantes de las ciudades y regiones industriales hubieron de padecer las consecuencias de una atmósfera cargada de contaminación. Durante la época victoriana en Gran Bretaña no era infrecuente limpiar el polvo en el hogar dos veces al día para eliminar la suciedad en suspensión. Los habitantes de las ciudades industriales fueron testigos de la pérdida de numerosos pinares y especies naturales debido a los elevados niveles de dióxido de azufre existentes y, además, padecieron unas tasas de neumonía y de bronquitis muy superiores a las de sus antepasados, sus familiares residentes en otras regiones o sus descendientes.

A partir de 1940, los gobernantes de las ciudades y regiones industriales consiguieron reducir la contaminación atmosférica causada por el carbón. San Luis, en el estado de Missouri, fue la primera gran ciudad del mundo que concedió máxima prioridad a la eliminación de los humos. Pittsburgh y otras ciudades estadounidenses siguieron su ejemplo a finales de la década de 1940 y principios de 1950. Londres adoptó medidas drásticas a mediados de la década de 1950 después de que la llamada niebla asesina (*killer fog*), una situación crítica de contaminación en diciembre de 1952, causara más de 4.000 muertos. Alemania y Japón hicieron ciertos progresos en la lucha contra los humos durante el decenio de 1960, utilizando una combinación de salidas de humos más altas, filtros y depuradoras de chimeneas y sustituyendo el carbón por otros combustibles.

Aún se continuaba la lucha contra los humos, las ciudades se vieron enfrentadas a problemas de contaminación atmosférica nuevos y más complejos. A medida que se fueron popularizando los automóviles, primero en Estados Unidos durante la década de 1920 y más tarde en Europa occidental y en Japón durante las décadas de 1950 y 1960, las emisiones de los tubos de escape vinieron a sumarse a la contaminación atmosférica procedente de chimeneas y salidas de humos. Los gases de escape de los automóviles contienen diferentes tipos de sustancias contaminantes, tales como monóxido de carbono, óxido nitroso y plomo. Por lo tanto, los automóviles vinieron, junto con las nuevas industrias como la petroquímica, a complicar y agravar los problemas ya existentes de

contaminación atmosférica en el mundo. El *smog* fotoquímico, causado por el impacto de la luz solar sobre elementos contenidos en los gases de escape de los automóviles, se convirtió en una seria amenaza para la salud en ciudades con abundante insolación y frecuentes cambios de temperatura. Los peores *smogs* del mundo se producían en ciudades soleadas y atestadas de coches, tales como Atenas (Grecia), Bangkok (Tailandia), la ciudad de México (Méjico) y Los Ángeles (Estados Unidos).

Además de estos problemas de contaminación local y regional, hacia finales del siglo XX la actividad humana comenzó a impactar directamente sobre la atmósfera. Los crecientes niveles de dióxido de carbono en la atmósfera después de 1850, consecuencia principalmente de la incineración de los combustibles fósiles, aumentaron la capacidad del aire para retener el calor solar. Esta mayor retención térmica provocó la amenaza de un calentamiento global, un incremento generalizado de la temperatura de la Tierra. Una segunda amenaza contra la atmósfera provenía de los compuestos químicos conocidos como clorofluorocarbonos, que fueron inventados en 1930 y utilizados ampliamente en la industria y como refrigerantes después de 1950. Cuando los clorofluorocarbonos ascienden a la estratosfera (la capa más alta de la atmósfera), provocan una disminución del grosor de la capa de ozono, debilitando su capacidad para frenar la nociva radiación ultravioleta.

Contaminación del agua

El agua siempre ha constituido un recurso vital para el hombre, al principio sólo como bebida, más tarde para lavar y también para el regadío. Con la potencia proporcionada por los combustibles fósiles y la moderna tecnología, la humanidad ha desviado los cauces de los ríos, ha extraído el agua subterránea y contaminado las fuentes de agua de la Tierra como no lo había hecho jamás.

El regadío, si bien ya era una práctica muy antigua, sólo afectaba a regiones limitadas del mundo hasta épocas recientes. Durante el siglo XIX, las técnicas de regadío se difundieron rápidamente, impulsadas por los desarrollos de la ingeniería y el incremento de la demanda de alimentos procedente de la creciente población mundial. En India y en América del Norte se construyeron enormes redes de presas y de canales. En el siglo XX se construyeron presas aún mayores en los países mencionados, así como en Asia central, China y otros lugares. Después de la década de 1930, las presas construidas para regadío también se aprovecharon para la producción de energía hidroeléctrica. Entre 1945 y 1980 se construyeron presas en la mayoría de los ríos del mundo considerados aptos por los ingenieros.

Las presas, al suministrar energía eléctrica además del agua de regadío, vinieron a facilitar la vida de millones de personas. Sin embargo esta comodidad tenía un precio, ya que las presas modificaron los ecosistemas acuáticos que habían existido a lo largo de los siglos. En el río Columbia, en el oeste de Norteamérica, por ejemplo, las poblaciones de salmones se vieron afectadas ya que las presas bloqueaban las migraciones anuales de los salmónidos. En Egipto, donde una gran presa embalsó el Nilo en Asuán en 1971, fueron muchos los humanos y animales que hubieron de pagar las consecuencias. Las sardinas mediterráneas murieron y los pescadores de estas especies se quedaron sin ingresos. Los agricultores tuvieron que recurrir a los fertilizantes químicos, pues la presa de Asuán impedía las crecidas primaverales del Nilo y con ello el depósito de la capa anual de limo

fértil sobre las tierras ribereñas del río. Además, muchos egipcios que bebían agua del Nilo, que arrastraba una cantidad cada vez mayor de vertidos de los fertilizantes, comenzaron a acusar efectos negativos en su salud. El mar de Aral, en Asia central, también ha sufrido las consecuencias, ya que a partir de 1960 ha disminuido su nivel debido a que las aguas que desembocaban en él habían sido desviadas para regar los campos de algodón.

Las aguas fluviales por sí solas no han bastado para cubrir las necesidades de la agricultura y las ciudades. Las aguas subterráneas se han convertido en muchas partes del mundo en una fuente esencial de este elemento y a un precio muy económico, ya que los combustibles fósiles facilitaron enormemente los bombeos. Por ejemplo, en las Grandes Llanuras, desde Texas hasta los estados de Dakota del Norte y del Sur, surgió a partir de 1930 una economía basada en el cultivo de cereales y la cría de ganado. Esta economía extraía agua del acuífero de Ogallala, un vasto yacimiento subterráneo. Con el fin de satisfacer la demanda de agua potable, higiénica e industrial de una población cada vez mayor, algunas ciudades como Barcelona (España), Pekín (China) y la ciudad de México comenzaron a bombar aguas freáticas. Pekín y la ciudad de México comenzaron a hundirse lentamente a medida que se bombeaba gran parte de sus aguas subterráneas. Al agotarse el suministro de agua subterránea, estas dos ciudades se vieron obligadas a traer agua desde muy lejos. En el año 1999, la humanidad utilizaba 20 veces más agua corriente que en 1800.

No sólo ha aumentado la utilización de agua, sino que cada vez un mayor porcentaje de ésta quedaba contaminado por el aprovechamiento humano. Si bien la contaminación acuática venía existiendo ya desde hacía tiempo en las aguas fluviales que cruzan ciudades, como en el caso del Sena a su paso por la ciudad francesa de París, la era del combustible fósil ha modificado el alcance y la idiosincrasia de la contaminación acuática. La utilización del agua ha aumentado actualmente y existe una variedad mucho más amplia de sustancias contaminantes que enturbian las fuentes mundiales de suministro de agua. Durante la mayor parte de la historia de la humanidad, la contaminación acuática ha sido principalmente biológica, ocasionada sobre todo por los desechos humanos y animales. Sin embargo, la industrialización introdujo un número incontable de sustancias químicas en las aguas del planeta, agravando así los problemas de la contaminación.

Esfuerzos para controlar la contaminación acuática

Hasta principios del siglo XX, la contaminación biológica de los lagos y ríos del mundo constituyó un problema desconcertante. Más adelante, los experimentos consistentes en filtrar y tratar químicamente las aguas dieron resultados positivos. En Europa y Norteamérica la depuración de las aguas residuales y el filtrado del agua lograron garantizar un suministro de agua más limpia e higiénica. En épocas tan recientes como la década de 1880 morían anualmente en la ciudad estadounidense de Chicago miles de personas por enfermedades de propagación acuática, tales como la fiebre tifoidea. Sin embargo, hacia 1920, el agua de Chicago ya no era portadora de ninguna enfermedad fatal. De todas formas, existen multitud de comunidades en todo el mundo, especialmente en países pobres como India y Nigeria, que no pueden económicamente invertir en tratamientos de aguas residuales y en instalaciones de filtrado.

Al igual que ocurrió con la contaminación atmosférica, la industrialización y los avances tecnológicos del siglo XX provocaron un número cada vez mayor de formas de

contaminación acuática. Los científicos inventaron nuevos productos químicos que no existen en la naturaleza, algunas de las cuales resultaron ser de máxima utilidad en la industria de la fabricación y en la agricultura. Desgraciadamente, otras demostraron ser nocivos agentes contaminantes. A partir de 1960 las sustancias químicas denominadas bifenilos policlorados (PCB) hicieron aparición en las aguas de Norteamérica en cantidades peligrosas, devastando y deteriorando la vida acuática y los seres vivientes que se alimentan de dicha flora y fauna. A partir de 1970, las legislaciones norteamericana y europea consiguieron reducir notablemente la contaminación del aire o la del agua ocasionada por agentes aislados. Pero la contaminación no puntual, como los vertidos plagados de pesticidas procedentes de las tierras de labor, resultaba mucho más difícil de controlar. La contaminación acuática más grave se daba en los países más pobres donde seguía sin combatirse la contaminación biológica, al tiempo que la contaminación química ocasionada por la industria y la agricultura no hacía sino agravar la contaminación biológica. A finales del siglo XX China era probablemente el país más castigado por una enorme variedad de problemas de contaminación acuática.

Contaminación del suelo

Durante la era de los combustibles fósiles también la superficie de la Tierra ha experimentado una transformación notable. Las mismas sustancias que han contaminado el aire y el agua se encuentran a menudo latentes en el suelo, a veces en concentraciones peligrosas que constituyen una amenaza para la salud humana. Si bien este tipo de situaciones sólo se solía dar en las proximidades de las industrias generadoras de residuos tóxicos, el problema de la salinización, normalmente asociado al regadío, estaba bastante más generalizado. Aunque el regadío siempre ha conllevado el riesgo de la destrucción del suelo al anegarlo y salinizarlo (posibles causas de la destrucción de la base agrícola de la antigua civilización de Mesopotamia en Oriente Próximo), los niveles de regadío modernos han intensificado este problema en todo el mundo. En la década de 1990 los campos devastados por la salinización iban siendo abandonados a medida que los ingenieros iban implantando el regadío en nuevas zonas. La salinización ha alcanzado su grado máximo en las zonas secas donde se produce una mayor evaporación, tales como México, Australia, Asia central y el suroeste de Estados Unidos.

La erosión del suelo causada por la actividad del hombre ya constituía un problema mucho antes de la salinización. La moderna erosión del terreno ha disminuido la productividad de la agricultura. Este problema conoció su mayor agravamiento durante el siglo XIX en los terrenos fronterizos abiertos a la colonización de los pioneros en países como Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Argentina. Los terrenos de pastos que jamás habían sido arados anteriormente comenzaron a sufrir la erosión del viento, que alcanzaba dimensiones desastrosas en tiempos de sequía, como ocurrió en la década de 1930 durante los tornados en Kansas y Oklahoma. La última destrucción importante de pastos vírgenes se produjo en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) durante la década de 1950, cuando el primer ministro Nikita Jruschov decidió convertir la zona norte de Kazajstán en un cinturón de trigo. Los combustibles fósiles desempeñaron también un papel crucial en esta época, ya que los ferrocarriles y los barcos de vapor transportaban el cereal y el ganado procedentes de estas zonas hasta los mercados más remotos.

Hacia finales del siglo XX los asentamientos de los pioneros se habían desplazado desde las llanuras de pastos hacia las regiones tropicales y forestales en las montañas. A partir de 1950 los agricultores de Asia, África y América Latina fueron colonizando cada vez más terrenos en los pequeños bosques cultivados. A menudo, dichos bosques, como los de Centroamérica y Filipinas, eran de tipo montañoso y recibían lluvias copiosas. Para poder cultivar estas tierras, los agricultores tuvieron que deforestar las laderas de las montañas, dejándolas expuestas a las lluvias torrenciales y haciéndolas vulnerables a la erosión del suelo. Este tipo de erosión arrasó las tierras en los Andes de Bolivia, el Himalaya nepalí y el norte de la India, así como las escarpadas zonas de Ruanda y Burundi. Las tierras yermas no hicieron sino endurecer la vida de los agricultores en estas y otras zonas.

El impacto de la erosión del suelo no acaba con la pérdida del suelo. El terreno erosionado no desaparece sin más, sino que se desplaza ladera y aguas abajo, depositándose en algún otro lugar. A menudo esta tierra ha quedado almacenada en lugares poco apropiados, anegando embalses o cortando carreteras. Al cabo de muy pocos años de finalizada su construcción, algunas presas de Argelia y China han quedado inservibles al quedar obstruidas por la erosión del suelo originada aguas arriba.

Fauna y flora

La actividad humana ha afectado la flora y la fauna del planeta en no menor medida que el aire, el agua y el suelo. A lo largo de millones de años la vida fue evolucionando sin grandes impactos por parte de los seres humanos. Sin embargo, probablemente desde los primeros colonizadores de Australia y Norteamérica, la raza humana ha ido provocando extinciones masivas bien por medio de la caza o bien por la utilización del fuego. Con la domesticación de los animales, iniciada seguramente hace 10.000 años, la humanidad comenzó a desempeñar una función más activa en la evolución biológica. Durante el siglo XIX y XX el papel desempeñado por los seres humanos en la supervivencia de las especies ha aumentado hasta el punto de que ciertas especies únicamente sobreviven porque los hombres lo permiten.

Algunas especies animales sobreviven en gran número gracias al hombre. Por ejemplo, en la actualidad hay unos 10.000 millones de gallinas en la Tierra, entre trece y quince veces más que las que había hace un siglo. Ello se debe a que al hombre le gusta comer pollo y las cría a tal fin. De forma análoga protegemos las vacas, las ovejas, las cabras y algunos otros animales domesticados para poder sacar provecho de ellos. Las civilizaciones modernas han asegurado asimismo de forma involuntaria la supervivencia de otras especies animales. Las poblaciones de roedores se propagan debido a la enorme cantidad de alimento de que disponen, ya que los humanos almacenan alimentos en exceso y generan mucha basura. Las ardillas se multiplican porque hemos creado entornos suburbanos con muy pocos depredadores.

Aun cuando el hombre moderno favorece, de manera voluntaria o involuntaria, la supervivencia de algunas especies, sin embargo amenaza otras muchas. La tecnología y los combustibles modernos han multiplicado notablemente la eficacia de la caza, hasta el punto de poner en peligro de extinción a animales como la ballena azul o el bisonte de Norteamérica. Otros muchos animales, en su mayor parte especies de los bosques tropicales, son víctimas de la destrucción de su hábitat natural. De manera bastante

inadvertida, y casi involuntaria, la humanidad ha asumido un papel central en la determinación del destino de muchas especies y la salud de las aguas, el aire y el suelo de nuestro planeta. El ser humano desempeña, por consiguiente, un papel vital en la evolución biológica.

La historia del medio ambiente de los dos últimos siglos ha sido la de una tremenda transformación. En apenas 200 años la humanidad ha provocado una modificación más drástica en la Tierra que la ocurrida desde la aparición de la agricultura hace unos 10.000 años. El aire, el agua y el suelo de importancia vital para el hombre están en peligro; toda la trama de la vida depende de nuestros caprichos. A grandes rasgos, el hombre nunca ha gozado de tantos éxitos ni ha llevado una vida más placentera. La era de los combustibles fósiles está alterando la condición humana en algunos sentidos hasta ahora impensables. Pero el hecho de si hemos comprendido este impacto, y de si estamos dispuestos a aceptarlo, constituye un interrogante aún sin respuesta.

Acerca del autor: John McNeill es profesor de Historia en la Universidad de Georgetown. Es autor, entre otras muchas publicaciones, de *Global Environmental History of the Twentieth Century*.

La industria armamentística desde 1850 hasta 1914

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Edward J. Davies II, de la Universidad de Utah, analiza los cambios ocurridos en la guerra y en la política tras la aplicación de la tecnología industrial al desarrollo armamentístico.



Guerra Russo-japonesa

La Guerra Russo-japonesa comenzó el 8 de febrero de 1904 cuando los japoneses atacaron las naves rusas fondeadas en Port Arthur. A finales del siglo XIX, Rusia había negociado con China el derecho a ampliar la ruta del ferrocarril Transiberiano a lo largo de la zona china de Dongbei Pingyuan (Manchuria) para establecer una base estratégica en Port Arthur. Este conflicto asentó la posición de Japón como potencia mundial.

La industria armamentística desde 1850 hasta 1914

Por Edward J. Davies II

En el otoño de 1854, las tropas francesas y británicas se enfrentaron con la infantería rusa en Crimea. Armados con sus nuevos rifles de ánima rayada, los invasores dispararon devastadoras descargas contra los rusos, que luchaban con anticuados mosquetes de ánima lisa encuadrados en formaciones tradicionales desde la época de Napoleón. Una década después, en Estados Unidos, el presidente Abraham Lincoln ordenó a 25.000 hombres de las tropas del Potomac que subieran a los trenes que les transportarían a Chattanooga, en Tennessee, para ayudar a las copadas tropas nortistas. Mientras tanto, Lincoln

comunicaba a Ulysses S. Grant, que se encontraba a miles de millas al oeste, sus planes para romper las líneas confederadas cerca de Chattanooga. Para enviar esta información, Lincoln utilizó un telégrafo. Estos acontecimientos, aparentemente sin relación, anunciaban el comienzo de una revolución tecnológica en el arte de la guerra que transformaría ejércitos, naciones-estados, y más tarde al mundo.

La industrialización transformó radicalmente la guerra en Europa y Occidente desde mediados del siglo XIX. Las armas, los transportes y las comunicaciones adoptaron nuevas formas a medida que la tecnología industrial aumentaba la potencia de fuego y la variedad de las armas, así como la velocidad y capacidad del transporte de tropas, material de guerra e información. Los europeos y los americanos utilizaron estas tecnologías para organizar y equipar ejércitos de masas compuestos por ciudadanos corrientes más que por soldados profesionales. En mayor medida que antes, la guerra implicó a naciones enteras. Los europeos usaron esta tecnología militar para extenderse más allá de sus fronteras, hacia el interior de África y Asia, conquistando a la mayoría de los pueblos de aquellos continentes. Los avances de la medicina occidental permitió a los europeos sobrevivir en aquellos duros climas y a las enfermedades que encontraron en aquellas regiones y, de tal modo, mantener una presencia sostenida. No obstante, los europeos se encontrarían con una feroz resistencia en ambos continentes, a veces equipada a su vez con armamento industrial. El coste de la guerra y del imperialismo sería alto, en vidas y en material.

Industrialización y guerra

Las innovaciones tecnológicas de la industrialización ampliaron los campos de batalla y los ejércitos desde mediados del siglo XIX en adelante. Los cambios más importantes sucedieron pronto y en las áreas del transporte y las comunicaciones. Los ferrocarriles aparecieron en Gran Bretaña y se extendieron rápidamente al continente europeo y a Norteamérica. Los mandos militares apreciaron las ventajas de aquellos “caballos de hierro” que podían transportar tropas y armamento a grandes distancias en relativamente poco tiempo. De repente, la guerra, confinada antaño a un escenario de unas pocas decenas de km, se expandía ahora a centenares o miles.

Las grandes distancias entre los teatros de operaciones fueron salvadas mediante el telégrafo. Inventado por el estadounidense Samuel Morse, el telégrafo permitía a los generales enviar información casi instantáneamente a través de espacios tan grandes como los cubiertos por los ferrocarriles. Los comandantes permanecían en contacto a diario con ejércitos muy dispersos. Las distancias eran cada vez un obstáculo menor para la planificación y ejecución militares.

Finalmente, la industrialización creó una nueva gama de armas letales. Empresarios europeos y estadounidenses produjeron una serie de artefactos que iban desde los fusiles de ánima rayada del periodo transcurrido entre 1850 y 1870 hasta los rifles de retrocarga y las ametralladoras de 1880. Nuevas mejoras aumentaron la potencia de tales armas. La pólvora sin humo, por ejemplo, aumentó la velocidad del proyectil en el cañón y mejoró su balística en general. La nueva industria siderúrgica de los años 1860 y 1870 produjo piezas de artillería más grandes con mayor potencia y durabilidad. Los industriales produjeron cañones más fuertes y eficaces, simplificaron los mecanismos de alimentación y desarrollaron proyectiles de alto explosivo. Hacia 1890 la invención del mecanismo de

retroceso aumentó la cadencia de tiro, sin reparar en el calibre de la pieza. Estas innovaciones y otras por el estilo convirtieron a los campos de batalla en lugares mucho más mortíferos y aumentó espectacularmente la capacidad de herir o matar a miles de hombres en un pequeño lapso de tiempo.

La demanda de estas nuevas armas era considerable pero los fabricantes se las arreglaron para satisfacerla. Con sus amplias plantillas de científicos e ingenieros, Krupp en Alemania, Carnegie Steel en Estados Unidos y muchas otras grandes compañías produjeron grandes cantidades de armamento nuevo y mejorado en plazos muy ajustados. A finales del siglo XIX, el tamaño y la flexibilidad de la capacidad industrial de un país era un indicador fiable de su potencial militar.

Nuevas doctrinas militares en Occidente

La Guerra Civil estadounidense (1861-1865) fue una de las primeras guerras industriales. Tanto los estados del norte como los del sur equiparon grandes ejércitos que lucharon en frentes de más de 1.000 km de longitud. Ambos bandos necesitaban modernos medios de transporte y comunicaciones para manejar tales fuerzas. Los nordistas utilizaron su enorme capacidad industrial, mucho mayor que la economía algodonera sudista, para producir el equipo militar que sustentaba a su gran ejército, que superó el millón de hombres en 1864.

Para ganar la guerra, el comandante en jefe Ulysses S. Grant se dio cuenta de que la Unión debía hundir la moral y destruir la economía de la Confederación Sudista, para romper su resistencia a los ejércitos nordistas. Planeó rendir a las tropas sudistas en el frente oriental mediante combates incessantes, confiando en que los mayores recursos del norte acabarían prevaleciendo. Para terminar el trabajo de someter la resistencia sudista, el general de la Unión William Sherman lanzó una ataque masivo de sus fuerzas contra Georgia y Carolina del Sur con la intención de devastar ambos estados y sus economías. Esta ofensiva y otras similares consiguieron de hecho sus objetivos. Grant había hecho uso de las herramientas de la guerra moderna para vencer, incluyendo ferrocarriles y telégrafos.

En Europa durante aquellos años, el Ejército prusiano usaba los mismos métodos para someter a los otros estados alemanes, entonces bajo la égida del Imperio Austríaco. Desde 1840, consciente de lo vulnerable que le hacían sus extensas fronteras, Prusia había construido una densa red ferroviaria diseñada para transportar tropas rápidamente de una zona amenazada a otra. Además había organizado un estado mayor muy eficaz compuesto por oficiales duchos en el arte y la historia de la guerra. Aquellos hombres demostraron una soberbia capacidad organizativa, especialmente en la planificación y ejecución de campañas militares. Bajo la dirección del brillante Helmut von Moltke, el Estado Mayor prusiano adquirió un carácter profesional e innovador sin comparación en Europa.

Comprendiendo las necesidades de la moderna guerra industrial, Von Moltke descentralizó la cadena de mando para proporcionar a sus oficiales la flexibilidad suficiente como para que alcanzaran sus objetivos. A nivel táctico, la compañía y el pelotón se convirtieron en las unidades básicas de maniobra porque eran las que podían explotar mejor las oportunidades que se dan en un campo de batalla dominada por las armas de fuego de tiro rápido. Von Moltke pensaba que las formaciones pequeñas permitían a los oficiales de menor rango hacer uso de todos y cada uno de los rifles a su disposición en el combate y así

maximizar la potencia del ejército. La principal arma de la infantería era el nuevo rifle Dreyse, un fusil de aguja y retrocarga, que permitía al soldado prusiano moverse rápidamente por el campo de batalla mientras disparaba con una cadencia muy superior a la de los antiguos mosqueteros. En el plano estratégico, Moltke continuó presionando al estado para que construyese más ferrocarriles y telégrafos que permitían la movilidad y rapidez necesaria para la victoria.

Los prusianos además establecieron el servicio militar obligatorio. Esto alimentó el patriotismo, entendido en términos de defensa de la patria contra los enemigos. El servicio militar incluía un tiempo en la reserva y permitía a los prusianos exprimir al máximo el potencial militar de la población. Para asegurar los reemplazos de personal instruido, el estado obligaba a cada ciudadano a servir tres años en el ejército regular, cuatro en la reserva y cinco en el *Landwehr*, o guardia territorial. Ninguna potencia europea podía recurrir a su potencial humano hasta el extremo de los prusianos.

Los austriacos, que eran los principales oponentes militares de los prusianos, tenían una concepción bélica parecida a la de sus abuelos. Tácticamente, empleaban la maniobra por columnas, los choques frontales y las cargas de caballería. Estratégicamente, confiaban en las fortalezas y en las rígidas líneas de comunicación. Los austriacos no tenían ni un estado mayor ni planes generales de movilización. No hay que decir que cuando prusianos y austriacos lucharon por la hegemonía entre los estados alemanes, las ventajas de los prusianos fueron decisivas.

En un principio el mundo asistió asombrado a las espectaculares victorias prusianas sobre los poderosos austriacos en la década de 1860 y sobre los franceses diez años después. Más tarde llegaron las imitaciones. Los ejércitos que se habían inspirado en las escuelas, militares, las tácticas y la estrategia francesa, se pasaron al modelo prusiano. Incluso se adoptó el estilo de los uniformes prusianos en todo Occidente. Los militares profesionales leyeron ávidamente los escritos del teórico militar prusiano Carl von Clausewitz, del que tanto había aprendido Von Moltke. La guerra había tomado un nuevo camino que pasaba por la conscripción, el acero y la tecnología.

Medicina, tecnología y la expansión de las potencias europeas

Los instrumentos bélicos permitieron a los occidentales extenderse más allá de sus fronteras, hacia regiones dominadas en tiempos por potencias asiáticas y africanas. La nueva tecnología de la guerra industrial proporcionó los medios clave para alcanzar este objetivo. Pero además a los europeos les ayudó mucho el gran avance de la medicina. Durante siglos, las enfermedades habían disuadido a los europeos de establecerse permanentemente en Asia o África. La malaria, la fiebre amarilla, las fiebres tifoideas, el cólera y otras enfermedades diezmaban regularmente a las tropas occidentales.

Avances como la compresión de la histología de los gérmenes ayudaron a los europeos a sobrevivir en los trópicos. Descubrimientos como el exterminio de los nidos de mosquitos para evitar la malaria, se transmitieron a través de la comunidad médica. Contra la enfermedad más mortífera, la malaria, los occidentales habían usado quinina desde el siglo XVI. Mejoraron la técnica hacia 1800. En 1890 los occidentales sabían como depurar el agua, limpiar las cloacas y exterminar a la letal bacteria causante. Los trópicos comenzaron

a ser un escenario bastante menos amenazador. Ya no sucumbirían ejércitos enteros ante las enfermedades.

Una vez que aprendieron a soportar el clima, los europeos utilizaron cañoneras poderosamente armadas para viajar hacia el interior de los continentes usando las vías fluviales. Fabricados primero en hierro, luego en acero, los barcos de vapor resistían mejor el clima que los de madera, que solían pudrirse. Armados con cañones de acero y obuses de alto poder explosivo, las cañoneras demostraron ser mucho más letales que sus predecesores. Productos industriales modernos como los cartuchos de latón se diseñaron para ser almacenados fácilmente en los nuevos barcos de metal y para resistir mejor al desgaste.

Estos avances facilitaron la expansión de las potencias europeas por el trópico. Hacia 1900, los europeos dominaba casi toda África y buena parte de Asia. Sin embargo, incluso con su superioridad industrial, la tarea no fue sencilla. Los africanos se resistieron ferozmente a perder su independencia. A menudo la resistencia de los africanos dependió de armas europeas y estrategias ingeniosas.

Resistencia al imperialismo europeo

Los británicos combatieron con los ashantis de la Costa de Oro durante veinte años antes de conquistarlos en 1896. Los ashantis habían sido socios de los europeos en el comercio de esclavos africanos. A finales del siglo XIX habían construido un formidable Estado, estaban equipados con armas europeas (aunque de peor calidad) y eran capaces de plantar cara a los británicos. Rechazados en la década de 1860, los británicos volvieron en 1873, al mando de lord Wolseley, cuya campaña contra los ashantis es un modelo de planificación militar. No llevó consigo más que a unos miles de soldados para simplificar los problemas logísticos y construyó carreteras para facilitar el aprovisionamiento. A lo largo de estas rutas, plantó fuertes para auxiliar a sus tropas y mantener la presencia británica. Se aseguró de que había suficientes bestias de carga y de que sus tropas tuvieran suficiente comida enlatada, quinina y agua potable. Cuando se enfrentó finalmente con los ashantis tenía gran cantidad de fusiles de retrocarga Snider, piezas de artillería de siete libras y las nuevas ametralladoras americanas Gatling. Los peor equipados ashantis dependían de mosquetones europeos de peor calidad. Sin embargo, la victoria de Wolseley sirvió de poco, porque les llevaría otros veinte años a los británicos someter a los poderosos ashantis.

En su lucha contra los europeos, los estados africanos como el de los ashantis tenían desventajas culturales que debilitaban su habilidad técnica y organizativa. La sociedad ashanti estaba organizada siguiendo unas premisas muy diferentes de las europeas, que se reflejaban en sus ejércitos. Por ejemplo, los caudillos disponían a sus tropas en el campo de batalla en una formación de arco. En este arco, la posición venía dada por la relación jerárquica entre el jefe local y el gobernante supremo. Para organizarse de otra forma, los ashantis habrían tenido que sufrir una revolución cultural. Los ejércitos ashantis estaban preparados para pequeñas expediciones de captura de esclavos o para breves campañas contra enemigos más poderosos. Una vez que un vecino rival se rendía, se convertía en parte del reino de los ashantis, una práctica habitual en África occidental. Los ashantis no

podían imaginar una guerra de la duración, escala, y nivel de violencia que desatarían los europeos en su determinación por someterlos definitivamente.

En algunos casos, los que resistían intentaron emular los descubrimientos europeos. El líder militar africano Samory Touré resistió durante 18 años a los franceses en la región del Senegal-Níger, en África occidental, desde 1880. Se dio cuenta de la superioridad europea y trató de neutralizarla. Desde un principio adquirió fusiles europeos que le dieron el liderazgo indiscutible entre los distintos caudillos de la zona. Siempre atento a las oportunidades, compró rifles *chassepot* franceses a mediado de la década de 1880, y los fusiles repetidores Gras (francés) y Mauser (alemán) en la de 1890. De hecho, en 1898 tenía 4.000 repetidores en su arsenal incluso trató de desarrollar una industria armamentística local, pero los herreros no tenían recursos para manufacturar armas similares a las fabricadas en los centros industriales europeos. Al final las ventajas de Francia resultaron decisivas y Samory Touré, capturado por los franceses, pasó sus últimos días en Gabón, otra de las colonias francesas.

Hubo una vez en que los europeos no pudieron ni sacar ventaja de su armamento ni vencer a sus enemigos. El Estado etíope resistió un intento de conquista por parte de los italianos a finales de la década de 1890. Igual que Samory Touré, los etíopes se dieron cuenta de las ventajas del armamento industrial y compraron los rifles más modernos para equipar sus ejércitos. Compraron ametralladoras Hotchkiss, inventadas por el barón austriaco Adolf von Odkolek y adquiridas por la Armada de Estados Unidos en 1897. Y dieron un paso más abandonando su tradicional formación en falange, que como el arco de los ashantis, reflejaba su organización social. En su lugar, adoptaron la formación dispersa que inventaron los prusianos para amoldarse a la potencia de fuego de las nuevas armas.

Cuando los italianos comenzaron su guerra de conquista en 1896, los etíopes ya estaban adaptados al modelo de combate europeo y familiarizados con su armamento. Además confiaron la preparación de su ejército a agregados militares británicos. Además recibieron 100.000 fusiles y dos toneladas de municiones del gobernador francés de la vecina Somalia, que temía una victoria italiana. No obstante, los etíopes carecían del aparato logístico de los ejércitos europeos y se enfrentaron a la escasez de pertrechos bélicos cuando los generales italianos, presionados por los dirigentes políticos en Roma, lanzaron un ataque prematuro contra el Ejército etíope. Incluso entonces fue una decisión fatal para los italianos, ya que las tropas etíopes, bien mandadas y excelentemente armadas, derrotaron al Ejército italiano.

Los europeos encontraron también una resistencia inesperada en el Sureste asiático y en Extremo Oriente. En China, la Marina británica fue derrotada en 1859 en la boca del río Peih, donde la artillería china, protegida por fortificaciones, dañó gravemente a los buques de guerra británicos. Los chinos frustraron también un desembarco británico en 1857, que tenía el objetivo de tomar Cantón, en la costa meridional china. En Vietnam, los franceses se encontraron con una seria oposición. Para vencerla, reunieron un gran ejército y gastaron considerables recursos entre 1882 y 1896.

Probablemente el adversario más duro que se encontraron las potencias imperialistas fueron los boérs surafricanos, descendientes de los primeros colonos neerlandeses. Obligados a abandonar su territorio original, que era una colonia desde el siglo XVI, los

bóers establecieron dos repúblicas independientes. La riqueza mineral de estas regiones (especialmente sus reservas auríferas), obligaba a los británicos a apoderarse de esas repúblicas. Los bóers, anticipándose, efectuaron un ataque preventivo contra las posiciones británicas en 1899. Estaban provistos de pólvora sin humo, fusiles de aguja y ametralladores. Luchaban siguiendo una táctica de escurridizas columnas móviles.

Las primeras victorias bóers obligaron a los británicos a recurrir a los recursos de otras partes de su imperio y a desarrollar nuevas tácticas y estrategias. Sin embargo, una vez que aparentemente derrotaron a los bóers, se encontraron con que quienes no se resignaban a rendirse formaron unidades guerrilleras que preludiaban una larga lucha. Bajo el mando de Horatio Herbert Kitchener, los británicos construyeron blocaos en territorio enemigo para defender las líneas de abastecimiento y las comunicaciones. Kitchener, una figura carismática en la historia militar británica, internó a los civiles bóers, en su mayoría mujeres y niños, en campos de concentración, donde permanecieron como rehenes mientras los hombres combatían. Murieron a millares por los malos tratos a los que fueron sometidos por los británicos. Esto y el alto precio de la victoria levantaron grandes protestas en Gran Bretaña. No obstante, la estrategia funcionó y las repúblicas bóers terminaron formando parte de la colonia británica de Suráfrica.

De entre las naciones no occidentales, sólo Japón consiguió adoptar satisfactoriamente la estrategia industrial occidental. A finales de la década de 1860 los japoneses abandonaron su época feudal y adoptaron la industrialización y otros aspectos de la vida moderna. Inmediatamente después enviaron misiones a Europa y Estados Unidos para estudiar sus instituciones y sus sistemas militares. Los japoneses modificaron lo que habían aprendido allí para adaptarlo a la cultura japonesa. De una sociedad defendida por los samurais a mediados de siglo, Japón llegó a la década de 1890 dotado de un Ejército moderno, un Estado Mayor, un servicio militar obligatorio y un sistema de reservistas calcados del prusiano. Para financiar estas innovaciones, Japón se industrializó sin desmayo. Para 1900 poseía una economía moderna. Japón construyó una de las mejores flotas del mundo, puso en pie de guerra un ejército sin rival en Asia y comenzó a construir un imperio ultramarino conquistando islas y archipiélagos cercanos. En 1904 Japón entró en guerra con Rusia por el control de la península de Corea. Para asombro de los observadores rusos y occidentales, las fuerzas japonesas derrotaron sin paliativos a los rusos por mar y por tierra. Japón había puesto el pie en tierra continental asiática. Las tornas parecían haber cambiado.

Las grandes pérdidas humanas y los altos costes materiales y financieros de la Guerra Russo-japonesa preludian lo que sucedería durante la I Guerra Mundial una década después. En los veinte años anteriores a la guerra mundial, las potencias europeas, impulsadas por la enorme innovación tecnológica y la producción en serie, construyeron grandes flotas, produjeron armas cada vez más poderosas y se prepararon para un conflicto que nadie esperaba demasiado largo. La tecnología que empezó a destacar después de 1850 se mostró demasiado eficaz en las hecatombes de la I Guerra Mundial. El enorme coste de esta guerra, con la pérdida de una generación entera, obligó a muchos europeos a preguntarse hasta dónde les había llevado la industrialización. El progreso de todo un siglo había terminado en una catástrofe horripilante. La industrialización había cambiado sus vidas. Ahora cambiaría la forma en la que morirían a millares.

Acerca del autor: Edward J. Davies II es profesor asociado de Historia en la Universidad de Utah. Es autor, entre otras muchas publicaciones, de *The Anthracite Aristocracy: Leadership and Social Change in the Hard Coal Regions of Northeastern Pennsylvania*.

Consecuencias de la I Guerra Mundial

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Edward J. Davies II, de la Universidad de Utah, explica el conjunto de cambios políticos producidos por la I Guerra Mundial.



Tratado de Trianón

El acuerdo firmado en 1920 en el Grand Trianon (o Gran Palacio Trianón, como se le conoce en español), uno de los edificios que conforman el gran conjunto palaciego de Versalles (al suroeste de París, la capital de Francia), recibió el nombre por el que es conocido en honor de tan distinguido lugar. El Tratado de Trianón concertó los términos de la paz entre Hungría y los aliados que habían luchado contra los Imperios Centrales (a los cuales pertenecía ésta en tanto que parte del Imperio Austro-Húngaro) durante la I Guerra Mundial. De resultas del pacto, Hungría perdió dos tercios de su superficie y la mitad de su población. La fotografía reproduce el momento en que, el 4 de junio de 1920, se procedía a la firma del Tratado a cargo de los representantes de los países implicados en el mismo.

Consecuencias de la I Guerra Mundial

Por Edward J. Davies II

La I Guerra Mundial (1914-1918), uno de los conflictos más devastadores de la historia, fue una pugna de grandes dimensiones que comenzó en Europa y terminó implicando a 32 naciones. La guerra se libró entre dos grandes alianzas militares: de un lado, los

denominados aliados, entre los que estaban Francia, Rusia, Gran Bretaña, y finalmente Estados Unidos; del otro, los Imperios Centrales, que incluían a Alemania (II Imperio Alemán), Austria-Hungría (Imperio Austro-Húngaro) y más tarde, a Turquía (Imperio otomano). Al término de la Gran Guerra (nombre por el que también es conocida la I Guerra Mundial) habían muerto 10 millones de soldados y otros 21 habían resultado heridos.

La Gran Guerra, por otra parte, precipitó la revolución y la inquietud, una consecuencia completamente imprevista por las potencias europeas. La toma del poder por los bolcheviques en Rusia en 1917 fue sólo el preludio de las turbulencias e inquietudes que acabarían llegando a Berlín e incluso Pekín. Al final de la guerra, Vladímir Lenin se alzó como una figura temida o venerada a lo largo y ancho del globo. Por la misma época, Woodrow Wilson entró en escena con sus famosos Catorce puntos, una serie de principios enunciados durante el conflicto, destinados a traer y preservar la paz. Las novedosas ideas de Wilson, como la autodeterminación y la Sociedad de Naciones, constituyan un agudo contraste con los llamamientos revolucionarios de Lenin a los pueblos oprimidos y su apostolado de la violencia como medio para alcanzar la justicia y la igualdad. Las ideas contrapuestas de estos dos visionarios electrizaron a las naciones colonizadas de todo el mundo y las hicieron intensificar sus demandas de independencia o autonomía. Al mismo tiempo, el final de la guerra llenó de resentimiento a las masas a medida que los imperios se disolvían, se exigían reparaciones a los vencidos y el mapa de Europa era diseñado a medida de los vencedores.

La guerra, los efectivos humanos y las poblaciones coloniales

Aunque la I Guerra Mundial comenzó en Europa, desde el principio afectó a lugares más allá de los confines de este continente. Los pueblos de África, India y Asia sufrieron la guerra siendo llamados a filas por los ejércitos europeos como soldados u obreros. Estas regiones aportaron también recursos importantes para el esfuerzo de guerra de los beligerantes.

A medida que la guerra se recrudecía, la desesperada necesidad de soldados y trabajadores de las potencias europeas les obligó a fijar sus ojos en las colonias. Los líderes coloniales les dieron su apoyo, pensando que su lealtad en ocasión de tal peligro para la metrópoli redundaría en una mayor autonomía para las colonias, la relajación de la legislación racial e incluso la independencia al final del conflicto. Es seguro que los líderes de las colonias británicas en la India y África apoyaron el esfuerzo de guerra con estos motivos *in mente*. Soldados y obreros voluntarios afluyeron en grandes contingentes para completar los regimientos coloniales ya existentes de Gran Bretaña, Francia y Alemania.

Los franceses por ejemplo alistaron a 70.000 argelinos y 170.000 africanos occidentales en sus ejércitos europeos. Los británicos confiaron en tropas indias para su fallida campaña en Irak en 1915 y para reforzar sus ejércitos en el norte de Francia. De hecho casi un millón de soldados y obreros indios sirvieron a lo largo y ancho del mundo. Los británicos emplearon también a 100.000 trabajadores chinos para atender a las necesidades logísticas de sus ejércitos en el norte de Europa. Además cientos de miles de portejadores y obreros de África Occidental, Egipto y la India proporcionaron servicios inapreciables a los beligerantes.

Políticas subversivas y belicistas en las colonias

Fuera de los campos de batalla, los beligerantes utilizaron otros métodos para debilitar a sus adversarios. Por ejemplo, animaron vigorosamente el descontento, la insurrección y el nacionalismo entre los súbditos coloniales de sus enemigos. Esta estrategia estaba destinada a debilitar al rival obligándole a dedicar recursos y potencial militar para reprimir los disturbios civiles y militares, especialmente en Asia occidental. Probablemente el mejor ejemplo de este tipo de subversión sucedió en Arabia, donde el agente británico T. E. Lawrence organizó una revuelta árabe contra el Imperio otomano. El gobierno británico atizó el latente nacionalismo árabe, con promesas, nunca cumplidas, de independencia para los árabes.

Gran Bretaña estaba también detrás del sionismo, otro movimiento de potencial revolucionario en el Oriente Próximo. Durante la I Guerra Mundial, un pequeño número de idealistas judíos polacos y rusos se cohesionaron en una organización que se propagó a todas las comunidades judías, sin distinción de nación, idioma o tradición. Esta organización acabó consiguiendo el apoyo británico para la instauración de un hogar nacional judío para después de la guerra. Este apoyo, consignado en la Declaración Balfour, se oponía a las esperanzas dadas por los británicos anteriormente a los nacionalistas árabes y terminaría llevando a violentas y sangrientas disputas entre las comunidades árabe y judía.

Los alemanes y los turcos desarrollaron también políticas subversivas. Esperaban explotar el sentimiento panislámico que se extendía en la joya de la corona británica, la India. Un partido opositor secreto, el *Ghadr* ('Revuelta'), existía ya en el estado del Punjab. Sus líderes en Berlín, un nido de indios disidentes, tenían la esperanza de aprovechar la creciente tensión. A la postre, la gran distancia entre Europa y la India y la dificultad de coordinar a los rebeldes potenciales bajo la estricta represión británica echaron a perder sus ambiciones. Los alemanes y los turcos tuvieron más éxito en su apoyo a la resistencia islámica en África del norte y del oeste, donde la oposición al colonialismo sobrevivió a la guerra.

La I Guerra Mundial y la toma del poder de los bolcheviques en Rusia

Los inesperados acontecimientos en el Imperio Russo resultaron tan dramáticos y exitosos como las políticas subversivas de los beligerantes. En 1917 la Revolución Rusa estremeció al mundo y dio a luz a un desafío continuo a las potencias occidentales. La revolución despertaría también la esperanza en países como China, que luchaban por deshacerse del yugo colonial. Tres décadas después de la revolución, más de una tercera parte de la humanidad viviría bajo regímenes comunistas.

Aliada de Francia desde hacía muchos años, la Rusia imperial fue a la guerra en 1914 mal preparada para las enormes exigencias de una guerra moderna e industrial. La guerra trajo pérdidas catastróficas y sufrimientos inaguantables para los millones de rusos que luchaban en los ejércitos imperiales. Durante la guerra, Rusia se enfrentó también a migraciones internas masivas a medida que millones de refugiados huían de los frentes de guerra y los civiles dejaban sus hogares para trabajar en las industrias de guerra. Este vasto movimiento de población, que igualó en número al de las levas militares, desestabilizó en gran medida a una sociedad que ya se tambaleaba bajo las presiones domésticas y famosa

por su corrupción. La carestía de alimentos afectó pronto a las ciudades mientras que la inflación socavó el poder adquisitivo de los campesinos. Los obreros y los campesinos hicieron responsable al gobierno de la ruinosa situación. En 1917, el zar Nicolás II y la monarquía habían perdido la confianza de los rusos. La monarquía fue sustituida por un gobierno provisional, formado por fuerzas supuestamente democráticas.

En ese momento, un revolucionario bolchevique exiliado llamado Vladímir Lenin regresó a Petrogrado, ayudado por las autoridades alemanas que esperaban que Lenin crearía un descontento aún mayor en un país devastado ya por las luchas intestinas. Lenin y sus correligionarios bolcheviques decidieron pronto que el gobierno provisional se equivocaba al proseguir la costosa e impopular guerra. En el otoño de 1917, Lenin y sus seguidores se hicieron con el poder apartando al gobierno provisional, que había perdido el apoyo de los rusos. Una vez en el poder, los bolcheviques cumplieron su promesa de apartar a Rusia de la guerra. En diciembre de 1917 firmaron en Brest-Litovsk un armisticio que cerraba la intervención rusa.

Wilson contra Lenin

La decisión de Lenin de sacar a Rusia de la guerra significaba un reto al mensaje del presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson. Desde el principio de la guerra, Wilson había perseguido incansablemente un acuerdo negociado que trajese una paz justa entre las naciones en guerra. La clave de los Catorce puntos de Wilson, que implicaban una serie de acuerdos territoriales que previniesen nuevas guerras, estaba en su concepto de la autodeterminación y sus ideas para la formación de una Sociedad de Naciones, una asamblea internacional similar a la actual ONU, la cual acabaría plasmando ese concepto. Wilson pensaba que sus propuestas significaban una revolución en las relaciones internacionales y una alternativa a la diplomacia europea tradicional, que se basaba en el equilibrio de poder. Wilson se encontraría con nuevas decepciones cuando los países europeos cuestionaron varias de sus propuestas más importantes. Estados Unidos declaró la guerra a los Imperios Centrales en abril de 1917, y Wilson pensó imponerse a las fuerzas antidemocráticas venciéndolas en el campo de batalla.

Lenin se enfrentó a la vez a las profecías de Wilson y al concepto europeo de diplomacia. Veía el imperialismo como el veneno de la clase obrera. Lenin argumentaba además que la guerra era la consecuencia natural del imperialismo de los países capitalistas y de la opresión de los pueblos coloniales. Para Lenin, Wilson era un producto integral del capitalismo y, por tanto, parte del problema. Aunque los dos pretendían cambiar el orden mundial, sus intenciones eran diametralmente opuestas.

El final de la guerra y la revolución

En 1918, la marea causada por la Revolución Rusa barrió Europa, que se encontraba ya en medio de una gran inquietud. En Alemania, la pérdida de confianza en un gobierno que se mostraba incapaz de romper el bloqueo británico o de conseguir una victoria decisiva en el Oeste llevó a motines militares y levantamientos en todo el país. La indisciplina masiva comenzó en la Armada y culminó en la negativa de los marineros acantonados en el puerto de Kiel de hacerse a la mar en una maniobra suicida para salvar el honor del II Imperio Alemán. El motín pronto alcanzó a la totalidad de la oficialidad y la marinería que pidió el

fin de la guerra. El antiguo régimen estaba en las últimas y el II Imperio Alemán fue reemplazado por un gobierno provisional.

Los marineros, a los que pronto se unieron soldados y obreros, se organizaron pronto en soviets, o comités que seguían el modelo de los bolcheviques rusos. Estos soviets desafiaban abiertamente al antiguo régimen alemán. En 1919, los espartaquistas intentaron un golpe prematuro contra el gobierno provisional. Los bolcheviques rusos prestaron ayuda directa e indirecta a sus camaradas comunistas alemanes, con la esperanza de atizar la revolución en toda Europa. Para decepción de Lenin, el ejército y los paramilitares alemanes aplastaron la intentona revolucionaria. Las revoluciones fallidas se sucedieron en Austria, Hungría y Bulgaria, demostrando el atractivo de Lenin para unas sociedades cansadas de la guerra. Pero todas se hundieron.

A pesar de estos fracasos, la revolución a la manera soviética se extendió fuera de Europa. Los obreros tabaqueros en Cuba organizaron sus propios soviets, así como los pastores irlandeses católicos en Australia. También apareció un partido bolchevique en la monárquica España. Incluso en Estados Unidos, el bastión del capitalismo, los trabajadores finlandeses del Medio Oeste abrazaron el comunismo y adoraron a Lenin durante años. La guerra y la revolución transformaron el mundo

El impacto de la guerra en el oriente asiático

La guerra alcanzó también el este de Asia de manera dramática y fatídica. Los japoneses, que se habían unido a los aliados y declarado la guerra a Alemania, explotaron las circunstancias bélicas despiadadamente. Aprovechando la gran distancia existente entre Europa y el Extremo Oriente, los japoneses se apresuraron a arrancar de manos alemanas la península de Shandong, al sureste de Pekín. Los japoneses tomaron la principal línea férrea de la península y aumentaron su presencia con nuevas compañías manufactureras y otras industrias. Los militares japoneses pusieron sus ojos en Dongbei Pingyuan (Manchuria) y Mongolia, donde tenían intenciones de extender la influencia japonesa.

Como consecuencia de sus actividades en la península de Shandong, el gobierno japonés dio un ultimátum a su homólogo chino exigiendo derechos territoriales y económicos. Las 21 Demandas, como se denominó al ultimátum, comprometían severamente la soberanía china y aumentaban notablemente la presencia japonesa en la China continental. Con este acuerdo Japón se apropió de territorio, industrias y funciones políticas y económicas claves. El día que China accedió a estas exigencias, el 25 de mayo de 1915, fue conocido posteriormente como el Día de la Humillación Nacional, una fecha recordada con manifestaciones anuales.

Si las maniobras japonesas durante la guerra comprometieron a China, la paz supuso una decepción mayor para el país. Los chinos esperaban que sus servicios a Europa llevarían a una revisión de los “tratados desiguales” que los europeos les habían obligado a firmar durante la segunda mitad del siglo XIX. Desafortunadamente, estas esperanzas eran vanas. De hecho, sus delegados en la Conferencia de Paz de París se enteraron de que un acuerdo secreto con los aliados permitía a los japoneses mantener sus tropas en la península de Shandong. Estas noticias encendieron la revuelta del 4 de mayo de 1919, una serie de protestas a escala nacional contra la presencia japonesa en suelo chino. La ocasión asistió a la fusión de sentimientos nacionalistas y antijaponeses entre los intelectuales y estudiantes

chinos. Los alegatos de Lenin contra las potencias imperialistas, que exportaban su explotación del pueblo, agitaron la conciencia de la intelectualidad china. Después de todo, habían visto de primera mano el resultado de la explotación imperial en su patria y la habían revivido cuando los japoneses ocuparon la península de Shandong. Con el ejemplo de los bolcheviques derrocando a los imperialistas rusos, los radicales chinos comenzaron a entender la revolución como el mejor método para subvertir el orden social existente.

El marxismo y la revolución se convirtieron en la tercera alternativa para el pueblo chino, enfrentado hasta el momento al dilema entre el confucianismo patrio y el imperialismo occidental. Los radicales chinos fundaron sociedades dialécticas, que atrajeron a jóvenes como Mao Zedong, al debate sobre el futuro de China. Muchos intelectuales y estudiantes vieron claramente la opresión imperialista como parte de un problema mayor que se reflejaba en la presencia japonesa en el norte de China. Muchos de los estudiantes integrados en estas sociedades tuvieron un papel destacado en las protestas del 4 de mayo.

Los obreros chinos que volvían de Europa se sumaron también al debate. Habían conocido de primera mano un mundo extraño a la gran mayoría de los chinos, que nunca había viajado. En Europa, muchos de aquellos jóvenes habían aprendido a leer y escribir. Muchos habían acogido las ideas de Wilson, especialmente las referentes a la autodeterminación. Pensaban que este ideal, si fuera aceptado por todas las naciones, llevaría a una independencia real de China y a su liberación de los imperialistas. Los veteranos de guerra se unieron a intelectuales y estudiantes en su protesta contra la presencia japonesa en China. Cientos de manifestaciones dirigidas por estudiantes se desataron en el país. Los comerciantes cerraron sus negocios y los obreros se pusieron en huelga a millares, uniéndose al boicot de productos japoneses.

El movimiento del 4 de mayo supuso algo más que una serie de protestas sobre un incidente aislado. Marcó un hito en el ascenso del nacionalismo chino y aseguró un puesto a China en el nuevo orden global. Se extendieron por China nuevas indumentarias, nuevos valores y nuevas formas de escritura. Cientos de periódicos recién fundados permitieron a los intelectuales debatir los méritos del marxismo, el liberalismo, el socialismo y otras nuevas filosofías. Antes que nada, el movimiento hacia un llamamiento en pro de una patria reunificada, libre de divisiones interiores y de explotación exterior.

El impacto de la guerra en África

La guerra afectó profundamente a África. A medida que crecía la necesidad de personal para el esfuerzo de guerra, creando una carestía de mano de obra blanca, los negros asumieron puestos administrativos y comerciales en todas las colonias europeas. Las demandas económicas de la guerra impulsaron también nuevas industrias. No obstante, las colonias africanas sufrieron igualmente severas consecuencias económicas. Las necesidades bélicas terminaron provocando falta de existencias en los bienes de consumo y provocaron inflación y descontento generalizado en lugares como el Madagascar portugués y el Senegal francés. Estas perturbaciones llegaron a Suráfrica, donde se organizó un número sin precedentes de sindicatos birraciales para pedir mejoras económicas al gobierno colonial.

El saqueo de recursos debilitó seriamente a la población africana. En algunas zonas de África oriental y central cundió el hambre y poco después se produjeron epidemias. La

gran epidemia de gripe proveniente de Europa que llegó justo al final de la guerra fue aun peor y mató a millones de personas. En algunos lugares pereció un 6% de la población. Mientras que en términos militares África fue un teatro de guerra secundario, el continente sufrió totalmente sus letales consecuencias.

Como muchos países europeos, África fue testigo de una serie de revueltas contra el yugo colonial. Los Catorce puntos de Wilson, que incluían el derecho a la autodeterminación, fueron en parte responsables de tales alzamientos. Al mismo tiempo, la relajación del control sobre las poblaciones sometidas a causa de la guerra facilitó la insurrección. A lo largo y ancho del continente, los rebeldes se alzaron en armas: contra los franceses en Marruecos, los italianos en Cirenaica, las fuerzas británicas y francesas en el Sahara central y la administración europea en Somalia. Los europeos generalmente acabaron dominando estas rebeliones. Irónicamente, los gobernantes metropolitanos entendieron finalmente que sus colonias africanas encerraban un gran valor material y que sus infraestructuras y pueblos inversiones demandaban bastante mayores. Este reconocimiento dio paso a nuevas políticas diseñadas para satisfacer estas necesidades.

El impacto de la guerra en la India

La guerra causó el efecto de un terremoto en el panorama político indio. Por ejemplo, creó un repunte de producción y nuevas industrias. Materias primas y productos manufacturados salieron de la India con destino al esfuerzo de guerra británico. Industrias como la siderúrgica florecieron a causa de la alta demanda de metales de Gran Bretaña. Al mismo tiempo las ventas de bienes de consumo ingleses a la India llegaron a un parón total debido a la conversión de las manufacturas británicas en industrias bélicas. Por lo tanto, los consumidores indios volvieron sus ojos hacia Japón y Estados Unidos, cuyas exportaciones a Asia Meridional crecieron vertiginosamente hasta un 400 por ciento. Estos cambios afectaron traumáticamente a la economía india y a su relación con Gran Bretaña.

Las demandas de autonomía aumentaron durante la guerra. Estas peticiones llevaron finalmente a la creación de una asamblea virreinal, así como a asambleas locales, cuya aparición fue orquestada por la campaña de resistencia no violenta de Gandhi en 1920. Aunque estas instituciones funcionaban bajo considerables restricciones, su presencia demostraba la creciente competencia de los nacionalistas indios. Los soldados y obreros indios volvieron de la guerra con una profunda desconfianza hacia sus gobernantes británicos. Las sospechas indias aumentaron espectacularmente cuando los británicos se negaron a derogar la estricta Ley de Defensa del Reino de 1916, votada para suprimir la disidencia interna durante la guerra. Este rechazo inicial de Gran Bretaña, combinado con las insurrecciones en el Punjab por los arrestos de nacionalistas y la consiguiente matanza de Amritsar extendieron la cólera entre los indios. Con una economía revitalizada y dirigentes vigorosos, la India continuó desafiando el yugo británico.

La Conferencia de Paz de París

El final formal de la guerra llegó con la Conferencia de Paz celebrada en Versalles, en las afueras de París, en 1919. Los pactos firmados en Versalles, que constituyeron el llamado Tratado de Versalles, no sólo afectaron a Europa sino a millones de personas que vivían fuera de sus confines. Los alemanes se mostraron favorables a un armisticio, pensando que los Catorce puntos de Wilson servirían como base para las negociaciones de paz. El nuevo

gobierno alemán pensaba que las propuestas de Wilson moderarían los términos. No obstante, Wilson no fue capaz de reprimir las ansias de Francia de territorios, reparaciones y de humillar a Alemania. Se entregaron territorios alemanes, en usufructo o en propiedad, a Francia y a estados recién creados como Polonia y Checoslovaquia. Además el tratado desintegró el Imperio Austrohúngaro. Es más, Alemania hubo de cargar con la responsabilidad de la guerra, una humillación que amargaría a muchos alemanes durante los años veinte y treinta.

Finalmente, apareció una serie de nuevos estados en Europa oriental. Muchos de estos estados, como Polonia, o los Países Bálticos (Letonia, Lituania y Estonia), se concibieron como barreras contra los bolcheviques, así como para satisfacer las demandas de independencia de minorías étnicas que habían pertenecido a antiguos imperios. Los aliados vencedores desmembraron también el Imperio otomano, que todavía dominaba territorios desde el norte de África hasta Persia. Bajo la guía de la Sociedad de Naciones, los franceses y los británicos impusieron mandatos sobre Palestina, Irak, Jordania y Siria, haciéndose con el control de aquellas zonas. El sistema de mandatos había hecho de Gran Bretaña y Francia los supuestos guardianes ilustrados de los territorios de Oriente Próximo. Los europeos se hicieron cargo de la tarea de promover los intereses de los pueblos bajo su dominio, un noble objetivo del que muchos nacionalistas árabes dudaban, y con razón. Sólo Arabia Saudí surgió como nación independiente de las potencias europeas.

Si el Tratado de Versalles trajo la paz, desde luego no trajo la felicidad. Los alemanes abandonaron las negociaciones resentidos, esperando el día de su revancha. Los rusos, que nunca fueron invitados, quedaron como apestados fuera de la comunidad internacional. Más allá de Europa, las aspiraciones nacionales y un hondo resentimiento contra el yugo imperialista siguieron siendo alimentados durante décadas después de la Gran Guerra. Y los pueblos de las colonias europeas, influidos por los sueños de Wilson y Lenin, imaginaron un mundo muy distinto del de sus opresores imperiales.

Acerca del autor: Edward J. Davies II es profesor asociado de Historia en la Universidad de Utah. Es autor, entre otras muchas publicaciones, de *The Anthracite Aristocracy: Leadership and Social Change in the Hard Coal Regions of Northeastern Pennsylvania*.

El legado de la II Guerra Mundial

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, el profesor Herbert F. Ziegler, de la Universidad de Hawái, sostiene que para entender la política, la economía y el desarrollo tecnológico actuales es indispensable asistir al estudio de las consecuencias de la II Guerra Mundial.



Asamblea General

La Asamblea General de Naciones Unidas (en la imagen durante una de sus sesiones anuales) es uno de los principales foros de la ONU. En ella todos los países miembros pueden debatir acerca de cualquier asunto de tipo político, económico y humanitario y asesorar al Consejo de Seguridad. En la Asamblea, cada Estado tiene un voto, pero sus resoluciones, que han de ser aprobadas por mayoría, no tienen un carácter vinculante.

El legado de la II Guerra Mundial

Por Herbert F. Ziegler

La II Guerra Mundial terminó con la rendición de Alemania el 8 de mayo de 1945 y la de Japón el 14 de agosto de ese mismo año. En cifras, este conflicto sobrepasa a cualquier guerra jamás librada. 1.700 millones de personas de 61 países se vieron envueltas en una lucha llevada a cabo en la tierra, el mar y los cielos de Europa, el Extremo Oriente, el Sureste asiático, el norte de África y las islas del Pacífico. El combate dejó un rastro de masacre y destrucción sin paralelo en la historia del hombre. La II Guerra Mundial se llevó las vidas de 55 millones de soldados y civiles, y produjo incontables destrucciones materiales. Más allá de las aterradoras e insondables estadísticas, esta guerra dejó una huella indeleble en todos los aspectos de la vida humana y conformó la historia del mundo

de posguerra. Para toda una generación, la II Guerra Mundial fue sencillamente “la guerra”.

Dado lo mucho que la II Guerra Mundial ha marcado al planeta, es necesario algún grado de comprensión sobre ella para entender buena parte del presente. No obstante, la manera en que la gente entiende la guerra está afectada por su visión del mundo tras ella. La guerra fue mundial, mientras que los participantes sólo experimentaron algunos aspectos de ella, lo que hace únicas sus experiencias bélicas. Mientras que los japoneses denominan a la II Guerra Mundial la gran guerra de Asia Oriental, los chinos la llaman la guerra de Resistencia a la Agresión Japonesa. Para la mayor parte de los ciudadanos de la antigua Unión Soviética (URSS) sigue siendo la gran guerra Patriótica, mientras que los habitantes de las islas Salomón la conocen, simple y apropiadamente, como “la Gran Matanza”.

La política contemporánea y el trasfondo histórico también afectan a la visión actual de la guerra y por tanto a nuestra visión del mundo de la posguerra. Por ejemplo, los historiadores rusos suelen omitir o subestimar la importancia del desembarco de Normandía en 1944. Sin embargo, acentúan la importancia estratégica del Frente Oriental y las heroicas campañas del Ejército Rojo contra el III Reich. Los estadounidenses suelen ver el Día D como la campaña clave, dejando a un lado el papel crucial de la URSS en la victoria en Europa.

En pocas palabras, los distintos enfoques sobre la II Guerra Mundial han dado lugar a diferentes interpretaciones históricas. Quizá el balance más ecuánime se encontraría en una aproximación global, que diera menor importancia a los enfoques nacionales o regionales y se concentrara en el legado de la guerra a escala mundial.

El precio de la guerra total

El legado más inmediato de la II Guerra Mundial está constituido por los daños materiales y los sufrimientos humanos que supuso. La I Guerra Mundial (1914-1918) estableció un modelo de guerra total que las naciones no tardaron en adoptar en este conflicto. Un concepto fundamental de la guerra total es la premisa de que la lucha se desarrolla entre sociedades y poblaciones enteras. Por tanto, la II Guerra Mundial hizo uso de enormes cantidades de recursos económicos y humanos. Por ejemplo, la movilización militar afectó a 110 millones de personas. Además la naturaleza del conflicto hizo que participara un número sin precedentes de mujeres y niños, a menudo de uniforme. En 1943 la Unión Soviética había alistado a 900.000 mujeres (un 8% de sus efectivos militares) en el Ejército Rojo. A medida que el III Reich se descomponía, Hitler llamó a filas a muchachos de hasta 12 años de edad para defender a su patria. La movilización de recursos humanos, las destrucciones materiales sin precedentes y la cifra escandalosa de bajas formaron parte del coste de la guerra.

Durante su curso, poblaciones enteras se convirtieron en blancos legítimos y en 1945 habían muerto 55 millones de personas. Desapareció cualquier distinción entre el frente y la retaguardia, y más de la mitad de las bajas fueron civiles, víctimas de bombardeos, masacres y hambrunas. El régimen nazi decretó la aniquilación física de los judíos europeos y en el Holocausto perecieron más de 5 millones de ellos. La deportación por motivos étnicos y el traslado de prisioneros de guerra y mano de obra forzada dieron lugar a muchos millones de muertos más.

La guerra total afectó también a la economía mundial. Al final de la guerra, Estados Unidos producía más de la mitad de los bienes y servicios del mundo. La guerra arrasó todas las regiones industrializadas del mundo salvo Norteamérica. Buena parte de Japón y Europa central y oriental fueron devastadas: las ciudades cubiertas de ruinas por los bombardeos, las industrias y las vías de comunicación destrozadas, las vías fluviales estranguladas por los escombros. La producción agrícola cayó en picado y en Europa 45 millones de refugiados dependían de la ayuda americana para sobrevivir. Pero aunque pueda medirse su coste en vidas humanas, industrias y edificios, la guerra produjo mucho más que eso.

La Organización de las Naciones Unidas

Otro legado de la II Guerra Mundial fue la creación de una nueva organización supranacional dedicada a la promoción de la paz, la cooperación y los derechos humanos. En 1945 los aliados, determinados a mantener una paz tan costosa de ganar, fundaron la Organización de las Naciones Unidas (ONU). La ONU es una asociación de naciones soberanas que proporciona el mecanismo para mediar en conflictos internacionales y encontrar soluciones a los problemas que traspasan las fronteras y los medios de los estados nacionales.

El documento fundacional de la organización, la Carta de las Naciones Unidas, era un tratado internacional que obligaba a los estados miembros a arreglar sus disputas por medios pacíficos. La responsabilidad principal en el mantenimiento de la paz y la seguridad recayó en el Consejo de Seguridad, formado por 15 países. Para hacer cumplir sus decisiones, el Consejo puede imponer sanciones económicas a los países que amenacen la paz. Puede enviar misiones de paz a las zonas en conflicto para interponerse entre los beligerantes o imponer un acuerdo de paz. Como último recurso, el Consejo puede autorizar a coaliciones de estados miembro a utilizar la fuerza para resolver un conflicto.

La efectividad de los esfuerzos de la ONU a favor de la paz se ha debatido a menudo, pero la mayoría de los expertos admite que la ONU ha ejercido una influencia positiva sobre las vidas de muchas personas. A través de sus agencias especializadas, como la Organización Mundial de la Salud (OMS), la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), o el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), la ONU pretende erradicar los principales problemas que afectan a la mayoría de la población. Las agencias de la ONU en todo el mundo combaten las epidemias y el hambre, luchan por los derechos de mujeres y niños, ayudan a los refugiados, ayudan a incrementar la producción agrícola y dan préstamos a los países en desarrollo. En los últimos diez años, por ejemplo, las agencias de la ONU potabilizaron el agua de regiones rurales en las que viven 1.300 millones de personas, ayudaron al establecimiento de programas de control de natalidad y erradicaron la viruela.

Justicia en Nuremberg y Tokio

La II Guerra Mundial contribuyó también al desarrollo del Derecho internacional. Los aliados victoriosos determinaron llevar ante los tribunales a los responsables del estallido de la guerra y de muchas de sus atrocidades. Al final de la guerra los aliados acordaron formar tribunales militares internacionales en los que se juzgaron a los responsables de crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad y crímenes contra la paz.

En los juicios de Nuremberg (celebrados en esa ciudad alemana desde noviembre de 1945 hasta octubre de 1946), los principales acusados eran los principales dirigentes del régimen nazi de entre los que habían sobrevivido. Otros como Adolf Hitler, el ministro de Propaganda Joseph Goebbels y el ministro del Interior Heinrich Himmler se habían suicidado para evitar ser juzgados. En Nuremberg también se juzgó a los industriales que se habían aprovechado de la mano de obra esclava y a médicos que habían experimentado con seres humanos. De los 22 convictos principales en Nuremberg, 12 fueron ejecutados. Los aliados occidentales establecieron otros tribunales especiales en sus zonas de ocupación y para 1960 habían juzgado y condenado a 5.000 criminales de guerra y ejecutado a 500. Los soviéticos también condenaron en juicios paralelos a otros 10.000 alemanes y ejecutaron a muchos de ellos.

El Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra de Tokio (mayo de 1946-noviembre de 1948) sentenció a muerte a 7 de los 25 dirigentes japoneses juzgados por crímenes de guerra, entre ellos al primer ministro, el general Tojo Hideki. En todo el antiguo Imperio japonés se celebraron juicios por crímenes de guerra entre los que se juzgaron desde malos tratos a prisioneros de guerra hasta crueldad contra las poblaciones ocupadas. Más de 900 de los acusados fueron ejecutados.

Aunque no hubo una gran controversia en contra de los juicios y condenas contra los cargos por crímenes de guerra, la introducción en los juicios de Nuremberg y Tokio del concepto “crímenes contra la paz” levantó dos críticas fundamentales. En primer lugar, no existía una legislación prebélica que se refiriera a los crímenes contra la paz y contra la humanidad, así que los acusados no podían haber cometido esos crímenes desde un punto de vista técnico. En segundo lugar, sólo los nacionales de los países derrotados fueron sometidos a juicio, por lo que para algunos los tribunales sólo podían ser injustos. No obstante, en 1946 la Asamblea General de Naciones Unidas ratificó los principios reconocidos por los tribunales. Y en 1950 una Comisión Jurídica Internacional reconoció los crímenes de guerra, los crímenes contra la paz y los crímenes contra la humanidad como violaciones del Derecho internacional.

Los supervivientes judíos y el establecimiento del Estado de Israel

Un resultado insospechado de la persecución nazi contra los judíos europeos fue el establecimiento de un Estado judío. El Holocausto agudizó el deseo de los supervivientes judíos y de los sionistas (nacionalistas judíos) de establecer en Palestina un Estado judío capaz de defender a los judíos supervivientes. Los sionistas se habían estado radicando en Palestina desde finales del siglo XIX, pero el final de la II Guerra Mundial aumentó las aspiraciones sionistas sobre estas tierras como refugio y como cumplimiento de un ideal religioso. Palestina, no obstante, no era un solar vacío que esperase a que los judíos se establecieran en él. Desde el final de la I Guerra Mundial, Gran Bretaña había administrado estas regiones tratando desesperadamente de mantener un equilibrio entre los intereses de los inmigrantes judíos y los de los árabes que poseían la tierra. Gran Bretaña limitó la inmigración y la acogida de judíos mientras prometía proteger los derechos políticos y económicos de los árabes, pero sus esfuerzos por llegar a un equilibrio justo fueron inútiles. La hostilidad árabe a la administración británica y a la inmigración sionista, junto con la resistencia judía a las cuotas de inmigración, condujo a repetidos estallidos de violencia que las fuerzas británicas apenas podían contener.

Poco después del final de la II Guerra Mundial, los británicos anunciaron su intención de abandonar Palestina. Pusieron el asunto palestino en manos de la recién inaugurada ONU en 1947. La Asamblea General de Naciones Unidas recomendó la partición de Palestina en dos estados, uno judío y otro árabe y la creación de enclaves internacionales como Jerusalén y Belén, que contenían lugares de culto de importancia religiosa para judíos, musulmanes y cristianos. Mientras que la partición fue aceptada por la mayoría de los judíos, la mayoría de los árabes de Palestina y de fuera de ella la encontraron descabellada. A medida que los británicos se retiraban de Palestina, estalló la guerra civil entre judíos y árabes. En mayo de 1948 los judíos de Palestina proclamaron la creación del Estado Libre de Israel, que provocó el ataque de las naciones árabes circundantes. La primera Guerra Árabe-israelí finalizó con la victoria del Estado judío. Además produjo el éxodo de más de la mitad de la población árabe de Palestina. Hasta el día de hoy, la hostilidad provocada por la creación de Israel amenaza la paz y la estabilidad de Oriente Próximo.

Ciencia y tecnología

La II Guerra Mundial sirvió como catalizador para muchos avances científicos y tecnológicos y estimuló la investigación y el desarrollo planificado. Antes del estallido de la guerra, los laboratorios de investigación británicos, alemanes y soviéticos ya libraban una “guerra de sabios” para desarrollar nuevas tecnologías bélicas. A medida que los gobiernos convertían la investigación y la industria militar en prioridades nacionales, los científicos y los técnicos produjeron una impresionante gama de ingenios y artefactos nuevos. Por ejemplo, la demanda militar para encontrar un método para detectar y designar blancos impulsó la invención del radar. Igualmente, el moderno motor turborreactor proviene del campo militar. La Oficina de Investigación y Desarrollo Científico de Estados Unidos estimuló la producción de artefactos destructivos, como la bomba de proximidad o el lanzagranadas antitanque (*bazooka*). Pero también ayudó a la introducción del DDT contra la malaria o el uso masivo de los antibióticos para tratar heridas.

Pero nada condicionó más la política y la estrategia militar de la posguerra que los desarrollos científicos del misil balístico y la bomba atómica. A medida que el curso de la guerra cambiaba en su contra, el gobierno nazi demandó de sus expertos en balística que desarrollaran misiles, que lanzaban cargas explosivas siguiendo una extensa trayectoria parabólica. En 1944, los alemanes lanzaron 4.300 cohetes V-2 contra distintos puntos de Europa occidental e Inglaterra. El empleo del átomo para fines militares trajo efectos aún más dramáticos. En 1938, físicos alemanes habían experimentado con la fisión nuclear y los científicos de Gran Bretaña, Francia, la Unión Soviética y Estados Unidos se lanzaron a una carrera por construir ingenios atómicos. Finalmente, los esfuerzos nucleares de Estados Unidos, con el nombre en clave de Proyecto Manhattan dieron por fruto una bomba atómica. En julio de 1945 una explosión en pruebas en Nuevo México abrió la era nuclear. No se plantearon apenas objeciones oficiales a los catastróficos efectos potenciales del invento. Durante la Guerra fría, las armas nucleares, especialmente las propulsadas por misiles balísticos, amenazaron con destruir el planeta mediante una debacle atómica.

Rivalidad entre superpotencias y la Guerra fría

El fin de la II Guerra Mundial trajo consigo un cambio espectacular en las relaciones internacionales. La guerra socavó profundamente la posición dominante de potencias como Alemania, Japón, Gran Bretaña o Francia. A medida que estos países dejaron de ser

potencias económicas, políticas y militares, dos nuevas superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, ocuparon su puesto. Las políticas de estas dos superpotencias dominaron las relaciones internacionales y el equilibrio de poder mundial de los siguientes 45 años.

Los líderes de Estados Unidos y la Unión Soviética se aliaron en 1941 para derrotar a sus enemigos comunes. En último término, fueron los recursos materiales y militares de estas dos naciones los que pusieron fin a la guerra. Sin embargo esta alianza bélica, que siempre fue un “matrimonio de conveniencia”, se vino abajo poco después de 1945 debido a sus objetivos políticos contrapuestos y a sus profundas divergencias ideológicas. Para 1947 ambas partes se encontraban enfrentadas en los que los observadores políticos llamaron una “guerra fría”. Privada de una confrontación militar directa, la Guerra fría se extendió pronto más allá de Europa y asumió un carácter de rivalidad global ideológica y geopolítica que duró hasta el colapso de la Unión Soviética en 1991.

La Guerra fría no fue sólo una rivalidad entre superpotencias. En su centro estaba el conflicto entre dos sistemas políticos, económicos e ideológicos distintos, un conflicto que databa de la Revolución Rusa de 1917. Este combate entre el capitalismo y la democracia contra el socialismo y el partido único se manifestó en la división del mundo en alianzas militares y bloques políticos. La división llevó a una carrera armamentística sin precedentes que amenazó el planeta con la aniquilación nuclear. La Guerra fría provocó también crisis diplomáticas y guerras entre aliados de la Unión Soviética y Estados Unidos en Corea, Vietnam, Afganistán y otros países. Es más, la confrontación entre las superpotencias ejerció su influjo en las relaciones internacionales, las instituciones políticas y los sistemas económicos de sociedades de todos los rincones del planeta.

Muchas naciones, especialmente aquellas recientemente emancipadas de la administración colonial, trataron de evitar convertirse en peones durante la Guerra fría declarando políticas de no-alineamiento. No obstante, la Unión Soviética y Estados Unidos utilizaron estrategias militares y económicas para ganarse lo que el presidente estadounidense John F. Kennedy definió como “los corazones y las mentes de los pueblos subdesarrollados y no alineados del mundo”. Ambas partes apoyaron a menudo dictaduras brutales que protegían sus intereses geopolíticos. A medida que se desarrollaba la Guerra fría durante la década de 1960, la descolonización se intensificó.

Descolonización

Al igual que la Guerra fría, la descolonización (es decir, la pérdida de posesiones coloniales) dio a luz grandes cambios en la política mundial. La II Guerra Mundial preparó el escenario para un rápido colapso de los imperios europeos y japonés. En vísperas de la II Guerra Mundial, los países europeos, con la notable excepción de España, todavía controlaban bajo distintas denominaciones inmensos territorios en Asia, África y el Pacífico. En 1941, el primer ministro británico Winston Churchill podía proclamar confiadamente: “No he sido nombrado primer ministro de Su Majestad para presidir la liquidación del Imperio Británico”. El optimismo de Churchill era injustificado.

Las victorias alemanas y japonesas en Europa y Asia habían dado un golpe devastador al poder militar de las potencias coloniales europeas y hecho añicos su aura de invencibilidad. A medida que crecían los movimientos nacionalistas en las colonias y

protectorados, la opinión pública en la metrópoli comenzó a ver en los imperios ultramarinos engorrosas cargas. La administración imperial aparecía como un lastre financiero poco atractivo a medida que la prolongación de la guerra estrangulaba la economía de las potencias coloniales. Comenzando en 1945, la descolonización se aceleró rápidamente. A medida que el imperialismo europeo sucumbía nacieron más de 90 naciones independientes y unos 800 millones de personas se hicieron responsables de sus propios destinos.

Para los años 90 el proceso de descolonización había terminado prácticamente. Los imperios europeos se han extinguido o se reducen a reclamaciones sobre pequeñas y dispersas posesiones. Igualmente, el resurgir de la democracia en Europa del Este, el colapso de la Unión Soviética y la reunificación de Alemania han sellado el fin de la Guerra fría. La II Guerra Mundial hizo surgir la descolonización y la Guerra fría y entre ambas forjaron los perfiles del mundo de la posguerra. Aunque parecen haber terminado, no está claro qué ocupara su lugar. Mientras tanto, los avances científicos y tecnológicos continúan haciendo prosperar la economía mundial. El conflicto árabe-israelí no ha sido definitivamente resuelto. Y tanto la autoridad de la ONU como el Derecho internacional son desafiados y reafirmados continuamente. De qué manera estas consecuencias de la II Guerra Mundial seguirán marcando nuestro futuro en los siglos venideros está por ver, pero comprender la guerra nos ayuda a comprender el futuro a medida que se desvela.

Acerca del autor: Herbert F. Ziegler es profesor de Historia en la Universidad de Hawai, en Manoa. Es autor de *Nazi Germany's New Aristocracy: The SS Leadership, 1925-1939* y coautor (junto a Jerry H. Bentley) de *Traditions and Encounters: A Global Perspective on the Past*.

Independencia de los países asiáticos y africanos tras la II Guerra Mundial

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Alan T. Wood, de la Universidad de Washington, analiza los movimientos de independencia que tuvieron lugar en África y Asia durante la segunda mitad del siglo XX.

Independencia de los países asiáticos y africanos tras la II Guerra Mundial

Por Alan T. Wood

En los cuatro siglos transcurridos entre 1500 y 1914, la cuestión central de la historia mundial fue la expansión del poder europeo. Después de 1914, sin embargo, tuvieron lugar una serie de acontecimientos que gradualmente minaron el predominio de Occidente en el mundo. El catalizador fue la I Guerra Mundial (1914-1918). Durante cuatro años, los europeos lucharon brutalmente y se causaron a sí mismos millones de muertos, además despilfarraron los recursos financieros de todo el continente. Apenas habían comenzado a recuperarse de la catástrofe sufrida por la más grave depresión económica de la era moderna cuando llegó la II Guerra Mundial (1939-1945). Al final de este sangriento conflicto, las potencias europeas estaban tan exhaustas, tan empobrecidas y tan desmoralizadas, que casi no podían asegurar el control sobre sus propios países, por no hablar de las colonias. No es sorprendente que los movimientos nacionalistas en Asia y África se aprovecharan de la debilidad de Europa. En una generación, estos movimientos se emanciparon de los gobiernos coloniales y establecieron una amplia gama de estados independientes. Con el fin del tercer cuarto del siglo XX, terminaban 400 años de dominación europea.

Características comunes de los movimientos de independencia

Se puede establecer un conjunto de características comunes que influyeron en todos los movimientos de independencia en Asia y África. Una de estas características es un antagonista común, verbigracia Europa. Es cierto que los diferentes estados europeos administraban sus colonias de distinto modo. Pero a pesar de ello, todos manifestaban similares rasgos de paternalismo y arrogancia y todos transmitieron a sus colonias una herencia institucional (el Estado-nación) que ha tenido consecuencias perdurables.

Los diversos movimientos de independencia compartían en muchos casos algunos rasgos paradójicos e irónicos. En muchas colonias europeas, por ejemplo, los intelectuales y los líderes políticos habían sido educados en Europa o América. Allí habían sido educados en las ideas occidentales de libertad e igualdad encarnadas en las revoluciones americana y francesa. No fue una gran sorpresa, por lo tanto, que volvieran a casa con estos ideales, especialmente el objetivo de la soberanía nacional. Los líderes habían conocido además otro modelo de acción política, la Revolución Rusa. El éxito de la revolución marxista de

1917 en Rusia parecía ofrecer un equipo (*hágalo usted mismo*) a los intelectuales nacionalistas que en todo el mundo intentaban dinamitar sus viejos régímenes. El marxismo, mezclado con el nacionalismo, formaba una combinación explosiva que puso en marcha revoluciones exitosas a lo largo del siglo XX, desde China a Vietnam y de África a Cuba. Los líderes occidentales además, exportando el nacionalismo y el marxismo, habían puesto en manos de quienes se resistían a ellos, los instrumentos de su propia expulsión.

Una vez que se concedió independencia a las colonias, tuvo lugar otra paradoja. La libertad no siempre trae consigo la prosperidad y el autogobierno para el que mucho líderes llevaban trabajando mucho tiempo. En algunos casos, el nuevo pueblo "libre" descubrió al despertar que sus jefes coloniales simplemente habían sido sustituidos por dictadores locales que utilizaban las viejas instituciones coloniales para su beneficio personal. En otros casos, los países se enfrentaban a nuevas formas de explotación económica tan opresivas como las del período colonial. Si esa explotación constituía otra forma de colonialismo, en ocasiones llamado neocolonialismo, o si fue asumida de buen grado por los nuevos jefes de las antiguas colonias, es materia de discusión para los historiadores. Algunos dicen que aunque las colonias habían gozado de escasa capacidad de decisión sobre cómo administrar los recursos económicos, los nuevos estados soberanos sí tuvieron elección. Eran libres de nacionalizar o expulsar a las empresas extranjeras de sus países, y muchos hicieron exactamente eso.

Características específicas de los movimientos de independencia

Además de las características comunes, los movimientos de independencia también tenían muchas características específicas. Cada país se enfrentaba a una serie de desafíos distintos. Cada uno tenía una herencia cultural e histórica diferentes que inevitablemente perfilaba su respuesta al colonialismo y sus esfuerzos por desterrar el dominio colonial. Algunos países alcanzaron la independencia rápidamente, otros tardaron mucho más. Al final, algunos países hicieron una transición gradual a la democracia. Otros, sin embargo, pasaron de la tiranía del poder colonial a la tiranía de un dictador local.

África

En África, los movimientos de independencia fueron tan variados como las potencias coloniales que dominaban el continente, tan diversos como los líderes destacados que emergían para forjar las nuevas naciones. Después de la II Guerra Mundial, Gran Bretaña y Francia fueron las primeras potencias europeas que se obligaron a abandonar sus territorios coloniales, aunque no siempre pacíficamente, como en el caso de Argelia. En el otro extremo estaba Portugal, que mantuvo algunas de sus colonias como Angola y Mozambique hasta el último momento. En la mayoría de los casos, Gran Bretaña y Francia se marcharon sin violencia; sin embargo, donde había un gran número de pobladores europeos, como en Kenia y Argelia, la independencia sólo se logró tras una dura lucha.

Al final, los estados africanos obtuvieron la independencia mediante una combinación de los esfuerzos de los movimientos nacionalistas africanos y la debilidad europea tras la II Guerra Mundial. Alemania, Francia, Italia, los Países Bajos y Bélgica habían sido destrozadas durante la guerra, y Gran Bretaña estaba exhausta. Las primeras colonias que obtuvieron la independencia fueron las del norte de África. Entre 1952 y 1956, Egipto, Libia, Túnez y Marruecos alcanzaron la independencia. Argelia las siguió en 1962. Sin

embargo, los colonos franceses en Argelia se opusieron con mucha dureza a las concesiones ofrecidas y apoyaron el terrorismo y la guerra para evitarlos. Finalmente, y con más de un millón de argelinos muertos, Francia se rindió.

Las colonias francesas al sur del Sahara, con una población total de unos 30 millones de habitantes, tenían todas ellas movimientos independentistas activos. Tuvieron que esperar, sin embargo, hasta que el general Charles de Gaulle llegara a la presidencia de Francia para que sus anhelos de independencia se hicieran realidad. Sólo él tuvo en Francia el tacto político necesario para manejar hábilmente el abandono del poder en el África colonial. En unos pocos años de su presidencia, la mayoría de los estados africanos eran libres. El líder más importante que surgió de las antiguas colonias en África occidental fue Léopold Sédar Senghor. Nacido en el actual Senegal en 1906, Senghor se educó en París y fue profesor en Francia antes de regresar a su país y asumir el liderazgo del movimiento de independencia. Fue presidente del Senegal independiente de 1960 a 1980 y se le menciona a menudo como el intelectual africano más relevante. Su poesía y sus ensayos sobre literatura son conocidos y aclamados en todo el mundo.

La experiencia británica en África subsahariana fue completamente distinta. En África occidental, la libertad llegó pacíficamente. En Costa de Oro (actual Ghana), surgió un movimiento independentista en 1947, inmediatamente después de la II Guerra Mundial. Allí, uno de los más influyentes líderes africanos, Kwame Nkrumah comenzó a hacerse internacionalmente célebre. En 1957, Nkrumah ayudó a Ghana a convertirse en la primera nación de África subsahariana en alcanzar la independencia. Nigeria, el país más populoso de África, la siguió sólo tres años después, en 1960. A los británicos no les satisfizo precisamente la independencia nigeriana, pero no hicieron nada para aplastar el movimiento de independentista que había surgido en 1944.

Con frecuencia, la violencia fue el único medio para lograr la independencia en África central y oriental, donde había un número importante de colonos blancos. La experiencia de Kenia constituye un ejemplo de este fenómeno. Allí, la comunidad blanca alcanzaba aproximadamente la cifra de 60.000 personas. Los colonos, absolutamente opuestos a cualquier concesión para el autogobierno a los africanos, estaban dispuestos a matar con tal de preservar sus privilegios. Sólo después de una lucha extremadamente intensa, durante la cual Jomo Kenyatta se convirtió en la figura más importante de la historia reciente africana, logró Kenia su independencia en 1963.

En Rhodesia, los colonos blancos declararon la independencia de Gran Bretaña en 1965, para casi de inmediato establecer un sistema policial para tener el control de la población autóctona africana. Robert Mugabe se convirtió en el líder de un movimiento de resistencia que se hizo con el poder en 1980 y estableció la República de Zimbabue. Mugabe asumió entonces el cargo de primer ministro y creó un Estado de partido único.

En 1961, Suráfrica se liberó definitivamente de su vínculo con Gran Bretaña y estableció una república gobernada por colonos blancos. Las poblaciones africana e india fueron vetadas sistemáticamente para acceder el poder político. Las nuevas leyes, parte de una política más amplia conocida como *apartheid*, separaban a las poblaciones blancos y africanos, forzando a éstos a vivir en condiciones infráumanas, en aspectos sanitarios, educativos, etc. La resistencia entre la comunidad africana creció, especialmente bajo el

liderazgo de un joven abogado llamado Nelson Mandela. En 1962 Mandela fue encarcelado por el gobierno surafricano. Cuando fue liberado en 1990, Mandela hizo gala de su altura moral al negociar el fin del *apartheid* y una transición política a las instituciones democráticas. En 1994, como resultado de las primeras elecciones en las que participaron todas las razas, Mandela se convirtió en presidente de Suráfrica. Por primera vez a lo largo de su historia, Suráfrica adquiría las características de una verdadera democracia.

La experiencia de otros poderes coloniales europeos, como el belga en el Congo, Ruanda y Burundi, estuvo plagada de violencia, dejando una herencia de odio y desconfianza que ha envenenado desde entonces a los políticos regionales. La pérdida de las colonias portuguesas como Angola y Mozambique, escenarios de sangrientas guerras de liberación, proporcionaron a los portugueses una oportunidad para derribar a su propio régimen dictatorial. Paradójicamente, en este caso, la libertad para los pueblos de las colonias llevó la libertad a los colonizadores.

Asia

En Asia, la historia de la independencia postbética tuvo lugar en el sur y en el sureste. En el Sureste asiático, Filipinas fue el primer país que alcanzó su independencia después de la II Guerra Mundial. Estados Unidos había adquirido el archipiélago tras la Guerra Hispano-estadounidense de 1898 y al principio se resistió a los movimientos de independencia filipinos. Las fuerzas norteamericanas reprimieron brutalmente una insurrección armada entre 1899 y 1901. Pero cuando Franklin D. Roosevelt se convirtió en el presidente estadounidense en 1933, su política cambió. En 1934, la legislación que prometía la independencia de Filipinas en 1946 fue aprobada por el Congreso de Estados Unidos. El 4 de julio de 1946, las islas Filipinas se convirtieron en una república independiente.

El resto del Sureste asiático tuvo un viaje hacia la independencia mucho más complicado. Indonesia, que hoy es el cuarto país más populoso del mundo, había estado controlado por el gobierno neerlandés desde que la antigua Compañía Holandesa de las Indias Orientales dejó de operar en 1799. El movimiento nacionalista indonesio, liderado por Sukarno, comenzó su actividad en la década de 1920, pero fue reprimido por el gobierno de los Países Bajos. Durante la II Guerra Mundial, cuando Indonesia fue ocupada por los japoneses, éstos permitieron a Sukarno que organizara un partido político como recompensa por su ayuda al esfuerzo de guerra japonés. Cuando la guerra terminó, los neerlandeses intentaron restablecer su control, pero fracasaron. Sukarno fue nombrado presidente cuando Indonesia alcanzó su total independencia en 1949.

En Indochina (actualmente Camboya, Laos y Vietnam), los franceses habían establecido su control en 1883, durante la etapa álgida de imperialismo europeo de la segunda mitad del siglo XIX. El líder principal del movimiento por la independencia de Indochina fue Ho Chi Minh, que había vivido en su juventud en Francia y la Unión Soviética. Como sus vecinos indonesios, Ho Chi Minh se aprovechó de la ocupación japonesa durante la II Guerra Mundial para reforzar su propio poder. Cuando los franceses se negaron a conceder la independencia tras la guerra, lideró la lucha guerrillera que culminó con la retirada francesa de Vietnam en 1954. Sin embargo, solamente consiguió imponerse en el norte de Vietnam. A principios de la década de 1960, comenzó una campaña militar para conseguir el control del sur del país. En 1975, después de una guerra larga y mortífera en la que

participó Estados Unidos, en apoyo de Vietnam del Sur, los sucesores de Ho Chi Minh lograron la unificación de los dos Vietnams en un solo país.

En la península Malaya, los británicos habían hecho crecer su influencia paulatinamente desde el siglo XVIII. Como en los casos mencionados, la ocupación japonesa de Birmania (rebautizada como Myanmar en 1989) y Malasia, proporcionó una oportunidad a los movimientos independentistas para tener un asidero cuando los nacionalistas se aliaron con los japoneses en su lucha contra los británicos. Birmania se independizó en 1948, y después lo hizo Malasia (Malaysia) en 1957.

El movimiento independentista en la India tenía raíces que se retrotraían al siglo XIX. El Congreso Nacional Indio, fundado en 1885, se convirtió en la fuerza conductora del nacionalismo indio. El líder por antonomasia de la independencia india y una de las figuras más prominentes del siglo XX, tanto moral como políticamente, fue Mohandas K. Gandhi. Tras estudiar Derecho en Londres, ejerció la abogacía en Suráfrica, donde se rebeló contra el trato racista hacia los indios en el país. Allí, desarrolló la teoría y la práctica de la resistencia pasiva conocida como *satyagraha* (término sánscrito que significa ‘verdad y firmeza’). En 1914, tras 20 años de esfuerzos, el método Gandhi se convirtió en un éxito y logró notables concesiones por parte del gobierno sudafricano. Ese año, animado por su experiencia, Gandhi volvió a la India. Desde entonces hasta 1947, cuando la India logró finalmente la independencia de Gran Bretaña, Gandhi logró con éxito convencer a los políticos indios para que practicasen su estrategia de resistencia no violenta al poder británico.

Pero la independencia de la India trajo también la mayor pesadumbre de Gandhi: la división del país en un Estado de mayoría hindú, la India, y otro de preponderancia musulmana, Pakistán. Cientos de miles de inocentes fueron asesinados mientras los hindúes cruzaban las nuevas fronteras en dirección a la India y los musulmanes se trasladaban a Pakistán. Después de tantas décadas de resistencia no violenta a los británicos, la independencia trajo un cataclismo de odio y violencia entre los propios indios. Gandhi fue su víctima: murió asesinado en 1948 por un fanático hindú.

El precio de la libertad

El deseo de libertad es una de las características fundamentales de la humanidad. Que las potencias coloniales europeas suprimieran la libertad de otros pueblos, incluso cuando la buscaban para ellos mismos, era tan poco realista como injusto. Sólo a regañadientes dejaron sus colonias en Asia y África, y sólo después de hacerlo se vio claramente que no tenían otra alternativa. Debería haberse evitado el sufrimiento que los habitantes de las colonias de todo el mundo tuvieron que soportar durante el largo camino hacia la libertad. Pero no fue así, ni seguramente la libertad era el final de su lucha. Al poco tiempo de obtener la libertad, estos países tuvieron que enfrentarse al siguiente desafío, y probablemente el más difícil: decidir qué significa la libertad y qué hacer con ella. ¿Establecerían instituciones democráticas estables, o crearían las mismas instituciones represivas contra las que habían luchado? En muchos países, las respuestas a estas preguntas no se han hallado todavía.

Acerca del autor: Alan T. Wood es profesor de Historia en la Universidad de Washington, en Bothell. Entre otras publicaciones, ha escrito *What Does it Mean to be Human?: Balancing Freedom and Authority in World History*.

Sistemas de asistencia sanitaria en el África descolonizada

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Oliver Osborne, de la Universidad de Washington, opina que el gobierno y los disturbios postcoloniales en África no han debilitado los diferentes sistemas sanitarios del continente sino que más bien demandan la colaboración entre ellos.



Cruz Roja en acción

Uno de los principales objetivos de Cruz Roja y Media Luna Roja Internacional es proporcionar ayuda a la población civil afectada por conflictos bélicos. En la imagen, refugiados ruandeses que huyen al vecino país de Tanzania, reciben alimentos.

Sistemas de asistencia sanitaria en el África descolonizada

Por Oliver Osborne

El colonialismo dominó el continente africano desde 1885 hasta la segunda mitad del siglo XX, y la última colonia, Namibia, obtuvo su independencia en 1990. Años de un control intenso y básicamente europeo difundieron la cultura, el gobierno, la industria, la religión y la medicina occidentales por el continente. El éxodo relativamente reciente de las potencias occidentales dejó al continente con países de construcción artificial y formas ajenas de gobierno, todavía dominadas por poderes económicos a distancia. África fue la cuna del hombre y también es el caldo de cultivo más antiguo de enfermedades humanas. Actualmente, las antiguas enfermedades y los nuevos problemas de salud relacionados con el SIDA, el hambre, la contaminación y los disturbios sociales se desarrollan de forma incontrolada, demandando la atención de los proveedores sanitarios y los gobiernos africanos. Los pueblos, naciones, gobiernos, economías y ecosistemas africanos necesitarán décadas, si no siglos, para establecer nuevas formas de vida capaces de afrontar con éxito estos retos. Este esfuerzo requiere la cooperación y la colaboración entre los sistemas sanitarios médicos tradicionales, islámicos y espirituales africanos y los occidentales.

El vasto continente africano está formado por 50 países con más de 3.000 grupos étnicos que hablan unas 1.000 lenguas y gran variedad de ecosistemas. La vida y la cultura humanas, así como muchas creencias religiosas y filosóficas se originaron y florecieron en África—al igual que las enfermedades sociales, psicológicas, físicas y espirituales. Comerciantes, mercaderes, exploradores y viajeros africanos han viajado por todo el continente y más allá de sus fronteras intercambiando ideas y productos durante sus viajes. Como consecuencia, los pueblos africanos han desarrollado diferentes sistemas sanitarios, siendo los indígenas, los espirituales, los islámicos y los occidentales biomédicos los más importantes y de mayor influencia.

Cada sistema sanitario está formado por un conjunto de elementos tales como un corpus de conocimientos, médicos especializados, centros de asistencia y equipamientos. Cada sistema tiene su forma de atraer a los pacientes, sus relaciones con el entorno social, político y económico así como sus medios para educar a nuevos médicos. Muchos africanos buscan los servicios de dos o más de estos sistemas simultáneamente. Sus elecciones están guiadas por el tipo de ayuda que creen necesitar, por su poder adquisitivo y por los diferentes recursos sanitarios disponibles. Este enfoque práctico, así como el papel cada vez más importante de los gobiernos en los servicios sanitarios, conforma el escenario de colaboración entre estos sistemas en el tercer milenio.

Sistemas sanitarios indígenas

Para los occidentales la palabra *tradicional* tiene un sentido de permanencia e inmutabilidad. Pero los sistemas tradicionales de los indígenas africanos están cambiando continuamente al absorber, influir, competir y asimilarse a influencias exteriores con gran facilidad.

Las prácticas de curación de los indígenas africanos proceden de creencias antiguas, fundamentalmente filosóficas y religiosas. La medicina tradicional africana tiene sus raíces en la cultura, la familia, la comunidad, los productos locales y las prácticas sociales del pueblo, confiriendo a los africanos una visión holística de la enfermedad (buscando el tratamiento global de la persona incluyendo cuerpo y mente). Su preocupación sobre el bienestar físico no puede separarse de sus creencias sociales, filosóficas y espirituales o de su comprensión de las causas de sus problemas cotidianos. La enfermedad es considerada como un tipo de desgracia, cuyas raíces se encuentran en una serie de equivocaciones físicas, espirituales y sociales.

Atención familiar

La amplia familia africana es la primera responsable de la salud de sus miembros. Un principio básico de *parentesco* (la estructura subyacente de las sociedades indígenas africanas) es el reconocimiento de los mayores. Los mayores son los responsables en gran medida de mantener las buenas relaciones entre los miembros de sus comunidades, sus antepasados, el mundo espiritual y su dios. Como consecuencia, los mayores son los responsables de mantener la salud y el bienestar de los más jóvenes. Por lo general, cuando una persona enferma los miembros de la familia informan inmediatamente de ello a los mayores y les piden consejo. Dentro de los círculos cada vez más amplios de familia, comunidad y clan, resulta habitual encontrar miembros que son sanadores indígenas o

pertenecen a alguna profesión sanadora. Los mayores también pueden recomendar solicitar los servicios de médicos fuera de su familia, comunidad o región.

Sanación indígena

La mayoría de los africanos creen y confían en los servicios de los sanadores indígenas para la curación de las enfermedades físicas así como para el alivio psicológico y espiritual. Entre los sanadores indígenas se encuentran herbolarios, adivinos, sacerdotes, oráculos, parteras, cirujanos, soberanos, llamadores de lluvia y otros especialistas. A través de estudios informales y formales, estos médicos aprenden el valor de la sanación y el uso de una gran variedad de raíces, hojas, cortezas, flores, espinas, minerales, partes y excrementos de animales e insectos y otros materiales para el tratamiento de los pacientes. Los sanadores también usan tabúes (prohibiciones o inhibiciones), masajes, encantamientos (recitación ritual de hechizos), ventriloquia y purgantes (para limpiar el cuerpo). Su éxito se ve reforzado por su comprensión de la condición personal, cultural, social, económica y política de los individuos, familias e instituciones de su comunidad.

Al igual que el médico general en la tradición biomédica occidental, el herbolario indígena primero diagnostica el mal, a continuación prescribe los correspondientes medicamentos y finalmente aplica el tratamiento adecuado. Los adivinos y sacerdotes intentan comprender las causas espirituales y profanas de la enfermedad física y mental, los problemas espirituales y las relaciones sociales deficientes, revelan secretos sobre el futuro y pueden aconsejar, guiar, consolar o dirigir al enfermo. Junto con los llamadores de lluvia y los soberanos, ellos reconfortan, protegen contra el mal y dirigen a toda la comunidad.

Especialistas

Existe una importante tradición de sanadores especializados en el tratamiento de enfermedades mentales. Algunos fundan hospitales en los que se admiten y tratan pacientes durante periodos prolongados y sus terapias incluyen el uso de la adivinación, las medicinas basadas en hierbas, las restricciones físicas, la terapia ocupacional y la psicoterapia individual, familiar y de grupo.

Poco se sabe sobre los orígenes y actividades de los cirujanos africanos. Las escasas referencias en la bibliografía colonial inicial y posterior a la independencia sólo mencionan que las prácticas quirúrgicas indígenas eran diferentes a las biomédicas occidentales de su época. En estos relatos las menciones a las prácticas quirúrgicas indican que los cirujanos indígenas arreglaban huesos, quitaban cataratas, drenaban líquidos, realizan fisioterapia, aplicaban ventosas, practicaban cirugía del cerebro y escarificaban o raspaban el cuerpo del paciente para aplicar medicinas.

Sanación espiritual

Las primeras creencias de judíos y cristianos se vieron enriquecidas con las tradiciones y los mitos más antiguos de pueblos africanos y del resto del mundo. Los discípulos cristianos difundieron su doctrina por el norte de África y hasta el este y el sur de dicho continente, difundiendo a su vez las creencias africanas. Los comerciantes europeos del siglo XVI y los misioneros propagaron su fe por todo el continente. Las nuevas iglesias africanas independientes siguieron proporcionando sanación mediante la predicación, la

oración, la lectura de salmos o de partes de la Biblia, cantos, bailes, trances y consultas. Los sanadores de la fe, resultado de esta tradición sanadora espiritual, utilizan medicinas de hierbas y jabones en baños para limpiar el cuerpo, expectorantes para aliviar las congestiones del pecho, vomitivos para ayudar al estómago a desprenderse de sustancias venenosas, purgantes para limpiar el sistema digestivo y tónicos para tonificar el cuerpo.

A diferencia de los sanadores indígenas, los sanadores de la fe no suelen realizar un aprendizaje formal. Sus actividades de sanación están basadas en su creencia de que ellos reciben y pueden transmitir el poder divino. Aunque los sanadores de la fe también pueden utilizar terapias de grupo tales como danzas y trances, ellos hacen especial hincapié en la relación del individuo con Dios.

Sanación islámica

Las creencias sobre las que se basa la medicina islámica son antiguas y reflejan problemas espirituales, interpersonales y sociales inherentes a la condición humana. Estas creencias, desarrolladas en África, Persia, la India, Siria y las sociedades beduinas, se difundieron junto con las filosofías romana y griega. Hacia el siglo II d.C., el sabio griego Galeno utilizó estas creencias en su estudio del funcionamiento del cuerpo.

Los investigadores islámicos desarrollaron y codificaron la tradición sanadora profética de Mahoma en textos legales y médicos. Hacia el 800 d.C. esta medicina islámica floreció en el norte de África y era enseñada en las grandes universidades de Oriente Próximo, la península Ibérica islámica (al-Andalus) y en Tombuctú.

Dos aspectos caracterizaron la práctica médica islámica: una tradición científica basada en teorías sobre los trastornos de los humores del cuerpo y una tradición profética de sanación espiritual. La tradición científica, iniciada hacia el 1100 d.C., comenzó a declinar lentamente cuando el Islam perdió su poder sobre muchos de los territorios conquistados y se vieron abandonados muchos centros de aprendizaje y de investigación científica.

Los sanadores religiosos y los profesores-investigadores fueron los dos principales grupos de médicos de las artes de sanación proféticas islámicas en África. Por un lado, los sanadores religiosos, cuya descendencia del Profeta era comúnmente aceptada y eran reverenciados por sus poderes espirituales y respetados por su devoción, sanaban mediante la oración. Sus prácticas están basadas en la limpieza y en la capacidad de limpiar, el exorcismo, compartir comida, pan y saliva y celebrar ceremonias de sanación. Algunos también practican cauterizaciones (quemar para eliminar tejidos o cerrar una herida), sangrías (extraer sangre como medida terapéutica) y escarificaciones (hacer cortes superficiales, como para vacunas). Por otro, los profesores-investigadores, muy parecidos a los adivinos africanos tradicionales, intentan descubrir lo desconocido de carácter espiritual y sobrenatural para influir en aspectos tales como matrimonio, nacimiento, enfermedad, empleo, amor, educación y sucesos futuros. Los herbolarios, las parteras y los curanderos también forman parte de la medicina islámica.

Actualmente en África las regiones que tienen un compromiso más profundo con la medicina islámica son las naciones musulmanas del norte, las regiones musulmanas del sur del Sahara y las pequeñas comunidades musulmanas del este y el sur de África. Las prácticas islámicas siempre han luchado, absorbido y contribuido a las creencias indígenas

africanas. En las últimas décadas, con el renovado vigor del islam, los médicos musulmanes biomédicos (es decir, formados en Occidente) han iniciado colaboraciones internacionales destinadas a mezclar la tradición médica científica islámica con los avances en biomedicina. Además, desean comunicar la posición islámica sobre las prácticas médicas con implicaciones morales.

Biomedicina occidental

La biomedicina occidental surgió de la tradición científica de aprender lo que estaba establecido en las grandes universidades islámicas y había sido desarrollado en Europa. En el siglo XVI, exploradores, comerciantes y misioneros llevaron la joven biomedicina occidental a África occidental. Actualmente esta tradición es única por su forma de asociarse con los gobiernos nacionales, las organizaciones gubernamentales internacionales y el capitalismo. Su principio básico es que son los fenómenos físicos, tales como bacterias, virus o genes enfermos o mutantes, la causa de la enfermedad. El diagnóstico y el tratamiento se centran en el paciente individual, separado de la familia o de su comunidad social, cultural y espiritual. Basado en las ciencias biológicas y fisiológicas, el enfoque biomédico corrige la disfunción corporal aplicando tratamientos químicos, mecánicos y electrónicos específicamente diseñados y dirigidos a tratar una causa ofensiva bien definida. El resultado de este enfoque ha sido el desarrollo de una serie de especialidades, cada una de ellas con su propio equipamiento.

La biomedicina occidental formó parte importante del imperialismo europeo en África. Su primer objetivo (aunque financiado con los impuestos de los africanos) era prevenir y curar las enfermedades tropicales que afectaban a los misioneros, comerciantes y administradores coloniales europeos.

Desarrollo de la infraestructura

Aunque los africanos obtuvieron la independencia de los poderes coloniales europeos, allí permanecieron los principios políticos y el sistema de gobierno europeos. Así, la biomedicina occidental se convirtió en el sistema sanitario oficial de los nuevos gobiernos nacionales africanos.

En África, al igual que en Europa y América, la biomedicina occidental requiere inversiones continuas y crecientes. Los gobiernos africanos invierten cantidades importantes de sus fondos nacionales para establecer y mantener hospitales y clínicas así como programas médicos, de enfermería, de enseñanza de salud pública y de investigación.

Las organizaciones internacionales de préstamos de fondos también invierten fuertemente en equipos médicos, suministros, medicamentos y otros materiales relacionados con la salud. Además, a diferencia de otros sistemas africanos de sanidad, la biomedicina requiere una inversión continua en transportes, electricidad, agua y sistemas de alcantarillado.

El desarrollo de la biomedicina occidental en los países africanos está soportado por una serie de organizaciones externas que ofrecen servicios sanitarios a los pueblos africanos como, por ejemplo, misioneros médicos, organizaciones gubernamentales internacionales

como la Organización de las Naciones Unidas (ONU) o la Organización Mundial de la Salud (OMS), organizaciones de ayuda de gobiernos extranjeros, tales como las Fuerzas de la Paz, y, cada vez de mayor relevancia, organizaciones internacionales no gubernamentales (ONGs). En las últimas décadas todas estas organizaciones han aumentado sus esfuerzos para proporcionar servicios sanitarios y de bienestar social, especialmente a las regiones afectadas por la guerra o los desastres naturales.

Hacia la integración de los sistemas

Los sistemas espirituales indígenas e islámicos se caracterizan por tener orígenes comunes en cuanto a mitos y prácticas de los primeros pobladores africanos y de otros pueblos antiguos. Con el paso del tiempo estas creencias y prácticas se dispersaron y arraigaron en otras partes del mundo. Posteriormente con sus elementos modificados volvieron a África, donde siguen evolucionando y cambiando. Salvo la biomedicina individualista, materialista, cara, seglar, burocrática y en último término extranjera, los sistemas sanitarios de África presentan un enfoque holístico que incluye el bienestar mental y físico, una raigambre espiritual y cultural, una preocupación por las consecuencias sociales y una utilización de los materiales locales, lo que permite a los pueblos africanos moverse con facilidad entre ellos.

Actualmente y a pesar de los muchos logros conseguidos tras la independencia, África se enfrenta a numerosos problemas que afectan profundamente a la salud pública. Continúa la creación de países con gobiernos políticamente inestables y existen dictaduras militares cuya prioridad es la compra de armas, grandes poblaciones desplazadas por la guerra y el hambre, conflictos religiosos, una corrupción extendida, el tráfico de medicamentos caducados y peligrosos y suministros médicos defectuosos, así como organizaciones de ayuda internacional que no respetan a los gobiernos nacionales. El pueblo sufre de pobreza, SIDA, problemas ecológicos y una urbanización acelerada. Todos estos problemas dificultan el funcionamiento de los sistemas sanitarios y en especial el de los sistemas biomédicos occidentales que dependen de una infraestructura sofisticada y de costoso mantenimiento. Considerando todas estas circunstancias, las autoridades sanitarias piden con urgencia más cooperación y unidad entre los diferentes sistemas.

La colaboración o la cooperación entre los diferentes sistemas se acelera a medida que los miembros de las familias sanadoras indígenas se hacen doctores, enfermeras, boticarios o expertos en salud pública, y después vuelven a sus familias con estos conocimientos. Una cooperación más formal tiene lugar cuando los gobiernos ofrecen programas de enseñanza basados en la biomedicina para sanadores y parteras indígenas con la esperanza de que estos actúen después como educadores sanitarios y expertos en salud pública en programas de prevención de enfermedades. Los gobiernos también fomentan el desarrollo de asociaciones de sanación tradicionales en el ámbito local y nacional orientadas hacia la autorregulación y la concesión de licencias, con la esperanza de utilizar estas asociaciones en programas de salud patrocinados por el gobierno. Parece que la gran inestabilidad de muchos países africanos jóvenes acelerará esta colaboración.

Los sistemas sanitarios africanos existentes siguen su evolución. Al igual que en el pasado, los médicos de cada sistema seguirán buscando nuevas formas de coexistencia con los demás sin perder por ello su identidad. Sería un craso error proyectar el futuro de los

sistemas sanitarios africanos a imagen y semejanza de los de los estados capitalistas avanzados, donde prima la biomedicina. Los estados postindustriales avanzados cada vez son menos capaces de controlar los costes sanitarios, distribuir los servicios de forma equitativa, integrar los numerosos sistemas sanitarios alternativos que compiten con el sistema oficial, o regular la turbulenta industria sanitaria biomédica internacional. Estos sistemas como tales no son dignos de imitación. En lugar de diseñar el futuro sistema sanitario africano como un sistema controlado por el gobierno y de tipo biomédico y capitalista, sería más adecuado imaginar un sistema con opciones abiertas.

La medicina tradicional africana, la sanación espiritual y la medicina islámica son poderosos fenómenos locales e internacionales. Los africanos en África, Europa y América, incluidos los sanadores, comparten sus conocimientos en sus viajes. Dado que la tradición científica de la sanación islámica llegó a la biomedicina occidental, los biomédicos musulmanes de todo el mundo buscan ahora formas de armonizar la biomedicina occidental con las tradiciones islámicas. Tanto en África como en Sudamérica, el Caribe o Norteamérica, donde residen grandes poblaciones de africanos o musulmanes, todas estas prácticas florecen junto con la biomedicina occidental, que a su vez continúa su desarrollo como un esfuerzo capitalista influenciado en gran medida por los gobiernos aunque, sin embargo, proporciona la necesidad, el espacio y la oportunidad para que estos otros sistemas aumenten su eficacia y popularidad como sistemas sanitarios con un toque humano. La colaboración entre todos estos sistemas será el futuro de los sistemas sanitarios africanos, igual que lo fue en el pasado, aunque ahora con mayor eficacia y complejidad. Tal vez este modelo también sea el futuro de los sistemas sanitarios occidentales.

Acerca del autor: Oliver Osborne es profesor emérito de la Universidad de Washington, en Seattle, donde imparte clases en la Escuela de Enfermería y en el Departamento de Antropología. Obtuvo su doctorado en antropología en 1968 trabajando con el pueblo yoruba de Nigeria, donde le ofrecieron una jefatura por sus servicios a la comunidad durante un periodo de guerras internas. Osborne fue el creador de la disciplina de Antropología Médica y ha realizado diferentes estudios y consultorías internacionales.

Predecir el futuro: cómo se cuenta la historia

Los Ensayos Históricos de Encarta reflejan el conocimiento y la visión de destacados historiadores. En este ensayo, Peter N. Stearns, de la Universidad Carnegie Mellon, considera que la capacidad para predecir de forma precisa el futuro depende de cómo se interprete y entienda el pasado.



Primera aparición del cometa Halley

Este dibujo es un fragmento del tapiz de Bayeux del siglo XI, que cuenta la historia de la conquista de Inglaterra por los normandos. Esta escena describe una aparición del cometa que más tarde tomó su nombre de Edmund Halley.

Predecir el futuro: cómo se cuenta la historia

Por Peter N. Stearns

La humanidad siempre ha estado interesada en predecir el futuro. Es imposible saber a ciencia cierta cuándo se hicieron conscientes los seres humanos de que lo que ocurrirá en el futuro probablemente sea distinto de lo que sucede en el presente, pero lo hicieron. A lo largo de los años, las sociedades han desarrollado diversas maneras de adivinar el futuro. Algunos grupos intentaron escrutar los hechos mediante la magia o el contacto con lo sobrenatural. Para hacerlo, podían leer los augurios en las entrañas de los animales o en las hojas de té. En la antigua Roma, los generales utilizaban estos métodos para calcular sus probabilidades de éxito en la inminente batalla. La confianza en las estrellas como forma de predecir el futuro también fue temprana. La astrología, el estudio de la correlación entre lo sucedido en la tierra y la posición y los movimientos de los astros, fue

una ciencia esencial en la China, Grecia y Roma clásicas, y en el Oriente Próximo islámico. Aunque la astrología y la astronomía siguieron caminos separados durante el siglo XVI, a finales del siglo XVII muchos europeos consultaban a los astrólogos para calcular el futuro de una boda inminente o un síntoma de enfermedad. Durante muchos años, los científicos han rechazado los principios de la astrología. Sin embargo, millones de personas creen en ella o la practican.

Bastante antes del extraordinario declive de la creencia en la magia en el siglo XVIII, sin embargo, las sociedades habían desarrollado formas de pensar en el futuro con una relación mayor con el tiempo histórico. Es decir, se dieron cuenta de que sus sociedades tenían pasado e intentaron relacionarlos con el futuro. La mayoría de los pronósticos con los que contamos hoy en día, como los que se relacionan con la política económica o militar, utilizan la historia, debido a que quienes predicen asumen la conexión entre hechos pasados, presentes y futuros. Como veremos, los tipos de conexiones en las que se basan las predicciones, así como el éxito de esas predicciones, varían enormemente. Sin embargo, la necesidad de asegurar las predicciones se aplica a pesar de todo.

Existen tres grandes tipos de formas de predicción, o pensamiento histórico del futuro. El primer modo, y el más extendido hoy día se basa en presunciones sobre la repetición de los hechos y patrones históricos. Los analistas que emplean este primer sistema predictivo asumen que ciertos tipos de hechos pasados sucederán nuevamente, y que entendiendo la historia, se pueden explicar mejor futuras repeticiones. Este pensamiento es el que subyace tras la conocida frase: "Quienes no conocen el pasado, están condenados a repetirlo". El segundo método predictivo en desarrollarse, y con mucho el más radical, implica la asunción de un fenómeno conocido como discontinuidad histórica. Según este modelo, la predicción se basa en la creencia de que irrumpirá algún tipo de fuerza que cambiará radicalmente el curso de la historia, y por tanto el propio futuro. El tercer método predictivo, no necesariamente el más nuevo, pero ciertamente el que fue desarrollado de forma más sistemática durante el siglo XIX, incluye una mirada sobre la historia reciente en busca de las tendencias que podrían continuar en el futuro. Aunque es la utilización más conservadora de la historia para predecir el futuro, es a menudo la más segura. Sin embargo, cada uno de los intentos por utilizar la historia como base para predecir el futuro ha fallado indefectiblemente. Además, no proporcionan descripciones absolutamente seguras del futuro. Quizás sea ese el motivo de que muchas personas sigan prefiriendo a los futurólogos y las cartas astrales a las predicciones basadas en hechos históricos.

Método predictivo I: Ciclos y analogías

Probablemente la primera utilización sistemática del conocimiento histórico para la predicción del futuro asumía que la historia de la humanidad se movía por ciclos, es decir, que lo que había sucedido antes, podía suceder nuevamente después. Muchos historiadores chinos adoptaron esta visión cíclica, que acertaba a describir la historia de las dinastías imperiales: una nueva dinastía llegaría al poder, florecería y luego caería, y el ciclo comenzaría nuevamente en la siguiente dinastía. El pensador confuciano Mencio, que vivió entre el 371 y el 289 a.C., aseguraba que cada 500 años, un "auténtico rey" surgiría en China. Otras sociedades especulaban a propósito de los ciclos históricos, aunque algunos basaban sus cálculos más en las propiedades de los números que en un conocimiento real del pasado. Esto era cierto en la creencia maya en los ciclos cósmicos. Los mayas creían

absolutamente en el control de los dioses sobre determinadas períodos de tiempo y sobre la actividad de los pueblos durante esos períodos.

La tradición intelectual desarrollada en Europa occidental durante y después del renacimiento rara vez incluía el estudio de los ciclos formales. Las predicciones cristianas, como veremos, tendían a poner el énfasis en un giro repentino y radical desde el pasado a un futuro diferente, más que en la repetición de hechos pasados. Sin embargo, muchos intelectuales creían que las pautas concretas de los hechos podrían repetirse, y creían que uno podía utilizar analogías históricas para tener una visión sobre lo que sucedería en el futuro. La analogía histórica sigue siendo una herramienta fundamental para la predicción del futuro, ya sea en la vida personal o en las esferas más amplias de la política y la guerra.

La analogía funciona así: una persona enfrentada a una situación particular quiere saber qué sucederá en el futuro, aunque él o ella reconozcan que el futuro es difícil de predecir. Así que la persona se remonta a una situación del pasado o relativamente parecida a la que está experimentando nuevamente, esperando que esto le proporcionará una idea aproximada de qué resultará de la situación actual. El pensamiento analógico puede utilizarse para hacer predicciones en incontables situaciones personales. En la mayoría de los casos, evidentemente, si hemos pasado por una situación positiva o negativa en el pasado y parece que va a suceder algo de la misma manera (presentando una analogía, en otras palabras) entonces estamos en situación de decidir; o evitar, la repetición de la acción pasada.

Los líderes políticos a menudo utilizan la analogía para apoyar su política. En multitud de conflictos tras la II Guerra Mundial, incluidos los de Corea y Vietnam, los ideólogos norteamericanos asumieron que no podían echarse atrás frente a una presunta amenaza comunista. Esta asunción se basaba en lo ocurrido después del intento fallido de Gran Bretaña y Francia en 1938 de apaciguar a Alemania. (Se entiende por *apaciguamiento* acceder a las demandas de los estados rivales para evitar la guerra). Para frenar las ambiciones de Hitler y evitar un nuevo conflicto tras la devastación de la I Guerra Mundial, las agotadas Gran Bretaña y Francia acordaron en el Pacto de Munich que los Sudetes, región de Checoslovaquia, fueran cedidos a Alemania. Más que satisfacer la ambición de Hitler, el Pacto de Munich tuvo como resultado únicamente la invasión de Polonia por Hitler y la declaración de la II Guerra Mundial. La lección, o la analogía, de Munich se convirtió en un modelo de lo que podría ocurrir en un futuro a menos que los países amenazados adoptaran distintas estrategias de intervención. Durante la década de 1970, muchos ideólogos norteamericanos, preocupados por las restricciones de petróleo de Oriente Próximo, buscaron una analogía para enfrentarse a la escasez de un recurso vital para guiar su política al respecto. Durante un tiempo, muchos encontraron apropiada la analogía de la invención del caucho sintético durante la II Guerra Mundial, que remplazó al caucho natural que sufría el bloqueo japonés. Aquí, como en el ejemplo del Pacto de Munich, los ideólogos pensaron que podían anticipar el futuro a partir de una analogía con el pasado, en este caso, desarrollando un sucedáneo sintético para el petróleo. No obstante, el suministro de petróleo volvió a la normalidad y la analogía se dejó de lado. Más recientemente, el recuerdo del Holocausto nazi contra los judíos puede haber motivado o justificado la intervención en 1999 de la OTAN en Yugoslavia para detener la limpieza étnica.

La analogía guió poderosamente a toda la tradición historiográfica europea desarrollada durante el renacimiento, que revivía modelos de la Grecia y la Roma clásicas. Por ejemplo, los relatos sobre cómo habían resuelto los antiguos generales y políticos problemas similares se usaban para aconsejar a los príncipes sobre las incertidumbres políticas o militares. Durante esta época, Maquiavelo (1469-1527), un importante pensador político italiano, argumentó que un príncipe que se enfrentara con problemas en su estado podía dar forma al futuro si observaba las decisiones tomadas por otros príncipes romanos o italianos anteriores. Su razonamiento era que si las situaciones eran lo suficientemente parecidas, los resultados de una determinada política podrían ser predichos con seguridad. Bien entrado el siglo XX, los mejores educadores de Europa y Estados Unidos asumen que el estudio de casos históricos, particularmente los de la antigüedad clásica, puede proporcionar una guía válida para estrategias futuras, no una predicción exacta pero sí un sentido de qué funcionará en un caso dado con certeza. Al día de hoy, el estudio de batallas sigue formando una parte importante del entrenamiento de los oficiales militares.

Tipos de pensamiento analógico menos estricto afectan a pronósticos más generales. En varias ocasiones a lo largo del siglo XX, algunos intelectuales preocupados se han preguntado si la sociedad occidental estaba a punto de llegar a su fin, a la manera del Imperio romano en el siglo V. Atribuían la caída del Imperio romano a la presión exterior de los bárbaros; la decadencia moral de las clases altas, que pasaron de perseguir el bien público a preferir la búsqueda del placer; y a las corruptas masas urbanas, mantenidas a raya mediante subsidios públicos y diversiones. Reconociendo factores similares en la actualidad, los intelectuales se preguntaban si el resultado sería el mismo. Durante la década de 1920, Oswald Spengler señaló estos paralelismos en su libro *La decadencia de Occidente* (1918-1922), que consiguió una amplia acogida en Europa en estos tiempos siniestros:

El Imperio romano llegó a su fin, y así sólo dos de los tres imperios (China e India) pervivieron, y aún perviven, como despojo deseable para una sucesión de diferentes potencias. Hoy es “bárbaro pelirrojo” de Occidente quien actúa ante los ojos civilizados de Brahmán y Mandar, en el papel que una vez interpretaron los mongoles o los manchúes, ni mejor ni peor que ellos, y tan seguramente como ellos para ser sustituido a su debido tiempo por otros actores.

Para terminar, una de las ideas fundamentales en el modo que tienen los analistas y los políticos de pensar en el futuro es la recurrencia: usar el pasado como guía predictiva. Poca gente cree hoy día en que existan ciclos históricos formales, pero casi todo el mundo usa la analogía en todo tipo de pronósticos, grandes y pequeños. Saber que hacemos esto y entender como se basan nuestras analogías en las asunciones que hacemos al recurrir a modelos históricos, es un elemento decisivo a la hora de decidir si el modo predictivo es fructífero. Para muchos historiadores no lo es.

Método predictivo II: Discontinuidad histórica

El segundo uso de la historia para predecir el futuro es considerablemente distinto del pensamiento analógico. En el modo predictivo que busca discontinuidades históricas, los analistas asumen que aunque la historia del hombre ha avanzado a lo largo de un camino bien definido durante bastante tiempo alguna fuerza va a desviarla en una dirección

completamente distinta. En este caso, el pasado no es una guía para el futuro sino más bien una medida de lo dramático que será el cambio. Se puede contemplar el modo predictivo de la discontinuidad histórica desde dos puntos de vistas: el religioso y el secular.

Interpretaciones religiosas de la discontinuidad dramática

Las religiones que se desarrollaron en Oriente Próximo antes y después del siglo I de nuestra era establecieron la base intelectual para pensar en el futuro en términos de discontinuidad dramática. Sin embargo, los profetas solían ser imprecisos en sus predicciones. El judaísmo fue la primera religión en adoptar este enfoque, asumiendo que en algún momento futuro aparecería un “mesías”. La fe judía combinaba un interés enfermizo por la historia con la asunción de que el modelo establecido acabaría siendo alterado drásticamente por una intervención divina.

El islam incorporó el mismo tipo de esperanza en un cambio futuro cuando asumió que llegaría un Último Día, o un día del juicio. El Corán estipulaba que este suceso abriría un período de 50.000 años en los que el género humano sería clasificado conforme a sus méritos entre los destinados al cielo o al infierno, “hasta que se terminase el juicio de los hombres”.

El cristianismo también predecía una transformación divina con la que terminaría la historia humana. En el Evangelio según san Marcos, perteneciente al Nuevo Testamento, encontramos esta profecía de Cristo: “Pero en estos días... el sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz... Y entonces verán al Hijo del Hombre viniendo entre las nubes con gran poder y gloria” (Mc. 13,24-26). El Apocalipsis, escrito hacia el 95 d.C., preveía un reino de Cristo que duraría 1.000 años, seguido de un retorno de Satán y un terrible período de pruebas, que sería seguido de la resurrección final de quienes finalmente se salvarían (Ap. 21,4-10). El cristianismo asumía por tanto el fin de la historia como un cambio futuro apocalíptico o milenarista. Los primeros cristianos creían que Cristo volvería pronto; no obstante, esta esperanza se disiparía gradualmente, y dejaría una visión del futuro menos clara.

Durante buena parte de la edad media, entre el 400 y el 1.000 d.C., muchos intelectuales cristianos se contentaban con escribir anales de los tiempos de los que eran testigos, sin prestar mucha atención al futuro. Sin embargo, este simple método de registrar la historia comenzó a cambiar en los siglos XII y XIII. Con este cambio, una línea mucho más definida de pensamiento cristiano acerca del dramático futuro comenzó a cobrar forma. Lo que requería el cambio, además de su apoyatura bíblica, era un sentido más estricto del tiempo, tanto en el sentido histórico como en el numerológico. El interés europeo por las matemáticas se despertó, gracias al influjo árabe y a su redescubrimiento de la tradición clásica griega. Los cronistas empezaron a consignar el número de soldados que formaban los ejércitos, mientras que las ciudades italianas empezaban a realizar los primeros censos. Otra prueba de este resurgir está en la anotación de un astrónomo acerca de la duración de un eclipse en 1239, que registró en los siguientes términos: “el tiempo que se tarda en andar 250 pasos”. Junto con este interés por las matemáticas se intentaba una mayor precisión en el calendario. La Iglesia católica saludó la llegada del siglo XIV con un jubileo papal, la primera vez que se celebraba un evento parecido.

Por esa época surgía una subcultura apocalíptica cristiana de gran vitalidad. En esta subcultura, los adeptos asumían que la intervención divina interrumpiría el curso normal

de la historia. Esta intervención marcaría un futuro marcado por las catástrofes políticas y naturales, aunque sería coronado por el definitivo reino de Dios. Varios teólogos del siglo XII ya habían empezado a especular sobre el reino del Anticristo, el enemigo de Cristo, que según el Evangelio según san Mateo precedería al Día del Juicio Final. Joaquín de Fiore, nacido hacia el 1130, se convirtió en el primer profeta claramente apocalíptico cuando desarrolló una teoría de las edades históricas basada en la paulatina revelación de las personas de la Trinidad. Joaquín se apercibió de las implicaciones de las divisiones del calendario y las uso como herramienta para escrutar el futuro, calculando cada edad en unas cuarenta generaciones. Basándose en este razonamiento, Joaquín esperaba la llegada del Anticristo y el final de la historia entre 1256 y 1260.

Esta tradición de profecías apocalípticas floreció durante algunas centurias, y en el siglo XVI apareció el profeta más ambiguo de la edad moderna, Nostradamus. El médico francés Nostradamus comenzó a escribir libros proféticos hacia 1550. Predijo una serie de desastres inminentes que abarcaban desde el futuro inmediato hasta el año 2000. Auguró guerras, regicidios, grandes incendios y grandiosas batallas navales. Seguidores posteriores atribuyeron estas predicciones a acontecimientos tan diversos como el gran incendio de Londres de 1666, las revoluciones estadounidense y francesa (1775-1783 y 1789-1799), el ataque de Hitler a Polonia en 1939 y la II Guerra Mundial (1939-1945). La afirmación de Nostradamus: “el gran hombre será derribado ese día por un rayo, siendo joven aun”, se ha interpretado como una predicción del asesinato de John F. Kennedy. Como Joaquín de Fiore, Nostradamus predijo la llegada del Anticristo. Sin embargo, predijo que ocurriría mucho más tarde (hacia 1999), junto con epidemias y hambrunas. La predicción para 1999 de Nostradamus, tal y como se cita en *La máscara de Nostradamus* (1990) de James Randi es como sigue:

El año 1999, siete meses.

Del cielo vendrá un gran Rey del Terror:

Para devolver a la vida al gran Rey de los Mongoles,

Antes y después de Marte, para reinar con fortuna.

Esta subcultura apocalíptica se hizo menos notoria a partir del siglo XVII, a medida que el pensamiento científico ensombrecía las profecías apocalípticas. Pero tras la fachada intelectual, las ideas cristianas acerca de la discontinuidad histórica de origen divino pervivieron. Una miríada de pequeñas sectas protestantes predijeron un final inminente para la historia humana. Las profecías apocalípticas rondaron el pensamiento del reformista protestante alemán Martín Lutero y la ideología de uno de los bandos de la Guerra Civil inglesa del siglo XVII. Muchos milenaristas, gente que creía en el reino de los santos permanecería durante mil años sobre la tierra, emigraron a Estados Unidos en busca de tolerancia religiosa. La nación en ciernes se convirtió en el mayor centro de acogida del mundo para el pensamiento apocalíptico. Fue en la década de 1790, por ejemplo, cuando la madre Ann Lee, la fundadora de los *shakers*, llegó a Estados Unidos procedente de Inglaterra. Allí la gente se había burlado de sus profecías sobre una inminente segunda venida de Cristo. “Sabía que Dios tenía un pueblo elegido en América”, escribió más tarde. A lo largo del siglo XVIII, muchos americanos creían en las profecías apocalípticas, como una reacción al miedo a los indios o incluso a los terremotos. Jonathan Edwards, un conocido teólogo norteamericano de la época, se entretenía con las populares

combinaciones numéricas de la Biblia para demostrar que el mundo daba sus últimas boqueadas.

Las principales corrientes del protestantismo norteamericano se hicieron más conservadoras a lo largo del siglo XIX, pero las profecías religiosas siguieron siendo una parte importante de ellas. Durante la década de 1830, William Miller llegó a tener más de 50.000 seguidores en Nueva York cuando pronosticó el fin del mundo para 1843. Decepcionados por la equivocación de Miller, los miembros de la secta se reagruparon bajo el nombre de adventistas del Séptimo Día. Más tarde, los adventistas predicaron que el fortalecimiento del gobierno, la esclavitud o lo que ellos entendían como un estado pecaminoso del mundo, eran claros signos de que había llegado la última edad bíblica. Desde 1850, John Darby profetizó un período que llamó “de tribulación”, durante el que el Anticristo reinaría por siete años. Según Darby a la tribulación precedería un “rapto”, en el que todos los creyentes se elevarían hasta el cielo para ver a Cristo. Durante la década de 1880, James Brooks gozó de una gran popularidad haciendo una profecía similar. Brooks predicaba que el retorno de Cristo sería precedido por un período de maldad sin precedentes. La I Guerra Mundial, la Revolución Rusa y más tarde la Guerra fría han sido interpretados desde entonces como signos de una discontinuidad histórica inminente, inspirada y guiada en última instancia por Dios.

Este tipo de profecía apocalíptica persiste hoy en día. En 1997, el avistamiento del cometa Hale-Bopp fue tomado por la mayoría de los americanos como un fenómeno natural interesante. Sin embargo, los miembros de una secta de San Diego lo interpretaron como un signo del fin del mundo y de su propia salvación inminente. Para prepararse para este evento, se suicidaron. En 1998 surgió una nueva cosecha de predicciones apocalípticas de raigambre bien cristiana o bien del movimiento New Age (Nueva Era), anticipándose al año 2000. Ese año, un periódico titulado *Noticias del Milenio* anunciaba a sus lectores que había un consenso entre los expertos bíblicos y que el fin del mundo estaba cerca. Mientras tanto, otros profetas televisivos avisaban que la de 1990 era “la década más importante de la historia”. Predijeron una dictadura mundial que llevaría al Anticristo, seguido del reino de milenario de Dios y de una vuelta al caos. Sus teorías se basaban tanto en el cálculo aritmético (habían pasado 6.000 años desde la creación, un milenio por cada día de ella) y en los acontecimientos actuales (inmoralidad flagrante, acoso de distintas plagas, la Unión Europea y el ascenso de China). Mucha gente parecía compartir ese análisis, incluyendo los preocupados por el “efecto 2000”, la crisis en la que los ordenadores tendrían que ser ajustados para registrar la fatídica fecha so pena de producirse un colapso informático mundial.

Interpretaciones laicas de la discontinuidad dramática

Desde el siglo XVIII, las versiones seculares de la discontinuidad dramática han sido una forma de profecía mucho más común. Algunos elementos de su estructura básica recuerdan a las características de la versión religiosa: una fuerza fundamental transformará el proceso habitual de evolución histórica en una nueva era. Sin embargo, los secularizadores creen que el cambio vendrá a partir de una fuerza terrestre, no divina. Aunque los nuevos profetas seculares creían que ya existían signos del cambio, rara vez especulaban con fórmulas numéricas. Como los profetas religiosos, creían que el cambio sería extremo y enfatizaban sus transformaciones bien horribles, bien benefactoras.

En un ambiente de descubrimientos científicos y con la idea del progreso humano ganando terreno, Jean Anotine Condorcet, un epígono de la Ilustración francesa, escribió un ensayo titulado *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1795). En su obra, Condorcet pronosticaba el establecimiento de una sociedad humana prácticamente perfecta. Condorcet escribió este ensayo mientras huía de los revolucionarios franceses que querían matarlo, atestiguando un nuevo tipo de fe en un futuro dramático. Condorcet veía la historia como un progreso sin pausa, que en su tiempo había llegado a un estado tal que la mente y a través de la evolución, el cuerpo humano, estaban en condiciones de dar el salto hacia la postrera edad dorada. Su punto de vista queda plasmado en este extracto:

“Encontraremos en la experiencia del pasado, en la observación del progreso que ya han alcanzado las ciencias y la civilización, en el análisis del progreso de la mente humana y en el desarrollo de sus facultades, las razones más fuertes para creer que la naturaleza no ha establecido límites en la realización de nuestras esperanzas...

Por tanto, llegará el día en que el sol alumbrará tan sólo a hombres libres que no conocerán otro amo que su razón; cuando los tiranos y los esclavos, los sacerdotes y sus sirvientes estúpido o hipócritas no existirán más que en los libros de historia y en el teatro; y sólo pensaremos en ellos para compadecernos de sus víctimas y sus bufones; para mantenernos vigilantes pensando en sus excesos, para aprender como reconocerlos para destruir, con la fuerza de la razón, las primeras semillas de tiranía y superstición, si se atreviesen a aparecer de nuevo entre nosotros.”

Sobre esta visión general, un ejército de profetas predijo durante el siglo XIX un futuro enormemente mejorado, en el que los típicos problemas siempre presentes en la historia del hombre trascenderían. Los socialistas utópicos pensaban que la educación y el ejemplo acabarían con siglos de explotación y egoísmo y crearían un futuro de perfecta igualdad y de armonía comunal. Karl Marx, por otra parte, entendía que las leyes de la historia conducían a una revolución proletaria final. Esta revolución terminaría dramáticamente con la lucha de clases y la injusticia, que habían dominado la historia humana desde su comienzo. También anunciaría un estado sin clases, una utopía antiestatal en la que las continuas catástrofes y cambios terminarían. En 1888 el novelista norteamericano Edward Bellamy escribió el bestseller *Mirando atrás*, que situó en el año 2000. En la novela, Estados Unidos se convierten en una utopía socialista en el que la igualdad y el trato humano reemplazan a los males del capitalismo. También en este escenario se ha transformado la historia.

Mientras que algunos profetas seculares, como Condorcet y particularmente Marx, tenían una explicación acerca de por qué tenía que terminar la historia, en muchos otros pronósticos seculares, los mecanismos que transformarían el futuro eran un poco vagos. La mano de Dios de las profecías religiosas no había sido reemplazada convincentemente en la versión laica. Pero durante la década de 1860 una línea de predicciones que identificaban una poderosa fuerza causal comenzó a tomar forma, y esa fuerza era la tecnología. Fue entonces cuando el novelista francés Jules Verne inventó el género de la ciencia-ficción, con títulos como *De la Tierra a la Luna* (1865) y *Viaje al centro de la Tierra* (1864). Los escritos de Verne anticiparon los aviones, los submarinos, los satélites espaciales y misiles y la televisión. A medida que preveía estos avances tecnológicos, Verne

describió una humanidad transformada con capacidades y preocupaciones distintas a las que habían determinado hasta entonces la historia humana. Desde entonces los escritores de ciencia-ficción han ampliado este panorama, algunos de modo optimista como Verne, otros con aprensión. A medida que la tecnología reemplazaba a la intervención divina como catalizador de cambios drásticos, surgieron dos asunciones: la primera que un cambio tecnológico fundamental sería inminente, y la segunda, que dominaría el futuro humano. En otras palabras, la tecnología modela la historia humana y anuncia una era completamente nueva. Esta visión se describe en *De la Tierra a la Luna* de Jules Verne:

“Entonces observaron la Tierra desde la ventana inferior, y no parecía más que un punto oscuro, bañada en rayos solares. ¡No más luz creciente ni vaporosa! Al día siguiente, a medianoche, habría *Tierra nueva*, en el mismo momento que hubiera luna llena. Arriba, el borde de la noche se acercaba a la línea seguida por el proyectil, para encontrarse a la hora prevista. Todo alrededor de la negra carcasa estaba plagado de puntos brillantes, que parecían moverse lentamente; pero dada la gran distancia a la que estaban, su tamaño relativo no parecía cambiar. El sol y las estrellas parecían exactamente iguales que en la Tierra. En lo que respecta a la luna, era considerablemente mayor, pero los prismáticos de los viajeros, al no ser demasiado potentes, no les permitían hacer ninguna observación o comentario alguno sobre su superficie...

Además, la excitación de los tres viajeros aumentó a medida que se acercaba el fin de su viaje. Esperaban incidentes imprevistos, y fenómenos nuevos, y nada les habría asombrado en el estado mental en que se hallaban. Su imaginación sobreexcitada iba más rápida que el proyectil, cuya velocidad disminuía ostensiblemente. Pero la luna se hacía más grande a ojos vista y se imaginaban que podrían cogerla con sólo alargar la mano.”

Aun cuando este tono optimista persistió durante el siglo XX y alcanzó realmente nuevas cotas en las décadas de 1970 y 1980, otras predicciones de distinto signo reflejaron un siglo que parecía invitar al pesimismo. El auge de los modernos ejércitos y los gobiernos autoritarios crearon un nuevo y ensombrecedor clima de predicción dramática, primero durante la I Guerra Mundial y después con la instauración de dictaduras sin precedentes como la Rusia estalinista y la Alemania hitleriana. Este clima se basaba en las sospechas de que la política había adquirido un papel abrumador en la sociedad, apoyándose en una tecnología que hacía posible el control mental, y en una despreocupación hedonista y embrutecedora. Aldous Huxley en *Un mundo feliz* (1932) y George Orwell en *1984* (1949) describieron sociedades dominadas por burocracias autoritarias y sin rostro y pobladas por personas constantemente vigiladas y manipuladas, reducidas en esencia al status de robots. En ambas novelas, los esfuerzos para recobrar la espontaneidad y la alegría eran reprimidos despiadadamente. En las dos, la tecnología es el catalizador del dramático cambio futuro. O’Brien, el protagonista de *1984* dice:

“Las antiguas civilizaciones proclamaban que estaban basadas en el amor o en la justicia. La nuestra se basa en el odio. En nuestro mundo no hay emociones aparte del miedo, la rabia, la soberbia y el autodesprecio. Todo lo demás lo destruimos, todo... No habrá lealtad, salvo la lealtad al partido. No habrá amor, salvo el amor al gran hermano. No habrá alegría, salvo la alegría de triunfar sobre un enemigo abatido. No habrá arte, ni literatura, ni ciencia. No habrá distinción entre la belleza y la fealdad. No habrá curiosidad,

ni goce en el proceso de la vida. Todos los placeres serán destruidos... Si quieres una imagen del futuro, imagina una bota pisoteando un rostro humano, para siempre."

Otro posible catalizador del cambio drástico compitió con la tecnología durante los años sesenta y durante un breve período ganó una amplia atención: la bomba poblacional. En este escenario, la causa de la alteración dramática del futuro no era Dios, ni la tecnología, ni la revolución, sino más bien la natalidad incontrolada. Los demógrafos, en especial los de Estados Unidos, pintaban un futuro en el que el crecimiento de la población mundial, si no era controlada, podría llevar a un desastre sin precedentes. La gente de los países superpoblados invadiría los países menos poblados y más ricos. Estallarían espantosas guerras por los escasos recursos. Las reservas de alimentos no responderían a la demanda y el deterioro medioambiental agravaría el problema. A medida que la Tierra se quedase sin recursos, tendría lugar un cambio histórico sin precedentes. Aunque el bulo de la bomba poblacional no duró demasiado, llevó a muchos americanos a controlar su fertilidad, acabando así con el "baby boom" de la posguerra mundial. Y su influencia continúa: alguno de los argumentos más dramáticos de los utilizados por los ecologistas en los ochenta y noventa comparten rasgos de la profecía de la bomba poblacional.

La versión más moderna de la profecía del cambio drástico tiene como protagonista de nuevo a la tecnología. Este revival se debe a los recientes avances en la cibernetica, la informática y la ingeniería genética. Durante los setenta y ochenta, un ejército de profetas académicos y populares han predicho que la expansión de las nuevas tecnologías anunciaría el advenimiento de la sociedad postindustrial en la que se alterarían rasgos fundamentales de la vida y la organización humanas. Aunque algunos profetas avisaban de los problemas que esto traería consigo, la mayoría de estos pronósticos eran decididamente optimistas: el futuro sería completamente distinto al pasado histórico, y el poder transformador de la tecnología lo mejoraría incommensurablemente.

Se trabajaría menos tiempo, y las personas encontrarían nuevas satisfacciones personales en actividades de ocio, como quizá los videojuegos. Como la gente trabajaría de nuevo en sus casas, la función de las ciudades cambiaría. Las ciudades dejarían de ser centros de producción y sobrevivirían sólo como lugares de ocio. La estructura social se transformaría también; la clave del poder estaría en el control de la información más que en la propiedad de la tierra o el capital. Las nuevas tecnologías permitirían a los individuos cambiar las anteriores formas de organización: la gente trabajaría según sus propios intereses personales, y los productos se personalizarían de acuerdo con los gustos personales. Unos pocos críticos de este esquema se preguntan si no se aplicará más bien a los países más ricos en lugar de a todo el mundo. Pero algunos profetas aseveran que la extensión de la tecnología empujará incluso a las sociedades más pobres al postindustrialismo.

La siguiente interpretación del mundo de la revolución postindustrial se encuentra en *La tercera ola* (1974), de Alvin Toffler:

"Esta nueva civilización es tan revolucionaria que desafía a todas nuestras antiguas creencias. Los antiguos modos de pensar, las antiguas, fórmulas, dogmas e ideologías ya no se ajustan a los hechos, por amados o útiles que fueran en el pasado. El mundo que surge rápidamente del choque de los nuevos valores y tecnologías, las nuevas relaciones geopolíticas, los nuevos estilos de vida y formas de comunicación, exigen ideas y analogías,

clasificaciones y conceptos totalmente nuevos. No podemos encajar el mundo en embrión del mañana en los convencionales moldes de ayer. Ni son apropiadas las actitudes y maneras ortodoxas.

La tercera ola de cambios históricos representa no una extensión en línea recta de la sociedad industrial sino un cambio radical de dirección, a menudo una negación de lo que hubo antes. Es nada menos que una transformación tan revolucionaria para nuestros días como lo fue la civilización industrial hace tres siglos. Es más, lo que está aconteciendo no es sólo una revolución tecnológica sino el advenimiento de una nueva civilización en todo el sentido del término.”

Es interesante que esta nueva fe en la tecnología durante la década de 1990 no haya traído aparejada una nueva visión negativa del futuro. Salvo los milenaristas religiosos, el fin de siglo no ha producido una nueva eclosión de teorías de cambio dramático.

Método predictivo III: Extrapolación de tendencias

Los dos modos predictivos descritos hasta ahora utilizan la historia bien como fuente de analogías o como escenario para futuros dramáticamente alterados. Se puede usar la historia de modo absolutamente distinto. Como su nombre indica, la extrapolación de tendencias utiliza la historia para identificar tendencias. Aunque la extrapolación de tendencias se ha utilizado siempre hasta cierto punto, ha ganado popularidad en las últimas décadas. Hay dos razones para ello. La primera es la explosión del conocimiento científico (que también ha afectado a la ciencia histórica). La segunda es la demanda creciente de los gobiernos y los poderes financieros (especialmente los mercados de valores) de disponer de los mejores pronósticos posibles de lo que deparará el futuro. De hecho, algunas agencias como la Seguridad Social americana, exigen previsiones a cincuenta años vista para establecer sus políticas de financiación. Estas previsiones se basan en la extrapolación de tendencias importantes actuales.

El pronóstico de tendencias tiene dos partes. En primer lugar, los analistas deben identificar las tendencias actuales más importantes en una sociedad. En segundo lugar, y lo que es más importante, deben de determinar las causas de esas tendencias y las razones de su pervivencia. Después de todo, no todas las tendencias sobreviven, lo que hace vital el que los analistas determinen sus causas.

Las previsiones más seguras a corto plazo, y algunas de las que nos resultan más familiares están basadas, de hecho, en la extrapolación o proyección. Un ejemplo de este tipo de este tipo de pronóstico es la predicción de que el promedio de edad de las poblaciones de Estados Unidos y Japón crecerá en las próximas décadas. Esta asunción se basa en el conocimiento de una ya baja tasa de natalidad y una creciente esperanza de vida. Asume que la media de edad en ambos países, ya inusualmente alta atendiendo a estándares históricos, será incluso mayor en el año 2020. Así mientras que en Estados Unidos hay actualmente tres trabajadores por cada jubilado, en el 2020 sólo habrá dos. Puede ocurrir algún tipo de estabilización de ahí en adelante, pero las tendencias actuales sugieren que el envejecimiento de la población crecerá más lentamente debido al estancamiento de la tasa de natalidad y a medida que la esperanza de vida crezca. Este pronóstico entiende, por supuesto, que las tendencias actuales no se verán comprometidas por una repentina alza

en la tasa de natalidad, una mortalidad más alta entre los adultos de mediana edad, o por nuevos patrones de inmigración que alteren la estructura demográfica actual.

El mismo tipo de análisis de tendencias podría extender un poco más hacia el futuro esta previsión. Entonces sostendríamos que para mediados del siglo XXI, la mayoría de las sociedades se encontrarían con un envejecimiento de su población como el de Occidente en los años veinte y al final del “baby boom” y como el experimentado recientemente por Japón. Las tendencias actuales que apoyan esta predicción son la rápida caída de la tasa de hijos por mujer (a pesar del aumento de población producido por las anteriores altas natalidades), la estabilización final de la población y el aumento de la esperanza de vida). Así que, mediante la extrapolación de tendencias podemos afirmar que el siglo XXI será una centuria geriátrica. De hecho, buena parte de las políticas públicas del siglo serán determinadas por el creciente sector anciano, a medida que la gente mayor se adapte a su nuevo papel y la sociedad haga frente a este contingente sin precedentes de ancianos.

La interpretación de tendencias puede influir sobremanera, sobre todo si se combina con ejemplos o analogías del pasado. A mediados de los noventa, los inversores opinaban que en los próximos 50 o 100 años, las áreas de mayor crecimiento económico del mundo serían Extremo Oriente, Europa del Este y Latinoamérica, seguidas seguramente de Suráfrica y quizá Rusia. Esta prospectiva se basaba en las tendencias recientes, como el rápido crecimiento en la ribera del Pacífico y en América Latina. Los productos nacionales brutos de varios importantes países latinoamericanos crecerían del 7 al 8% por ciento al año en el futuro próximo y China ya lo hacía a un ritmo del 10%. Al hacer este pronóstico, los inversores combinaban estas tendencias con la certeza más basada en la historia de que las zonas industriales recientes crecen a mayor velocidad que las zonas industriales maduras o las no industrializadas. Las bases históricas de esta certeza están en el Japón de 1920 a 1960 y en los Estados Unidos de 1870 a 1930.

Sin embargo estas tendencias no consideran todas las posibilidades. Asumen que no entrarán en juego nuevos factores como una gran guerra. Además, no consideran cambios que puedan provenir del crecimiento potencial de África, Asia meridional o cualquier otra zona, cambios que podrían parecerse a los experimentados por América Latina tras los años treinta. Finalmente, estas predicciones no anticiparon los reciente problemas financieras de la ribera del Pacífico. A pesar de todo, cualquiera que sea la precisión de las previsiones de los inversores, demuestran cuánta información puede entresacarse de la extrapolación de tendencias cuando se combina con una buena fundamentación en el trasfondo histórico. Las proyecciones parecen plausibles, al menos para las próximas décadas; sin embargo, la tentación de extenderlas más allá en el futuro hasta cubrir todo un siglo, revela más bien sus limitaciones. Incluso así, la consideración de tendencias nos lleva a objetivos cada vez más ambiciosos porque están basados en datos claros y fiables.

La proyección de tendencias se utiliza rutinariamente en las previsiones de empleo. Los empleos que requieren trabajadores en esta década se presentan como una fuente de oportunidades en la próxima. Basándose en este tipo de análisis de tendencias, los analistas predicen que las salas comerciales de cine perderán puestos de trabajo, mientras que se ganarán en empleos como actores y como personal de parques de atracciones. Se demandará personal médico de todas las categorías. El sector que más crecerá será el de

programadores de *software*, así como el de guardas de seguridad. Así siguen las predicciones, diciéndonos que lo que sucede ahora sucederá mañana en mayor medida.

Y mientras que el análisis de tendencias proporciona pronósticos que son bastante útiles, como en el caso de las previsiones de empleo, también pueden dar pronósticos que los políticos prefieren ignorar. Por ejemplo, parece evidente que en los próximos 20 años cada vez más países tendrán armas nucleares. La tendencia ya se ha desvelado con las pruebas nucleares en Pakistán en 1998. Las causas de esta tendencia están claras: la capacidad tecnológica y científica continua creciendo, cada vez más potencias regionales quieren demostrar su fuerza, y la influencia de las superpotencias declina (y además sabotean la limitación de armas nucleares rehusando deshacerse de sus arsenales). Para el año 2020 muchos países serán potencias nucleares. Con este panorama, se pensaría que los políticos actuales deberían preferir prepararse para el futuro, más que ignorarlo. La gran pregunta que se deduce de esta situación, por supuesto, no depende de las tendencias sino de las analogías históricas: en el pasado, cuando un país ha adquirido armas, ha terminado por utilizarlas. ¿Se repetirá este patrón o podremos alterarlo?

Aunque el análisis de tendencias puede ser utilizado con éxito en áreas específicas como en el ejemplo del envejecimiento o en el del armamento nuclear, también puede usarse para hacer generalizaciones absurdas. Muchos expertos creen que las sociedades se están modernizando en direcciones predecibles, así que, a menos que suceda una catástrofe imprevisible, se harán cada vez más parecidas. En el curso de esta modernización, se extenderá la producción industrial, las familias consistirán cada vez más en padres e hijos solamente, con bajas tasas de natalidad, la educación se extenderá y llevará a una mayor familiaridad con la ciencia, se reducirán las desigualdades por razones de sexo y el consumismo crecerá. Los expertos afirman que estas tendencias se dan ya en la mayoría de las sociedades y predicen que continuarán extendiéndose. Otros citan la reciente expansión de la democracia en la mayoría de los continentes, de Paraguay a Sudamérica y de Taiwán a Polonia, para apoyar el argumento de que los sistemas políticos democráticos son una ola para el futuro. Como vemos, aunque el análisis de tendencias no suele usarse para realizar predicciones absolutas como los de la fórmula de discontinuidad histórica, sus implicaciones pueden variar enormemente.

Por qué no podemos conocer el futuro

Con tres modelos de predicción a nuestro alcance, todos ellos plausibles y usados con profusión, ¿por qué se nos sigue escapando el futuro? ¿Por qué se equivocan tantas predicciones? Muchas parecían plausibles cuando se hicieron (incluso la de la década de 1940, cuando se pensaba que en la de 1970 todo el mundo utilizaría helicópteros en lugar de coches, o las de esta última, cuando se pensaba que las comunas sustituirían a las familias y la juventud se convertiría en una fuerza revolucionaria). ¿Por qué seguimos equivocándonos?

En primer lugar, los tres modelos predictivos chocan entre sí. Un pronóstico basado en la asunción de que las actuales tendencias se intensificarán en el futuro, es por naturaleza distinto de uno basado en la teoría de la discontinuidad dramática. Además, ambos métodos suelen subestimar la importancia de los ciclos históricos. Para entender las diferencias inherentes entre los métodos de predicción basados en la discontinuidad

dramática y en el pronóstico de tendencias, y cómo ningún método puede predecir el futuro con acierto por sí solo, consideremos dos posibles predicciones sobre el año 2020. ¿Será esta una época dramáticamente transformada por la computerización y la robótica? ¿O dominará el proceso de envejecimiento, a medida que los jubilados compongan un mayor porcentaje de la población? Puede que se den las dos cosas, pero pocos expertos son capaces de imaginar un panorama de esta complejidad. Los partidarios de la tecnología tienden a olvidar los efectos del envejecimiento de la población, y los seguidores de las tendencias pueden subestimar la capacidad de la tecnología para crear una discontinuidad dramática. Así que no tenemos modelos de suficiente complejidad como para adivinar qué pasará.

Además cada modo predictivo tiene su propio punto débil, basado en su utilización de la historia. Por ejemplo, las analogías basadas en la idea de recurrencia asumen que los sucesos históricos serán lo suficientemente semejantes en el tiempo como para que acciones parecidas tengan efectos parecidos. Pero muchos historiadores piensan que este es un caso bastante raro, lo que revela las limitaciones inherentes de la analogía. Cuando el rector de una universidad hace una analogía como “los ordenadores harán por la educación lo que la máquina de vapor hizo por la industria”, ¿están las dos situaciones lo suficientemente relacionadas como para tener algún significado, aparte de la obvia alusión al cambio dramático? En un caso extremo, empecinarse en la analogía puede llevar al desastre, como le sucedió a Francia durante la década de 1930, al asumir erróneamente que la II Guerra Mundial sería como la Primera, y construir una elaborada línea de fortificaciones en su frontera septentrional para evitar una invasión alemana. La desventaja francesa resultó cuando los alemanes sencillamente contornearon la línea.

El uso de la teoría de la discontinuidad dramática para predecir el futuro depende obviamente de la fe (en Dios, en la tecnología o en una causa política arrebatadora). Por ello, las predicciones basadas en ella no pueden ser desmentidas por el paso del tiempo. Muchos de estos pronósticos no se han hecho realidad aún. El año 1984, por ejemplo, pasó sin parecerse demasiado a lo que Orwell predecía en su novela. Una debilidad clave del método de discontinuidad dramática es la asunción de que un solo factor modificará el futuro. La historia demuestra que la mayoría de los cambios sociales están sujetos a varios factores, que suponen además una continuidad. Como vemos, la confianza en un único suceso dramático como determinante del cambio futuro es irreal porque en enfoque es demasiado simplista, dada la complejidad de la sociedad.

El análisis de tendencias, que por otra parte es el modo de predicción más conservador, es vulnerable a las variables inesperadas. Por ejemplo, una serie de sucesos pueden acabar con la tendencia al envejecimiento de la población. El encarecimiento de las pólizas de seguros puede acabar denegando los cuidados médicos a los ancianos y disparar su tasa de mortalidad. Una nueva política de inmigración puede traer a gente joven de otros países y alterar el promedio de edad de la población. O la tasa de natalidad puede aumentar de repente, como sucedió inesperadamente con el “baby boom” de los cuarenta. La teoría de que las sociedades se asimilarán mediante la modernización es atrayente, pero no considera variables religiosas, como el ascenso del fundamentalismo islámico e hindú en América.

Para acabar, a pesar de nuestros esfuerzos por hacer predicciones usando la analogía histórica, estudiando los ciclos o tendencias históricas o identificando los catalizadores de un cambio dramático, no podemos saber lo que nos reserva el futuro. Podemos, no obstante, disfrutar especulando con él, y estudiar qué predicciones son las más plausibles. La historia sigue siendo la clave de esta labor. Escogeremos las predicciones atendiendo al uso que hagan de la historia. A pesar de reconocer que no podemos saber con seguridad que nos deparará el futuro, con toda probabilidad podemos predecir que los pronósticos acerca de él seguirán basándose en el pasado.

Acerca del autor: Peter N. Stearns es profesor de Historia en la Universidad Carnegie Mellon. Ha escrito *Millennium II, Century XXI: A Retrospective on the Future*, así como otras obras.